



MARTA  
MARTÍN  
GIRÓN

LUNA  
ROJA

EN SU MENTE SOLO CABÍA  
UN PENSAMIENTO:  
«MORIRÉIS IGUAL QUE ELLOS»

LUNA  
ROJA



MARTA  
MARTÍN  
GIRÓN

LUNA  
ROJA

EN SU MENTE SOLO CABÍA  
UN PENSAMIENTO:  
«MORIRÉIS IGUAL QUE ELLOS»

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Luna roja.

© Marta Martín Girón

Nº de registro: 2012176234248

Primera edición: enero 2021.

Al que me acompaña cada día y sueña a mi lado.

Al que hace que la vida tenga sentido.

Al que amo con toda el alma.

A ti, Marcos Nieto Pallarés.

# ÍNDICE

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Cazado](#)

[Tensión](#)

[Las mentiras](#)

[Resultado forense](#)

[Arrepentimiento](#)

[Piso nuevo](#)

[Nada](#)

[Moscas](#)

[Llaves](#)

[El del gancho](#)

[Volviendo al pasado](#)

[La bolsa](#)

[Desaparecido](#)

[Amenazas](#)

[Mi culpa](#)

[Nochebuena](#)

[Los Gómez](#)

[Sospechosos](#)

[Última corrida](#)

[Un nombre](#)

[Otro paso](#)

[Lo han encontrado...](#)

[Un adiós](#)

[Como un colegial](#)

[Sí, lo reconozco](#)

[Nueva información](#)

[San Martín](#)

[Sangre animal](#)

[Segundas oportunidades](#)

[«No»](#)

[No digas más](#)

[Noticias de Alicante](#)

[Negocio hecho](#)

[Sin lugar a dudas](#)

[El frío metal](#)

[El manifiesto](#)

[«Mi nombre...»](#)

[Luna roja](#)

# Nota de la autora

Las conversaciones y las opiniones de los personajes que se recogen en esta obra son parte de un escenario ficticio y son independientes a los criterios personales que pueda tener la autora.



# Prólogo

Resignado, cogió un taburete y lo puso enfrente de él. Lo observó: las lágrimas seguían resbalándole por las mejillas hasta precipitarse contra sus muslos. Desde ahí, y leales a la gravedad, las gotas recorrían un sendero ya trazado entre el vello de sus piernas hasta terminar despeñadas contra el suelo, uniéndose finalmente al charco de meados que se acumulaba bajo sus pies.

Suspiró antes de dirigirle las primeras palabras, de desvelarle el timbre de su voz.

—Vas a tener una única oportunidad. —Los quejidos de su presa sonaron más agudos y desesperados en un nuevo y frustrado intento por exigir su libertad. Desde que recobró la consciencia, su tiritera siempre se debió más al miedo que al frío; ahora, estaba aterrado.

El captor contempló el rostro de su prisionero empapado en babas, lágrimas y mocos; su cuerpo en sudor y orina, sus extremidades húmedas y arrugadas, amoratadas por la presión de las cuerdas.

—Es hora de irse —dijo su secuestrador poniéndose en pie—. Levanta. —Sabía que contrariamente a lo que venía haciendo en las últimas horas, a sus intentos desesperados por desamarrarse, esta vez no se movería ni un centímetro.

Provisto de unos guantes, cogió unas tijeras que había dejado en el suelo. Le ahuecó la camiseta y comenzó a cortársela hasta despojarlo de ella. Hizo lo mismo con sus calzoncillos. Una vez lo hubo desnudado por completo, metió ambos trapos hechos jirones en la misma bolsa donde ya guardaba el resto de sus pertenencias.

—No te muevas si no quieres que acabe contigo de un tajo. —Con un cuchillo sesgó las cuerdas que inmovilizaban sus tobillos y le impedían andar—. Bien. Ahora, vamos. Levanta. Debes caminar hasta la furgoneta. —Lo sujetó de los brazos para ayudarlo—. Vamos. Camina.

A paso lento y a empujones, consiguió conducirlo hasta el vehículo sin que su presa opusiera resistencia. Y es que, si en verdad apenas podía tenerse en pie, menos aún podía encontrar fuerzas para revolverse.

—Vamos —dijo una vez más, esta vez empujándole al interior de la furgoneta y haciéndole caer en el suelo de la caja. Este se hizo un ovillo, como un armadillo tratando de protegerse del ataque de un predador. Sin embargo, no obtuvo tregua: el individuo lo cogió de los tobillos y tiró de él haciendo que su cuerpo se estirase para, a continuación, ponerle unas nuevas ataduras en sus huesudos, desnudos y sajados tobillos.

Una vez inmovilizado, cerró de un portazo y se dirigió a la parte delantera.

Subió a la furgoneta.

Arrancó.

Encendió las luces y puso rumbo hacia Muela de Cortes.

Tras conducir cerca de una hora y media, al fin se adentró por el camino que le conduciría al último destino de su víctima. Los faros iluminaban un paraje que se iba oscureciendo a cada minuto transcurrido. La noche cerrada iniciaba su ascenso ayudada por la frondosidad del bosque. No obstante, para el desgraciado que temblaba en la parte trasera del furgón, aquel detalle resultaba indiferente: la venda de sus ojos no le permitiría distinguir entre la luz del día o la

negrura del ocaso.

Una carretera secundaria dio lugar a una de barro, charcos y piedras. Esa misma noche la agencia meteorológica daba nuevamente previsión de chubascos; el «camuflaje» estaba asegurado. El olor a tierra húmeda anunciaba que no tardaría en empezar a llover.

Se encontraban cerca. Todo estaba saliendo como lo había planificado. A lo largo de los últimos veinte kilómetros no se habían vuelto a cruzar con ningún otro vehículo. Aunque no era frecuente ver actividad por aquellos parajes a esas horas de la noche, no pudo evitar pensar que la suerte estaba de su parte.

Aparcó en el punto exacto programado: retirado de la vereda, próximo a unos árboles y arbustos de altura considerable. Antes de apearse, se cercioró de que no hubiera nadie por los alrededores. Apagó las luces de la furgoneta y el motor. En efecto, a esas horas tan solo se encontraban ellos en el monte.

Todo marchaba a la perfección.

Abandonó el vehículo de un salto generando un sonido de chapoteo. Sin prisa, se dirigió a la parte trasera sintiendo cómo las botas se le hundían en el fango. Por fortuna para su víctima, la parte trasera del vehículo descansaba sobre una gruesa capa de arena; húmeda, pero firme.

Lo agarró de las ataduras de los tobillos y lo arrastró hacia afuera sin importarle los arañazos que le haría en la piel.

—Yo no he elegido esto —dijo el secuestrador. Cogió la navaja y comenzó a sajar, por segunda vez, las cuerdas que le impedían andar y, durante unos instantes lo miró compadeciéndose de él, observando cómo lloraba y gimoteaba, cómo se sacudía en un intento ridículo por soltar sus manos—. Ya no te sientes igual de poderoso, ¿verdad? Igual de vivo. ¿Te sientes igual de hombre que antes?

Su víctima era consciente de que su final se encontraba cerca. A pesar de tener las piernas liberadas, su opresor había decidido dejarle las manos atadas a la espalda, una venda negra impidiéndole ver nada y una mordaza de textura rugosa y con sabor a gasolina prácticamente desenchajándole la mandíbula, ahogando sus deseos de pedir auxilio. Su atormentada cabeza no pudo dejar de sospechar que aquel chiflado mal nacido se había servido del primer trapo sucio y lleno de grasa de motor que encontró tirado por la furgoneta o en la caja de herramientas. A duras penas podía contener las arcadas. Además de las náuseas, un espantoso dolor le recorría todo el cuerpo; las piernas y los brazos los tenía acalambrados, los pies y las manos arañadas y amoratadas debido a la presión de las cuerdas. Aunque él mismo no se las podía ver, el dolor y el tono púrpura azulado de su dermis daba claras señales de tenerlas próximas a la gangrena.

Hubiera deseado salir corriendo, pero no sabía dónde estaba ni dónde encontrar una salida. Aunque la hubiera adivinado, jamás hubiera podido escapar de allí; aquel que lo tenía cautivo tampoco le hubiera permitido escapar.

El desconocido que lo retenía abrió la cremallera de una bolsa de deporte que viajaba junto a su presa. Dentro echó los restos de la soga que le había quitado. Del mismo compartimento extrajo un rifle. Quitó el seguro, giró la palanca de apertura de los cañones y comprobó, por tercera vez, que estuviera cargada. Con un movimiento seco la volvió a cerrar.

—¡Vamos! ¡Sal! —le ordenó, agarrándole del brazo e imponiendo fuerza para levantarlo—. Es tu momento de escapar. —El hombre empezó a gemir con desesperación, aunque deseaba chillar. Las lágrimas barnizaban su rostro—. No te molestes —dijo empujándole fuera de la furgoneta. Sus pies desnudos entraron en contacto con la maleza, clavándosele piedras, hojas secas y trozos de ramas. Cayó de bruces hacia delante, hiriéndose además un costado del cuerpo—. Por mucho

que lo intentes, aquí no te puede oír nadie. Vamos, levanta. Es tu oportunidad de huir.

Desnudo, maniatado, cegado, dolorido y acalambado, llorando y pegando gritos contenidos, se alzó del suelo con torpeza y desesperación y empezó a correr como un preso de Auschwitz tratando de escapar de un guardia de las SS.

—Tienes diez segundos.

El corazón de su víctima latía al borde del infarto.

—Diez.

»Nueve.

»Ocho.

»Siete.

»Seis.

»Cinco.

»Cuatro.

»Tres.

»Dos».

Paró de contar.

Pensó: «Dos balas. Dos disparos».

Observó el cuerpo desnudo de su presa, la pasta marrón generada por sus defecaciones ahora oscurecida por la noche tapándole parte de la raja del culo.

Tropezaba a cada paso. En un par de ocasiones estuvo a punto de volver a caer de bruces.

Apenas había conseguido alejarse unos metros.

—Uno.

El «cazador» alzó el rifle sobre su vertical hasta situarla en paralelo al terreno.

Enfocó sin prisa.

Disparó.

Por un instante la detonación ensordeció sus oídos. Del atronador silencio nació un pitido constante que se mezcló con el aletear de los pájaros que volaron en estampida. El primer casquillo salió lanzado por los aires. El olor a pólvora se mezcló con el de la tierra húmeda.

Observó a su presa: había hecho blanco en su espalda, haciéndole caer hacia delante.

Dio un paso en su dirección.

Miró sus piernas: aún pataleaba.

Volvió a apuntar.

Disparó.

Nuevo blanco: su cabeza.

# Cazado

Yago Reyes

Jueves, 3 de octubre de 2019

Nos esperaban en Muela de Cortes, Valencia, a unos ochenta y cuatro kilómetros de nuestra comisaría. Luca de Tena nos había ordenado trasladarnos allí a raíz de una «invitación» que llegaba de parte de los compañeros de la comisaría de Valencia. Según lo que sabíamos hasta el momento, unos cazadores habían encontrado el cadáver de un hombre que al parecer era vecino de Alcira; de ahí que nos avisaran.

Aquel «tengo malas noticias, chicos» nada más entrar en su despacho me puso un nudo en el estómago. Su semblante tampoco transmitía sosiego.

—¿Qué ha pasado, señor? —le preguntó Aines lo más contenida posible. Aun así, fue evidente su inquietud.

—Un cadáver en Valencia —dijo el comisario mientras anotaba algo en un papel. Estaba totalmente distraído, no levantaba la vista de la mesa. Permanecimos expectantes esperando a que prosiguiese—. Tendréis que ir para allá.

—¿A Valencia? —replicó Aines verbalizando la misma pregunta que se me acababa de pasar por la mente.

—Sí. A ver... —Soltó el bolígrafo para centrarse en lo que nos ocupaba—. Han hallado el cuerpo en Muela de Cortes. Junto a él estaba su ropa y su documento de identidad: era de aquí. Además, acabamos de comprobar que, en efecto, ayer por la tarde su esposa denunció la desaparición.

Aines asintió.

—¿Su ropa? —pregunté confuso.

—Sí. Estaba completamente desnudo. Algunas prendas estaban hechas trizas.

«Joder».

—En fin, aquí tenéis la dirección exacta —nos dijo el comisario entregándonos el papel en el que instantes previos había estado escribiendo. Meted las coordenadas en el GPS, está en pleno monte.

—De acuerdo.

—¿Algo más? —preguntó Aines.

—No, solo que ha habido ensañamiento. No me han dado mucha información. Cuando lleguéis os pondrán al tanto.

—Muy bien, señor.

«Vaya forma de empezar la mañana —pensé nada más subir al coche y mirar la hora en el reloj del salpicadero; marcaba las 9:11».

Aines tomó el volante. Por mi parte, me dediqué a introducir la dirección exacta en el GPS.

Mientras tecleaba observé un instante a mi compañera sin que ella se diese cuenta. Era evidente su preocupación; a ambos nos pilló la noticia fuera de juego. Y aunque apenas teníamos datos, desde el momento en que pisamos el despacho del jefe tuve la clara sospecha de que nos enfrentaríamos a una investigación compleja. No era habitual atender tantos casos de asesinato en una comunidad autónoma en tan poco espacio de tiempo, las estadísticas así lo decían, pero... Llegué a pensar que había traído conmigo la mala suerte.

—Tenemos que ir por la CV-435 —dije tras ojear el recorrido que indicaba el navegador.

—Vale. Has puesto el sonido, ¿no?

—Sí.

Asintió levemente, sin apartar la vista de la carretera.

—Sé que acabas de cogerlo, pero si te cansas de conducir, me lo dices y cambiamos.

—No te preocupes, estaré bien —respondió forzando una sonrisa que no engañaba a nadie.

—Está bien.

Su semblante se volvió a transformar en una expresión mohína y triste, la misma que la acompañaba desde la resolución del caso de Elena Pascual Molina. Sentía lástima por ella.

Apoyé la espalda en el respaldo y me dejé envolver por el silencio. De vez en cuando la radio interrumpía el monótono sonido del coche.

Al cabo de un rato, traté de sacar algún tema de conversación.

—¿Qué harás este fin de semana? ¿Tienes algún plan?

Me lanzó una fugaz mirada con el ceño fruncido.

—¿A qué día estamos? ¿No es jueves? —Me extrañó su pregunta. La mayoría de la gente de nuestra edad o más jóvenes tenían la costumbre de considerar el jueves como un «aperitivo» previo al fin de semana, algunos incluso salían más de fiesta el propio jueves por la noche que el viernes o el sábado.

—Sí.

—No lo sé. No tengo ningún plan. ¿Y tú?

—Si puedo iré a Madrid.

—¿Cuándo?

—Pues en principio, el viernes después de que acabemos la jornada. Me da igual llegar a las tantas de la madrugada.

—Ten cuidado.

—Tranquila, para el lunes estaré de vuelta, puntual como un reloj suizo.

Sonrió de nuevo, esta vez con un poco más de ganas.

—En fin —suspiró.

—Te veo decaída.

—No sé si tengo cuerpo para estudiar otro cadáver.

Me sorprendió su sinceridad.

—¿Es por el último caso?

—Supongo. Francamente, pensé que en un par de días me habría olvidado de todo. No sé por qué me está pasando esto. No era mi primer caso, ¿entiendes?

—Bueno, tan solo han pasado unos días, y hay casos que nos dejan más huella que otros.

—Lo sé.

—¿Has pensado en ir a hablar con alguien?

—Ya estoy yendo.

Su respuesta volvió a pillarme por sorpresa.

—¿Y?

—En realidad empecé antes de ayer.

—¿Y qué tal?

—Bastante bien, la verdad. Volveré esta tarde o mañana.

—Me alegro de que te esté ayudando.

—Gracias. Por cierto, cuando vea la próxima vía de servicio pararé. Necesito un café.

—Perfecto. Me apunto.

Y eso hicimos: en cuanto llegamos a la primera vía de servicio, paramos. Después de vaciar las vejigas y hacernos con un par de «chutes» de cafeína para bebérmolos por el camino, reanudamos el viaje.

El silencio volvió a ser protagonista de nuestro traslado.

«Toma la tercera salida en CV-428», indicó el GPS con su voz de mujer robótica.

La indicación nos llevó a atravesar un pequeño pueblo.

—Según este cacharro estamos cerca, a unos diecisiete minutos —informé a mi compañera—. Gira la siguiente a la izquierda.

Comenzamos a ascender por una carretera estrecha, de asfalto y sin arcenes. Más allá de la huella de alquitrán provocada por la mano del hombre, se abría un vasto monte de piedras grises y rojizas, matorrales bajos y árboles autóctonos, en su mayoría pinos.

Aprovechando que Aines había reducido ligeramente la velocidad, bajé la ventanilla para respirar un poco de aire puro.

—Qué tranquilidad, ¿verdad? —comentó ella. Daba la sensación de que el paisaje la estaba relajando.

No respondí, pero en verdad así era: se respiraba una extraña paz difícil de describir. Aquella pista parecía el camino a unas vacaciones en medio de la montaña, un lugar de reposo, de reconciliación con uno mismo. La temperatura que se colaba a través de la ventanilla, agradable como la de los primeros días de una primavera, incitaba a olvidar el motivo por el que nos habíamos desplazado hasta allí. No obstante, todo era fachada, una burda treta del universo para invitarnos a relajarnos antes de darnos la estocada que nos quitaría el sueño durante varios días.

Según avanzábamos, el pavimento empezó a empeorar, el alquitranado se veía levantado por algunas zonas y, donde un día hubo una superficie lisa y homogénea, en su lugar quedaba una defectuosa capa de asfalto adornada por socavones de todos los tamaños. La estrechez de la vía, que se acentuaba paulatinamente, hacía más difícil poder sortearlos. La tensión causada por el miedo a meter alguna de las ruedas en un agujero demasiado profundo, nos acompañó durante casi un kilómetro.

—¡Por fin! —exclamó Aines al ver que la carretera volvía a presentar mejor aspecto—. ¿Cuánto falta?

—Cuatro kilómetros.

No añadí más comentarios, pero tanto bache a mí también me había puesto de los nervios. A los agujeros le siguió un largo tramo de curvas. Aquel «estamos cerca» que formulé varios kilómetros atrás se me estaba repitiendo como una morcilla en mal estado. Parecía el cuento de nunca acabar.

—¿Cuánto falta? —volvió a repetir Aines.

—Según esto... Bah, no lo quieras saber.

—¿En serio? —Su cara de desesperación no tenía precio.

—Paciencia, compañera. Antes o después llegaremos.

—No nos habremos perdido, ¿no?

—Según esto, no.

Resolló.

—Como en cinco minutos no hayamos llegado, me bajo y conduces tú.

—Cuando quieras —dije sonriente. Me hacía gracia verla tan enervada.

Un par de kilómetros más tarde, varios vehículos oficiales aparcados en línea a un lado de la carretera nos advirtieron de que habíamos llegado.

El dispositivo policial estaba compuesto de un par de coches de la Guardia Civil, uno de la policía de Valencia, uno de atestados y un par de coches sin rotular, entendí que estos últimos pertenecían al forense y al juez.

Una cinta policial marcaba un sendero hacia el interior de una zona más boscosa; un agente custodiaba la «entrada».

—Somos los inspectores de homicidios de la comisaría de Alcira. Nos han dado un aviso.

—Claro. ¿Sus nombres?

—Sí. Aines Collado y Yago Reyes —dije hablando por ambos al tiempo que los dos le mostrábamos nuestra placa.

—Muy bien, inspectores, ya saben el procedimiento: una firmita antes de poder pasar —indicó en tono cantarín.

—Cómo no.

—Si siguen la cinta policial se darán de bruces con la escabechina.

Observé sus ojos marrones. Era joven y por un momento pensé que debido a su edad se estaba tomando la situación a broma, sin embargo, a pesar de su jerga informal y su juventud, su mirada transmitía pesar. Esa forma de expresarse debía ser un «arma» de autodefensa.

—Está bien. Gracias.

Aines me hizo un gesto con la cabeza que tradujo en un «vamos, que nos esperan». Caminamos guiados por la cinta amarilla sorteando arbustos y árboles. Varios metros más tarde, el murmullo de los compañeros trabajando en la zona nos indicó que al fin estábamos, ahora sí, en el lugar de los hechos.

Según nos aproximábamos, vimos a varios compañeros de la policía científica merodeando por el lugar. Una mujer que estaba de pie junto a un par de hombres que permanecían acucillados se percató de nuestra llegada. Aún estábamos bastante apartados como para poder apreciar con claridad lo que estaban haciendo; la lógica me llevó a deducir que estarían estudiando el cuerpo del finado. La susodicha llamó la atención de uno de ellos. Ambos se giraron para atenderla: tras decirle algo y luego mirar en nuestra dirección, el primero se puso en pie mientras que el segundo siguió a lo suyo.

Empezaron a caminar hacia nosotros. Sus semblantes se mostraban constreñidos. La mujer tenía una apariencia sobria, casi militar. Era delgada, en torno al metro setenta, con el pelo corto teñido de rubio albino; lo llevaba casi más corto que yo. Le calculé unos cincuenta años. El hombre parecía más mayor, a él le estimé unos sesenta años. De tez morena, rapado, con perilla y de aproximadamente un metro ochenta y cinco de altura. Se mantenía en forma a pesar de la edad.

«No me importaría tener ese aspecto dentro de veinte años».

Aparte de su indumentaria, llevaban protecciones en los pies y guantes de látex en las manos.

—Buenos días —saludó la mujer quitándose el guante de látex de la mano derecha y ofreciéndonosla para estrechárnosla—, soy Dolores Casado, inspectora de la Brigada de

Homicidios de Valencia. Este es mi compañero, el subinspector Álvaro Santos.

«Me encanta —me sonreí para mis adentros—, qué forma más sutil de decirnos que ella es la “jefa”».

—Buenos días —saludamos al unísono Aines y yo. Volvimos a presentarnos.

—Gracias por venir tan rápido —dijo la inspectora Casado.

Asentí.

—¿Qué tenemos? —pregunté, oteando más allá de sus espaldas antes de volver a mirarles a ellos.

Su compañero nos ofreció patucos y guantes para asegurar la escena del crimen.

—Creo que es mejor que lo veáis con vuestros propios ojos. —Hizo el mismo gesto que me dedicó Aines unos instantes atrás.

Nos equipamos con las protecciones y los seguimos.

El forense se irguió, permitiéndonos contemplar la espeluznante escena sin ningún tipo de interferencia. Despanzurrado sobre la maleza del sotobosque permanecía el cuerpo desnudo del individuo. Había recibido dos disparos, uno en la mitad de la espalda y otro en la cabeza. Tenía marcas de magulladuras por todas partes. Aines se tapó la boca con el antebrazo.

—¿Qué tal? —saludé al forense por ambos.

—Mejor que este pobre desgraciado —espetó sin pensárselo dos veces. Este tenía unos cincuenta años. Llevaba el pelo repeinado hacia atrás, al más puro estilo Conde Drácula, particularidad que contrastaba con las gafas de cristales redondos y pasta fina, como las de Harry Potter, que reposaban sobre su nariz recta. Denotaba gran personalidad. —Soy el doctor Xavier González, el forense que se encargará de llevar a cabo la autopsia —dijo haciéndonos una sutil reverencia con la cabeza. Nos presentamos por tercera vez.

—¿Puede adelantarnos algo?

—Sí, veamos... —dijo empujándose las gafas con el dedo anular—. Lo han retenido al menos durante doce horas; diría que unas dieciocho o veinte. Las marcas presentadas tanto en sus tobillos como en sus muñecas revelan que estuvo atado, sin embargo, su ejecutor no ha dejado restos de cuerdas ni ningún otro tipo de ataduras. Debieron apretárselas muy fuerte porque aparte de las lesiones en la piel existen principios de gangrena. Mirad aquí —dijo señalándole las muñecas con un bolígrafo. Mi atención se fijó en el color granate ennegrecido de los dedos y de las manos de la víctima, también en sus muñecas enrojecidas y magulladas—. Se nota que ha tratado de soltarse, tiene roces verticales, como si hubiese querido sacar las manos a tirones, pero al ver que apenas podía moverlas y, supongo que por la desesperación, algo le ha llevado a girar una y otra vez las muñecas entre las ataduras, provocándose quemaduras y cortes.

Mientras él seguía hablando, continué examinando visualmente el cuerpo de la víctima. Su complexión era fuerte y fibrosa, de espalda ancha; pesaría unos ochenta kilos, los cuales tenía bien repartidos en su cerca de metro ochenta. Era un cuerpo esbelto y joven.

—En las plantas de los pies tiene heridas, pequeñas piedras y trozos de ramas clavadas —prosiguió el forense—. Debió dar unos pasos antes de ser abatido. Y por el reguero de sangre que cae por su espalda y que hemos visto también sobre la arena, sabemos que le dispararon primero ahí, a la altura de las escápulas. Sin embargo, ese disparo no tendría por qué haberle matado. Lo remataron pegándole un tiro en la cabeza; un disparo mortal de necesidad.

Observé el lamentable estado en el que había quedado la cabeza. El agujero de bala era profundo y había alcanzado materia blanda, parte de la cual tuvo que salir volando por los aires regando de tropezones la escena del crimen. En ese momento una ráfaga de aire hizo que el olor a



muerto penetrase por mis fosas nasales. Sentí repelús y un escalofrió que terminó en una arcada.

«Me cago en... —pensé apartando levemente la cabeza, como si alguien me estuviese amenazando con un hierro candente y yo tratase de evitar que me rozase la cara».

—¿Eso es...? —empezó a preguntar Aines. Su vista estaba fija en el trasero del occiso.

—Sí —respondió el forense al percatarse de cuál era su duda—. Quien le hiciese esto, le tuvo retenido, como digo, durante horas. En ese tiempo, el finado tuvo que hacerse sus necesidades encima. No sabemos qué tipo de cautiverio soportó, tal vez su asesino lo amenazó o le dio algún tipo de droga que le provocó la colitis. Si le hizo tomar alguna sustancia, lo sabremos.

—¿Dónde está la ropa? —me interesé.

—Estaba metida en una bolsa de basura —intervino la inspectora Casado—. Algunas prendas están rajadas; se las debieron cortar con unas tijeras para quitárselas. Los compañeros la han registrado como una de las pruebas. Si quieren verla...

—Luego. Gracias. ¿Había algo más en la bolsa aparte de la ropa?

—No. La ropa y los objetos personales. Entre ellos estaba su cartera con el DNI, algo de dinero, las tarjetas bancarias...

—Entonces queda descartada la hipótesis del robo —dije con sarcasmo. La inspectora me dedicó una mirada de desaprobación; no supo verle la gracia a mi broma.

—Podría ser un ajuste de cuentas —intervino su compañero.

—Sí, es lo más probable —afirmó Aines.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté dando inicio a una conversación casi exclusiva entre la inspectora Casado y yo.

—Miguel Ángel Rodríguez Palacios. Como ya sabéis era residente de Alcira. Su esposa denunció su desaparición ayer por la tarde a eso de las seis.

—¿Dijo algo que nos pueda servir?

—No lo sé. No hemos tenido ocasión de leer la denuncia.

—De acuerdo, de eso nos encargaremos nosotros. ¿Quién lo ha encontrado?

—Un par de cazadores que venían a pasar la mañana.

—¿Dónde están?

—Les hemos dicho que esperen fuera del cordón policial.

—No les hemos visto al llegar —reflexioné en voz alta, aunque no pretendía que nadie me escuchase.

—Les hemos dicho que esperen hasta que les autoricemos a irse. Mientras veníais les hemos tomado declaración.

—Supongo que se les habrán quitado las ganas de cargarse hoy a ningún animal —dije irónico.

—Tal vez.

—¿Han dicho algo destacable? ¿Conocían a la víctima?

—Dicen que no se han acercado, que a lo lejos han visto a un hombre muerto y han llamado a emergencias. Además, si os fijáis, apenas se le puede distinguir la cara, la tiene sucia y llena de sangre.

La inspectora Casado tenía toda la razón.

—¿De dónde son los denunciantes? —proseguí.

—Uno es de Carcagente; el otro de Alcira.

—Nos pilla muy cerca —dijo Aines con una sonrisilla de resignación.

—Sí. En fin —profirió Casado—. Trabajaremos conjuntamente. Ahora mismo apremia averiguar el móvil para determinar si hablamos de un hecho aislado o puede volver a repetirse.

—Sí, sería interesante. ¿Sabemos a qué se dedicaba, si estaba metido en algún asunto turbio?

—No, no sabemos nada.

—De acuerdo. Y ¿se sabe con qué arma le dispararon?

—Cierto. Junto al cuerpo y la bolsa de ropa había un rifle. Tenemos que pedir un informe a balística para determinar si ese fue el arma homicida.

—Un momento —intervino Aines—. ¿La víctima también era cazador?

Los dos agentes se miraron pensativos. Yo lancé una fugaz mirada a mi compañera; no se inmutó.

—Confírmalo —le ordenó la inspectora Casado a su compañero—. Pero por la ropa que hemos encontrado podríamos entender que sí.

—Sí, ahora mismo —contestó su colega poniéndose manos a la obra.

Fue extraño: durante un par de minutos nos acompañó el silencio, como si el caso estuviera resuelto, como si no hubiera incógnitas a las que dar respuesta. Mientras tanto, observé al médico forense analizando la herida de la espalda de la víctima.

—Está bien —dijo el subinspector Santos sacándonos del mutismo—. En el registro de la Guardia Civil figura que tenía permiso de armas para caza. Así que, sí, era cazador. De hecho, la última renovación del permiso es de hace apenas un par de semanas.

—Perfecto —susurré.

—En fin, ¿tenéis alguna observación? —se interesó la inspectora Casado.

Aines me dedicó un gesto de negación. Yo tampoco tenía nada que añadir, al menos por el momento.

—No —respondí por ambos—. Cuando lleguemos a Alcira estudiaremos la denuncia por desaparición y empezaremos entrevistando a su esposa. A ver si ella aporta algún dato que pueda ayudarnos.

—Muy bien.

—En fin, si ya está todo dicho, nos gustaría echarle un ojo al lugar de los hechos.

—Cómo no. Aparte de la declaración de los dos denunciantes, os haremos llegar el resto: las fotografías, el croquis, el listado de muestras..., ya sabéis, lo de siempre.

Hice una seña de agradecimiento.

—Por cierto, doctor González, ¿se ha percatado de si le falta algún diente, algún dedo...? —pregunté cuando la pareja de agentes ya se encontraba a unos metros y nos quedábamos Aines y yo a solas con él.

—No. Os lo hubiera dicho.

—Sí. Imagino.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Aines con el ceño fruncido.

—No sé, creo que estaba buscando algo que me demostrara que era un ajuste de cuentas de alguna banda o... ¡Bah! —Suspiré—. Olvídalo. No le veo ningún sentido, la verdad —dije resignado mientras observaba el cadáver y al equipo forense preparando el cuerpo. En ese momento acaban de cubrir sus manos con bolsas de papel y se disponían a hacer lo mismo con su perineo.

—¿Insinúas que los asesinatos suelen tener algún sentido?

—Para el que asesina sí lo tiene —respondí distraído, observando cómo se disponían a levantar el cuerpo con sumo cuidado para meterlo dentro de una bolsa de cadáveres y trasladarlo a la morgue, donde seguirían examinando sus restos.

Aines hizo una mueca de inconformidad y rechazo.

—En fin, centrémonos —sugerí—. Sabemos que su asesino lo ha retenido durante horas y luego lo ha traído hasta aquí para terminar pegándole un tiro por la espalda y otro en la cabeza. ¿Por qué aquí? ¿Es un escenario elegido al azar? ¿Este enclave nos aleja del lugar de residencia del asesino o solo del de la víctima?

—¿Tú crees que estaba pensando en eso? Yo creo que se lo cargó y punto, que este lugar, por lo que sea, le pareció bien y poco más. Si no, no hubiera dejado la documentación de identidad de la víctima, ¿no crees? Parece que su intención no era esconderlo, sino más bien todo lo contrario. Quería que alguien lo encontrara y que lo identificásemos.

—Sí, en eso tienes razón. ¿Tienes alguna hipótesis?

—Pues para empezar, que no creo que haya sido una víctima escogida al azar. Es probable que le conociera de antes y, tal vez, el hecho de traerle hasta aquí sea porque representa algo para alguno de los dos.

—Es posible. ¿Piensas que ha podido ser un crimen pasional?

—No lo creo, pero, no sé, ya sabes que no podemos descartar nada. —Suspiró mientras observaba a los compañeros trabajando—. Es lo que tú planteabas, ¿venir hasta aquí nos aleja o nos acerca al domicilio del asesino? ¿Crees que podría ser también de Alcira?

—No lo sé. —De pronto se puso a anotar algo en su bloc de notas—. ¿Qué apuntas? —Terminó de escribir y luego me lo mostró:

*«¿Crimen pasional? ¿Gay?*

*¿Por qué en Muela de Cortes?*

*¿Enemigos?*

*Cazador».*

Por un momento me quedé abstraído.

—¿Qué piensas?

—En los escenarios del crimen. Aunque este es el principal, tenemos dos, que sepamos. El primero es donde lo retuvo, y el segundo es este, en el que lo asesinó a tiros.

—Sí, y volvemos a la pregunta de antes. ¿Lo asesina aquí con intención de alejarnos del lugar de residencia del muerto, del suyo propio, fue al azar? ¿Acaso no hay bosques o campos más cerca de Alcira?

—Sí. ¿Y por qué desnudo? Creo que por el momento no podemos descartar el crimen pasional. —Esta vez el que suspiré fui yo. La atención se me fue al médico forense—. Doctor González, disculpe —formulé, aprovechando que se acercaba hacia donde nos encontrábamos parados—. Entonces dice que, aparte de las marcas por las ataduras, ¿no hay ningún otro signo de violencia: moretones, cortes, quemaduras... o penetración?

—¿Penetración? No. A falta del análisis necroscópico, no hay restos que nos hagan pensar en actos de connotación sexual.

—Está bien. Gracias de nuevo.

—Les haré llegar un informe exhaustivo en cuanto lo tenga.

Asentí mientras Aines le daba las gracias.

Nos quedamos parados, reflexivos, cavilando en los porqués, analizando la escena principal del crimen. En el lugar donde minutos atrás reposaba el cuerpo de Miguel Ángel Rodríguez Palacios ahora solo quedaba una marca de sangre que oscurecía la tierra alcanzada por sus fluidos. Pensé en la ingente cantidad de duelos, ajustes de cuentas, batidas de caza, batallas, guerras o cualesquiera otras barbaries orquestadas por la mente humana que se habrían producido a lo largo de los siglos en cualquier parte del mundo.

«Cuánta sangre habrá bebido esta misma parcela de tierra a lo largo de nuestra historia — lamenté sin poder apartar la mirada de la mancha de sangre aún húmeda. Imaginé el líquido rojo penetrando hacia el interior de la tierra, y cómo el núcleo de nuestro planeta, en vez de una masa incandescente ardiendo a millones de grados de temperatura, era una esfera compuesta de la misma sangre que las especies habíamos vertido sobre ella—. Cuánta más sangre engrosará tus tripas. Cualquiera día nos vomitarás encima toda la mierda que te hemos echado haciendo que nos ahogemos con nuestra propia crueldad e inconsciencia. Supongo que sería lo justo».

# Tensión

Yago Reyes

Alcira

Aún nos daba tiempo a entrevistarnos con la viuda de la víctima. Mientras yo conducía Aines se encargó de pedir a nuestros compañeros la denuncia por desaparición y la dirección de la mujer.

Nos bajamos del coche. La fachada del edificio se veía bastante nueva. Aines llamó al telefonillo. Contestó un hombre.

—Buenas tardes. ¿Vive aquí Azucena García Bernal?

—Sí, es aquí.

—Somos de la policía, venimos a hacerle unas preguntas.

—Les abro.

De inmediato sonó el timbre del portero.

—Vamos —dijo Aines haciéndome un gesto con la cabeza. Caminó por delante de mí y se dirigió a las escaleras—. Subimos andando.

—Como tú mandes.

Aunque iba un par de pasos por delante y apenas podía ver su perfil, pude sentir que sonreía.

—Venga, no te quejes, son solo dos pisos.

—Dios me libre —bromeé. Seguí sus pasos mientras durante unos segundos me permitía el lujo de observar sus curvas. Y sin saber por qué, me vinieron a la cabeza los primeros días de nuestra relación profesional, el mal pie con el que empezamos. Supongo que por aquel entonces no había lugar para las bromas de ningún tipo.

«Menos mal que vamos prosperando. Por un momento me vi suplicándole a Luca de Tena un cambio de compañero».

Un ruido en el portal me hizo salir de mis recuerdos y centrarme en lo que nos había llevado hasta allí. Según ascendíamos me fijé en el interior del edificio: se veía limpio y cuidado.

«No parece el típico sitio donde viviría un delincuente del tres al cuarto. —De pronto recordé el cuerpo de la víctima despanzurrado bocabajo—. No, y su aspecto físico tampoco era el de un esmirriado enganchado al alcohol o a las drogas».

Al llegar a la segunda planta nos encontramos con un hombre que nos esperaba con la puerta abierta. Supuse que era el mismo que nos atendió por el telefonillo. A juzgar por su aspecto y su edad, debía ser el padre de alguno de los dos, o bien de la víctima o bien de la esposa del fallecido.

—Buenas tardes —volvió a saludar Aines, quien alcanzó la puerta del domicilio antes que yo. El hombre se acercó a ella con un «buenas tardes», ofreciéndole la mano para estrechársela.

—Buenas tardes —dije secundando a mi compañera y correspondiendo de igual modo su cortesía. Acto seguido nos invitó a pasar. Su timbre tembló la segunda vez que habló.

Nos hizo atravesar un pequeño pasillo hasta llegar al comedor. Un fuerte olor a ambientador

barato me hizo contener el aire en los pulmones el máximo tiempo que mi organismo permitió. En un sillón, junto a la ventana y unas cortinas de color blanco con un sicológico estampado morado, se encontraba Azucena García Bernal, la esposa del finado. Estaba reclinada hacia delante, arrugando un pañuelo entre las manos. El pelo le caía por la cara, impidiéndonos ver con claridad sus facciones.

—Hija. Ya están aquí —dijo el hombre llamando su atención. Ella alzó la vista y se retiró el pelo con el dorso de la mano que aún estrangulaba el pañuelo. Con la otra, se apoyó en uno de los brazos del sillón para ayudarse y ponerse en pie.

—Hola —musitó dando un par de pasos en nuestra dirección. Nosotros terminamos de acortar la distancia hasta quedarnos a tan solo un metro. Y entonces la observé: tenía los ojos hinchados y ensangrentados, señal inequívoca de llevar largo rato llorando. Su nariz y sus pómulos terminaban de dar forma a una triste composición de dolor e incompreensión. Al escuchar ese débil susurro tembloroso, opté por dejar que fuera mi compañera quien empezase la entrevista; la experiencia me decía que ella tenía más tacto que yo en situaciones como esas.

—Buenas tardes, es usted Azucena García, ¿verdad? —La mujer asintió al tiempo que se limpiaba la nariz—. Somos los inspectores que llevaremos la investigación del asesinato de su marido. Siéntese, por favor. No hay necesidad de tenerla de pie. —Aines le dedicó una sonrisa de ternura mientras la acompañaba hasta el asiento que acababa de abandonar.

—No entiendo por qué —musitó sollozante—. ¿Quién querría hacerle algo así a Miguel?

—Señora, eso es lo que queremos averiguar —repuse. Aunque no lo pretendí, mi voz sonó demasiado firme y cortante.

«Mejor deja que hable ella —pensé por segunda vez».

—Tranquila —dijo Aines tomando la palabra e iniciando la entrevista—, averiguaremos lo que ha sucedido y atraparemos al responsable de su muerte. Pero para ello necesitamos que nos cuente todo lo que sepa.

Entre hipos y sollozos la viuda volvió a asentir con la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—El martes por la noche. Bueno, no, el miércoles por la mañana antes de que se fuera. Se levantó temprano para ir a cazar.

—¿Solía ir a cazar a Muela de Cortes?

—No lo sé, iba a muchos sitios.

—¿Sabe si había quedado con alguien?

—Solía quedar con los de siempre. Pero no lo sé. No le pregunté.

«Increíble, cuánto amor y atención se debían dedicar estos dos».

—¿A qué hora se fue de casa?

—Creo que a eso de las seis y cuarto o algo así. Yo estaba dormida. Ese día tenía que hacer doble turno y no quería desvelarme.

—¿Él trabajaba?

—Sí. Era jardinero.

—¿Jardinero autónomo?

—Sí.

—¿Tenía mucho trabajo, muchos clientes?

—Sí, tiene una clientela fija. De vez en cuando le sale algún trabajo extra en el que tiene que poner un césped o arreglar un jardín. Cosas de esas.

—¿Le contó si había tenido algún altercado en el trabajo?

—Qué va. Nunca ha tenido ninguna historia rara con nadie. Miguel no suele ser una persona que discuta con nadie.

«Habla como si siguiere vivo —pensé—. Negación».

—¿En qué trabaja usted?

—Soy enfermera. Trabajo en la residencia de la tercera edad Solimar.

—¿La que sufrió un incendio hace unos meses?

—Sí. En enero. Se quemó un colchón y falleció una señora. Pobrecita. Aparte de ella se intoxicaron varios ancianos y se los tuvieron que llevar al hospital. Luego, en las noticias, vi que cuatro compañeros suyos también se intoxicaron. Supongo que se recuperarían sin problema. Espero.

—Sí, supongo que sí. No eran de nuestro departamento.

—Ah. Bien.

—Sí. En fin. Dice entonces que su marido se fue a eso de las seis y cuarto aproximadamente y que tal vez quedó con algún amigo con el que solía ir a cazar, ¿no?

—Sí.

—¿Podría facilitarnos algún dato de esos amigos con los que iba de caza: un número de teléfono o nombre y apellidos de alguno de ellos?

—Tendría que buscarlo. De todas formas él en su móvil sí tenía guardados los teléfonos. Es más, juraría que tenían un grupo de WhatsApp. También en Facebook había un grupo..., no recuerdo cómo se llama, pero ahí publicaban cosas de la caza, hacen quedadas...

—Entiendo. Si pudiera facilitarnos el nombre de ese grupo nos sería de gran ayuda —comentó Aines al tiempo que anotaba algo en su libreta.

—Sí, lo puedo buscar.

—Estupendo.

—Ayer puso una denuncia por desaparición —intervine, aunque no me dio tiempo a decir mucho más. La mujer tomó mis palabras como pie para ponernos en situación.

—Sí. Normalmente cuando se va de caza suele regresar a eso de la una o las dos de la tarde como mucho, y más si sabe que yo tengo que irme a trabajar y hacer doble turno. —Continuaba hablando como si su marido siguiese con vida. «

¿Cuánto le durará la negación?», pensé—. A las dos y media me tuve que ir al trabajo y le estuve llamando sin parar. No sé, pensé que le había pasado algo. Tal vez que había tenido un accidente con el coche o algo por el estilo, pero... —De nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas. Esta vez terminó escondiéndose tras el pañuelo en el que ya no cabía ni una gota más de dolor.

—Está bien. Tranquila —trató Aines de serenarla. El padre de la chica se había ido a la cocina a por un vaso de agua. A su regreso, se lo ofreció con un «ten, cielo. Bebe» que me llegó al alma. Esta, sin articular palabra, lo cogió con las manos temblorosas y dio varios tragos. Luego se lo devolvió a su padre, quien lo dejó encima de la mesita auxiliar que tenía en frente. Hecho eso, el señor volvió a quedarse a un lado en total silencio.

—¿Sabe si Miguel Ángel tenía algún enemigo?

La mujer alzó la vista y observó a Aines, luego, por un instante, dirigió a mí sus ojos saltones y enrojecidos antes de ruborizarse y terminar clavando la mirada en sus propias manos.

—Hace cosa de tres meses pasamos una época un poco delicada. Discutimos varias veces. —Llevó la atención a su padre antes de volver a mirarse las manos y proseguir su relato.

—No tengas miedo, hija. Cuéntaselo. Puede ser importante —animó su padre mientras ella parecía sentirse avergonzada. Me resultó chocante que siendo algo tan «delicado» como para

hacerla ruborizar, lo supiese su padre.

—Me estuvo acompañando un par de semanas al trabajo.

—¿Quién? ¿Su marido?

—Sí.

—¿Por qué?

—Había un compañero que empezó a pensar cosas raras.

—¿A qué se refiere? —incidió.

—Al parecer quería tener un lío conmigo. Se debió pensar que él me gustaba o, no sé.

—Pero, hija, cuéntaselo bien —espetó su padre a modo de regañina. Ella agachó aún más la cabeza, como si fuese un avestruz buscando un agujero donde esconderla—. No fue así, señores. Él trató de besarla y mi hija le esquivó, y el individuo ese siguió molestándola durante días. Hasta que al final se lo dijo a su marido y él hizo algo para ponerle en su sitio. Fue allí y le dijo cuatro cosas bien dichas. A mí porque no me pilló más joven, que si no le salto los dientes —dijo perdiendo su fachada de hombre sereno y débil.

—No fue así, papá —repuso la mujer alzando levemente la voz.

—Pues eso fue lo que me contó a mí tu marido.

—A ver, cálmense, por favor —solicitó Aines interrumpiendo el inicio de una discusión familiar—. Cuéntenos qué pasó entonces. ¿Hubo algún encontronazo entre ese compañero suyo y su marido? —le preguntó Aines. Ella no tuvo más remedio que dejar las vergüenzas a un lado y empezar a «confesar».

—Sí. Una noche salía de hacer turno doble después de cubrir la mañana y la tarde. Miguel me esperaba en el coche, había aparcado en la acera de enfrente. Apenas había cruzado la puerta de la salida cuando Omar me cogió del brazo y me giró, en plan insinuante. Al parecer él se creía que a mí me hacía gracia o que me gustaba ese trato, pero yo me sentí muy incómoda. Le aparté la mano de mi brazo lo más educadamente posible, pero él lo debió tomar como si jugara a hacerme la estrecha y se acercó más. Miguel debía estar viéndolo todo, porque de pronto apareció a mi lado y sin darle tiempo a nada le dio un puñetazo en la cara. Omar se cayó de culo y empezó a decir burradas.

—¿Burradas como qué?

—Que no debía haberle provocado. Que era una buscona. Cosas de esas. —Suspiró. Aines y yo aguardamos en silencio a ver si añadía algo más—. Nunca he ido provocando. Estábamos en pleno julio, era verano, hacía calor. Lo máximo que llevaba era una camiseta de tirantes o un vestido, pero nunca los llevo demasiado cortos.

—Pero ¿sucedió así, sin más, de repente?

—Sí. Bueno... —Se quedó pensativa—. Miguel sabía que Omar me estaba molestando.

—¿Y por eso la empezó a acompañar al trabajo?

—Sí. Pero yo no hice nada, yo no...

—Tú no tienes la culpa —la interrumpí—. Por desgracia hay algunos hombres que no saben medir sus impulsos neandertales.

—Nunca me había pasado algo parecido, la verdad. Sí que es verdad que al poco de que llegase empezó a hacerme sentir un poco incómoda, pero traté de no darle demasiada importancia. Al principio le ponía buena cara, pensaba que simplemente quería ser amable y por eso me echaba piropos. Pero poco a poco fue sacándolos de contexto, a subir el tono y empezó a ponerme muy nerviosa.

—¿Y se lo dijo a su marido?



—Bueno, no tuve más remedio.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que empecé a alterarme tanto que un día llegué a casa muy agobiada. No sabía qué hacer. Miguel me lo notó.

—Y se lo contó —afirmó mi compañera.

—No. Bueno, sí. Al principio traté de ocultárselo. Y ahí fue cuando se lio todo.

—¿A qué se refiere con que se lio?

—Pues a que durante un par de días yo me negué a contarle nada porque no quería que Miguel se tomase la justicia por su mano. Y claro, le mentí. Le dije que no pasaba nada, pero como me veía rara se pensó que le estaba poniendo los cuernos.

—Pero ¿no fue así?

—No. Jamás —respondió tajante.

—¿Y terminó contándoselo?

—Sí.

—¿Y la creyó?

—Sí. Fue cuando empezó a venir al trabajo conmigo, a llevarme y a traerme, y un día de esos fue el que le dio el puñetazo.

—Entiendo.

—¿Y su compañero de trabajo no le ha vuelto a molestar?

—Pidió el traslado a otro centro. Tuve suerte porque un par de días después del puñetazo se lo llevaron a otro sitio.

—¿Sabría decirnos el nombre completo de ese tal Omar?

—No. Pero me suena que era un nombre raro.

—¿Era de aquí?

—Parecía extranjero. Tenía un ligero acento que no sé identificar.

—¿Era árabe? —pregunté.

—Ummm... Puede.

—Tranquila, lo encontraremos —concluyó Aines.

—Una pregunta más, señora García —dije tomando el hilo de la entrevista—. ¿Cree que Omar ha podido tener algo que ver con la muerte de su marido?

Negó levemente con la cabeza, pensativa, dibujando a su vez una mueca en los labios que dejaba claro que lo estaba sopesando antes de darnos una respuesta.

—No tengo ni idea.

—¿En algún momento alguien le amenazó, ya sea Omar o cualquier otra persona?

—No sé si puede considerarse una amenaza. Después de que le diera el puñetazo, mientras nos íbamos, Omar empezó a llamarle de todo: «hijo de puta», «cabrón» —recordó imitando la voz del tal Omar—, «como te vuelva a ver te vas a enterar».

—¿Y se volvieron a ver?

—No, que yo sepa.

—¿No lo denunció a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé. Era viernes cuando pasó aquello y ese fin de semana no me tocaba ir a trabajar y, bueno, no sé, recé para no tener que volver a verle nunca, para que el lunes no estuviese, que se lo hubiera tragado la tierra.

—Y así fue, ¿no? —dijo Aines.

—Sí. Algo así.

—Qué maravilla. Ya nos explicará en algún momento cómo reza —bromeé, quizá en un tono demasiado sarcástico. Las miradas de los tres se posaron sobre mí. No sé cómo interpretaron mis palabras, tal vez pensaron que me estaba cachondeando; nada más lejos de la realidad. En cualquier caso, me arrepentí del comentario.

Aines volvió a tomar la palabra.

—¿Qué pasó después de la agresión, cuando se quedaron a solas usted y su marido, volvieron a discutir Miguel y usted?

Por un instante empalidecí. Miró a su padre y este, apresurado, se acercó para ofrecerle de nuevo un trago de agua. Ajenos a nuestras miradas, le dediqué una de desconfianza a mi compañera, la cual me la devolvió frunciendo el ceño. Debía estar pensando lo mismo que yo.

«Escondes algo, ¿verdad? ¿Maltrato, quizá? —Analiqué al hombre: su reacción, su cara, sus expresiones de preocupación, sus manos temblorosas. Allí pasaba algo y no parecían tener intención de contárnoslo».

—No. Bueno... —comenzó la mujer. Hizo una mueca, no sabía qué decir—. Sí, discutimos un poco, pero...

Esperamos unos segundos a que siguiese hablando, pero tan solo prestaba atención al pañuelo que tenía en sus manos; lo arrugaba, lo estiraba, solo una vez alzó la vista para encontrarse con la de su padre, que esperaba en silencio igual que nosotros.

—¿Me podría acompañar a la cocina, señor...? —pregunté llamando la atención del progenitor.

—Ah, sí. Me llamo Ernesto García del Valle.

—Bien, señor García, ¿podemos ir a la cocina? Será mejor que hablen ellas dos a solas, estarán más cómodas. Ya sabe, cosas de mujeres.

Aines asintió levemente con la cabeza.

Por su parte, el hombre titubeó antes de consentir con un «sí, claro» y pasar por delante de mí con la cabeza gacha.

Llegamos a la cocina. Estaba todo bastante recogido y limpio.

—¿Quiere beber o tomar algo?

—No. Gracias.

—De acuerdo.

—No se preocupe. Siéntese, por favor.

—Claro.

Sacó un taburete de debajo de la mesa.

—¿Quiere sentarse?

—No, estoy bien así. Gracias.

Aunque era un hombre mayor y, entre otras cosas, se movía ligeramente encorvado, su lenguaje corporal había mutado a raíz de la pregunta de mi compañera. Ahora, además de los estragos típicos de la edad, su musculatura no podía ocultar esa tensión que me desvelaba que pasaba algo. ¿El qué? Aún no lo sabíamos.

Envarado, tomó asiento en el taburete que me había ofrecido.

—Aprovechando que las mujeres están hablando, me gustaría que me contase lo que le dijo su yerno.

—Lo que me contó... ¿Cuándo exactamente?

—Respecto a lo de su hija y ese tal Omar.

—Bueno, es lo que ya le ha dicho Azucena. El hombre ese del trabajo la molestó durante un tiempo, hasta que Miguel le puso en su sitio.

—Ya.

—No sé qué más contarle. —El hombre se había metido en un papel que trataba de defender a capa y espada.

—Antes dijo que ese tal Omar la intentó besar.

—Eh, sí, pero ya ha escuchado a mi hija. No fue así realmente.

—Pero eso fue lo que le contó Miguel, ¿no?

—¿El qué, que trató de besarla?

—Sí. Miguel le contó que Omar trató de besarla, ¿no?

—Sí.

—¿Que trató de besarla o que la llegó a besar?

—No hay mucha diferencia.

—Yo creo que sí. Responda, por favor.

—No, me dijo que la intentó besar.

—Entiendo. ¿Y por eso «discutieron como locos»? —reutilicé las mismas palabras que empleó su hija.

—No sé, supongo.

—Si todo quedó en un amago, ¿por qué se iba a enfadar su yerno de esa forma tan exagerada con su hija?, ¿por qué iban a discutir como locos? ¿No sería más lógico que su enfado fuese hacia el compañero de trabajo de su hija y no con su hija?

—No lo sé.

—¿No? Dígame: ¿fue a raíz del incidente del beso cuando Miguel empezó a acompañar a su hija al trabajo?

—Eh... La verdad es que no lo sé.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—¿Puede ser que Omar besase a su hija, que Miguel se enterase y que por eso perdiera los papeles? —El repentino brillo en su frente evidenciaba que su cuerpo había comenzado a transpirar. Ante mi pregunta, se quedó boquiabierto y enmudecido—. Se lo preguntaré de otra manera, ¿en algún momento Miguel le levantó la mano a su hija?

Se le abrieron los ojos como platos. Sus mandíbulas, en cambio, se apretaron fieles a la tensión que estaba soportando. En ese momento solo encontré un motivo para justificar que incluso estando muerto quisiese ocultar que su yerno le había levantado la mano a su propia hija. Solo un motivo: que ellos, tanto su hija como él, tuviesen algo que ver con la muerte de Miguel Ángel Rodríguez Palacios.

# Las mentiras

Yago Reyes

Abandonamos el domicilio del difunto Miguel Ángel Rodríguez y de su viuda Azucena García con las declaraciones tanto de ella como del padre de esta.

La expresión de desconfianza que mostraba Aines antes de marcharnos me tentó a darnos la vuelta y charlar con ellos un rato más. Sin embargo, decidí concedernos un mínimo plazo para buscar más información en otra parte; a fin de cuentas, si resultaban ser ellos los causantes de la muerte de Miguel Ángel, no podrían ir muy lejos.

—¿Qué te ha dicho? —requerí a Aines en el momento en que atravesábamos la puerta del portal.

—Pues me ha terminado confesando que sí tuvo un rollo con su compañero de trabajo —dijo mientras nos dirigíamos al coche.

—¿En serio?

—Sí. Y su padre lo sabía, claro —concluyó. No sabía si en ese momento especulaba segura de lo que decía o si Azucena García también se lo había confesado—. ¿Y a ti, qué te ha dicho el padre?

—Nada del otro mundo. Se ha hecho el loco todo lo que ha podido. Estaba encubriendo a su hija y la mejor forma que ha encontrado ha sido esquivando mis preguntas.

—¿Crees que han sido ellos?

Hice una mueca.

—Por un lado, sí. Por otro... No sé. ¿Tú lo crees?

—Estoy igual que tú. Por un lado no lo descarto, pero las marcas del cuerpo... No sé cómo explicarlo. ¿Desnudo? ¿Maniatado? ¿Amordazado? ¿Dos disparos por la espalda? ¿No es demasiado «espectacular»?

—Sí, justo en eso estaba pensando. Sabemos que tuvo un rollo con el tío ese, pero ¿y qué? ¿Eso dónde nos lleva? Solo se me ocurre especular con que Miguel también le propinó a ella una somanta de hostias y el padre optó por vengar a su hija. Pero, en serio, me parece demasiado extremista y elaborado —especulé mientras subíamos al coche—. De todas formas, aún es pronto para encerrarnos en la idea de que han podido ser ellos. También podría haber sido obra del famoso Omar, una especie de venganza por joderle los planes, por el puñetazo o porque sencillamente sea un psicópata. Por cierto, ¿qué tipo de rollo tuvieron: cuatro besos y punto, un día esporádico de sexo, un noviazgo en plan poliandria...?

—Según ella se liaron un par de veces allí mismo, en el trabajo.

—Qué interesante.

—Sí, mucho.

—En fin, tendremos que encontrarle y hablar con él. —Miré la hora en el móvil mientras ella metía las llaves en el contacto. Eran cerca de las dos de la tarde y yo empezaba a tener hambre—. Te propongo que vayamos a picar algo y luego nos acerquemos a la comisaría a ver la denuncia

por desaparición que puso la mujer.

—¿Acaso me estás invitando a comer?

—Salvo que te resulte violento, sí, ¿por qué no? —Me respondió con un «vale», pero parecía poco convencida—. Muy bien. Pues yo pago y tú eliges el sitio; conoces más lugares que yo por esta zona.

—Eso seguro.

Aunque sus labios mostraron una tímida sonrisa, percibí cierta tensión en su rostro.

«Tal vez sean los últimos coletazos del mal rollo que sentía cuando empezábamos a ser compañeros. En fin. —Decidí no darle importancia».

—Bueno —dije cuando ya estábamos en marcha—, descartamos entonces que Miguel fuera gay, ¿no? —bromeé. Aines alzó una ceja al más puro estilo «no tienes remedio», cosa que me hizo reír.

—Creo que de momento sí.

Aines me terminó llevando a un buffet libre. Aunque pretendía comer algo ligero, terminé poniéndome las botas.

—Espero que no tengamos que salir corriendo detrás de nadie —dije rebufando mientras subíamos las escaleras de la comisaría.

—Nunca había visto a nadie comer tanto como tú. ¿Dónde lo metes?

—Supongo que se consume con la mala leche.

—Eres muy exagerado. No eres tan desagradable como te crees.

—Yo no he dicho que sea desagradable, solo he dicho que tengo demasiada mala leche. Otra cosa es que apenas se me note, pero te puedo asegurar que soy como el muñecote ese que sale en la peli *Inside out*, me saldría fuego por la cabeza la mayor parte del tiempo.

—Ahora voy —dijo después de dedicarme, por segunda vez aquella mañana, su gesto de «no tienes remedio».

—Vale, te espero en nuestra mesa.

Asintió y se fue en sentido opuesto a mí; supuse que iba al baño.

Al llegar, me senté y encendí el portátil. Mientras arrancaba, me apoyé sobre la mano y me esforcé en luchar contra la modorra que me estaba entrando.

«Me tenía que haber tomado un café bien cargado, no las dos bolas de helado de vainilla y chocolate».

—Ya estoy aquí —dijo mi compañera. Al girarme vi que traía unas carpetas en la mano—. La denuncia por desaparición que puso ayer su esposa —aclaró antes de darme tiempo a preguntarle—. Toma, esta es tu copia.

—Perfecto.

Me entregó una de las carpetas y luego se fue a su mesa con el resto de papeles.

Empecé a leer por encima, yendo directo a los datos que podrían sernos de ayuda:

*Fecha: 2 de octubre de 2019. Hora: 22:16. Denunciante: Azucena García Bernal. Esposa del desaparecido Miguel Ángel Rodríguez Palacios. Datos del desaparecido. Nombre (...). DNI (...). Fecha de Nacimiento (...).*

*Momento de la desaparición: La mujer afirma que debía haber vuelto a casa sobre las 14:00 horas del día en curso.*

*¿Problemas en el hogar?: No.*

*¿Discusiones o peleas?: No.*

*(...).*

*Descripción del desaparecido (...).*

*Marcas de nacimiento, tatuajes o piercing: (...).*

*¿Discapacidad o trastorno mental?: No.*

*¿Depresión o tendencias suicidas?: No.*

*¿El desaparecido seguía algún tratamiento médico por el que tuviera que ingerir o tratarse con algún fármaco?: No.*

*¿Dónde se dirigía (...)?: Había salido a cazar.*

*¿Tenía nuevas amistades, ha frecuentado algún lugar distinto a los de costumbre?:*  
*No*

*¿Ha ocurrido algún suceso que le pueda haber animado a irse de casa por voluntad propia?: No.*

*¿Llevaba el móvil consigo?: Sí. «Siempre lo lleva», según la esposa.*

*Última vez que alguien lo vio: Esa mañana, la esposa».*

Al terminar de leer llevé mi atención a mi compañera. Seguía atenta a los informes que tenía delante.

—¿Llegaron a pedir una autorización para rastrear el móvil? —le pregunté cuando terminó.

—Parece que no.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿Crees que es todo un paripé?

—¿La denuncia? Sí, podría serlo.

—La puso a las 22:16. Esperó a que acabase su turno y salir del trabajo.

—Sí.

—Supongo que es lo que harían el noventa por ciento de las personas, ¿no?: esperar a que acabe su turno y luego proceder a poner una denuncia o buscarlo ellos mismos.

—Supongo.

—La verdad es que no ha habido mucho tiempo para encontrarle. —Se quedó callada, supongo que volando entre sus recuerdos—. En fin, voy a pedirle a Esteban que busque las interacciones que pueda haber tenido Miguel Ángel en las redes sociales.

—Espera, voy contigo.

Encontramos a nuestro compañero en plena faena.

—Ey, amigo —dije para llamar su atención.

—*Ché*. ¿Qué pasa, pareja? Os ha caído otro muerto, ¿no?

—Sí. Nunca mejor dicho; pero a ti también, no te creas que te vas a escapar.

—Ya me lo temía. —Me gustaba su capacidad para distender el ambiente y no dejarse contagiar por la mierda que nos rodeaba—. A ver, ¿qué necesitáis?

—Lo de siempre: a ver qué encuentras en sus redes sociales.

—Concretamente estamos buscando un grupo de Facebook en el que interactuaba con otros

cazadores.

—*Ché*, otro capullo de gatillo fácil.

—¿Por qué dices eso?

—No, por nada. —Le observé con el ceño fruncido, aunque él no se percató, ya que estaba anotando en un papel lo que le acababa de decir mi compañera. Aines también lo dejó correr—. ¿Qué más? ¿Instagram? ¿Twitter?

—Sí, míralo también, por si acaso.

—Hecho.

—Busca también con quién solía hablar —añadí.

—Veré qué puedo hacer.

—Estupendo.

—Os avisaré en cuanto lo tenga.

—Genial —dije dándole una palmadita en el hombro.

Viernes, 4 octubre 2019

Algo me hizo sospechar que mis planes para ir a Madrid tendrían que aplazarse al menos un fin de semana más.

Me di una ducha rápida y me dirigí a la cafetería en la que solía tomar el primer café de la mañana. Más que en el caso de Miguel Ángel Rodríguez Palacios, mi mente no dejaba de pensar en el futuro, en qué haría con el resto de mi vida. A mis cuarenta y cuatro años seguía sin tener nada claro; salvo mi oficio. Empezaba a estar a gusto en la comisaría. Los compañeros eran amables, no tenía ataduras amorosas o familiares que me demandaran en otra parte... Podía estar donde quisiera el tiempo que me diera la gana. Sin embargo, aquello tampoco me animaba. Pensé que me estaba volviendo un amargado; tal vez no andaba muy desencaminado.

«Si me voy a quedar aquí una temporada, más me vale que me busque otro sitio donde vivir. El piso de ahora da auténtico asco. Tal vez, si al terminar el trabajo tuviese un lugar acogedor en el que guarecerme, la cosa sería distinta. De apetecerme compañía, podría incluso invitar a alguien a pasar un fin de semana. Aunque está visto que en Madrid no me echan tanto de menos como creí que lo harían.

»Pues sí, este *finde* me quedo aquí, sea por trabajo o no —reflexioné mientras le daba el último sorbo al café».

Me levanté de la silla, pagué y me fui a la comisaría dando un paseo.

Como de costumbre, llegué antes que mi compañera. Sin embargo, cuando miré el móvil para ver si tenía algún mensaje —sobre todo de mi madre—, vi que Aines me acababa de escribir.

«Ya tengo los datos de Omar. Voy para allá, te recojo y nos vamos».

Miré la hora: las 7:59.

«Se ha levantado con ganas de arreglar el mundo. Ni que fuera tan fácil. Cuando atrapemos a ese aparecerá otro recordándonos lo miserables, egoístas y malos que somos. Si fuese el día del juicio final nos iríamos todos al infierno, no se salvaría ni uno, ni siquiera los niños. Ya desde pequeños tenemos el instinto de joder al prójimo si no nos salimos con la nuestra».

Indignado, me dirigí hacia la salida.

—¡Reyes! —reconocí la voz del comisario.

«Otro que se ha caído de la cama».

Me giré. Caminaba hacia mí, pensativo.

—Dígame, señor.

—A lo largo de la mañana necesitaré un informe para poner al tanto de nuestros avances a los compañeros de Valencia.

—Sí, señor.

—¿Tenéis alguna sospecha?

—Aún es pronto.

—Está bien. Luego hablamos con más calma —dijo zanjando la conversación y marchándose.

Le observé alejarse antes de reanudar mi camino.

Según bajaba las escaleras me crucé con Esteban.

—*Ché*, qué serio vas —espetó nada más verme.

—No he dormido bien —mentí.

—Bueno, bueno..., ahora seguiré buscándoos lo que me pedisteis ayer.

—Muy bien. Cuando lo tengas, avísanos, anda —dije reanudando el descenso.

—Pues claro.

Una vez pisé la calle vi que Aines ya me esperaba con el vehículo en doble fila.

«Joder, qué estrés».

—Estaba buscando tu número para llamarte y que bajaras —comentó según subí al coche.

—En serio, ¿qué os pasa hoy a todos?

—¿A qué te refieres?

—A que parece que hoy os habéis caído todos de la puñetera cama.

—¿Y eso es un problema?

—No, pero joder, relajaos, hombre.

—Pues muy bien, ¿quieres que vayamos a un balneario o a que te den un masajito?

La miré con cara de desprecio, el mismo con el que me desaprobaba ella, aunque tuve el suficiente autocontrol como para cortar de golpe la discusión.

Arrancó y puso rumbo al domicilio de Omar. La tensión nos acompañó durante toda la travesía. Tuvimos que estar enfrente del portal para que nos volviésemos a dirigir la palabra.

—El tío este al que vamos a ver ahora se llama Omar Antonescu Sala. Es de nacionalidad rumana. Según su expediente de inmigración lleva aquí desde 1997. En la misma fecha se expidió su NIE. Lleva un par de semanas inscrito en el INEM.

—Vale. ¿Sabemos su edad?

—Cuarenta y ocho.

—Okey.

Nos apeamos del vehículo y nos dirigimos al portal. Me dejé guiar por Aines. Al llegar fue ella misma la que llamó al telefonillo.

Al ver que nadie respondía insistió varias veces, dejando en cada ocasión el dedo más tiempo apretando el botón.

—Tal vez esté durmiendo.

—Pues que se despierte —espetó en tono cortante.

«*Touché*. Esta vez no voy a entrar al trapo».

—¿¡Sí?! —reprendió de mala gana el «sospechoso» desde el otro lado del telefonillo.

—Somos de la policía, necesitamos hacerle unas preguntas.



Se hizo el silencio.

—Eh... ¿De la policía?

—Sí. Ábranos, por favor.

Obedeció.

Subimos las escaleras. Yo, una vez más, a la estela de mi compañera.

Aquel portal daba asco, aunque no porque el edificio fuera antiguo. Los tramos de escaleras eran estrechos. El gres del suelo estaba viejo y desquebrajado en algunos escalones. Las paredes estaban ennegrecidas por una capa de mugre que a saber los años y los gérmenes que tendría. Bajo esa capa de roña se podía apreciar otra aún más gruesa de pintura, hueca en algunos tramos y saltada en el resto. Según la zona que atravesásemos los olores pasaban de la naftalina a la humedad, de la humedad a los ambientadores del todo a cien, y de ahí al tufo a porro o chuchó mojado.

Según doblamos el último tramo de escalares y pisamos el rellano de la cuarta planta, la puerta del susodicho se abrió, mostrando la antítesis de todo lo anterior.

A pesar de ser notable que acababa de salir de la cama, lucía un aspecto bastante decente. Vestía un pantalón de chándal color gris claro y una camiseta blanca lisa, de manga corta y bastante ceñida, ambas prendas perfectamente planchadas. En los pies, la misma pulcritud: unas zapatillas deportivas blancas sin una sola mota de polvo o suciedad.

«¿Quién se plancha un chándal? —pensé».

—Buenos días, agentes —saludó con educación. En efecto, arrastraba un leve acento que delataba que era de otra nacionalidad.

—Buenos días —contesté tomando la delantera—. Somos inspectores de la Policía Judicial. Ella es Aines Collado y mi nombre es Yago Reyes. Estamos investigando un caso por asesinato. Nos gustaría hacerle algunas preguntas. —Al tiempo que hablaba le mostré mi placa. Poco a poco, su gesto fue dejando a un lado la expresión de serenidad con la que nos había recibido para adquirir otra de notable confusión—. ¿Prefiere que hablemos dentro?

—Claro. —Se echó a un lado para dejarnos pasar—. ¿Quieren tomar algo? Iba a preparar una cafetera.

—No se moleste, gracias.

—Está bien, vayamos entonces al salón. Allí estaremos más cómodos.

Le seguimos por el pasillo. Era un piso grande y lo tenía bastante curioso. Sin duda, más amplio y mejor cuidado que la mierda de piso de alquiler en el que yo vivía; aunque para eso no hacía falta mucho.

—Omar Antonescu Sala, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. ¿Conoce al señor Miguel Ángel Rodríguez Palacios?

Arrugó el ceño.

—No me suena.

—¿No? ¿Y le suena el nombre de Azucena García Bernal?

—Sí, ese sí. Era una antigua compañera de trabajo.

—¿Solo eso?

—Puff... Sí —dijo con una mueca de desdén.

—Entiendo. Tal vez le interesaría saber que ayer mismo el marido de Azucena, Miguel Ángel Rodríguez Palacios, fue asesinado.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Según nos ha contado la mujer del difunto, o sea, su antigua compañera de trabajo, ustedes dos tuvieron una pelea. ¿Es cierto?

—Discutimos, sí, pero ya está. —Sus palabras empezaban a ir acompañadas de ligeros aspavientos que trataba de contener.

—¿Discutieron?

—Sí, discutimos. ¿Por qué se sorprende?

—Si no le importa, aquí las preguntas las hacemos nosotros. Dígame, ¿por qué discutieron?

—Bueno, ya se lo habrá dicho ella, supongo.

—Queremos que nos lo cuente usted.

—No hay mucho que contar. Empecé a trabajar en la residencia de ancianos Solimar. Mi contrato era por obra, pero mi jefe me dijo que estaría allí solo dos meses, cubriendo las vacaciones de los tres que trabajan allí. Azucena es enfermera, se encarga de los viejos. El caso es, que en las primeras semanas empezó a tontear conmigo, a insinuármeme.

—¿Ella?

—Sí. Ella. Estaba claro que quería que tuviésemos un lío, pero lo que no me dijo es que estaba casada. No, eso no. La muy... —rebufó como un toro—. La muy traicionera no me lo dijo. Me hizo creer que no pasaba nada.

—¿Y qué tipo de relación tuvieron? —intervino Aines.

—Pues eso: las tres primeras semanas no hacía más que insinuarse. Hasta que ya me calentó y terminamos liándonos allí mismo, en una de las habitaciones de la residencia donde a veces yo me echaba la siesta. No quería, no me hacía ninguna gracia. Siempre he dicho que nunca, nunca se debe mezclar el trabajo con el placer, pero...

—Aclárenos una cosa —intervine—, cuando dice que terminaron liándose, ¿se refiere a que mantuvieron relaciones sexuales?

—Sí. Claro. Ya no tenemos doce años como para considerar cuatro besos un lío, ¿no?

—Vale.

—Pero ¿puede ser más específico? —volvió a solicitar Aines.

—¿Se refiere a que le cuente lo que hacíamos? —respondió el hombre con cara de escepticismo.

—No. Me refiero a cuántas veces mantuvieron relaciones.

—¿Cuántas? Pues, no sé. Después de la primera vez lo hicimos siempre que tuvimos ocasión. —Aines alzó las cejas con asombro; aquello no tenía nada que ver con lo que le contó Azucena García el día anterior.

—¿Ella estaba al tanto que usted estaría allí solo un par de meses?

—Sí.

—Y entonces, ¿usted no sabía que estaba casada?

—¡No! ¡Ya lo he dicho! —espetó alzando el tono—. ¡Me engañó como a un chino!

—Cálmese. No hace falta que grite.

—Sí, disculpe. —Agachó la cabeza.

—¿Qué pasó el día que Miguel Ángel le dio un puñetazo?

—Ah..., eso. No pasó nada que no debiera haber pasado. —Le miré con los ojos medio cerrados—. Nos vio mientras nos dábamos un beso y, claro, si el pobre hombre no lo sabía... Creo que yo hubiera reaccionado igual o peor.

—¿No le amenazó?

—¿Quién? ¿Yo? Hombre, claro que le dije cuatro cosas, no iba a dejar que me rompiera los

morros sin decir nada. Le chillé para que se acojonara y se largara con la traicionera de su mujer.

Aines suspiró. Yo no sabía qué pensar.

«Alguno de los dos está mintiendo».

—¿Entonces, después de aquello no ha vuelto a verle nunca?

—No. Gracias a Dios.

—¿Recuerda cuándo pasó todo aquello?

—Pues..., no sé, tendría que hacer memoria.

Levanté la mano en una clara invitación para que se tomase su tiempo. De inmediato su expresión cambió.

—Creo que fue un viernes. No estoy totalmente seguro, pero juraría que sí. Viernes.

«Joder, por fin algo que coincide».

—¿Qué pasó la siguiente vez que fue al trabajo y se encontró con Azucena?

—No. No volvimos a coincidir. Ese mismo viernes hablé con mi jefe para que me mandase a otro sitio. Le conté lo que había pasado y me mandó a otra empresa. Y ya está, esa fue la última vez que la vi. No he vuelto a saber nada de ella.

—¿Alguna vez Azucena le prometió que seguiría la relación con usted?

—No.

—¿Y usted le pidió algo más?

—¿Algo más, como qué, como que dejase a su marido para venirse conmigo?

—Por ejemplo.

—No. Ya les he dicho que no sabía que tuviese marido. Además, no me gustan las mujeres traicioneras. Para un entretenimiento, vale, pero no para algo serio.

—¿Cómo sabía que era traicionera?

—Por la forma de tratar a sus compañeras: les mentía cuando le interesaba. Ya saben, gente que siempre quiere salirse con la suya y les da igual a costa de qué.

—Muy bien —dijo Aines resollando.

—Señor Antonescu, ¿podría decirnos dónde estuvo a lo largo del martes de esta semana?

—El martes... ¿Antes de ayer?

—Sí.

—Me levanté pronto, me duché, fui a comprar al súper, hablé con mi antiguo jefe y fui a comer con mi cuñado y mi hermana. Estuve con ellos prácticamente toda la tarde.

—¿Ellos podrían confirmar su coartada?

—¿Soy sospechoso? ¿Es eso?

—Tan solo estamos estudiando distintas hipótesis.

—Pues sí, lo pueden confirmar. Es más, también les puedo dar el ticket de la compra y pueden hablar con mi antiguo jefe.

—Está bien, señor Antonescu. Creo que por el momento eso es todo. Volveremos si necesitamos algo.

—Muy bien, agentes. No tengo nada que esconder. Aquí estaré.

—No obstante, tenga nuestra tarjeta. Ahí puede encontrar nuestro teléfono, por si recuerda algo que pueda sernos de utilidad para la investigación.

—¿Podría facilitarnos el teléfono de su antiguo jefe? —le solicitó Aines. Después de un «claro» el hombre buscó en su móvil y luego se lo dio.

—Se llama Aitor Soto. —Junto al nombre nos facilitó también la dirección donde se encontraban las oficinas de la empresa en la que trabajaba.

Le agradecemos su colaboración y nos fuimos.

Metí los datos en el GPS y conduje hasta las oficinas en cuestión.

Al llegar, nos encontramos con un señor de unos sesenta años, de corta altura, robusto y con gran cantidad de pelo. Aunque trató de recibirnos con una expresión distendida, tenía cara de pocos amigos. De aquella visita no sacamos nada en claro salvo que Omar Antonescu nos había dicho la verdad: llegó a la residencia de la tercera edad Solimar con un contrato por obra y el compromiso de su jefe de cubrir vacaciones durante dos meses. Después de eso se lo llevó a un concesionario de coches, donde estuvo el tiempo restante hasta su cese de contrato. También confirmó parte de la coartada de Omar, de que acudió a la oficina para hablar sobre otro posible trabajo al cual se tendría que incorporar el día 15 de octubre.

—Parece que Omar nos ha dicho la verdad —dije mientras conducía hacia la comisaría.

—Sí. Desde luego, él no ha sido quien le ha puesto los cuernos a nadie ni va a ser el que quede como un indecente ante su familia y sus amigos si sale todo a la luz.

—Aun así, aunque Azucena nos haya maquillado lo que pasó, no me parece que ella ni ninguno de los otros dos sean los que han matado a Miguel Ángel.

—¿Te refieres al padre y a Omar?

—Sí, ¿a quién si no?

—Ya, ya. Vale. En fin, habrá que mirar si la muerte de Miguel Ángel le da derecho a cobrar algún seguro de vida, y esperar a la autopsia.

Se me escapó un suspiro al recordar que al llegar a la comisaría tendríamos que redactar un informe y presentárselo al comisario.

—Hacedme un resumen —solicitó Luca de Tena mientras se acomodaba en su sillón. Ante el silencio de Aines, me tocó empezar con la exposición.

—A ver. Por un lado tenemos al muerto. Ya sabe que todavía no disponemos del informe de la autopsia, así que por el momento de ahí podemos sacar poco. También sabe que las condiciones en las que se halló el cadáver muestran que quien lo mató quería hacerle sufrir, es decir, que no fue un impulso, sino algo premeditado: lo secuestró, le mantuvo atado de pies y manos, se lo llevó a un bosque y allí lo mató pegándole dos tiros por la espalda.

»Sabemos que su mujer lo engañó con un compañero del trabajo. Al parecer Miguel Ángel se enteró o andaba con la mosca detrás de la oreja y un día tuvo un encontronazo con el amante de esta. Y poco más. Bueno, sí, sabemos que era cazador. Ese día, el día que lo secuestraron, salía a cazar.

—Ya, y resultó que le cazaron a él —dijo Tena asintiendo y poniendo cara de obvedad.

—Sí. Eso mismo.

—Hasta ahora hemos estado trabajando en los que podrían ser los sospechosos más habituales basándonos en que posiblemente estuviésemos ante un crimen pasional —intervino Aines—. Hemos hablado con la mujer, con el suegro y con el amante de la mujer. Pero nada, no parecen guardar relación con el asesinato. En cuanto Esteban nos dé los datos que le hemos pedido ampliaremos el cerco de investigación.

—¿Qué le habéis pedido?

—Los grupos de Facebook donde Miguel Ángel Rodríguez quedaba con otros cazadores y las personas con las que solía interactuar. No sabemos si esa mañana había quedado con alguien para ir a cazar.

—Bien. En fin, en cuanto llegue el informe de la autopsia, si me llega a mí en vez de a vosotros, os lo paso.

—Estupendo. Mientras, buscaremos si la viuda es beneficiaria de algún seguro de vida de su marido —puntalicé. El comisario asintió pensativo—. Si tuviésemos el teléfono móvil...

—Lo tienen los de Valencia —me contestó Aines.

—Sí, lo sé. Aun así podríamos rastrear sus últimos movimientos, conocer cuál fue su última localización geográfica.

—Cierto. No sé cómo no se nos ha ocurrido antes —protestó Aines.

—Yo me encargo del tema del teléfono —dijo Luca de Tena—. Mientras, buscad si hay seguros de por medio.

Después de llevar a cabo varias gestiones pudimos averiguar que Miguel Ángel no era tomador de ningún seguro. No había pertenencias a su nombre; incluso el vehículo de la pareja estaba a nombre de Azucena García Bernal. Aquello nos dejaba sin otro posible móvil: el del asesinato para cobrar una cuantiosa suma de dinero.

Entre tanto, Esteban había recabado lo que le pedimos. Miguel Ángel era miembro de varios grupos de Facebook, pero en el que más interacción tenía era en uno llamado *Federación de Caza de la Comunidad Valenciana*.

—He creído que esto os podría resultar interesante —nos dijo Esteban según nos entregaba lo que había encontrado—. He visto que una de las últimas publicaciones hablaba de un encuentro entre cazadores allí, en Muela de Cortes. La fecha de la quedada era para el sábado, o sea, para mañana. Miguel Ángel Rodríguez puso un comentario diciendo que asistiría.

—Sí, por lo que se ve es un coto de caza conocido entre el gremio —respondió Aines.

—Pues no sé si es interesante u otro pozo seco —dije frotándome las sienes con las yemas de los dedos—. ¿Has encontrado algún comentario donde haya amenazas o...? Joder, no sé. Estoy desorientado.

—No. No he visto amenazas de ningún tipo.

—¿Puedes sacarnos un listado con los miembros del grupo ese de la Federación de cazadores con la gente que resida en Alcira, Carcagente, Cullera...? Vamos, con los que sean de esta zona.

—Sí. Aunque puede que me lleve algún tiempo.

—Vale, lo que necesites, no te preocupes.

Miré a Aines, que puso cara de circunstancia. Parecíamos estar igual que al principio.

# Resultado forense

Aines Collado

Viernes, 4 de octubre de 2019

Estaba deseando terminar el día para poder irnos a casa a descansar. Aquella noche apenas había pegado ojo. Tuve pesadillas; una tras otra. Aun estando despierta, se repetían en mi mente una y otra vez, cada vez que me relajaba. Observaba una de las fotografías de Miguel Ángel Rodríguez cuando mis recuerdos volvieron a sumergirse en una de aquellas nebulosas oníricas: acabábamos de llegar al escenario donde encontramos a Elena Pascual Molina. Nos acercábamos. Su cuerpo estaba tirado en el fango de los arrozales. No había nadie. Ni siquiera Yago. Caminaba hacia ella. La claridad del día se convirtió en oscuridad. Las moscas revoloteaban a sus anchas sobre el cadáver. El olor a putrefacción se colaba por mis fosas nasales. Sentía arcadas. Trataba de vomitar pero no me salía nada. Me acuclillé junto a ella. Observé mi mano desnuda aproximándose a su brazo; tenía la intención de darle la vuelta, aún parecía estar viva. Al tocarla, su cuerpo se convirtió en el mío. Yacía bocarriba, con los ojos abiertos y las pupilas dilatadas. Los insectos penetraban en mi organismo a través de los orificios de mi nariz y mi boca. Impertérrita, contemplaba mi propia anatomía. No entendía nada. No sabía dónde estaba, cómo había llegado allí. Tan solo podía contemplar su cabeza, mi cabeza para ser más exactos. Descendí con la mirada hacia el resto de mi cuerpo, pero en su lugar no hallaba nada. Era como si en vez de carne hubiera humo. No existía. Era incorpórea. Enmudecida volví a subir la vista para mirar de nuevo mi cara. Necesitaba entender cómo y por qué estaba muerta. Y donde antes no había más que insectos, la sangre lo había teñido todo de una capa gelatinosa de color púrpura. Trataba de limpiar mi rostro. Resultaba imposible apartar aquella masa coagulada. Lo intentaba con las yemas de mis dedos para no dañar la piel del cadáver, pero no conseguía nada; era como si resbalasen sobre aquella superficie consistente y escurridiza. Me sentía cada vez más desesperada. Necesitaba limpiar mi rostro, arrancarme aquella máscara. Ayudada de mis uñas comencé a introducir los dedos entre la «careta» y mi piel. Tras varios tirones, al fin conseguí deshacerme de una parte y, para mi sorpresa, en vez de mi rostro o el de Elena, me topé con el de Miguel Ángel Rodríguez. No volví a tocarlo. La sangre coagulada empezó a derretirse como un trozo de mantequilla al calor de una lumbre, resbalando por su cara hasta dejarla totalmente descubierta, mostrando su semblante y su cabeza abierta en dos. Miré la herida, el agujero: los sesos se le habían desparramado por el suelo. Un suelo que en vez del fango donde encontré a Elena se había convertido en la tierra, las hojas secas y el polvo del sotobosque donde le encontramos. De pronto abrió los ojos. Estaba vivo, trataba de hablarme. Sentí mi pulso acelerarse, el deseo de escuchar lo que tuviera que decirme. Cuando se disponía a pronunciar la primera palabra, sentí un impacto en mi espalda. Alguien me había disparado. Mi respiración se cortaba. Volvía a no entender nada. Un nuevo impacto de bala, esta vez en mi cerebro, hacía que cayese, agonizante, sobre Miguel Ángel. Me despertaba antes de perder la consciencia, antes de

exhalar mi último aliento.

«Tengo que contárselo a la psicóloga. Tal vez le encuentre algún sentido —me dije al tiempo que mi mente recordaba aquel desconcierto que sentí al despertar en mitad de la noche con el cuerpo bañado en sudor frío».

De nuevo, el pulso se me había acelerado.

Resollé lo más discretamente posible que pude para no llamar la atención de Yago. Él estaba distraído examinando la documentación que habíamos recopilado.

Entré en el email. Hacía diez minutos que había recibido un mensaje del forense encargado de practicarle la autopsia a Miguel Ángel Rodríguez.

—Creo que ha llegado el informe de la autopsia de Miguel Ángel —le comuniqué a Yago al tiempo que abría el correo.

Se levantó de la silla y se acercó. Se colocó a mi espalda y se agachó para ver mejor la pantalla. Comencé a sentir su respiración acariciando mi nuca, y tras eso un escalofrío recorriendo todo mi cuerpo.

«Aléjate un poco; me pones nerviosa».

Por suerte, él no se daba cuenta de nada. Estaba ahí como un pasmarote, mirando la pantalla como si estuviese hipnotizado.

Al fin me centré y leí el mensaje:

*«Hola. A petición de la inspectora Dolores Casado, les adjunto el resultado del análisis necroscópico del individuo identificado con el nombre de Miguel Ángel Rodríguez Palacios. Quedo a su entera disposición para cualquier duda que puedan tener al respecto.*

*Saludos.*

*Dr. Xavier González».*

Abrí el archivo adjunto con la intención de imprimirlo.

—Saca un par de copias —me solicitó Yago a la vez que se dirigía a la impresora.

Al cabo de unos instantes regresó con los dos ejemplares.

—Toma —dijo entregándome una copia.

Comencé a leer entretanto de soslayo veía cómo Yago se acomodaba en su silla:

*«INFORME DE AUTOPSIA MEDICO FORENSE*

*Lugar: Valencia, a 3 de octubre del año 2019.*

*Fecha: 9:23 a.m.*

*Autoridad que solicita: Fiscal 3ra de lo Penal.*

*El actual caso presenta heridas de arma de fuego contundentes a diferentes niveles, ejecutados por la espalda: un primer impacto localizado a la altura del borde inferior derecho de las escapulas, alcanzando nervios, músculos y el hueso escapular derecho, y un segundo impacto localizado en la cabeza, creando un orificio de entrada en el lóbulo occipital y uno de salida en el lóbulo frontal. El segundo impacto ha provocado la pérdida de buena parte de la masa craneoencefálica, motivo por el cual, se determina que la causa de la muerte fue de tipo violento (asesinato). A su vez, las heridas superficiales (arañazos, irritación y leves quemaduras por el roce de la piel contra una superficie áspera) a la altura de muñecas y tobillos, determinan un periodo de cautiverio durante el que se puede determinar que trató de liberarse.*

*A simple vista podemos observar a un varón de edad comprendida entre los treinta y cinco y cuarenta años aproximadamente, algo más de un metro ochenta de estatura. Le hemos desprendido de las protecciones que cubrían sus manos y su perineo. Las manos y los pies presentan signos de gangrena. Dos heridas de bala citadas en el punto anterior. Desnudo. Sin equimosis. Arañazos y magulladuras superficiales en piernas, brazos y espalda. Restos de excrementos en las zonas del perineo, de los glúteos, del ano y de las piernas. Un par de uñas levantadas y rotas.*

*El cadáver no presenta ningún tipo de vestimenta y se encuentra en decúbito prono sobre la mesa de autopsias.*

*Sexo: Varón.*

*Talla: 1,84 m.*

*Peso: 74 kilos.*

*Edad: 42 años.*

*Raza: Caucásica.*

*Biotipo morfológico: Atlético.*

*Hora de la muerte estimada entre las 20:00 y las 23:00 horas del jueves día 2 de octubre de 2019».*

Dejé de leer. Yago aún seguía examinando los papeles.

Mi mente voló distraída hasta toparse con los recuerdos del cuerpo de la víctima.

«¿Pudo ser un ajuste de cuentas como comentó Yago?

»Lo que sí parece que está claro es que el victimario quiso hacerle sufrir, torturarlo psicológicamente».

Suspiré de forma discreta.

Me salté más de la mitad del informe en busca de las conclusiones.

*«Conclusiones medicolegales:*

*-Se trata de una muerte violenta.*

*-Causa inmediata de la muerte: hemorragia cerebral.*

*-Causa fundamental de la muerte: heridas de bala.*

*-Data de la muerte: 02 de octubre de 2019.*

*A la disposición del señor juez para cualquier información adicional que considere pertinente.*

*Firma: Dr. Xavier González».*

Apoyé los codos sobre la mesa y reposé la cabeza entre mis manos. No me apetecía pensar ni leer una sola palabra más.

«Ojalá que lo encontremos pronto. Y ojalá que el que ha hecho esto no vuelva a matar a nadie».

—¿Hay algo que pueda valernos? —le pregunté a Yago cuando advertí que hubo terminado de leer.

—¿No lo has leído?

—Completo no.

Se le alzaron las cejas.

—Aparte de lo que ya nos adelantó *in situ* el forense, lo drogaron. Seguramente para poder secuestrarlo sin montar escándalo. Aunque eso no justifica su indisposición intestinal.

—¿Indisposición intestinal?



—Sí, la diarrea.

—Ah, ya. Pobre hombre.

—Sí. Al margen de eso, no hay mucho más. Lo tuvieron retenido durante horas, pero en ese tiempo no lo torturaron desde un sentido puramente físico. Lo tuvieron atado y amordazado. En la boca han encontrado restos de gasolina. Al parecer, el trapo con el que lo amordazaron tenía restos. Los disparos se los pegaron cuando aún estaba vivo. Ya sabíamos que el primero se lo dieron en la espalda y el segundo en la cabeza, como nos adelantó el forense. El segundo lo terminó de rematar. Por lo demás, no hay nada destacable. En las ropas no había restos orgánicos de ningún tipo: ni de él ni de ningún presunto verdugo. Parece que estamos como al principio.

—Espero que el listado que nos tiene que dar Esteban nos ayude a avanzar, porque lo llevamos claro.

Una vez más, traté de ocultar mi exasperación.

Estuvimos en la comisaría hasta pasadas las ocho de la tarde. Justo cuando nos íbamos a marchar a casa, Esteban nos avisó de que ya tenía lo que esperábamos. Había localizado sesenta y tres nombres que coincidían con nuestra zona.

«Ahora que nos vamos a casa...

»Pues lo siento mucho, pero no pienso quedarme ni un minuto más.

»Debería llamar a la psicóloga. Hoy ya es imposible que me dé tiempo a visitarla.

»Mejor la llamaré dentro de una hora, así me aseguro de que no le dé por hacer horas extra.

»Sesenta y tres nombres. Madre mía, la que nos espera».

# Arrepentimiento

Domingo, 20 de octubre de 2019

No sentía ningún tipo de arrepentimiento. Ni pena, ni malestar. Su empatía hacia el ser humano estaba desmigajada y esparcida, como un puñado de serrín que ha salido volando tras un soplido.

La noche anterior había asesinado a un ser que consideraba despreciable, y no sentía nada. Era consciente. Se cuestionaba en qué lugar le dejaba ese desdén, esa indiferencia. «¿Me he convertido en un monstruo sin escrúpulos?», se preguntó.

En realidad, le traía sin cuidado. No estaba ahí para caerle bien a la gente; menos aún para salvar el planeta; según él, «había que ser muy necio y engreído para caer en esa trampa».

Contemplativo, se sentó en el sofá. Después de pasar un largo rato inmerso en sus divagues, buscó la pieza central de la banda sonora de la película *El código da Vinci*. Subió el volumen lo más alto que su portátil permitía. Programó la lista de reproducción para que se repitiese una y otra vez. Y cerró los ojos. Apoyó la espalda contra el respaldo del sofá. Y se adentró en la música; en cada tono.

La melodía llegaba a sus oídos como las cascadas que azotan el lago que las espera más abajo. Sus tímpanos vibraban al son de cada nota compuesta por Hans Zimmer, generando un eco que se abría como una onda expansiva dentro de su cuerpo, estremeciendo cada uno de sus órganos, invadiendo cada una de sus células. La resonancia subía y bajaba como la marea, transportándole a un mundo distinto; se sentía en el Olimpo. Y allí, no existía nada más que esa melodía, nada más que las sensaciones, nada a excepción de su ser en medio de una soledad casi celestial, tan alegre como triste, tan colmada como vacía. Era un estado incomprensible para su propia mente; pero real. «No todo lo que no se puede palpar es mentira», se dijo.

Se perdió en esa dimensión en la que los violines se expresaban al contacto de los arcos con las cuerdas; en la que de vez en cuando el gong erizaba el vello de su espalda; en la que los coros exponían un constante monosílabo.

«Hans Zimmer. A la gente se la recuerda más por sus obras que por su nombre —reflexionó—. Aunque yo no necesito reconocimiento.

»Supongo que mientras yo esté conforme con mis actos, el mundo podrá llegar a entenderme. No tengo por qué avergonzarme ni arrepentirme».

# Piso nuevo

Yago Reyes

Domingo, 6 de octubre de 2019

Aquella mañana la emplearía en hacer algo de provecho para mi estabilidad emocional: buscar un nuevo piso. Había hablado con la mujer de la inmobiliaria con la que contacté pocos días después de instalarme en mi actual cuchitril. Según me planteó la situación, todo prometía que mi suerte en ese sentido podría cambiar.

Llegué a la oficina. Elvira me esperaba sentada a su mesa, mirando la pantalla del ordenador. Aunque no era habitual que la inmobiliaria abriese un domingo, a causa de mi sabida falta de disponibilidad y mis descontrolados horarios, amablemente hizo una excepción conmigo. Era una mujer de unos cincuenta y cinco años, tal vez sesenta. En algunos aspectos me recordaba a mi madre, solo que Elvira tenía una constitución más compacta: apenas alcanzaría el metro cincuenta de estatura. Poco más de metro y medio colmados de encanto, energía y atención. Era evidente su plena dedicación a su trabajo; cosa que, además de beneficiarme, me encantaba. Desde que le conté mi desesperada situación, se había volcado en encontrarme algún lugar digno donde vivir, un verdadero hogar. Creo que de alguna manera le daba pena, y tal vez por eso empezó a tratarme como a uno más de la familia, algo así como a un sobrino. Tanto era así que, a decir verdad, si aún no me había mudado no fue por la falta de oportunidades que me presentó, sino más bien, por mi falta de convencimiento, de ganas y de ilusión. Muchas de las ofertas las deseché sin apenas prestarles atención. Pero ahora la cosa apremiaba; mi salud mental estaba en juego.

Elvira me había buscado varias viviendas; diez, para ser más exactos. Antes de dirigirnos a todas y cada una de ellas, decidimos hacer una primera criba basándonos en las fotos de las que disponía. Al final, dejé solo tres para visitarlas en persona. La primera no estaba mal. Para empezar era el doble de grande que mi actual zulo. Tres dormitorios, dos baños, una cocina amplia..., y todo bastante nuevo. Era un tercero sin ascensor.

La segunda era por el estilo: un segundo piso con ascensor, tamaño grande, tres dormitorios, un baño, un aseo, trastero, cocina con lavadero... Tenía más votos que la anterior.

Y sí, aquella no estaba mal, sin embargo, a sabiendas habíamos dejado para el final la más prometedora. Al bajar del coche se me dibujó una sonrisa. El edificio en sí ya adelantaba que se trataba de una construcción de obra nueva, ubicado en un barrio joven y aparentemente tranquilo. El piso rondaba los cien metros cuadrados; con tres dormitorios provistos de armarios empotrados en las dos habitaciones pequeñas y vestidor en la de matrimonio, salón independiente, terraza de quince metros cuadrados, cocina amueblada con electrodomésticos en acero inoxidable y dos cuartos de baño, uno de ellos en la habitación de matrimonio. Todo ello en una segunda planta con ascensor y con tan solo cuatro pisos por bloque.

—Dios, qué a gusto volvería cada día del trabajo —espeté mientras me paseaba por el salón y me deleitaba con el contraste de las paredes color gris perla y la carpintería en color blanco lacado. Se podría decir que incluso olía a nuevo. La mujer se rio con disimulo—. En serio, ¿tú

sabes lo que sería llegar aquí después de un día de locos, darte una ducha y luego ver un rato la tele en una pantalla que ocupe media pared, con una buena birra en la mano?

—Te veo bastante convencido.

—Y tanto que sí. Pero ¿estás segura de que esto entra en mi presupuesto?

—Sí. Además, me he querido reservar un detalle para el final que creo que te animará aún más a quedártelo.

—Dispara, mujer.

—Tiene opción de compra. —Arrugué el ceño, no porque no supiese lo que significaba, sino porque me parecía muy bonito para ser verdad. Mientras, Elvira siguió explicándose—. Tú vas pagando como si fuera un alquiler normal y cuando pasen siete años podrás hipotecar el importe que reste. Durante los siete años que estés alquilándolo será como si ya estuvieses pagando cuotas. Es una forma que tienen los bancos de quitarse de encima algunos inmuebles que se les han quedado colgados.

—¿Francamente? Suena estupendo.

—¿Verdad? Sabía que te gustaría la opción de compra.

—¿Y en cuánto se quedaría la deuda después de los siete años?

—Ahora mismo, de memoria no lo recuerdo, pero tranquilo, entra en los baremos que me diste. De todas formas, cuando lleguemos a la oficina te daré todos los datos como Dios manda.

—Si está todo correcto te lo dejo firmado ya mismo.

Se le escapó una risita que trató de disimular. No obstante, su rostro reflejaba una sincera felicidad por mi entusiasmo. Al fin habíamos encontrado algo que me satisfacía.

—Sí, ahora cuando volvamos a la oficina te entrego el contrato.

—Genial. ¿Cuándo podría instalarme?

—Esto va rápido. En diez días como mucho podrás hacer el traslado.

—Joder. —Sentí la ansiedad corriendo por mis venas—. Sí. Me lo quedo. Haz los papeles ya mismo, quítalo de la venta o haz lo que tengas que hacer, pero este es mío.

La mujer se echó a reír, esta vez sin ningún tapujo.

—Tranquilo, ni siquiera lo tenía en el catálogo. Sabía que lo querías.

Me acerqué a ella, le cogí de los hombros, me incliné y le di un beso en la frente.

—Gracias, Elvira. No sabes lo a gusto que voy a dormir esta noche.

Sonrió.

—De nada, hombre. No podía dejarte en ese sitio tan asqueroso del que me hablaste. Demasiado tiempo llevas padeciendo.

—Pues ya que no puede quitármelo nadie, voy a darle otro vistazo. ¿Seguro que no me puedo ir trasladando? ¿Diez días? Se me van a hacer eternos —dije hablando prácticamente solo, mientras cruzaba el pasillo principal.

Aquello parecía una casa de lujo tamaño reducido. Quería deleitarme unos segundos más con el que ya consideraba mi dormitorio. Y lo hacía, estaba disfrutando de lo lindo, hasta que la melodía de mi móvil me jodió el momento.

—Mierda —susurré en un suspiro. Miré la pantalla, era Aines.

Solté un par de improperios sin que nadie me oyese y descolgué.

—Hola, Yago. Perdona que te moleste. Tenemos el informe de balística. El arma que encontraron junto al cadáver pertenecía a Miguel Ángel Rodríguez. Las balas que le extrajeron pertenecían a la misma arma.

—Eso quiere decir que le dispararon con su propio rifle.

—Sí.

—Joder.

—Sí, pero hay más.

—¿Qué?

—He estado repasando todos los papeles que tenemos, entre ellos el listado que nos dio Esteban. ¿Sabes quién figura en medio de todos los nombres?

—Sorpréndeme.

—El padre de Azucena, Ernesto García del Valle.

—¿En serio?

—Sí, me ha costado darme cuenta porque en su perfil de Facebook se hace llamar «E. García», por eso la primera vez que lo ojeamos no nos dimos cuenta.

—Eres muy aguda, compañera.

—Gracias. El caso es que cuando vengas de Madrid me gustaría que nos acercásemos a hablar otra vez con Ernesto. Me gustaría saber por qué no nos dijo que él también era cazador y que incluso frecuentaba los mismos grupos que su yerno.

—Sí. Es buena idea. De todas formas en media hora estaré listo.

—¿Ya has vuelto?

—No, en realidad me he quedado para buscar piso. En el que vivo ahora tan solo las cucarachas están a gusto.

—Ah, entonces estupendo. ¿Paso a buscarte a algún sitio?

—Me he traído el coche, así que si te parece voy yo a tu casa.

—Vale.

—En cuanto termine de hacer el papeleo te aviso de que voy para allá.

—Guay —espetó como una chiquilla. Su espontaneidad me hizo sonreír; se la percibía de buen humor.

Nada más colgar fui a buscar a Elvira para que nos marchásemos a la inmobiliaria a dejar preparados los papeles que necesitase para hacer los trámites.

Tal y como le había dicho a mi compañera, en media hora estaba yendo hacia su casa.

Cuando llegué no tuve que esperarla, ni siquiera que bajarme del coche o hacerle una llamada perdida: me esperaba en la puerta de su chalet adosado. Estaba en la mitad de una hilera de viviendas; diez al menos. Parecían bastante nuevas.

—Hola —saludó nada más subir al coche—. ¿Qué tal ha ido la búsqueda de piso?

—La verdad es que estupendamente. He dejado firmados los papeles para entrar en unos días en un piso de nueva construcción.

—Me alegro. Supongo que así te cambiará un poco el ánimo.

No me esperaba ese comentario, la verdad. Al parecer llevaba unos días más tosco de lo habitual.

—Supongo que despertar en una casa limpia, nueva, sin esa mezcla de olor a viejo y cañerías del año tres, ayudará mucho, sí.

—¿Olor a viejo y cañerías? Joder, ahora entiendo por qué te echas tanto perfume.

Se me alzó una ceja.

—¿En serio?

—A ver, no me malinterpretes, hueles muy bien, pero..., quizá un poco demasiado.

—Qué sutil, compañera.

Hizo una mueca de «se siente, es lo que hay».

—En fin —dijo manipulando su móvil—. Pongo el GPS.

—Vale.

Mientras seguía la ruta marcada por el navegador, estudié cuánta razón tenía Aines con respecto a mi aroma. Tal vez se trataba solo de una broma con la que tocarme las narices, pero no lo sabía. Por mucho que trataba de olfatearme a mí mismo con disimulo, no conseguía apreciar si en efecto iba por la vida como una mofeta acaramelada o si por el contrario dejaba el suave rastro de alguien que se pulveriza tres veces con su perfume. Si iba en plan mofeta debía haberseme jodido el sentido del olfato hacía mucho tiempo.

Por su parte, Aines pasó de las confesiones a ignorarme. Durante el resto del trayecto se dedicó a mirar por la ventanilla.

«Es como si tuviera un trastorno de la personalidad. Tan pronto está amable como que me ignora por completo. Es *flipante*.

»Tal vez no quiera entablar demasiada amistad. Puede que se siga sintiendo algo incómoda conmigo.

»Bueno, por suerte hemos avanzado mucho».

—*Su destino quedará a su derecha* —dijo la voz del GPS.

—Por cierto, estoy preparando una barbacoa en casa. Si quieres, cuando acabemos de hablar con Ernesto, te puedes venir.

«¿Una barbacoa? Esto sí que no me lo esperaba».

—¿Tú sola?

—¿Qué? No, no. Vendrán varios amigos: un par de parejas y un par de amigas.

«¿Amigas? ¿No pretenderá que me líe con alguna de sus amiguitas, no? —pensé mientras aparcaba—. Lo lleva claro. Prefiero seguir ejercitando el brazo antes que conocer a nadie nuevo».

—No sé si...

—Solo te lo digo porque supongo que no conoces a casi nadie de por aquí, y como querías irte a Madrid y al final no has podido... Piénsatelo.

No respondí, me limité a quitar las llaves del contacto y salir del coche.

«Si querías hacer que me desconcentrase, lo has conseguido, guapa —pensé mientras la observaba cerrar su puerta».

Caminamos hacia el portal. Como de costumbre, ella se encargó de llamar al telefonillo.

Esperamos unos segundos. Nadie contestaba. Aines insistió.

—Puede que no esté en casa. Tal vez está con su hija.

—Puede —dijo volviendo a pulsar por quinta vez.

—¿Sí? —Contestó cuando ya pensaba que debíamos marcharnos.

—Somos los agentes Yago Reyes y Aines Collado, estuvimos hablando el otro día con usted y con su hija —respondió Aines. Yo seguía abstraído, con la mente puesta más en la invitación que en lo que se suponía que debía estar haciendo.

—Sí.

—¿Podemos hablar con usted un minuto?

—Sí.

Abrió el portero.

—Es un segundo —dijo Aines enfilando las escaleras.

—Vale.

Su costumbre de ir siempre por delante me permitió contemplar una estampa distinta a la que

me tenía acostumbrado: en la parte de abajo vestía unos vaqueros ceñidos que se adaptaban con elegancia y sensualidad a sus bonitas curvas y en los pies unas deportivas negras; arriba, una camiseta de manga corta de color gris marengo igual de ceñida que los pantalones. El broche final era verla con el cabello suelto.

«Si no fuéramos compañeros...».

Ernesto nos esperaba con la puerta entreabierta.

Al escucharnos llegar terminó de abrirla, recibiéndonos con un «buenos días» y un gesto de preocupación.

Nos invitó a pasar.

—Queríamos preguntarle por su afición a la caza —dije, volviendo a centrarme en lo que nos ocupaba.

—¿Mi afición a la caza?

—Sí.

—¿Qué quieren que les diga?

—¿Por qué no nos dijo que usted también es cazador?

—Ah, eso. No. Ya no salgo a cazar. Desde hace mucho. Al menos cuatro años.

—Sin embargo, ¿sigue visitando y participando en los grupos y quedadas que organizan otros cazadores?

—Yo no participo en nada. —Su tensión parecía irse disipando a medida que parecía intuir por qué habíamos ido a verle.

—¿Ah, no? Tenemos un listado en el que figura su nombre como una de las personas que interactúa en los grupos de cazadores de la Comunidad Valenciana.

—¿Se refieren a eso del 'fesbok' y esas cosas?

—¿Habla usted del Facebook?

—Eso. Sí.

—Sí, nos referimos a eso.

—Ah, ya. —Rio con estridencia—. Me meto a ver qué se cuece. Es una forma de mantenerme activo, ¿entienden? Mis piernas ya no me permitirán ir a cazar, pero el espíritu nunca se pierde.

—¿Alguna vez salió de caza con su yerno?

—Coincidimos solo un par de veces. Al principio, cuando él acababa de sacarse el permiso de armas. ¿Saben? Se aficionó a la caza gracias a mí, a que se vino un par de días a mirar. Y bueno, al principio parecía que estaba un poco reticente, pero luego... —Soltó una risotada—. No dejaba escapar una. En cuanto organizaban una quedada, allí estaba, el primerito. Presumía de ser un buen tirador y no le faltaba razón, la verdad.

—Da la sensación de que estaba orgulloso de su yerno —dejé caer.

—Hombre, si se puede decir así...

—Díganos una cosa, señor García —intervino Aines—: ¿se llevaba bien con Miguel Ángel?

—Sí, muy bien. Le quería casi como a un hijo. Aunque supongo que es lo normal, ¿no? Llevaba con mi hija muchos años.

—No tuvieron ningún encontronazo cuando Miguel Ángel golpeó al amante de su hija.

Enmudeció y nos miró desconcertado, con la boca abierta.

—Porque usted sabía que tenía un amante, ¿no es así? —Incidí sobre la cuestión que acababa de plantearle mi compañera.

—Bueno, no sé si puede considerársele un amante.

—¿Y qué se considera entonces a una persona casada que ha tenido un trato afectivo y/o sexual

con otra? ¿Amistad?

—Ya saben que estas generaciones modernas...

—¡No me venga con esas mierdas, señor García! —Alcé la voz haciéndole callar. Fui consciente de la tensión que se me había creado en el cuerpo, concretamente en las mandíbulas. Aines me miró atónita y tomó las riendas de la entrevista.

—¿Conoce a las personas con las que pudo quedar su yerno para ir a cazar?

—No, no tengo ni idea. Es más, yo ni siquiera sabía que iba a salir a cazar. Me lo dijo mi hija después de que fuese a poner la denuncia.

—Pero su hija dijo que solía quedar con las mismas personas.

—Yo creo que se refería a que siempre quedaba con el mismo grupo de personas, pero ese grupo es muy grande. Pueden ser cien miembros o más. Dentro de esos, unas veces van unos, otras otros... No sé si me explico.

—Sí, más o menos.

Le hice un gesto a Aines de «aquí no hay nada que rascar», pero ella siguió tratando de exprimirle como a una naranja ya de por sí seca.

—Volviendo al tema de la infidelidad de su hija. ¿Sabe si alguna vez Miguel Ángel le levantó la mano, la maltrató?

—¿Qué quiere decir?

—Lo que ha oído. Responda —reclamé tajante.

—No. Nunca.

—¿Está seguro?

—¿Qué pretenden? ¿Mi hija les ha dicho que mi yerno le puso la mano encima? —repuso inquieto. Se notaba una sincera sorpresa.

—¿Eso quiere decir que no?

—Quiere decir que mi yerno era incapaz de hacerle daño a una mosca.

—Claro, por eso salía a cargarse animales cada vez que podía. Qué irónico, ¿verdad? —contesté con sorna.

—No me refería a eso. Ustedes me entienden.

—¿Sabe que los psicópatas y potenciales asesinos disfrutaban matando animales? ¿Lo sabía? ¿Y sabía que en su evolución mental pasan por querer y necesitar presas cada vez más grandes para sentirse más poderosos?

—¿Qué está insinuando?

—No insinúo nada, señor García, lo digo abiertamente. La gente que, como usted, disfruta matando animales no son tan inofensivas o buenas personas como pudieran parecer. Si son capaces de arrancarles la vida a otro ser vivo simplemente por saciar su placer, ¿por qué no iban a terminar haciéndole daño a otro ser humano, tal vez a su esposa, en caso de conocer que le ha sido infiel?

—Mi yerno era una buena persona. Nunca le haría daño a nadie. No es lo mismo una persona que un animal. A los animales hay que abatirlos, hay que tenerlos a raya si no queremos que nos invadan, que se coman nuestras cosechas o maten a nuestros animales. Además, es necesario matarlos; algo tendremos que comer, ¿no?

—¿De verdad se cree la cantidad de sandeces que está diciendo? —Aquel viejo estúpido e ignorante estaba consiguiendo que perdiera la paciencia.

—Bueno —intervino Aines mientras yo rebufaba—. Entonces, no cree que la haya maltratado nunca, ¿no es así?



—No. No puede ser que lo haya hecho. No lo creo, la verdad.

—Está bien. Creo que por el momento no tenemos más preguntas. —Di media vuelta dispuesto a marcharme—. Si necesita algo, ya sabe dónde localizarnos.

—Gracias, señorita.

Caminé por el pasillo hasta la puerta principal. Aines venía detrás de mí.

—¿Creen que he sido yo? ¿Por eso han venido a verme? —preguntó de pronto, pausado, cuando yo me encontraba a punto de posar mi mano sobre el picaporte para abrir y largarnos de allí. Me giré y miré la expresión de su rostro, que solo podía ser el reflejo de dos emociones: una, pena por haber perdido a su querido yerno y ser él uno de nuestros sospechosos, o, dos, culpabilidad.

—No lo descartamos —respondí con sinceridad. El hombre agachó la cabeza, como si aquella fuese una noticia peor que la misma muerte.

—Quería a mi yerno y mi hija también lo quería. Espero que atrapen al verdadero culpable —dijo entre pucheros, vertiendo las primeras lágrimas que vimos aflorar de aquellos pequeños y arrugados ojos.

—Lo atraparemos. Eso seguro —decreté. Y dicho aquello, salimos de allí.

Bajamos las escaleras. Esta vez Aines seguía mis pasos.

—Necesitas con urgencia ese cambio de piso —dijo mi compañera según nos aproximábamos a la puerta del portal. Su tono era relajado. Sabía que trataba de distender el ambiente, de bajarme los humos.

—No te creas que un piso bonito me va a provocar una lobotomía. —Pulsé el botón del cierre centralizado mientras nos aproximábamos al coche—. Siento decirte, por si aún no te habías dado cuenta, que soy así, mi mala leche viene de serie y por muy bonita que sea la vida, por muy acogedor que pueda ser mi piso nuevo, no evitará que la gente estúpida consiga sacarme de mis casillas. Me metí a policía precisamente para tratar de quitar de la circulación a toda la lacra posible. No sé si me explico.

Subimos al coche.

—Solo trataba de...

—Lo sé. Gracias —la interrumpí—. Pero... En fin, da igual.

Permanecí varios segundos con una mano asida al volante y la otra con la llave metida en el contacto, sin arrancar. Aines debía estar pensando que estaba loco, que tal vez tenía un problema de bipolaridad o algo por el estilo. Ni yo mismo entendía qué me estaba sucediendo. No era propio que un viejo diciendo necedades me enervase de esa manera.

—Sigue en pie lo de la barbacoa.

Giré la cabeza. Necesitaba ver esos apaciguadores ojos marrones, sentir su perdón, su paciencia. Su semblante transmitía cariño; ese que desde hacía años no había vuelto a despertar en nadie. Tuve ganas de besarla, pero supe contenerme. La amabilidad a veces pude llevarnos a crear castillos en el aire, y más cuando uno se siente tan solo.

—¿Estás segura?

—Sí. Me encantaría que vinieses. Sé que te sentará bien distraer la mente. Y de paso, así podré conocerte de verdad, saber cómo eres fuera del trabajo.

Aunque no conseguí articular más palabras, le dediqué una sonrisa triste que al mismo tiempo gritaba «gracias».

—Por cierto, y no me echo tanto perfume, solo me pulverizo tres veces. —Trató de evitar reírse, pero no aguantó.

—¿Solo tres veces? ¿Te parece poco?

—Sí.

—Venga, anda, conduce, que empiezo a tener hambre.

Y sin añadir ninguna chorrada más, obedecí. Eso sí, no faltaron reproches que hacerme a mí mismo.

«A ver si te crees que con cuatro bromas estúpidas vas a compensar tus arranques de demente insoportable».

Al llegar me presentó a sus amigos. En su ausencia se habían encargado de preparar las ascuas para, en cuanto regresase, empezar la torrada.

Hablé con unos y con otras, sobre todo con los hombres. Como dije, no me apetecía conocer a ninguna mujer. No tenía cuerpo para complicarme la vida ni con amistades ni con pretensiones carnales. No obstante, fui el centro de atención de una de las féminas de la «fiesta». Nunca he sido un narcisista, pero en ese caso estaba claro —y sería de críos hacerse el tonto, el que no se ha dado cuenta—: le había entrado por los ojos a una de las amigas de Aines.

La velada fue transcurriendo contra todo pronóstico: comida a la brasa, cerveza, una compañía agradable, un par de tíos con los que poder hablar de otra cosa que no fuese una investigación policial, risas con mi compañera, la sensación —que nunca está de más— de que aún levantaba pasiones... Vamos, mejor imposible. No obstante, la cosa se fue torciendo a medida que el alcohol iba acumulándose en mi organismo. Entraba más del que a mis riñones les daba tiempo a filtrar. Y algo que también jugaba en contra, era la falta de costumbre. Si me hubiera pillado diez años atrás no hubiera habido problema, pero la edad, la madurez y el cambio de gustos me habían conducido a llevar una vida menos tóxica; suficientes toxicidades tenía ya en mi profesión. No necesitaba recurrir al alcohol para camuflar mi vida de mierda, tenía el suficiente arresto para soportar las cosas sin más artificios corrosivos.

En ningún momento tuve intención de permanecer en su fiesta demasiado tiempo, sin embargo, el ambiente me fue persuadiendo hasta conseguir que me quedase hasta el final. A fin de cuentas, ¿qué iba a hacer, regresar a mi cuchitril a respirar hediondez, sentarme frente a la tele a ver cualquier mierda de programación con una cerveza en la mano como única compañía? No, realmente no había nada que motivase mi partida.

Cuando me quise dar cuenta tan solo quedábamos Aines y yo. Ni siquiera aquella amiga de Aines, esa de mirada insistente que no hacía otra cosa más que ponerme ojitos. Aunque en su caso, creo que se largó debió al trabajo; a pesar de ser fin de semana, tenía que currar.

Debí marcharme antes de tomar aquella última copa de vino. Sí, no sé en qué momento de la fiesta se cambiaron las cervezas por los cubatas y luego por el vino. Supongo que nos fuimos adaptando a los suministros que quedaban.

—Creo que va siendo hora de que me vaya —dije levantándome del sofá. Mi tono de voz era el típico de un borracho con ínfulas de sobriedad. Por el contrario, un ligero mareo me recordó que me había pasado tres pueblos empujando el codo.

—Así no puedes ir a ningún sitio —me reprochó Aines, poniéndose ella también en pie.

—No vivo tan lejos, mujer.

—Es tarde y tengo varias camas vacías y un sofá enorme. Te puedes quedar en cualquiera de ellos.

—¿Qué me crees, un niño pequeño, un anciano desvalido? Yo me voy a *casssa* —las «s» me dejaron definitivamente en evidencia.

De pronto se acercó, me palpó los bolsillos y metió la mano en uno de ellos para sustraerme las llaves del coche. Aquel contacto me hizo sentir, por segunda vez ese día, ganas de besarla. Miré sus ojos mientras ella me observaba enmudecida. Su cordura me robó las intenciones.

—Voy a hacer una infusión. ¿Quieres?

—Sí.

Dio media vuelta y se dirigió a la cocina mientras yo regresaba al sofá. Me sentía ofuscado, confundido, solo, y para colmo, excitado.

«Vete a cagar, Yago. ¿Aines? ¿Pero tú estás gilipollas o qué te pasa? Es tu compañera, tío. Céntrate».

Al cabo de un rato —bastante largo, por cierto— volvió con dos tazas en la mano. Empezaba a sentirme mejor, pero se me habían quitado las ganas de volver a casa.

—Toma. Ten cuidado, que la taza quema un poco. —En vez de dármela en la mano, la dejó sobre la mesa de centro.

—Tienes una casa muy bonita.

—Gracias. Y dentro de poco tú también.

—Sí. Por fin —suspiré. Me incliné para coger mi infusión. Tenía razón: ardía como un demonio.

Nos quedamos sentados uno al lado del otro sin decir nada durante varios minutos, sumidos en nuestros pensamientos.

«Joder, si la hubiera besado habría metido la pata pero bien.

»Espero que no se haya dado cuenta.

»Me gustaría saber qué narices está pensando».

—¿Estás bien? —me preguntó al tiempo que me examinaba—. ¿Tienes sueño?

—No, estoy bien. ¿En qué piensas?

—Eh... En el caso de Miguel Ángel Rodríguez. Ahora mismo me ha venido a la mente el padre de Azucena, Ernesto.

—¿Crees que ha tenido algo que ver?

—No lo sé. Sus ojos... Es como si le estuviese volviendo a ver: esos ojos, esa mirada, esas lágrimas... ¿Crees que alguien puede fingir los sentimientos?

—Ya sabes que sí.

—¿Entonces tú sí crees que ha podido ser él?

—¿Quieres que te diga lo que pienso?

—Sí. Claro.

—Pienso que a los ojos del mundo un anciano siempre transmite ternura, fragilidad, inocencia. Puedes haber sido todo lo mísero y despreciable que hayas querido a lo largo de tu vida, que cuando el tiempo tiñe tu cabello de blanco y tus huesos se te doblan como un arco tensado, todo el daño que hayas hecho parece borrarse. Según se aproxima nuestro último día, la muerte se encarga de igualarnos, de hacernos a todos igual de vulnerables que cuando nacimos. Hay pocos viejos que llegados a la edad de ese hombre, de Ernesto, conserven una mirada desafiante, de mal nacido. Creo que están tan cerca de encontrarse con Caronte para cruzar el río Estigia, que durante un tiempo antes empiezan a fingir su inocencia para ganarse la moneda que los lleve a la otra orilla. Interpretan ese papel con tanto ahínco, que llegan a encarnarlo y reflejarlo en sus caducas vidas, por eso sus miradas son serenas; por eso a veces nos pueden hacer dudar sobre su inocencia. —Me miraba con cara de no entender a qué venía todo aquello; tal vez pensó que se me había ido la cabeza—. Déjalo, compañera. Es el alcohol el que habla. Debería dejarte ir a la

cama a descansar. Mañana va a ser un día largo. No tengo ni la más remota idea de por dónde seguir.

—Está bien. Te enseñaré dónde está el cuarto de invitados.

—Aquí estoy bien. No te preocupes.

—¿Estás seguro?

—Sí. Gracias por cuidarme.

—Tú hubieras hecho lo mismo por mí. —Se levantó, me dedicó un guiño y se fue hacia las escaleras; su dormitorio estaba en la planta de arriba. A mis párpados no les quedaban fuerzas ni para acompañarla con la mirada. Dejé caer mi cuerpo en el sofá. No sé en qué momento de la noche Aines me había dejado una manta al lado.

# Nada

Yago Reyes

Lunes, 7 de octubre de 2019

—No tenemos nada, señor —dije calmado; el dolor de cabeza a causa de la resaca me mantendría «suave» al menos unas horas.

—Ya. No somos los únicos. A los compañeros de Valencia se les ha ocurrido mirar posibles similitudes con otros casos aún por resolver.

—Joder, se nos podía haber ocurrido antes a nosotros—espetó Aines.

—Mientras llegabais me he entretenido en ir haciéndolo yo. ¿Os acordáis del caso del señor del gancho?

—Sí —respondió Aines. Sentí cómo se me fruncía el ceño, sin embargo, no me dio tiempo a preguntar: el jefe empezó a ponerme en situación.

—Es un expediente de finales del año pasado que aún sigue abierto. Aines trabajó en él durante meses. La víctima se llamaba Guillermo Roca Jiménez, de cincuenta y seis años, dueño de una granja de pollos aquí, en Alcira. Hay algunos detalles que me han recordado al del cazador: la víctima fue a trabajar y cuando debía regresar a casa no lo hizo. Su esposa empezó a preocuparse, pero en esa ocasión, en vez de acudir a la policía a interponer una denuncia por desaparición, decidió ir a buscarle. Pasó por un par de bares que el marido solía frecuentar, y nada. De ahí, fue a la granja. Allí fue donde se encontró la atrocidad.

»A estas alturas te lo podrás imaginar. Todos lo conocemos por «el caso del señor del gancho» por la forma en la que el asesino dejó al pobre hombre: colgado de un gancho que sobresalía de una pared.

—¿Le dispararon?

—No. Le rajaron el vientre. Y sí, a todos se nos quedó esa misma cara de asco —dijo alzando las cejas y dedicándome una mueca de repulsión. No me había dado cuenta de que se me había constreñido el gesto. Aines tenía cara de circunstancia, debió ser un caso desagradable.

«Ya leeré luego el expediente —pensé con desgana—. Aunque tal vez Aines me pueda poner al tanto».

—¿No hubo sospechosos? —pregunté.

—Sí, se habló con muchas personas, pero no se sacó nada sustancial. En fin, echadle un ojo y revisad a ver si veis más casos que puedan tener algún tipo de similitud.

—Muy bien —dije cogiendo las carpetas que nos entregaba.

Siguiendo a mi compañera, abandoné el despacho tratando de buscar la supuesta relación que Luca de Tena encontraba entre el caso de Miguel Ángel Rodríguez y el del tío colgado del gancho. Era evidente que el *modus operandi* entre uno y otro eran totalmente distintos, pero asimismo estaba claro que el comisario trataba de buscar un nexo más allá de la forma en la que perdieron la vida: un móvil.

¿Qué móvil podría llevar a la tumba a dos personas aparentemente tan dispares? ¿Cuál podría ser el nexo? ¿Acaso el asesino los buscaba por la cercanía a su localidad? ¿Tenía algo en contra de los habitantes de Alcira? Y por otro lado, ¿Miguel Ángel Rodríguez y Guillermo Roca tenían algún tipo de conexión entre ellos?, ¿se conocían? ¿O tal vez era el asesino quien los conocía a ambos? Y de ser así, ¿qué le empujó a matarlos: algún tipo de venganza? Aun así, dichos casos no tenían por qué estar relacionados. ¿De verdad estábamos buscando a un único asesino? En caso de ser así, ¿existía la posibilidad de que hubiese dejado más muertos en otras localidades? Mi mente formulaba demasiadas preguntas para las que no podía imaginar la respuesta. Aines y yo nos pusimos manos a la obra sin apenas intercambiar impresiones. Sabíamos lo que suponía que ambos asesinatos tuvieran conexión. ¿Nos enfrentábamos a una banda o a un descerebrado? Si estaban relacionados, el crimen pasional quedaba prácticamente descartado. Nuestras miras tendrían que redirigirse entonces a nuevos motivos.

«¿Deudas de juego?».

Debíamos investigar las aficiones de ambos muertos.

Ahí empezó una semana interminable y agotadora. Llegábamos a la comisaría antes de las ocho de la mañana y nos íbamos a casa pasadas las diez de la noche. Apenas salíamos media hora a comer algo rápido para regresar cuanto antes y retomar el trabajo por donde lo hubiésemos dejado. A lo largo de las jornadas, el rostro de mi compañera fue acumulando una sombra bajo sus ojos cada vez más definida; mi *careto* no le iba a la zaga. Aún sin portar informes o copias de los casos, desde el primer día nos estuvimos llevando el trabajo a casa. No en el sentido literal, sino desde un punto de vista mental y psicológico. Ni las duchas, ni las horas de sueño, ni en mi caso la ilusión de cambiar de casa, fueron suficientes para hacerme desconectar de tanta mierda. En verdad, me había olvidado por completo de que dentro de poco tendría que llevar a cabo una mudanza.

Durante aquella semana estudiamos treinta y seis casos que podrían guardar un mínimo de conexión. A finales de la misma, después de mucho leer y apuntar, llegamos a la conclusión de que tan solo dos podrían tener algún nexo con el de Miguel Ángel Rodríguez. El primero, el caso de Guillermo Roca Jiménez, el del gancho. El segundo, el de un tal Mohamed Merheg Assad: hombre de veinticinco años asesinado a cuchilladas. Recibió cinco pinchazos en el abdomen y en el hígado, más un sexto en el cuello. Este último fue el que le dio el pasaporte al otro barrio.

Intercambiamos archivos con los inspectores de Valencia. Nosotros les pusimos al tanto de los dos casos y ellos nos facilitaron el expediente de un tercer tipo que podría también encajar. Este hacía referencia a un hombre de sesenta años: Rodolfo Castro Bermúdez. Un caso aún pendiente de determinar como suicidio o asesinato. El hombre había ingerido un litro y medio de lejía. Junto al cuerpo encontraron un embudo, de ahí que el caso no estuviese cerrado y declarado como suicidio. Los tres sujetos residían cerca de nuestra comisaría. Guillermo en Alcira, Mohamed en Carcagente y Rodolfo en Cullera.

Aquel fin de semana tampoco fui a Madrid. Aines y yo seguimos avanzando en las investigaciones, yendo a la comisaría.

Me encontraba leyendo un informe del caso de Mohamed Merheg Assad cuando recibí una llamada que no esperaba. En la pantalla salía un número desconocido. Descolgué.

—Hola. ¿Es el agente Yago Reyes? —preguntó una voz femenina débil y titubeante. Parecía estar llorando.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Azucena García, la esposa de Miguel Ángel Rodríguez Palacios. ¿No sé si se acuerda de mí?

—Por supuesto que me acuerdo. ¿Está bien? ¿Le ha pasado algo?

—Sí. Me ha pasado que han asesinado a mi marido y no sé si ya saben quién es el culpable.

—No, señora. Me temo que aún estamos investigando su caso.

—¿No saben nada?

—No. Seguimos investigando.

—Sí. Eso ya me lo ha dicho.

—Lo siento.

—¿Sabe? Hoy era nuestro aniversario. ¿Entiende? Estoy sola en casa, llorando a mi marido mientras un asesino está por ahí suelto, viviendo la vida en libertad. No es justo. Nada en esta vida es justo, pero esto lo es menos aún.

—Lo sé, lo s...

—Necesito que encuentren a ese maldito desgraciado y le hagan lo mismo que le hizo a mi Miguel Ángel.

—Sabe que nosotros no podemos hacer otra cosa más que encontrarle y entregarle a la justicia.

—¡Tenemos una justicia de mierda! —dijo elevando progresivamente la voz y sorbiendo al final por la nariz—. ¡Los que arrebatan la vida de una persona inocente deberían pagar con la misma moneda! ¡Demasiado delincuente hay ya en las cárceles como para encima mantener a malditos locos psicópatas asesinos! ¡Merecen el mismo trato humanitario que dan ellos! ¡¿Dónde están los derechos de mi marido?! ¡¿Eh?! ¡¿Dónde?!

—Tranquila, señora García. Entiendo que quiera justicia. Y le prometo que antes o después el individuo que asesinó a su marido pagará por su crimen.

—Ya. Sí. Eso dicen siempre. Hay muchos asesinos por ahí sueltos.

—No, señora. Le aseguro que no. Antes o después lo atraparemos.

—¿De verdad te quieres creer eso que dices? ¿Así duermes mejor por las noches? Trabajáis para nada, para que al poco tiempo de haber atrapado a esa basura terminen soltándolos o bien por buen comportamiento o bien por otras mierdas que se inventan sus putos abogados. Ellos también deberían estar en la cárcel. ¿Cómo puede haber alguien que defiende a asesinos? ¿Pero en qué mundo vivimos?

—Señora. Yo no estoy aquí para cambiar las leyes, sino para atrapar al asesino de su marido.

—El llanto de la mujer sonó atronador—. Siento mucho su pérdida, y siento que esté pasando por un día como el de hoy.

—Lo siento —respondió entre sollozos. Su tono de voz pasó a ser calmado—. Lo siento mucho, de verdad.

—No pasa nada. Tranquila. Sería bueno que pase el día en compañía de algún ser querido. ¿Puede acompañarla algún familiar?

—Sí.

—Bien.

—Lo siento —volvió a gimotear.

—No pasa nada. Le pondremos al tanto de cualquier avance. ¿De acuerdo?

—Sí.

Colgué después que ella. Me quedé mirando la pantalla del móvil como si pudiese verla. No era la única que sentía impotencia.

—¿Va todo bien? —me preguntó Aines, preocupada.

—Era la mujer de Miguel Ángel Rodríguez, Azucena García.

—Sí, ya lo he escuchado.

—Hoy era su aniversario. Está destrozada. —Inhalé pausado, por la nariz—. ¿Sabes? Este caso está siendo extraño. Dime que desde el principio no pensaste que pudiera haber sido ella o el padre.

—Sí, claro que lo pensé. Es lo normal. Pero también es cierto que salvo las mentiras estúpidas para tapar los cuernos de la mujer al marido, no teníamos nada más para sospechar de ellos.

—Salvo las estadísticas, ya sabes.

—Sí, ya sé.

—En fin, ¿por dónde empezamos? —le dije señalando la mesa con la cabeza. Sobre ella tenía tres carpetas con las anotaciones más recientes de los tres casos sospechosos que podrían estar vinculados con el de Miguel Ángel Rodríguez.

—Pues no lo sé, los tres podrían estar relacionados.

Sonreí.

—No me refiero a eso. Me refiero a si empezamos hablando con los declarantes de cada caso, ojeando las autopsias una vez más o tomándonos unas cervezas bien frías.

—¿Unas cervezas?

—Bromeaba. De alguna manera hay que distender el ambiente, ¿no?

—Siento la llamada que has tenido que aguantar. —Se la veía comprensiva y triste.

—Tranquila, son gajes del oficio.

—Creo que deberíamos centrarnos en las personas con las que ya se habló en su día. Tal vez encontremos alguna pista que se pasó por alto.



# Moscas

Miércoles, 16 de octubre de 2019

Había perdido la cuenta del número de veces que lo había telefoneado. Hacía meses que no se veían, que ni siquiera hablaban. No obstante, Carolina sentía la necesidad de ponerse en contacto con su padre. Cuántas veces se dijo a sí misma que lo mejor para su salud mental y física era olvidarse de él, hacer como si él también hubiera muerto el mismo día en que falleció su madre. A efectos prácticos así fue. Para su tormento, el día que falleció su madre se quedó huérfana de padre y madre, aunque solo pudo darle sepultura a uno de ellos. Recordaba los últimos minutos con su progenitora en el hospital, su estado, su agotamiento, su pulso cada vez más débil. Tras bombear su último latido, la tez sonrosada de Olga perdió su tono, su calidez, quedando a merced del tiempo, ese que poco a poco la adentraría en la siguiente fase de la existencia, la de la decadencia y la descomposición. En ese momento, el corazón desquebrajado de Jaime se marchitó con el de Olga. Cada segundo que pasaba su esposa al amparo de la muerte, el deseo de Jaime de salir a su encuentro aumentaba.

Para Carolina, desde ese día su padre se convirtió en una persona ruin y desgraciada, pasó a mostrarse indiferente con el resto del mundo y de la familia, incluida ella misma. Su padre se encerró en sí mismo. Aun así, Carolina creía que debía informarle del estado de salud de la que un día fue su cuñada.

Las llamadas y la insistencia por localizarle no eran otra cosa que el deseo de Carolina de hacer reaccionar a su padre. A su tía Alejandra le quedaba poco tiempo de vida. Si su padre iba a visitarla al hospital para despedirse de ella... Y sí, era consciente de que al darle la noticia de que su cuñada agonizaba emergerían unos recuerdos que aún seguían en su presente, unos recuerdos que alterarían aún más su estado deplorable. Aun así, Carolina llegó a la conclusión de que si no le ponía sobre aviso se lamentaría toda la vida, ya no por él o por su tía Alejandra, sino por ella misma. Sabía que la reacción de su padre sería imprevisible, pero ella no era quién para privarle a nadie del conocimiento, menos aún para decidir en su lugar.

«No debería llamarle. Si no lo coge será porque ya no quiere saber nada de nosotros. Ya ni siquiera de mí —se lamentaba Carolina tras la tercera llamada a su padre aquel día.

»Pero sé que mamá hubiera querido que se lo dijera. Tiene que saberlo.

»Ya eligió. Decidió dejar de llamarnos, dejar de vernos. Olvidarnos. Sí. Ha decidido eliminarnos de su vida. No sé entonces por qué insisto.

»Vaya mierda. ¿Qué hago?

»Y como siempre, yo en el medio.

»Mamá me diría que insistiese. Papá, de una manera u otra, me está mandando a la mierda. Si termina cogiéndome el teléfono me colgará cuando le diga por qué le he llamado.

»En fin, creo que...

»Sí, las circunstancias han cambiado. Si no quiere saber nada de ella, que se lo diga él mismo.

»Nah. ¿Para qué? No le diría nada. Directamente la ignoraría. No le dedicaría ni una llamada

de un minuto. Menos aún iría a verla.

»¡Dios, qué persona más egoísta!

»Pero esto no va a quedar así. Se lo terminaré diciendo. Claro que se lo diré. En mi mente no va a pesar ese cargo de conciencia. Que sea él. Que tenga huevos a seguir ignorándonos a todos —se dijo mientras sus mejillas se empapaban de lágrimas.

»Si no quiere vivir, que...

»Dios, ya no sé ni lo que digo.

»Ya han empezado con la morfina. No le queda mucho tiempo. No... —Suspiró.

»¡Maldito hijo de perra!

»¿No lo puedes hacer por los demás? ¿Tratarnos bien? ¿Ir a un psicólogo?

»Cualquier día nos llama la policía para decirnos que lo han encontrado muerto en su casa, colgado de una lámpara o con la cabeza abierta y comido por sus perros. Cualquier día, sí. Está tardando mucho en llegar ese día —sollozó con rabia—. Ni siquiera has sido capaz de conocer a tu nieta. No te has dignado a verla ni una sola vez. ¡Ni una!

»Hubiera preferido que los dos os hubierais muerto a la vez en un accidente de tráfico o algo parecido —reflexionó pensando que hablaba con su madre—. Hubiera sido más fácil. Ahora tengo un padre fantasma. ¿Acaso eso es normal? No, yo creo que no. Y no, no le voy a perdonar lo que me está haciendo. A mí, a mi marido, a mi hija. No. Ni loca. Si por mí fuera, le encerraría en un loquero. ¿De verdad puede pasar? ¿Puede volverse alguien majara por perder a su pareja?

»Tal vez fueras una mujer afortunada por haberlo encontrado. Yo no puedo decir lo mismo de él. Y no, no es lo mismo. Nuestra relación es distinta a la que tuvisteis vosotros. No os la cambiaría por nada. Ni siquiera sé si desearía amar de ese modo a alguien. Uno debería tener más amor por sí mismo. No ser tan débil y tan cobarde como lo es él. Uno no puede vivir en la necesidad y la dependencia. Deberíamos aprender a ser autosuficientes, libres, independientes. No, yo no quiero un amor destructivo y tóxico como el vuestro».

Volvió a marcar el número de su padre. Escuchó los tonos hasta que se cortó la llamada.

—¡Ya está bien! —se dijo encolerizada.

Dejó el móvil sobre la mesa de la cocina y se fue a su dormitorio a cambiarse de ropa. Apenas unos minutos después cogía el bolso, el móvil y las llaves y salía de casa en dirección al garaje.

Condujo tratando de serenar su malestar, de procurar que sus ojos no desvelasen el dolor que ese hombre al que un día quiso como a un verdadero padre le estaba causando.

Aparcó en frente del portal de su progenitor. Bajó del coche y, con paso firme, se dirigió al edificio. Abrió la puerta sin llamar al portero. Subió las escaleras hasta la primera planta, tratando de acostumbrar su olfato al mal olor que se respiraba allí dentro.

«Qué asco, joder.

»¿Qué pasa, que aquí ya no limpia nadie?

»Sí, no me extrañaría que la peste saliera de su propia casa. Capaz de haberse vuelto tan loco como para que ahora le haya dado por acumular la basura ahí dentro».

Buscó la llave correspondiente a la puerta del piso de su padre mientras su rostro no podía ocultar la repulsión que estaba experimentando.

«¿Y a los vecinos les da igual que huelan así?

»Desde que murió Laura... Pobre mujer. Mamá se llevaba muy bien con ella. Aquellos cafés en la mesa de su cocina cuando yo era una cría... —Se sonrió con tristeza al tiempo que exhalaba un suspiro cargado de melancolía.

»Tal vez sea el edificio. A lo mejor tiene alguna energía paranormal que provoca que las

mujeres se mueran y los hombres pierdan la cabeza.

»A saber, pero está claro que si no nota este tufo será porque se ha convertido en otro guarro que tendrá la casa como una pocilga. ¿Y su hijo? Otro rarito. Seguro que también le da todo igual.

»Solo los cerdos son capaces de vivir felices revolcándose entre la mierda».

Rebufó e inhaló por la nariz, arrugándola, como si aquel gesto pudiese filtrar el aire que entraba por sus fosas nasales.

Metió la llave en la cerradura y la giró. Le sorprendió que con una leve rotación de muñeca se abriese la puerta.

El interior de la vivienda permanecía a oscuras. Las persianas estaban bajadas.

—Joder, qué mal huele —farfulló—. No me extraña que huela así todo el bloque.

Dio un par de pasos, prestando atención a dónde pisaba. Llegó al comedor.

—¿Papá?! —vociferó—. ¿Estás en casa?!

Buscó a tientas la llave de la luz. Habían sido tantos años viviendo en ese piso que su mente no tuvo problemas en recordar el lugar exacto donde encontrarlo. Trasladó sus dedos por la superficie de la pared varios centímetros hasta que finalmente se topó con el interruptor. Lo pulsó. Las lámparas no se encendieron. Volvió a pulsar: nada. Insistió: nada. La oscuridad no se iba. Inquieta, apretó el interruptor varias veces con un movimiento desasosegado.

«¿Habrán saltado los fusibles?».

—¿Papá?!

El silencio fue su única respuesta.

Retrocedió los pocos pasos que había dado, hasta la puerta de la entrada. Pulsó la llave de la luz que había allí. Tampoco hubo cambios. Ayudándose de la linterna del móvil buscó la caja del registro de la luz para comprobar los fusibles. Todos estaban hacia arriba.

—Qué raro —susurró.

Móvil en mano, se dirigió nuevamente al comedor.

—¿Papá!

Llegó hasta las persianas. Las subió. Aquello parecía la casa de un yonqui. Sucia, descolocada, con los sillones rasgados, las cortinas amarillentas, cosas tiradas por el suelo, los cuadros torcidos, las paredes ennegrecidas... Se le hizo un nudo en el estómago al recordar cómo fue aquella casa cuando su madre aún seguía viva.

Conteniendo el llanto, caminó hacia el pasillo que distribuía las demás habitaciones. Esta vez, se ahorró llamar a gritos a su padre. Entendió que en ese momento no se encontraba en casa, aunque no pudo evitar seguir examinando la vivienda y pensar que podría encontrárselo muerto en cualquier dormitorio.

Pulsó la siguiente llave de la luz que se encontró, también sin éxito.

—¿Será un corte de luz general? —susurró para sí misma.

Se asomó directamente a la habitación de sus padres. Subió la persiana. Al girarse vio la cama desecha, las sábanas arrugadas y con manchas —se preguntó cuándo fue la última vez que las cambió—, una de las puertas del armario abierta, la coqueta con varias prendas pellizcadas por los cajones... Dejó la ventana abierta para renovar el aire viciado.

«Joder, papá, ¿cómo puedes vivir así?».

En la mesilla del lado donde dormía su madre se encontró con varias fotografías de ella. Fotos que antes no estaban ahí. Tal vez su padre se pasaba la noche en vela contemplándolas o, tal vez, seguía manteniendo largas charlas con su mujer, como las que solían tener cuando aún estaba viva.

Cogió una de las fotografías y la sostuvo entre sus manos temblorosas.

—Te echo tanto de menos... —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Apenas me acuerdo de ti —le dijo mientras observaba cada una de sus facciones—. ¿Por qué la mente borra los recuerdos que no debe borrar? Deberían quedarse ahí para siempre. Demasiado es perder a alguien a quien quieres, pero ¿perderle en tu propia memoria...? No somos tan perfectos como siempre he querido creer.

Una mosca se le posó en la mano. La sacudió con un movimiento esquivo y se enjugó las lágrimas. Luego devolvió el marco a su sitio. Al soltarlo se dio cuenta de que el único lugar de la habitación —y presumiblemente de la casa— que estaba limpio era esa mesilla, la mesilla de su madre.

«Será mejor que me vaya».

Cerró la ventana. Bajó la persiana y, a tientas, se dirigió al comedor.

Por el pasillo se topó con un par de moscas más.

—¿De dónde salís? —les preguntó con asco.

En ese momento se dio cuenta de que la puerta de la cocina estaba cerrada. Iluminándose con la linterna del móvil anduvo hacia ella. Abrió. La fetidez de toda la vivienda procedía de esa habitación. Varias moscas que revoloteaban por allí a sus anchas aprovecharon para ocupar un espacio más amplio. Espantada, miró a un lado y a otro. El corazón le empezó a latir acelerado. Su instinto le demandaba un mínimo de iluminación. Necesitaba ver qué había sucedido allí dentro. En un intento desesperado trató de encender la luz, pero le resultó imposible. Se le hizo un nudo en la garganta. Sintió náuseas. Los ojos empezaron a escocerle. La fruta estaba podrida y la tapa de la basura abierta de par en par. Los desechos en descomposición emanaban un hedor parecido al pescado podrido, una pestilencia que ahora, libre de muros, se esparcía libremente por toda la casa.

«Una cosa es...

»Ha debido pasarle algo».

—¡Papá?! —Llamó a su padre en un grito que quedó quebrado, transformado en llanto y taquicardia.

# Llaves

Yago Reyes

Miércoles, 16 de octubre de 2019

Estudiamos uno a uno a los sujetos que se entrevistaron en los otros casos —aún abiertos— supuestamente relacionados con el de Miguel Ángel Rodríguez. Nos juntamos con casi ciento veinte personas, entre las cuales no encontramos ningún vínculo. No tenían familiares en común, ni amistades, ni frecuentaban los mismos lugares de ocio. Tampoco coincidían en el tipo de trabajo ni en las aficiones.

—¿Esto quiere decir que no están relacionados con el caso de Miguel Ángel? —me preguntó Aines pensativa. Seguramente solo reflexionaba en voz alta, pero aun así le contesté.

—No lo sé. Tal vez deberíamos volver a centrarnos en el grupo de cazadores que encontró Esteban en Facebook. Quizá, en las incorporaciones más recientes.

—¿Por qué en las más recientes? Podría haber tenido algún asunto turbio con algún «veterano».

—Espera. ¿Te acuerdas de las pruebas que se hallaron en la escena del crimen? Estaba el móvil apagado. Según el informe que nos pasaron, la última ubicación estando encendido fue cerca de su casa. Ahí se perdió el rastro. No estaba apagado porque le faltase batería, así que es probable que lo apagase su asesino.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Al asesino no le importó dejar el móvil porque sabía que en él no encontraríamos nada incriminatorio. Es decir, tal vez no se conocían.

—Cuando dices que no se conocían, ¿quieres decir que no habían hablado?

—Eso es.

—Pero eso ya lo sabíamos. Lo último que nos dijeron los de Valencia fue precisamente eso, que en el móvil no encontraron nada, que estaba limpio.

—¿Y eso qué nos deja: a un asesino que eligió a una víctima al azar; a un asesino que conocía a su víctima, pero que es «tan listo» de no lo amenazó por mensaje privado...? ¿Qué? ¿Qué nos deja? Lo que nos dice ese detalle es precisamente eso, que, o bien no se conocían, o bien que el móvil no era un tema que requiriese mandar advertencias o amenazas.

—¿Como cuando hay deudas de juego de por medio o temas de drogas?

—Sí. Sobre todo en temas de drogas. Pero sí, creo que fue algo más impulsivo.

—¿Eso nos lleva otra vez al crimen pasional? Omar no le escribiría para amenazarle.

—No, ya sabemos que no hay mensajes. Y además, Omar tenía coartada.

—Se nos escapa algo.

—Y tanto.

—¿Y si ha sido la mujer?

—¿Volvemos a pensar en la mujer? ¿Para qué lo iba a matar? No sale ganando en nada. Acuérdate de que los seguros están todos a su nombre. Con la muerte del marido no saca ningún beneficio económico. Creo que deberíamos pedirle...

—A lo mejor si la maltrataba... ¿Qué haces? —me preguntó otra vez, cejiunta.

—Espera. —Marqué el número de teléfono de la inspectora Dolores Casado.

»Hola, inspectora, soy Yago Reyes de...

—Sí, ya sé quién eres —respondió ella dejándome con la palabra en la boca—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Supongo que vuestro analista forense informático habrá sacado un listado con los nombres de los cazadores con los que solía ir a cazar Miguel Ángel Rodríguez.

—Sí, por supuesto. Extraje todos y cada uno de los números, en especial los de ese grupito que tenía en el WhatsApp. ¿No os ha llegado el informe en el que se detalla las entrevistas que hemos tenido con cada uno?

—¿Qué? No. No nos ha llegado nada.

—Ya. Me lo he imaginado. Mañana a primera hora os lo enviaremos. Pero para que te vayas tranquilo a la cama, te diré que de ahí no hemos sacado nada. —Miré la hora. Pasaban siete minutos de las once de la noche.

—Vale. Siento haberte molestado a estas horas.

—No te preocupes.

Colgué.

—¿Qué? —me preguntó Aines. En ese momento fue cuando me fijé en la cara de cansancio extremo de mi compañera, en sus párpados más bajos de lo normal.

—Que ya lo han hecho ellos y que nos vayamos de una santa vez a casa.

—¿De verdad te ha dicho eso? —preguntó lanzando un quejido al aire.

—No, compañera. Eso lo digo yo. Venga. Vámonos.

Agachó la cabeza y miró el escritorio. Estaba todo lleno de papeles. Un caos marcado por el orden de una investigación policial. Cogió el móvil y las llaves del coche.

—¿Me acercas a casa?

—Claro.

»¿Mañana no es la mudanza? —me preguntó mientras bajábamos las escaleras.

—Lo era, pero la he pospuesto al sábado.

—Ni que de aquí al sábado fuéramos a resolver el caso.

—No lo creo, pero bueno. Lo que sí tendré mañana, por fin, serán las llaves del piso. Tendré que escaparme un momento para terminar de hacer los últimos papeles que faltan.

—Me gustaría acompañarte. Si no te importa.

La sonreí. En ese momento me di cuenta de que también yo estaba agotado.

—Claro. Me encantaría. Ah, y mañana por la tarde me traerán el dormitorio. Cama nueva, mesillas, un colchón duro... Dios, qué ganas. Se duerme mejor en tu sofá que en la mierdosa cama que tengo ahora.

Se echó a reír. Llegamos al coche.

—Pero si no pudiste notar lo. Estabas más borracho que una cuba.

—Te aseguro que sí lo noté. Y no estaba tan borracho, solo un poco perjudicado.

Volví a reír.

—Bueno, en ese caso, ya sabes, siempre que quieras ahí estará, disponible para ti.

—Gracias, mujer, es todo un detalle.

—Por cierto, la que también está disponible para ti es Carmen —dijo arrancando el coche.

—¿Carmen, la de la barbacoa?

—Sí. Ayer me mandó un mensaje para preguntarme por ti.

—¿En serio? Joder.

—¿Qué pasa?

—Que no estoy para tonterías amorosas.

—Bueno, yo solo soy la mensajera. Me dijo que te diera su número de teléfono.

La miré con cara de pocos amigos, aunque ella no apartó la vista de la carretera. No contesté. El resto del trayecto sencillamente no volvimos a hablar.

Antes de irse, fiel a lo que me había indicado varios minutos antes, me mandó un mensaje con el número de teléfono de su amiga Carmen. Lo hizo delante de mí, como si con eso quisiera dejar testimonio de que había cumplido su parte del trato.

Jueves, 17 de octubre

A la mañana siguiente seguimos por donde lo habíamos dejado. Tal y como prometió la inspectora Dolores Casado, a primera hora de la mañana teníamos en nuestro poder los informes de las entrevistas que les habían hecho a los miembros del grupo de WhatsApp. Mientras Aines se encargaba de leer las conversaciones que habían mantenido en el grupo de WhatsApp, yo me dediqué a leer las entrevistas que los compañeros de la comisaría de Valencia les habían realizado a cada uno de ellos.

—Mira lo que dice este —dije llamando la atención de mi compañera—. Según la declaración de un tal Ramón Goicoechea, habían quedado siete cazadores para ir a Muela de Cortes. Pretendían cazar un jabalí. Uno de esos siete era Miguel Ángel. Habían quedado a las seis y media de la mañana en un bar que hay en Buñol, el pueblo ese que atravesamos cuando íbamos hacia Muela de Cortes. Te acuerdas, ¿no? —Asintió con la cabeza—. Pues estuvieron esperándole media hora y no apareció. Así que, se fueron.

—Perfecto. No lo pierdas de vista. Vamos a ver si encontramos algo más. —Respondió seria, distraída. Debí pillarla en un momento crucial, ya que inmediatamente después dirigió la mirada a lo que estaba haciendo y siguió como un robot automática.

Al cabo de unos minutos fue ella la que vio algo.

—Creo que de los miembros del grupo del WhatsApp habían quedado tres y uno de esos tres era Miguel Ángel. Mira lo que dicen:

*Miguel Á.: Ramón, es mañana cuando vais a Muela, ¿no?*

*Ramón: Sí, ¿qué, te vienes?*

*Miguel Á.: Sí. Al final sí puedo.*

*Ramón: Genial, pues nos vemos en Buñol a las 6:30. Sé puntual. Ya sabes que al que no esté a la hora no le esperamos.*

*Miguel Á.: No te preocupes. Estaré.*

*Fernando: Eh, ya nos enseñaréis fotos.*

—¿Quiere decir que habían estado hablando y organizado la partida de caza desde otro lugar?

—Sí, eso parece, tal vez desde Facebook. No entiendo por qué no nos han pasado antes toda esta información —protestó Aines.

—No lo sé. Bueno, sí, a su juicio no hay nada relevante.

—Aun así, joder, nosotros les estamos pasando informes de cada paso que damos, qué menos que hagan ellos lo mismo.

—En fin —dije mirando la hora—. Tengo que ir a lo del piso.

—Ah, qué bien. Al menos algo alegre. Sigues queriendo que te acompañe, ¿no?

—Eso te lo debería preguntar yo a tí, ¿no te parece? Fuiste tú la que se ofreció.

—¿Quieres o no quieres?

—Pues claro que quiero. Vamos, anda. Pero espera, que antes le pediremos a Esteban que profundice en el grupo de Facebook de la federación de caza de Valencia.

—Me parece estupendo.

A eso de las once y media nos ausentamos de la comisaría para ir a finiquitar los papeles de mi nuevo piso. La cosa fue rápida. En menos de diez minutos estábamos abandonando la inmobiliaria con las llaves de mi nuevo piso en la mano y una sonrisa en la cara.

—¿Quieres que te lo enseñe? —le pregunté a mi compañera que parecía alegrarse por mí. Yo me sentía igual que cuando de niño estrenaba una nueva *equipación* de fútbol.

—Venga, vale.

Nadie podía echarnos en cara que nos ausentásemos del trabajo media hora.

Llegamos. Subimos al piso. Se lo enseñé y volvimos a la comisaría. Sinceramente, creo que le gustó bastante.

Al llegar a la comisaría fuimos a ver a Esteban, que nos recibió con los deberes hechos.

—Tomad, las publicaciones donde hablan de quedadas para ir a cazar. He encontrado una que organizaba una partida de caza para el día 2 de octubre, el día anterior a cuando hallaron el cuerpo de Miguel Ángel. No me había saltado antes porque él en ningún momento hace ningún comentario. —Nos lo mostró: ciento cincuenta y seis comentarios, trescientos veinticuatro ‘Me gusta’. Miguel Ángel Rodríguez ni había comentado ni había reaccionado a la publicación—. Como estuve buscando notificaciones, mensajes y publicaciones con las que él hubiera estado interactuando, esta no la vi.

—Tranquilo. Ninguno caímos en eso.

—O sea —reflexionó Aines en voz alta—, que iba a salir de caza dos días prácticamente seguidos, el miércoles día 2 y el sábado día 5 de octubre. No sé si eso suele ser habitual.

—¿Nos puedes sacar un nuevo listado con los nombres que figuran en esa publicación? —requerí—. Nombres y todos los datos que puedas darnos.

—Sí, claro. ¿Sospecháis que se lo haya cargado algún «compañero» de ocio?

—La verdad es que no sabemos ni lo que sospechamos. —Mi respuesta sonó tan sincera como indignada.

—Joder, *ché*, pues sí que vamos bien.

—Mejor que bien —espetó Aines—. En fin, dáoslo en cuanto lo tengas, ¿vale?

—Claro.

Terminamos de leer las conversaciones del grupo de WhatsApp de los cazadores y las entrevistas que les hicieron los compañeros de Valencia. Francamente, me sentía muy desubicado. No se me iba de la cabeza la escena del crimen, a Miguel Ángel Rodríguez tirado sobre el suelo, los disparos en la espalda y en la cabeza, el reguero de sangre descendiendo por su columna y luego hacia su costado...

«Ni huellas, ni testigos —me dije—. Tampoco enemigos declarados.



»¿La mujer? ¿Para qué iba a matarle? No hay compensación económica, que sepamos no hay maltrato... Por su última llamada, diría que incluso le quería; a pesar de su aventura.

»¿El suegro? Más de lo mismo. Le tenía cariño. Se llevaban bien. No hay motivos para que se quisiera vengar de nada. Además, ninguno de los dos tendría fuerzas para enfrentarse a él y salir victorioso.

»El asesino debe ser un individuo metódico, discreto. Fuerte, ya que por las marcas de la autopsia lo arrastró por el suelo. Supongo que será joven, de menos de cincuenta años. Un tipo solitario, posiblemente un sociópata. Tiene carnet de conducir, vehículo propio...

»¿Omar Antonescu? Tiene coartada. No le veo contratando a un sicario para deshacerse de alguien simplemente porque le dio un puñetazo. Que Azucena García se reconciliase con su marido tampoco parece un móvil de peso. Se le ve un vividor, el típico que tan pronto está con una como con otra. Él mismo dijo que no quería nada con Azucena. Podría haber mentido, pero... Algo me dice que decía la verdad.

»Aparte de ellos tres, solo quedan los amigos o colegas de caza y los clientes del trabajo. Su mujer dijo que no se relacionaba con nadie más y el listado que nos han pasado hoy del WhatsApp confirma que regularmente no hablaba con nadie más que con su mujer y con los de la caza. El resto de conversaciones son puros formalismos de trabajo: horas, direcciones, números de cuenta, conversaciones sobre jardines, árboles, plantas...

—Aines, ¿en algún momento has pensado que su asesino pudo ser uno de sus clientes? —le pregunté haciendo un alto en mis reflexiones.

—Sí, sí lo he pensado, pero lo he descartado casi de inmediato.

—¿Por qué?

—Por la escena del crimen. Bueno, por la forma en que lo asesinaron. Parecían conocerle, saber que acostumbraba a ir de caza y qué lugares frecuentaba. No nos olvidemos de que lo secuestraron, lo trasladaron a Valencia, que le dispararon con su propio rifle, que le amordazaron y le torturaron... ¿De verdad un cliente se va a tomar tantas molestias? ¿Y con qué motivo, porque le dejó mal el jardín o le cobró demasiado? No, no me cuadra.

—Joder, yo pienso igual que tú, pero ¿y si nos estamos equivocando?

—No lo sé. Los compañeros de Valencia son los que han tenido durante todos estos días el móvil y el listado de todos los teléfonos. Capaces de haber investigado a los clientes de Miguel Ángel y tampoco habernos dicho nada.

—Voy a llamarlos.

—Me parece bien.

Marqué una vez más el teléfono de la inspectora Dolores Casado.

—Soy yo de nuevo —dije en cuanto descolgó—. Gracias por los informes.

—No hay de qué.

—Quisiera saber si también habéis hablado con los clientes de Miguel Ángel Rodríguez.

—Sí. Ayer terminamos de hablar con el último.

—Ah, muy bien. ¿Y?

—¿«Y», qué?

—¿No nos lo pensaba decir?

—Por supuesto que sí.

—¿Cuándo?

—En cuanto hubiésemos redactado el informe.

—Ah, es un tema de burocracias, ¿no?, como cuando terminaron de hablar con todos los

cazadores del grupo del WhatsApp y no nos dijeron nada.

—Eso fue... Bueno, un despiste, un pequeño error.

—Me temo que el que nos esté ocultando información es un error aún más grave. Por nuestra parte les hacemos llegar un informe cada vez que hay novedades.

—No estamos ocultando nada. De hecho, hace varios días les enviamos una copia del caso que podría guardar relación con el de Miguel Ángel.

—¿En qué mundo vive usted, señora inspectora? —Los tuteos y los «buenos rollos» se fueron a tomar viento.

—No consiento que me hable así, inspector Reyes.

—Me importa un bledo lo que consienta usted, señora Casado. Queremos una copia de todas las entrevistas que hayan hecho, a quien sea que se la hayan hecho. No podemos estar siempre detrás de ustedes pidiéndoles las cosas como si fuesen niños de colegio y nosotros los profesores. Le recuerdo que estamos llevando a cabo una investigación conjunta; ni somos sus lazarillos ni su competencia. ¿Entiende?

—Denos unas horas para recopilar toda la información y redactar el pertinente informe. Tendrá los documentos que me ha pedido mañana a primera hora.

—Se lo agradezco.

Colgué.

Aines me observaba con cara de incredulidad, seria y con las cejas alzadas.

Miré la hora: las 18:03.

—¿Sabes qué te digo? —le pregunté retóricamente—. Que por hoy he terminado. A las seis y media me traen el dormitorio. Así que...

—Me parece estupendo, compañero. A mí también me vendrá bien descansar un poco. —Cogió las llaves del coche y se puso en pie—. Creo que me daré un buen baño, cenaré y luego me iré a dormir.

—Suenan de fábula. Después de que se vayan los de los muebles puede que haga lo mismo.

—Copión —bromeó. Me reí encogiéndome de hombros—. Venga, anda, que te llevo a tu casa nueva.

Cogí la bolsa de deporte donde había metido lo esencial hasta que el fin de semana llegase lo de la mudanza, y nos fuimos.

Quién me iba a decir a mí, que después de aquellos días de resignación, estrés, falta de sueño, inapetencia y completa desorientación, a la mañana siguiente llegaría a nosotros una pista que lo pondría todo patas arriba.

# El del gancho

Aines Collado

8 de noviembre de 2018

Once meses antes

El agua corría por las calles como un delincuente escapando de la justicia. Desde hacía varios días la comunidad de Valencia —y media España— estaba siendo castigada por fuertes y continuas lluvias que provocaron inundaciones por toda la península. Eran los típicos días en los que cualquier persona desea estar en casa, calentita y seca; los mismos que los compañeros odian por el mero hecho de que el número de denuncias crece al mismo ritmo que los incidentes. Ese día también lo odié yo.

A primera hora de la tarde recibimos una llamada que nos hizo abandonar la comisaría. Aunque mi odio no se debió al hecho de calarme hasta los huesos nada más pisar la calle —llevaba un abrigo encerado y unas botas, y en los pocos metros que había entre la comisaría y el coche mis pies terminaron calados hasta los calcetines, dejándome los pies helados. La sensación era muy incómoda—, sino a lo que encontraríamos al llegar al lugar de los hechos. No, no olvidaría aquella jornada en lo que me restase de vida.

Por aquel entonces, mi compañero Fernando Cuesta se encontraba en el hospital: acababan de operarle de una hernia inguinal. Estaría durante varios días de baja y después tendría que pasar el tribunal médico para que determinasen su aptitud plena para el desempeño de las funciones propias de su cargo. Mientras él estaba ausente, Luca de Tena me asignó a una nueva compañera. Nueva en el sentido de que tan solo llevaba en el puesto un par de semanas; era nuestro primer caso juntas y el primero de su carrera.

Corrimos hasta el coche poniéndonos de agua hasta las cejas. Luego, conduje hasta el lugar de los hechos. Ella se limitó a estar ahí, a contemplar la lluvia cayendo al otro lado de la ventana. Sus mandíbulas, sus puños apretados y su permanente silencio fueron los que me advirtieron de su tensión. Sin embargo, yo tampoco tenía ganas de hablar; no sé por qué, mi inquietud por lo que nos encontraríamos al llegar me cortó las ganas de animarla. El sonido del motor, el agua de los charcos chocando contra los bajos del coche al ser pisados por los neumáticos, el zumbido de la calefacción a la máxima potencia y la lluvia impactando contra la carrocería, se convirtieron en una melodía monótona y constante que nos acompañó hasta llegar al escenario del crimen: una granja.

El cielo estaba tan plomizo que, a pesar de que quedaban un par de horas de sol, parecía de noche. Las luces de los vehículos de nuestros compañeros nos indicaron el punto exacto al que teníamos que dirigirnos. Antes de apearnos me subí la cremallera del abrigo hasta la barbilla, dejándome el pelo escondido bajo la tela. Mi compañera me observaba, repitiendo cada uno de mis movimientos.

—¿Estás lista? —le pregunté.

Tan solo asintió. Parecía que en cualquier momento se iba a echar a llorar.

Aunque la cortina de agua que resbalaba por los cristales me impedía ver el exterior con claridad, antes de bajarnos eché un vistazo alrededor: la valla abierta de par en par por la que acabábamos de entrar, una ambulancia con las luces rotativas encendidas, dos coches de policía aparentemente vacíos, una nave grande, una caseta más pequeña...

«Han debido llegar hace poco. Ni siquiera está acordonada la zona».

En ese momento vi que un par de compañeros salían de la caseta equipados con sus chubasqueros reglamentarios y los utensilios necesarios para acotar el perímetro.

Nada más abrir la puerta, el agua nos azotó con violencia. El aire se unía a las gotas en ráfagas intermitentes, apañándose para empaparme la cara.

—La madre que me trajo —protesté entre dientes al tiempo que me dirigía corriendo hacia la caseta, encogida para evitar que el agua me entrase sin permiso por algún otro hueco de la ropa.

—¡Hola! —saludé a los compañeros cuando aún faltaban unos metros para que nos encontráramos. Uno de ellos nos miró de arriba abajo—. Venimos por el occiso. Somos de la policía judicial.

—Ahí dentro —respondió, señalando con el mentón el lugar.

Reanudamos la carrera hasta alcanzar la caseta.

Había un par de escalones antes de entrar, por lo que iba más atenta del suelo que pisaba que de lo que tenía delante. Cuando alcé la vista no sé lo que pensé. En la comisaría no nos advirtieron sobre lo que había sucedido, solo nos dijeron que la mujer del dueño de la granja había encontrado allí a su marido asesinado. Nos dieron la ubicación, pero nada más.

La señora estaba en shock y ahora entendía por qué.

Por mi parte, me quedé boquiabierta durante unos segundos. Mi atención no se podía despegar del cuerpo ensartado que colgaba de la pared de enfrente.

«¿Qué demonios...?».

Por un momento dudé de si se trataba de una broma, que algún compañero, con maquillaje de cine, se hubiera entretenido en preparar una novatada para mi compañera. Era más horrible que la peor escena de terror de una película gore. Pero no, aunque increíble, por desgracia aquella matanza se había producido de verdad; el gancho que le mantenía suspendido no era atrezo, al igual que tampoco lo eran las vísceras que le colgaban por fuera del cuerpo.

El hedor de sus entrañas, mezclándose con la humedad y con el tufo a animales, llegó hasta mis fosas nasales. Tuve que dar media vuelta y salir corriendo para no ensuciar con mis vómitos la escena del crimen. Con una mano apoyada contra la pared, con el agua cayendo a mares sobre mi espalda y mi cabeza, eché hasta el desayuno. Era la primera vez que mi cuerpo reaccionaba de esa manera. Al alzar la vista, vi el cordón policial, aquel amarillo chillón desentonando entre el temprano anochecer, las precipitaciones y los charcos cada vez más oscuros.

Me limpié la comisura de los labios con el dorso de la mano. Dos segundos más tarde, la lluvia se encargó de volver a mojarme la cara.

Regresé al interior de la caseta, pero esta vez me cubrí la nariz y la boca con la manga del abrigo. Encontré a mi compañera alejada del cadáver, sentada sobre una banqueta de madera, dándole la espalda al muerto. No le dije nada, preferí concederle un tiempo para que se repusiese.

Y mientras ella descansaba, sin moverme del sitio, oteé el lugar de los hechos. El barro nos podría haber facilitado huellas de pisadas, pero el asesino parecía haberse tomado las molestias de borrarlas antes de marcharse.

Inspiré lo más profundo que la manga del abrigo me permitió y luego llevé la vista una vez más al cadáver. Era una abominación. No entendía cómo alguien era capaz de hacerle algo así a otro ser humano.

«Dios, lo que tiene que haber sufrido —pensé observando el gancho que entraba por su cuello y salía por su ojo. Al imaginar su agonía se me hizo un nudo en el pecho que se fue estrangulando poco a poco».

Bajo sus pies, se encontraba un barreño colmado con los casi seis litros de sangre que circulan por las venas de un cuerpo humano.

A partir de ese día, mi vida como inspectora cambió. Y es que, las experiencias tienen la virtud de transformarte; unas veces para bien, otras para mal. En mi caso, sirvió para hacerme más fuerte, para asumir el hecho por el que me convertí en policía. Por el contrario, en el caso de mi compañera de reemplazo, sirvió para que abandonase el cuerpo policial. La misma tormenta no moja a todos por igual. No todo el mundo está preparado para lo mismo. Se supone que esta profesión es la consecuencia de una auténtica vocación, por eso siempre he creído que los obstáculos son la forma que emplea el universo para que solo continúen los policías que de verdad desean entregarse a ella.

Meses después, ‘el del gancho’, el caso de Guillermo Roca Jiménez, aún nos tenía en vilo.

# Volviendo al pasado

Yago Reyes

Viernes, 18 octubre de 2019

Actualidad

La sensación de abrir los ojos y encontrarme en mi nuevo piso, en una cama dura y sin malos olores flotando en el ambiente, no tuvo precio. Tanto fue así que hasta mi pene se puso contento.

—Hombre, buenos días —lo saludé con guasa—, pensaba que te habías muerto. ¿Estás así por el cambio de aires o porque sabes que hay una tía interesada en nosotros?

Me reí un rato de mí mismo y de mis gilipolleces y me fui a la ducha. Unos minutos bajo el agua caliente y a presión sirvieron para ponerle remedio al «subidón».

Después de aquello, descalzo y como mi madre me trajo al mundo, me paseé por toda la casa.

«Ya era hora, joder».

Me detuve en la cocina.

Abrí la nevera; seguía vacía, como no podía ser de otra forma.

«Si salimos pronto, pasará por el Carrefour a hacer la compra.

»¿Quién me ha visto y quién me ve? —pensé satisfecho, al tiempo que cerraba la puerta del frigorífico—. Creo que si no hubiera salido de allí, antes o después me hubiera muerto de una depresión; o intoxicado, quién sabe».

En realidad, lo que no era normal era haber aguantado tanto tiempo en aquella pocilga. Supongo que lo soporté porque mi mente no estaba donde debía estar; aquel zulo asqueroso no era otra cosa que un reflejo de mi estado de ánimo. Por fortuna, no lo volvería a ver nunca más.

Observé la encimera completamente vacía.

«Me tengo que comprar una cafetera. Pero nada de esas simplonas de las capsulitas. Me compraré una buena, como Dios manda. Como las que tienen en las cafeterías, pero doméstica, de las que van con portafiltro y echas el café molido, lo prensas y ves cómo gotea el café por sus dos agujeritos mientras el aroma perfuma toda la casa. Se acabó eso de ir por costumbre a desayunar a un bar. No me gusta el ambiente que hay allí.

»Y una tostadora.

»Joder, menos mal que la cocina está amueblada y tiene casi todos los electrodomésticos.

»Lo demás lo iré amueblando poco a poco, no hay prisa.

»Tal vez merezca la pena poner a la venta o en alquiler el piso de Madrid.

»No sé. Bah, ya lo pensaré».

Mientras me vestía, mis pensamientos derivaron a lo que ocupaba mi mente la mayor parte del tiempo: el caso de Miguel Ángel Rodríguez Palacios. Los que aún quedaban por resolver y que podrían tener un cierto vínculo con el de Miguel Ángel, eran inquietantes. Sin embargo, tal vez porque hacía más tiempo que ocurrieron las muertes o porque los estaban investigando en paralelo otros compañeros o porque había visto el cuerpo de Miguel Ángel *in situ* o porque la mujer me

estaba reclamando justicia, el expediente que más me obsesionaba era el de Miguel Ángel. No obstante, aunque aún no pudiese ver el supuesto vínculo existente, los demás también tenían que ser resueltos. Otros compañeros trabajaban en ellos, los repasaban cada cierto tiempo en busca de nuevas pesquisas. Lo más idílico hubiera sido que esos cuatro asesinados fuesen víctimas de un mismo asesino; nos hubiera simplificado las cosas. Sin embargo, el *modus operandi* no definía un patrón común, aunque al mismo tiempo los asesinatos guardasen ciertas similitudes.

Llegué a la comisaría. Ese día Aines llegó antes que yo.

—Buenos días, ¿qué tal la casa nueva?

—Uf. De lujo, la verdad.

Rio.

—Me alegro, ya era hora. Aunque, no sé para qué pregunto, ya se te nota en la cara.

—¿No exageras un poco?

—¿Tú te has visto? Vienes con un aura de luz rodeándote.

—Pues te prometo que no he metido los dedos en el enchufe.

—Joder, vaya chiste más malo —dijo entre risas.

—En fin. Llevo toda la mañana pensando que, independientemente de que la inspectora Casado nos mande la información que nos prometió ayer, deberíamos seguir con lo que estábamos haciendo: ojeando los casos que puedan guardar un mínimo de relación.

—Sí, yo también estaba pensando que deberíamos ir a entrevistar a la mujer de Guillermo Roca —dijo Aines.

—¿A ella en concreto?

—Sí.

—¿Por algo en especial?

Suspiró.

—El caso de su marido fue muy traumático en todos los sentidos y hubo algo que nunca me dejó tranquila. Recuerdo que cuando hablamos con ella no supo decirnos nada. Según su testimonio, su marido era un hombre tranquilo. Alguna vez había tenido alguna trifulca con algún vecino del pueblo, pero, según ella, porque perdían la cuenta de los carajillos que se tomaban. Y no me digas por qué, pero tengo un pálpito.

—Vale, pues me parece bien. Me fío de tu intuición. ¿Nos ponemos en marcha?

Asintió.

Ya que se conocía el camino, fue ella quien condujo.

—Déjame a mí —me pidió Aines según su dedo presionaba el botón del portero automático.

—Vale.

—Lo pasó fatal. Las primeras semanas me llamaba día sí día no para preguntar si sabíamos algo, si habíamos pillado al asesino de su marido.

Se oyó cómo alguien descolgaba el telefonillo.

—¿Sí?

—Soy Aines y mi compañero Yago.

—Ah, sí, subid, por favor.

Un zumbido nos indicó que teníamos vía libre para entrar.

—¿Sabía que veníamos? —pregunté entretanto empujaba la puerta y le cedía el paso con un movimiento de cabeza.

—Sí. Le he mandado un mensaje para confirmar que estaba en casa y no hacer el viaje en balde. Disculpa que no te lo haya dicho antes.

—No pasa nada. —Caminó por delante de mí y comenzó a subir las escaleras—. ¿Os lleváis bien?

—Lo justo. Procuero no hacer amistad con los familiares de las víctimas, pero...

—Pero eso solo lo conseguiríamos si nos arrancásemos el alma.

No contestó. Siguió contoneando sus caderas al ritmo de los escalones mientras llegábamos a la planta donde se encontraba la vivienda de la viuda de Guillermo Roca, «el del gancho».

La señora nos esperaba con la puerta abierta, en el umbral. Una sonrisa triste adornó sus labios cincelados por el paso de los años. La expresión de Aines basculaba entre la compasión y el cariño. Trató de no sonreír, pero al mismo tiempo sus ojos parecían querer transmitirle esperanza.

—Me alegro tanto de verte... —confesó la señora tuteándola, acercándose a ella y estrechándola en sus brazos sin el permiso de mi compañera. A pesar de que no le gustaban dichas «confianzas», de que trataba de mantener las distancias con aquellas «segundas» víctimas —por así decirlo—, Aines se dejó acunar por la muestra de afecto de la desconocida.

Cuando se separaron, sus ojos tenían un brillo más intenso que cuando nos recibió.

—Pasad, por favor —dijo evitando nuestras miradas y haciendo un gesto hacia el interior de la casa.

La seguimos hasta el salón. Parecía una vivienda chapada a la antigua, grande, limpia, con muebles de estilo clásico, oscuros y, para mi gusto, demasiado cargados de adornos, figuritas y fotos. Aceptamos su invitación de tomar asiento.

—¿Se sabe algo nuevo? —preguntó tratando de no parecer desesperada.

—La verdad es que aún seguimos investigando. En paralelo al de su marido estamos investigando el caso de otro señor que ha sido asesinado. Hemos venido porque queremos que nos vuelvas a contar lo que pasó aquel día.

La mujer agachó la cabeza y guardó silencio. Entendí que estaba haciendo acopio de ánimo antes de comenzar. Cuando habló, la voz le vibró en un tembloroso hilo que poco a poco fue cobrando fuerza.

—¿Sabes cuántas veces he deseado olvidarme de lo que vi? Ha pasado casi un año de aquello y aún no se me ha borrado su imagen de la cabeza. Pasé muchos días en los que casi ni probé bocado. Y su asesino anda aún suelto. ¿Saben la de veces que lo he maldecido? —preguntó retórica al tiempo que le caía una lágrima. Sacó un pañuelo usado, de papel, que guardaba en el bolsillo de su bata de guatín y se limpió la mejilla y la nariz—. Lo encontré después de volverme loca buscando, pero nunca pensé que lo encontraría así. —Paró. Reflexionó. Nos miró. La barbilla le temblaba. Estaba haciendo un esfuerzo titánico por no romper en llanto—. ¿Qué necesitáis saber?

—Señora Esteban...

—Llámame Magda —me interrumpió.

—Está bien, Magda, necesitamos que nos cuente todo lo que recuerde de aquel día. ¿Qué estaba haciendo usted? ¿Si vio algo fuera de lugar, algo sospechoso?

—Recuerdo que ese día no salí de casa en toda la mañana. Estuve limpiando los cristales, que falta les hacía. Luego preparé unas manitas de cerdo. Era una de sus comidas preferidas. Yo no he vuelto a comerlas.

»El caso es que tenía que llegar a casa sobre las dos de la tarde. A veces se retrasaba un poco, pero me avisaba.

—¿Se retrasaba...?

—Sí, a veces salía un rato antes de la granja y se iba al bar de aquí abajo con los amigos, a



tomar algo antes de subir. Arañaba unos minutos de aquí, otros minutos de allá. Yo no le decía nada, es más, me parecía bien. A fin de cuentas, él era el que madrugaba para ir a la granja y traer dinero a casa.

»Ese día no llegaba. Dieron las dos, las tres, las cuatro. A eso de las cinco ya no pude más y fui a buscarle al bar. Pero no estaba. Pregunté por él a sus amigos, a los dueños de la tasca. Y nada. No le habían visto. Me fui de ese bar para ver si lo encontraba en otro que también está cerca y al que también iba de cuando en cuando. Pero tampoco lo había visto nadie.

—¿Y luego qué hizo?

—No lo sé. Tengo una laguna. Me acuerdo de verme a mí misma saliendo del segundo bar, pero luego no recuerdo nada. Nada hasta que lo encontré en la granja.

—¿Tenía algún enemigo, había discutido con alguien, le debía dinero a alguien?

—No, ya se lo dije. Nadie le odiaba. Y ¿dinero? No. Mi marido no le debió nunca dinero a nadie.

—Está bien, pero ¿había alguien con quien se llevase mal?

—Que yo sepa no. Aunque...

—¿Qué, Magda? —le preguntó Aines, con cariño. La mujer se mostró titubeante, su mirada era esquiva.

—Bueno. He tenido muchos meses para pensar en esto que me están preguntando —dijo girándose y cogiéndole la mano a Aines. A pesar de que no llegaría a los sesenta años su forma de comportarse parecía la típica de una anciana—. Las únicas dos veces que le oí quejarse de alguien fue de un par de hombres: un padre y un hijo que de vez en cuando iban a La Estornera.

—¿La Estornera? —repetí.

—Sí. Mi pueblo. El pueblo de mi familia. Está en Teruel. Mis abuelos y mis padres eran de allí. Mi padre y mi madre fueron hijos únicos. Del matrimonio nació yo. Solo yo. Sin más familia allí, conocí a Guillermo y fui la primera en irme del pueblo. Aunque nunca lo he abandonado del todo. Cada año íbamos varias veces. Qué curioso. Guillermo y yo nunca pudimos tener hijos, así que, conmigo terminará mi linaje; mi familia.

—Háblanos de esos dos hombres —le solicitó Aines, tuteándola.

—Ese es el problema, que no sé qué puedo deciros. No conozco ni sus nombres ni de dónde son. Por eso no te lo había dicho antes.

Aines me miró con pena.

—No importa —dije tomando el relevo a mi compañera—, solo cuéntenos lo que recuerde.

—Vale. Un día, hace mucho tiempo, bueno, antes de que le hicieran esa barbaridad a mi marido, me contó que había un par de tipos que eran unos engreídos y unos palurdos. Yo, realmente, solo los conozco de vista. Les he visto alguna vez por el pueblo, sobre todo en fiestas, pero no vivían allí. Creo que su padre tenía raíces en La Estornera, pero no sé más. Un día mi Guillermo y yo nos los cruzamos en la plaza. Era uno de esos días en que el ayuntamiento monta una caldereta para los del pueblo y los que vienen de fuera. Había mucha gente.

—Pero ¿pasó algo?

—En ese momento que estaba yo, no. Pero mi Guillermo me contó que discutieron: los dos hombres que les digo, mi marido y nuestro amigo Julio.

—¿Por qué motivo?

—No tengo ni idea. No entró en detalles. No sé si fue por una partida de cartas o... A saber. Llegó un poco bebido y pensé que..., bueno, que no sabía lo que decía.

—Aparte de su amigo Julio, ¿hubo otros testigos?

—Pues... Supongo que Chimo. Aunque de eso no estoy segura. Creo que me dijo que estuvieron en *El Clavo*, uno de los bares del pueblo.

—¿Y quién es Chimo?

—El dueño del bar.

—Vale. ¿Sabría decirnos cuándo ocurrió?

—No lo sé. Hará dos o tres años, por lo menos.

—De acuerdo. Lo investigaremos. ¿Nos podría decir cómo localizar a su amigo Julio, nos puede dar su número de teléfono?

—Claro.

Se levantó del sofá y se dirigió a la mesa del comedor. Cogió el móvil y comenzó a manipularlo. Al cabo de un par de minutos nos lo dio; Aines lo apuntó en su bloc de notas.

—De todas formas, creo que son de aquí.

—¿De Alcira?

—Sí. Y si no viven aquí vivirán cerca. Juraría que tienen una granja de cerdos, pero no sé dónde. Por esta zona hay varias.

—¿Sabe cómo se llama la granja?

—Algo así como «Hermanos del porcino» o «Hermanos porcino»...

No pude evitar sonreír y alzar las cejas.

—Vaya nombrecito.

—Sí, por eso mi marido decía que eran unos palurdos. No se equivocaba. Ah, y antes les he dicho que eran padre e hijo, pero estoy empezando a pensar que tal vez sean hermanos, por eso le han puesto ese nombre a su granja de cerdos.

—Estupendo, Magda.

—Ojalá sirva para algo —se lamentó la viuda.

—Cualquier dato nos sirve. Ha sido de gran ayuda.

—¿Recuerdas algo más que consideres importante? —insistió Aines.

—La verdad es que no. Ya quisiera yo.

—Está bien. Muchas gracias, Magda. Yo también confío en que esto pueda ayudarnos a resolver de una vez por todas el asesinato de tu marido. Eso sí, si recuerdas cualquier cosa más, no dudes en llamarme, por muy insignificante que te parezca.

—Sí. Así lo haré.

Salí de la vivienda de la señora con la sensación de no poder creer lo que acababa de pasar.

—¿De verdad? —espeté mientras bajábamos las escaleras—. ¿No ha podido llamarte antes?

—Yo tampoco lo entiendo.

—Menos mal que tu intuición nos ha hecho venir.

—Tampoco tiene mucho mérito. Antes o después íbamos a terminar viniendo, así que...

Suspiró.

—En fin. ¿Qué opinas? —le pregunté.

—Ya la has visto: esta mujer idolatraba a su marido. Sin embargo, puede que no fuera tan buenecito como le hizo creer toda la vida. Algo me dice que el «rifirrafe» va a tener más importancia de la que ella le ha dado.

# La bolsa

15 de diciembre de 2016

Tres años antes

Al terminar el trabajo, decidió ir a dar un paseo con el perro; uno corto, lo justo para estirar las piernas y desentumecer el cuerpo. Como de costumbre, tomaron el camino de arena que daba acceso a las naves rurales y a los cultivos de la zona; camino que le permitía llevar al animal libre de ataduras sin que corriese peligro; por allí apenas transitaban coches.

El ritmo de sus pasos era vigoroso. Bajo la suela de sus zapatos se escuchaba el chasquido de las piedras al ser pisadas. Eso, unido al gorjeo de algunos pájaros, le apaciguaba. Bruno jugaba correteando a sus anchas, arriba y abajo, por los cultivos, por la arena... A lo lejos vio un conejo cruzando de un lado a otro del camino. En cuanto lo oyó, salió como una exhalación detrás de él, alejándose hasta que su dueño lo perdió de vista. No era la primera vez que el hombre se quedaba solo dando el paseo. El can empezó una partida de caza improvisada en la que persiguió al conejo durante unos minutos, hasta que este último consiguió guarecerse en una madriguera. Insatisfecho, el perro permaneció agazapado y quieto ante el agujero, esperando a que el conejo volviese a salir.

—¡Vamos, Bruno, es hora de volver! —gritó el hombre mientras trataba de hallar su ubicación.  
»¡Bruno...!

Después de un par de minutos llamándole, al fin apareció a lo lejos, como una pequeña mancha borrosa que poco a poco se fue acercando y tomando forma.

El dueño cesó de caminar.

—¡Vamos, chico!

Un ruido a su espalda le hizo volver la vista atrás. A lo lejos se acercaba un coche. Apenas levantaba polvo, lo que le hizo entender que no circulaba a gran velocidad. Confiado, siguió estático, esperando a su perro. El sonido del vehículo al desplazarse y el ruido del motor le mantendría al tanto de a cuánta distancia se encontraba de ellos.

—¡Bruno! ¡Vamos, chico!

El animal caminaba jadeante, moviendo el rabo, sin prisa. Aunque no había conseguido dar caza a su presa, parecía feliz.

Mientras el hombre aguardaba, se percató de que el vehículo que se aproximaba apenas hacía ruido, seguía lejos. Esa vía era de paso, no tenía sentido que alguien se quedara a medio trayecto. Extrañado, volvió a mirar atrás. El coche se había parado a un lado, casi encima de los matorrales que delimitaban el camino.

Como hipnotizado, inmóvil, trató de agudizar la vista. Se preguntaba qué motivo tendría para haberse detenido allí, incluso, si lo conocía de algo. Idea que desechó de inmediato; no creía conocer a nadie que tuviese un coche de color granate.

La puerta del conductor se abrió y, a continuación, bajó un individuo que con rapidez se dirigió

a la parte trasera. Escondido tras el portón del maletero, daba la sensación de haber desaparecido.

El hombre, que lo miraba desde la distancia, intrigado, comenzó a caminar hacia el coche. Todos sus sentidos trabajaban en descifrar qué estaba sucediendo.

La figura del individuo volvió a surgir instantes después de detrás del coche, propiciando que el hombre que lo observaba pudiera seguirle con la mirada. Contempló con recelo cómo se dirigía a la cuneta con una bolsa o un saco negro en la mano.

—Será desgraciado... —se dijo en cuanto se percató de que dejaba el bulto negro allí tirado—. ¿No tiene contenedores en su puñetera casa?

El de la bolsa, habiéndose deshecho de ella, regresó a toda prisa a su coche mientras el hombre que caminaba en su dirección trataba de distinguir su rostro; aunque aún estaba demasiado lejos para conseguirlo. El coche empezó a hacer maniobras para dar la vuelta y regresar por donde había venido.

«¿Eso es un Patrol? —Achinó los ojos—. Sí, juraría que ese trasto es un Nissan Patrol».

Bruno pasó corriendo junto a su dueño, en dirección al vehículo granate, el cual empezaba a alejarse.

—¡Bruno!

El hombre aceleró el paso.

—¡Bruno! ¡Ven aquí! —le gritó al ver que no le obedecía—. Me cago en...

Lo llamó una vez más, acompañando un desgañitado alarido con un silbido. Por fin el perro hizo caso: paró, miró a su dueño con la lengua fuera y expresión de felicidad y comenzó a caminar hacia él. Sin embargo, su dueño no le prestó la menor atención; sus sentidos permanecían centrados en la bolsa de basura que aquel individuo había depositado en la cuneta. El coche había dejado de estar al alcance de sus sentidos.

«¿Se ha movido?

»No puede ser.

»No fastidies. Sí, se está moviendo».

Instintivamente, echó a correr. Al llegar a la bolsa, paró en seco y se acuchilló delante. Vaciló antes de tocarla. La bolsa volvió a moverse, lo que provocó que se le acelerara más aún el corazón. «No puede ser nada peligroso», se dijo. «¿Y si es una serpiente? ¿Quién podría tener serpientes, meterlas en bolsas de basura e irlas tirando por las cunetas?». Un sutil ruido proveniente del interior le hizo descartar la hipótesis del reptil. Llevó las manos al nudo que la cerraba y empezó a deshacerlo. Su inquietud aumentaba. Quitado el primero, el más costoso, desató el segundo y abrió despacio la bolsa. Un fuerte hedor quedó libre alcanzando su olfato. «¿Qué narices...?». Con cara de asco asomó la cabeza. «¡No me jodas! ¡Maldito bastardo!». En el interior había una gata adulta que no se movía y cuatro cachorros. Bruno trató de meter la cabeza, pero consiguió apartarlo con el brazo. «Ahora no, Bruno», le dijo, al tiempo que miraba una vez más en el interior. «No se mueven», pensó. Trataba de distinguir el estado de los animales, sobre todo el de la madre, que seguía quieta. Metió la mano en la bolsa para tocarla; el pelo del felino estaba empapado por algún fluido pegajoso. Se observó los dedos. «Parece sangre». El perro se disponía a meter su hocico húmedo cuando el hombre se puso en pie, cogiendo la bolsa con el mayor cuidado que pudo. Caminó a toda prisa hasta donde tenía aparcado su coche y condujo hasta la clínica veterinaria que había en el pueblo. Dejó el coche en doble fila, justo delante de la puerta de la clínica de Arantxa. Bajó y llamó varias veces al timbre. Al abrir la puerta, se escuchó una melodía acampanada proveniente de un avisador sonoro, compuesto por unos tubos metálicos suspendidos en el aire gracias a un concienzudo entramado de hilos.

—¿Qué pasa? —La mujer observó el rostro del hombre, luego sus manos.

—Algún desgraciado ha tirado esta bolsa en la cuneta que hay por los caminos de arena.

Durante un instante se quedó boquiabierta.

—Déjame ver —solicitó, empujando la puerta hasta chocarla contra la pared, sujetándola con su propio cuerpo, dispuesta a echar un vistazo al interior de la bolsa mientras él la sostenía entre sus brazos—. Dios... Pasa. Corre —le ordenó ella.

Apresurada, caminó hacia una de las salas. El hombre siguió de cerca la estela blanca de su bata. Mientras cruzaban el pasillo, a sus espaldas se escuchó cómo la puerta de la clínica se cerraba por sí misma, generando una vez más un melódico sonido a campanillas.

En la habitación tan solo había una camilla metálica y un par de muebles de acero inoxidable. Al menos, eso fue lo único en lo que el hombre se pudo fijar. Soltó la bolsa sobre el frío metal a la vez que la veterinaria sacaba unas tijeras de uno de los cajones.

Diligente, pero cuidadosa, cortó el plástico que los cubría hasta dejar una sábana de tela petroquímica negra.

—Pobrecitos, aún tienen colgando el cordón umbilical —dijo afligida.

Cogió una toalla y puso sobre ella a las cuatro crías. Examinó a la madre y determinó su muerte.

—Si sobreviven será un milagro —explicó apenada mientras cogía al primer cachorro. Con solo un vistazo se dio cuenta de que ya era tarde no solo para la madre, sino para, al menos, uno de los gatitos.

# Desaparecido

Yago Reyes

Viernes, 18 de octubre de 2019

Actualidad

—A vosotros os queríamos ver —dijo una voz a nuestra espalda. Giré la cabeza para ver quién era. Se trataba de Iván Trejo, uno de los compañeros que investigaba los casos por desaparición.

—¿Qué pasa? —le respondió Aines borrando paulatinamente la sonrisa de sus labios.

—Hace dos días denunciaron la desaparición de un hombre. Se llama Jaime Ruiz Gaos. Es de aquí, de Alcira. Vino su hija a interponer la denuncia. —Aines y yo nos miramos con extrañeza mientras él continuaba hablando—. Francamente, no sabemos cuánto tiempo lleva desaparecido. Vivía solo y prácticamente no se hablaba con la hija que ha venido a poner la denuncia, así que...

En ese momento aparecieron el comisario y Carlos Costea, el compañero de Iván.

—Vamos a mi despacho —ordenó Luca de Tena.

—¿Me he perdido algo? —me susurró Aines según pasaba a mi lado siguiendo los pasos de nuestros compañeros.

—No tengo ni idea —le contesté en el mismo tono.

Una vez en el despacho del comisario, Luca de Tena empezó a ponernos al día.

—No sé qué os habrá contado Iván, pero tengo indicios para sospechar que la desaparición de Jaime Ruiz Gaos está relacionada con el caso. La hija —hija única— telefoneó al padre, Jaime Ruiz, para darle una noticia familiar. Algo de una enfermedad terminal. Al parecer, el hombre es viudo y desde que perdió a su mujer, según su hija, no ha vuelto a tener trato con nadie. Los dejó a todos de lado, incluyendo a la hija. Aun así, pretendía animarle a que le hiciese una visita a su cuñada al hospital, al menos para despedirse de ella.

»Lo telefoneó varias veces sin obtener resultado. Al ver que no lo cogía se presentó en su domicilio. Tenía llave del piso. Al entrar se encontró con la casa llena de moscas y un olor pestilente. Estaba todo abandonado. La fruta estaba podrida. Incluso se había estropeado la comida que había en la nevera. Inspeccionó el piso pensando que se lo iba a encontrar muerto. Gracias a Dios no fue así. No había nadie. Fue entonces cuando vino a interponer la denuncia.

»Iván y Carlos estuvieron ayer en el piso del desaparecido con un equipo de la policía científica. Estuvieron tomando fotografías y muestras. Y adivinad qué.

—Sorpréndanos —dije expectante.

—La luz ultravioleta dejó en evidencia manchas de sangre por la cocina y el pasillo. Extrajeron muestras. Ahora mismo las están analizando para determinar a quién pertenecen.

»El equipo ha hallado más manchas de sangre en el portal. También las están analizando.

Luca de Tena les hizo un gesto a Carlos y a Iván para que prosiguieran ellos. Carlos tomó la palabra.

—Ayer estuvimos hablando con el único vecino de Jaime Ruiz Gaos y analizando el móvil del

desaparecido que, por cierto, estaba sobre la mesa del comedor, sin batería.

»Según el estado de la comida que quedaba en la nevera, especulamos que lleva desaparecido varios meses. La hija nos ha confesado que llevaba mucho sin hablar con su padre. Hemos pedido al juez que nos autorice a sacar un listado de las llamadas telefónicas de Jaime y un rastreo de sus localizaciones GPS.

—Aparte de eso —intervino Iván—, en el piso había comida de perro: el pienso, los bebederos..., también juguetes del animal. Pero del perro ni rastro. Y claro, no sabemos qué pensar. ¿Desaparecieron juntos? Tal vez la sangre de la cocina corresponde al perro. No sé. Es raro.

—Por supuesto, pensáis que está muerto, ¿no? —pregunté.

—¿Tú no lo pensarías? —replicó Iván.

—Sí. Sí lo pensaría.

—Si os he reunido a todos —prosiguió Luca de Tena—, es porque me gustaría que fueseis contrastando datos. Las circunstancias de la desaparición son muy sospechosas y de momento solo hemos hablado con la hija y con el vecino. Tampoco hay mucho para saber por dónde tirar —dijo resignado y suspirante—, pero al menos id cruzando los datos de esas dos declaraciones con las que tengáis de los otros cuatro casos. Vosotros —dijo dirigiéndose a Carlos e Iván—, pasadles lo más rápido posible una copia de las declaraciones de la hija y del vecino.

Me preguntaba cuál era el supuesto vínculo que el jefe no dejaba de ver entre unos casos y otros. En los fallecidos en extrañas circunstancias, ese preciso dato podría ser el nexo: todas muertes violentas y distintas, pero en el caso del desaparecido ¿dónde estaba el nexo? Aun así no dije nada. Me dejé guiar por su intuición. A fin de cuentas, por algo habría llegado a ser comisario tan joven; algo especial debía tener.

—Muy bien —prosiguió Aines—, pues ya que estamos, aprovecho para informarle de que nosotros venimos de hablar con la viuda de Guillermo Roca Jiménez. Nos ha dicho que su marido tuvo un encontronazo con dos hombres que de vez en cuando se dejan ver por su pueblo natal, La Estornera. Al parecer, según ella, son hermanos y tienen una granja de cerdos aquí, en Alcira. Le pediremos ayuda a Esteban, a ver si él nos puede confirmar esos datos y localizarnos la ubicación de la granja para hacerles una visita.

—Estupendo. Pues nada más, poneos manos a la obra y tenedme al tanto de cualquier avance.

—Sí, señor —respondimos, prácticamente a coro.

# Amenazas

Septiembre de 2017

Dos años antes

Aquella madrugada las temperaturas se desplomaron hasta situarse por debajo de los cero grados, un fenómeno meteorológico habitual en esa zona de Teruel incluso para aquella época del año; los vecinos estaban acostumbrados. Desde primera hora de la mañana, las chimeneas de muchos hogares veían crepitar entre el fuego los leños y las primeras ascuas. En casa de Guillermo Roca y Magdalena Esteban, el humo dibujaba arabescos por la campana de la chimenea hasta perderse por el conducto de la salida de humos y mezclarse con el aire del exterior, perfumando La Estornera con su peculiar e imperecedero aroma a añejo.

Magdalena Esteban preparaba una cafetera para desayunar, absorta en los quehaceres que la ocuparían toda la mañana. Con sigilo, Guillermo Roca se acercó a su mujer por la espalda, la agarró por la cintura y le dio un beso en la mejilla. «¿Ya te vas?», le preguntó ella.

—Sí. Seguro que me están esperando.

—Ten cuidado cuando salgas a la calle, no vayas a resbalarte. Con esas zapatillas... —Se quedó mirándole los pies, negando con la cabeza.

A falta de hijos, Magdalena Esteban mimaba a su marido como si lo hubiese fecundado en sus entrañas. Lo amaba. Llevaban toda la vida juntos. Para ella, era el mejor hombre del mundo, cariñoso, sin defectos.

Haciendo caso a la desaprobación de su mujer, Guillermo se puso el abrigo más grueso que tenía y se cambió las zapatillas de deporte por unas botas de montaña. «¿Mejor así?», le preguntó él mirándose los pies. «Sí, mejor así», le respondió Magdalena al tiempo que le subía la cremallera del abrigo hasta el cuello.

—Bueno, pues luego vengo.

—Vale. Pásalo bien. No llegues más tarde de las dos. Tendré la comida para esa hora.

—De acuerdo. ¿Qué vas a preparar?

—Caldereta de Pastor.

—De cordero, ¿no?

—Sí. Claro. Como siempre.

—*Ainnnsss...*, cómo me cuidas —dijo cogiéndola por la cintura y atrayéndola hacia él, jugueteón.

—Pues claro. Ya lo sabes. Así que, vuelve puntual, que si se queda frío...

—No, no. Tranquila —la interrumpió—. Vendré a tiempo y nos lo comeremos bien calentito.

Le dio un beso en la mejilla y se despidió con un «en un rato estoy en casa».

Las calles mantenían una fina capa de escarcha por la última helada nocturna. Guillermo se alegró de que su mujer estuviera tan pendiente de él; al menos, en cuanto a cuidados se refería. Caminaba manteniendo la vista puesta en el suelo, midiendo dónde pisaba.



Se fijó en las huellas que alguno de sus vecinos dejó al recorrer la calle antes que él. Unas huellas que habían hecho desaparecer el manto blanquecino que antes la cubría, para dejar a la vista los pequeños bloques de piedra que adoquinaban las calles, ahora, de un color más oscuro debido a la humedad. Al llegar a la altura de la casa de su amigo Julio Pineda, vio una hilera de huellas en línea recta, en dirección a la plaza del pueblo. «Este no aguanta en casa ni cinco minutos. Seguro que ya está en el bar», pensó.

Al llegar a la plaza, la escarcha se convirtió en simple humedad.

Caminó hasta *El Clavo*, encogido de hombros, pensando en el chato que se iba a tomar nada más llegar.

Una vez en la puerta, a través de los cristales, vio que había más gente de la normal. Unas diez o doce personas. Su entrecejo se frunció tratando de entender el motivo. Era raro que a esas horas de la mañana hubiera tanta gente despierta y dando vueltas por el pueblo.

El eco de los ruidos y los olores que se sentían desde la calle cobraron intensidad en cuanto abrió la puerta. Julio Pastor estaba sentado a una mesa con Mario Venturada y Luis Cabrero. Aún no había puesto el segundo pie dentro del bar cuando Julio le reclamó desde la mesa, alzando el brazo para indicarle dónde se encontraban.

Guillermo caminó hacia ellos al tiempo que saludaba al dueño del bar con un «se ha levantado un frío del carajo, ¿eh? Cuando puedas ponme un chato».

—Vamos, hombre, que te estábamos esperando —le dijo Mario mientras los otros dos le miraban con cara de complacencia.

—Un guiñote, venga —secundó Julio.

Apartó la silla que quedaba libre y la ocupó. De los cuatro que estaban a la mesa, Mario era el más extrovertido. Según Guillermo, no se callaba ni debajo del agua y lo sabía todo; al menos eso creía él. Julio era un hombre más tranquilo, reservado. Todo lo que hablaba Mario, él lo callaba. Guillermo y él se conocían desde hacía años, aunque no era por esto por lo que Guillermo confiaba en él, sino por su carácter y discreción. Con Luis apenas había coincidido cuatro o cinco veces; aún no tenía una opinión clara sobre él.

Guillermo miró la mesa: sobre ella tenían una baraja de cartas española perfectamente montada rodeada por tres vasos de chato. De los que estaban junto a Mario y Luis solo quedaba el cristal y un par de gotas reposadas.

La mañana transcurrió entre chatos, partidas de guiñote, bromas y apuestas. Habían perdido la cuenta de las rondas que llevaban.

—Señores, yo me tengo que ir marchando —dijo Mario arrastrando la silla por el suelo, empujándola con su cuerpo—. Manuela me esperaba a las once en casa y ya son las doce. —Julio se rio con estrépito mientras Luis y Guillermo le miraban con cara de «preparate». Manuela tenía fama de ser una mujer rígida, seria. Ninguno de sus amigos entendía cómo seguían juntos—. Ha venido su familia y habíamos quedado para ir de ruta.

—¿Dónde vais a ir? ¿Les vas a enseñar el pueblo? —se interesó Luis.

—No, no. Querían ir..., no sé dónde. Ya mañana nos quedaremos por aquí, que hacen la cacerolada y todas esas gaitas.

—Pues suerte.

—Y tanto. No quiero que me tenga a pan y agua toda la semana —dijo poniéndose el abrigo, marchándose.

—Ale, pues se jodió la partida —espetó Luis haciendo un aspaviento. Sus párpados no conseguían mantenerse abiertos por completo, y su tono de voz desvelaba que llevaba más chatos

que ninguno de sus compañeros de mesa—. En fin. Queee... —empujó la silla para levantarse. Al erguirse sufrió un pequeño mareo, apoyó las manos sobre la mesa y se estabilizó—. Yo también me voy con el viento.

—¿A dónde vas? —Se interesó Julio.

—Qué más da —respondió con voz estridente, trabándosele la lengua—. ¡Me piro! Ya no somos cuatro; ya no hay partida.

Cogió su abrigo del respaldo de la silla y, arrastrándolo por el suelo, se marchó ante la mirada de compasión de Guillermo y de Julio.

Mientras Julio recogía las cartas, Guillermo apoyó los antebrazos sobre la mesa, con los dedos entrelazados. Miró el vino que le quedaba en su vaso: estaba a la mitad. «Por una vez podría volver a casa antes de coger una buena cogorza, pasar un rato con Magda», pensó distraído, víctima de los sentimientos que el alcohol sabe desenmascarar.

—Vemos que os habéis quedado sin compañeros de partida —dijo una voz a su espalda.

Ante ellos se presentaron dos hombres, los Hermanos Gómez o los Hermanos Porcino, conocidos así en medio pueblo por el nombre de su negocio, un matadero de cerdos que tenían en Carcagente. Cada cierto tiempo, Lucas y Adrián Gómez acudían a La Estornera durante la semana de las fiestas del pueblo, tratando de avivar una tradición que fue perdiéndose después de que fallecieran sus padres. Mientras fueron unos niños pasaron allí no solo las fiestas, sino buena parte del verano en compañía de sus abuelos, los cuales, desde hacía una década, estaban enterrados en el cementerio de aquellas tierras.

«¿Qué harán estos aquí?», se preguntó Guillermo, con recelo. Pronto cayó en la cuenta de las fechas en las que estaban. En el pasado habían tenido algún que otro altercado, motivo por el cual no sentía especial simpatía por los Gómez.

El paso de los años los había «castigado»; sobre todo al mayor, a Lucas. Un voluminoso abdomen le colgaba por encima de los pantalones. Vestía un chaleco que no le cerraba. «Este sí que está como un cerdo», pensó al ver el contraste que hacía su tripa con sus piernas cortas y delgadas. «No sé cómo se aguanta en pie. Sería más fácil llevarlo rodando».

Antes de que les diera tiempo a contestar, Adrián y Lucas se habían sentado a la mesa, ocupando los sitios, aún calientes, que habían dejado Luis y Mario.

—Venga, ¿nos echamos un guiñote? —dijo Adrián. En su mano derecha llevaba un botellín de cerveza al que le quedaba menos de la mitad.

—¿Qué te parece? —le preguntó Julio a Guillermo.

—Parece que ellos ya se han invitado.

A los Gómez no les gustó ese trato de indiferencia.

—Venga, va. ¿Quién reparte? —preguntó Julio ofreciéndoles la baraja, primero a Lucas, que se había repantingado en la silla, con el culo al borde del asiento y los brazos lánguidos a los costados, y luego a Adrián. Fue este último quien la cogió, después de soltar el botellín dando un golpe sobre la mesa.

Mientras Adrián barajaba, Lucas se irguió sobre la silla y le pidió a Chimo, de un bocinazo, un tubo de orujo de hierbas y otra cerveza para Adrián.

Adrián repartió seis cartas para cada uno. Salió copas de triunfo.

Como si fuese un espectro, Chimo les llevó las bebidas a la mesa. Retiró los vasos vacíos y los sustituyó por las nuevas consumiciones; luego, con la misma discreción, regresó a la barra.

La partida marchó bien —bastante igualada— hasta el arrastre.

Guillermo salió con el as de oros. Lucas, sentado a su derecha, lanzó con orgullo el siete de

copas, que era triunfo. Julio no se había descartado de ese palo, y ante la decepción de su compañero, puso el dos de oros sobre la mesa. Adrián, que supuestamente había hecho los deberes y sí se había descartado de oros, le cargó a su hermano el tres de bastos. Veintiún puntos para la pareja formada por Lucas y Adrián, sin duda una buena jugada para los Porcinos.

El problema llegó en el último arrastre, el que otorgaba ‘las diez’, cuando Adrián, como quien no quiere la cosa, dejó caer un oro sobre el tapete, y Guillermo se percató de aquel «embuste» merecedor de un renuncio.

—Renuncio —dijo Roca tajante.

—¿Por qué? —preguntaron los Hermanos Porcinos casi al unísono.

—En el primer arrastre, tú —dijo señalando a Adrián— deberías haber tirado ese oro que acabas de tirar, y no cargarle el tres de bastos a tu hermano. Sois unos tramposos.

—¿Qué acabas de decir? —le reprendió Lucas, el mayor de ambos.

—Siempre lo habéis sido. Por eso no quería que jugásemos.

—Haberlo dicho —le replicó Julio. Pero Guillermo no tenía oídos para atenderle, su mayor interés estaba en demostrar sus acusaciones. Cogió las cartas que Lucas había recogido durante la partida y demostró el «error». «¿Ves?», dijo Guillermo alzando el tono. «Aquí estabas obligado a tirar oros».

«No me he dado cuenta», profirió Adrián, sonriente, con cara de guasa, contagiando a su hermano, que pareció celebrar el momento de tensión dándole un largo trago a su orujo.

Guillermo se levantó de su silla, arrastrándola y generando un estruendo que llamó la atención de muchos de los que se encontraban en *el Clavo*, tirándole las cartas prácticamente a la cara.

—¡Sois carroña! ¡Unos putos tramposos! —La sonrisilla de Adrián se convirtió en una mirada de odio y desafío.

—¿Qué me has llamado?

Lucas y Julio se pusieron en pie a la vez que Adrián.

Julio fue hasta su amigo y lo cogió del brazo. Tiró de él hasta alejarle de los Hermanos Porcino. Los gritos de «¿qué me estás llamando?! ¡Cobarde! ¡Dímelo a la cara!», les acompañaron hasta que abandonaron el bar.

Adrián los siguió hasta el exterior, seguido de cerca de su consanguíneo. Varios de los que estaban en el bar quisieron salir para ver cómo finalizaba aquello, algunos solo para cotillear, otros por si tenían que intervenir y mediar paz, pero Lucas cerró la puerta desde fuera, impidiendo que saliera nadie más.

—¿Que qué me estás llamando, puto carcamal?! —vociferó Adrián.

—¡Te llamo mentiroso! ¡Tramposo! —dijo Guillermo zafándose de los agarres de su amigo.

—¡Ya vale, Guillermo! ¡Vámonos, no merece la pena! —trató de calmarle Julio, agarrándole de nuevo de los brazos. Pero Guillermo no tenía intención de parar, seguía haciéndole gestos desafiantes con la cabeza.

—¡Vuelve a llamarme tramposo y te rajo como a un cerdo en el matadero!

—A mí tú no me amenazas, bastardo mentiroso.

—¿Te ha llamado bastardo? Dale un par de puñetazos, hombre —animó Lucas desde la puerta del bar—. Ya verás cómo se le quitan las ganas de insultar a nuestra familia, al muy asqueroso.

—Me temo que a gentuza como esta no basta con darles un par de puñetazos. ¿No ves? Son como los cerditos que nos llegan cada día. Solo saben agitarse y gritar. Necesitan que alguien les ponga en su sitio, tal vez que les rajen de arriba abajo.

Guillermo lo miró con rabia, pero esta vez supo contenerse de lanzarle más imprecaciones. Su

advertencia de rajarle como a un cerdo sonó demasiado firme, y la fama que le precedía...

Su amigo Julio volvió a agarrarlo del brazo y tiró de él. «Vamos, Guillermo, ya está bien. Vámonos».

—Corred, sí. Corred como cerdos. Pero esto no va a quedar así, puto carcamal.

# Mi culpa

Yago Reyes

Viernes, 18 de octubre de 2019

Actualidad

Al empezar una investigación no sabes cuál va a ser el camino correcto, el que te lleve al culpable. Ni siquiera sabes si alguno te llevará a encontrarlo. Los casos sin resolver, como el de Guillermo Roca Jiménez, eran revisados periódicamente. A veces, un detalle pasado por alto al principio de la investigación sale a la palestra meses más tarde, convirtiéndose en la clave para resolverlo. Aines y yo confiábamos que ocurriese eso con el caso de Guillermo Roca y la nueva pista que nos había proporcionado su viuda. Lo deseaba no solo por ella, sino por Aines; fue un caso que la dejó tocada durante algún tiempo y a la vista estaba que aún la seguía alterando.

Después de abandonar el despacho del comisario acudimos a la mesa de Esteban. Con tanta petición, estábamos consiguiendo que se le acumulara el trabajo. No obstante, aquello nos corría prisa, de modo que...

—Necesitamos que nos digas si existe una empresa de cerdos por la zona, con el nombre de ‘Hermanos Porcinos’ o algo semejante —dijo Aines, yendo directa al grano.

—¿Tienes algún dato más? —preguntó Esteban mientras apuntaba en un papel garabateado.

—No. Que los dueños son familia.

—Hermanos, ¿no?

—Eso creemos. Pero no descartamos que puedan ser padre e hijo.

—De acuerdo. Pues me pongo a ello. ¿Os corre prisa?

—Sí. Deja lo que estuvieras haciendo y encuéntranos esto.

—¡Ché! Como usted mande, señora —le dijo con guasa.

—Así me gusta.

Aines le dio una palmadita en la espalda mientras yo zanjaba nuestra petición con un «avísanos en cuanto lo tengas, anda».

—Te invito a comer algo —le dije a mi compañera, después de dejar a Esteban.

—¡Oh!, ¿y eso?

—Pues ya ves, me has pillado contento.

—Parece que el piso nuevo está haciendo milagros.

—No te pases, que solo llevo un día durmiendo allí.

—Ya, bueno, pero es como si..., no sé cómo explicarlo. Es como si antes llegases todas las mañanas lleno de mierda y ahora llegases recién duchado. Por supuesto, hablo desde un sentido metafórico, claro.

La miré boquiabierto y con una ceja subida; no daba crédito.

—Lo que tú digas.

—¿Te has mosqueado?

—No, compañera. Dios me libre de enfadarme por ese tipo de comparaciones. ¿Vamos a comer?

—Vale, pero luego me iré a casa, tengo muchas cosas pendientes.

—Yo también. Después de comer me pasaré a hacer la compra, tengo la nevera y la despensa vacías.

—Mañana te hacen la mudanza, ¿no?

—Sí, tendré que acercarme un rato a controlar.

—Tendremos.

La sonreí. Me encantaba ver que empezaba a aflorar una relación de amistad entre nosotros.

—Venga, ¿dónde vamos?

—¿Te apetece que vayamos a un asiático o prefieres producto nacional?

—¿Me vas a llevar a comer paella?

—Por ejemplo.

—Me parece estupendo.

Condujo hasta un restaurante pequeño.

—No sé yo si vamos a tener hueco —dije al ver las mesas repletas de gente.

—Tranquilo, tengo enchufe. Espera aquí un momento, a ver qué puedo hacer.

Sin darme tiempo a decir nada, zigzagueó entre las mesas hasta llegar a la barra. Se apoyó sobre ella y esperó a que un hombre de gran tamaño y corta estatura la mirase. Al girar y verla, el hombre alzó los brazos de forma exagerada, al más puro estilo italiano. Su expresión de felicidad me hizo entender que se conocían desde hacía tiempo. Se acercó a ella, le dio un par de besos y comenzaron a hablar mientras yo los observaba desde una distancia prudencial; no podía escucharles. Sin embargo, no me importaba, estaba a gusto contemplando la silueta de mi compañera, su pelo cayéndole en una cola de caballo ondulante por la espalda y su cuerpo ligeramente reclinado sobre la barra dejando una mejor panorámica de su escultural trasero. Me sorprendí a mí mismo mordiéndome el labio inferior.

«Como siga así, me las va a hacer pasar canutas.

»Si no fuera mi compañera...

»En fin —me dije al tiempo que me dirigía hacia ellos».

—Ah, mira, este es Yago —anunció Aines al verme. A pesar del bullicio del local me parecía que estaban hablando en valenciano antes de que yo llegara—. Es mi nuevo compañero.

—¡*Che!* ¡El famoso Yago! —espetó el hombre a pleno pulmón y sin perder la sonrisa. Arrugué el ceño desconcertado. ¿«El famoso Yago»? ¿Qué narices le habría contado de mí? Aquel que no perdía la jovialidad me tendió la mano para que se la estrechara.

—Hola. Sí, soy su compañero. Yago. Lo de famoso no sé si llega a tanto.

—Yago, este es mi tío Ricardo.

«Ahora lo entiendo —pensé al tiempo que el hombre apretaba con vehemencia mis dedos».

—Encantado.

—¡*Che!* Es un placer, hombre. Ya estaba tardando en traerte por aquí. Si quieres comer una buena paella, una de las de verdad, no como esas que suelen poner en cualquier lado, estás en el sitio idóneo.

—No me habías dicho que tenías un tío cocinero —le dije a Aines en un tono que rayaba el flirteo. Al parecer ninguno de los dos advirtió dicha entonación.

—¡Eh!, pero no un cocinero cualquiera. Aquí se me conoce como ‘El cocinero’, con

mayúsculas.

—«Aquí» te refieres a...

—A su propio restaurante —bromeó Aines entre risas ante la mirada desaprobatoria de su tío.

—Sobrina, por Dios, ¿pretendes dejarme en mal lugar?

—Que no, tío, que no. Si no pensase que eres el mejor de la zona no te habría traído a mi compañero, ¿no te parece?

Hizo una mueca y luego le pellizcó la mejilla, como una abuela «maltratando» el carrillo de su nieto.

—Muy bien. Dadme cinco minutos mientras os hacemos un hueco. Mientras, si queréis ir bebiendo algo, podéis pedirselo a Esther. —Hizo un gesto con la cabeza señalando a una de las camareras, aunque ella estaba tan ocupada que dudo mucho que lo escuchase. Sin darnos tiempo a contestar, Ricardo se fue hacia el interior del restaurante, a un área donde había más mesas y comensales. Lo que al principio me pareció un bar pequeño, resultó no serlo tanto. Aparte de la zona principal, en la que nos hallábamos en ese instante y donde estaba la barra y la entrada a la cocina, al fondo se encontraba una segunda área del doble de tamaño que empleaban de comedor. Las paredes de todo el restaurante estaban forradas por unos azulejos de gres que simulaban el ladrillo visto, poroso, de un tono beige grisáceo. Algo más oscuro era el suelo, también de gres lacado y con un dibujo abstracto formando vetas. El techo era blanco, cruzado de lado a lado por vigas de madera en tono chocolate, a juego con las lámparas, la barra y las sillas del local. Elegante. Moderno. Acogedor.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó Aines.

—¿Por qué no me habías dicho que tienes un tío con un restaurante? Podíamos haber venido algún día a tomar el café de la mañana.

—Bueno, aún no sabes muchas cosas sobre mí. Y de todas formas, no me apetece venir aquí cuando estoy de servicio. Manías, supongo.

Asentí entretanto examinaba su rostro. Ella me miró a los ojos unos instantes, aunque enseguida apartó la vista. Percibí un leve rubor en sus mejillas; o tal vez fue solo una alucinación mía.

—¿Cerveza? —preguntó cambiando de conversación. La volví a analizar. Esta vez no apartó la mirada, me la sostuvo con cierto aire desafiante. Tal y como temí minutos atrás, empezaba a hacérmelas pasar canutas.

—Sí —dije resignado, disimulando mi creciente interés *extraprofesional* en ella.

—¿Una caña?

—Sí.

Giró levemente hasta apoyarse de nuevo en la barra. Se inclinó haciendo que su cuerpo sobrepasara parte de la encimera y le pegó un grito a la camarera, llamándola por su nombre. Al verla, la mujer sonrió y le gritó un «ieeee...», Aines, *quina alegría*».

Vino hasta nosotros mientras seguía hablando.

—*¿Y què fas per aquí? Feia molt que no et deixaves veure per ací.*

—Sí, hacía mucho. Hemos venido mi compañero y yo a comer una de las paellas especialidad de mi tío. Te presento —dijo mirándome—, él es Yago.

—Hola —dije inclinando la cabeza.

—¿No eres de aquí?

—¿Tanto se me nota?

La mujer soltó una carcajada.

—No. Pero me lo he imaginado cuando ella ha contestado en castellano, y tu «hola»... En fin,

bienvenido —dijo con un marcado acento valenciano—. Yo soy Esther.

—Encantado.

—Qué formalito. Me gusta —le dijo a Aines como si yo no estuviese delante. Después me dedicó una sonrisa de oreja a oreja y una descarada inspección de arriba abajo. En ese mismo lapso, yo obré del mismo modo. Tenía ante mí a una mujer de unos cuarenta y cinco años, menuda, de complexión media, con el pelo caoba recogido en un moño poco trabajado y un maquillaje bastante notorio.

«¿Será la mujer del tío de Aines?».

Parecía una persona nerviosa, tirando a hiperactiva. De pronto se giró para seguir hablando con Aines.

—Y bueno, ¿qué tal? ¿Has visto a tu tío?

—Sí, se ha ido a prepararnos una mesa.

—Hoy estamos hasta las cejas —dijo mirándome y haciendo una mueca de agotamiento. Aunque no se entretuvo, siguió hablando sin que a ninguno de los dos nos diera tiempo a contestar; todo apuntaba a que solía hablar de esa forma: rápido, como si tuviera prisa—. Pero bueno, mejor así, ¿no? Y decidme, ¿qué queréis? ¿Os voy poniendo alguna cosa? ¿Algo fresquito? Sentaos a la barra. Ahora cuando venga tu tío, os lo llevamos a la mesa. ¿O queréis esperar?

—No. A ver..., yo quiero una mixta con limón.

—¿Y tú, guapetón? —me preguntó la mujer con cara de alegría.

—Que sean dos.

—Muy bien, pareja. Voy a ello. ¡Id sentándoos! —vociferó al tiempo que se dirigía al grifo de la cerveza.

—Va como las locas —la excusó Aines haciendo una mueca.

—¿Es...?

—Qué.

—Que si tiene algo con tu tío.

—¿Esther? No, qué va. Es solo una compañera. Lleva con él toda la vida, desde que mi tío montó esto.

—Ah, pensé que...

—No.

—¿Y tienes tía?

Arrugó el ceño al tiempo que se sonreía levemente.

—Tengo muchas tías, compañero, pero si te refieres a si mi tío Ricardo está casado, no, no lo está.

—¿Nunca lo ha estado?

—No. —Asentí despacio, pensativo. No sabía cómo interpretar aquella información. Antes de que me diera tiempo a seguir preguntando, continuó hablando ella—. Es gay, ¿vale? —Me susurró a la oreja. Era la primera vez que la tenía tan cerca y su aliento en el cuello hizo que se me erizara el vello de la nuca. Por supuesto, disimulé.

—¡Oh! Muy bien. Pero no sé por qué susurras. ¿Acaso se avergüenza?

—No lo susurro porque le dé vergüenza, es simplemente porque siempre ha defendido que a nadie le interesa su vida privada, ¿entiendes? El vende su producto, su buen hacer, su arte gastronómico, su profesionalidad, y en la profesionalidad no hay cabida para el cotilleo. ¿Lo comprendes ahora?

Vacilé unos instantes.



—Sí. Lo entiendo. Me parece bien. El trabajo por un lado y la vida personal por otro. ¿No?

—Sí, supongo que podría decirse así.

—Me parece bien —dije asintiendo nuevamente—. ¿Y tú compartes su misma filosofía?

En esa ocasión fue ella la que me observó con el ceño fruncido. Tardó unos segundos en contestar.

—Supongo que sí.

—¡Aquí están vuestras cervecitas, pareja! —vociferó la camarera al tiempo que se me escapaban mis pensamientos en un susurro: «es una pena». Nadie, salvo yo mismo, me escuchó.

Apoyó las copas escarchadas sobre la barra y nos las aproximó con sutileza, empujándolas con cuidado de no verterlas. La condensación procuró las primeras gotas resbalando por el cristal hacia el mostrador, dejando el típico recerco acuoso sobre la madera haciéndola parecer aún más oscura, casi wengué; se me hizo la boca agua. La cogí haciéndole un gesto a Aines que simulaba un brindis y me la llevé a los labios. Di un largo trago, bebiéndome prácticamente la mitad de la copa. El de mi compañera fue más corto.

—Ya está —dijo de pronto el tío de Aines a nuestras espaldas—. Acompañadme.

Anduvo por delante de nosotros indicándonos el camino. Aquella forma de moverse y las cuatro palabras que había intercambiado con él, fueron suficientes para que mi intuición perfilase un bosquejo de su personalidad; a mi juicio, acababa de conocer a un hombre complejo con una mezcla de rasgos muy acusados: confiado, amoroso, resuelto, bondadoso, alegre, sincero. Dicho de otra manera: parecía una buena persona. Sensible. Atento. La típica persona con la que puedes contar en caso de apuros.

Lo seguimos al interior. Nos había preparado una mesa para dos, vestida con un mantel blanco de tela gruesa, tenedores, servilletas a juego, copas... La única diferencia entre nuestra mesa y la de los comensales de al lado, era un detalle que no supe cómo interpretar: un portavelas en el centro con su correspondiente candela encendida. Al verla, Aines puso cara de circunstancia, con una ceja subida y los ojos más abiertos de lo normal. Miró a su tío con una expresión que empezaba a conocer en ella, una mirada inquisidora a la que por esa vez no secundó ninguna pregunta.

Por un momento, y por segunda vez aquella tarde, me pareció percibir un cierto rubor en sus mejillas. Sin embargo, actuó como si no pasara nada. Se sentó en una de las sillas y yo hice lo mismo.

—¿Qué os traigo para beber?

—Acabábamos de pedir unas cañas.

—¿No queréis un buen vino blanco?

—¿A ti qué te parece? —me preguntó Aines.

—Depende de lo que comamos, ¿no?

—¿Tenéis mucho hambre?

—La verdad es que yo sí —respondí.

—Perfecto. ¿Y qué os apetece? ¿Un buen arroz? ¿Una *fideua* de marisco? ¿Un rape al horno? ¿Preferís carne? Tengo...

—No, no —le interrumpí—. Hagamos una cosa, si te parece bien. Te puedo tutear, ¿no?

—Por supuesto.

—Bien. Pues si te parece, prepáranos lo que te prepararías para ti mismo. Me gusta todo, así que...

—Perfecto. —Miró a su sobrina, como buscando también su aprobación. Ella asintió con una

sonrisa.

—Pues no hay más de qué hablar. Os traeré unos entrantes con un vino blanco fresquito y luego os serviré un arroz como Dios manda, de los mejores de la provincia de Valencia.

Le dio una palmadita en la espalda a su sobrina y con un «*a treballar*» nos dejó en medio del silencioso bullicio.

—Tengo la impresión de que tu tío y yo nos llevaríamos bien —solté de pronto con la intención de «romper el hielo»; la noté ligeramente cohibida.

—Estoy segura de que sí. Mi tío suele caer bien a todo el mundo, la verdad.

En ese momento entendí por qué mi compañera parecía tensa: una cosa era comer algo rápido en cualquier sitio, y otra muy distinta era hacerlo en un restaurante con un ambiente más propio de una cita sentimental que de una comida informal. No estábamos de servicio, por lo que nadie ni nada nos obligaba a pasar más tiempo juntos que el estrictamente necesario. Sin embargo, allí estábamos.

—¿Sabes? Me alegro de que ya no me veas como al malnacido de tu ex.

Sonrió de medio lado.

—La charla que tuvimos me vino muy bien. Me abriste los ojos. Era consciente de que tú no eras él, pero..., no sé. A veces hablar las cosas sienta bien.

—Y las amenazas también.

Arrugó el ceño.

—Ah, sí. Sí, a veces las amenazas también. —Rio con resignación—. No sé qué hubiera pensado Luca de Tena si le hubieras solicitado cambiar de compañero porque yo no te dirigía la palabra. Suena bastante infantil, ¿no te parece?

—No me tires de la lengua, compañera —bromeé. Ella soltó una carcajada. En ese momento regresó su tío con la botella de vino blanco. La descorchó allí mismo, delante de nosotros, y luego nos llenó las copas. Hizo una leve reverencia y se marchó por donde había venido.

Me extrañó ese cambio de actitud, esa seriedad, que no hiciese una pausa para preguntarle a Aines por su trabajo, por sus padres, o cualquier otra cosa. Pero de pronto recordé lo que me había explicado ella unos minutos antes: «En la profesionalidad no hay cabida para el cotilleo».

—¿Tienes hermanos? —me preguntó, sacándome de mis elucubraciones.

—Tengo una hermana. Se llama Olga.

—¿Está casada?

—Sí. Está casada y tiene dos hijos, un niño y una niña: Raúl y Nora.

—Bonitos nombres.

—Sí.

—¿Y a qué se dedica?

—Es profesora de primaria. Está en un colegio de Madrid.

—¿Tiene plaza fija?

—Sí. Le costó siete años conseguirla, pero al fin está donde quiere.

—Genial. ¿Y tu cuñado?

—Se llama Óscar. Es informático.

—¿Os llevabais bien?

—Sí, todo lo bien que pueden llevarse dos personas que solo coinciden en fechas especiales.

—¿Quieres decir que apenas tienes trato con ellos?

—Eso mismo. —Hizo una mueca al tiempo que cogía la copa de vino y le daba un trago—. Se nota que eres poli.

—¿Cómo?

—Que se nota que eres poli.

—No te comprendo. ¿Por qué lo dices?

No pude evitar soltar una carcajada mientras ella me oteaba con cara de desconcierto.

—Compañera, me estás haciendo el tercer grado.

—¿Qué dices?

—¿No te has dado cuenta?

—Solo estoy sacando un tema de conversación.

Volví a reír.

—Vale. Si es así, sigamos.

—Eh..., pues creo que no —dijo seria.

—Que es una broma, mujer. Además, en cuanto acabes tú empezaré yo, así que, dispara, aprovecha para «cotillear» todo lo que quieras.

En ese momento, mientras ella examinaba la expresión de mi cara, llegó Esther con una bandeja.

—Vamos, pareja, que os traigo los entrantes. Ya veréis qué rico está todo —dijo sonriente al tiempo que los ponía sobre la mesa y recolocaba las copas—. ¿Necesitáis algo más? El arroz ya se está haciendo. Tu tío se ha puesto delante de los fogones y no hay quien le hable —explicó dirigiendo sus últimas palabras a Aines y soltando a continuación una risotada que nos hizo sonreír a ambos—. Bueno, ¿y entonces, qué tal? No te he preguntado por tus padres, ¿siguen bien? ¿Tu madre cómo se encuentra? —Poco a poco Aines fue perdiendo la sonrisa.

—Bien. Está bien cuidada. Mi padre no se separa de ella.

—Bueno. Me alegro. Dale un beso de mi parte.

—Sí, lo haré.

Dio media vuelta y nos dejó a solas. Aines contemplaba distraída su copa. Me hubiera gustado saber en qué estaba pensando. No sabía si ese aparente malestar se debía a la conversación que habíamos dejado a medias o a las preguntas de Esther.

—¿Estás bien?

Dirigió su atención a mí.

—Sí. —Me ofreció una sonrisa que se desvaneció con la misma rapidez que un parpadeo.

Decidí no forzar la situación.

—¿Empezamos? —le dije sonriente, mirando los platos.

—Sí. Sírvete si quieres. ¿O prefieres ir pinchando?

—Como prefieras, no soy escrupuloso.

—Mejor. —Cogió su tenedor y pinchó de uno de los platos—. Vamos, que se enfría.

Obedecí.

—Bueno, ahora me toca a mí —dije al tiempo que me llevaba a la boca un mejillón con salsa.

—¿El qué te toca?

—Preguntarte.

—Venga —dijo desafiante—. Pregunta lo que quieras.

—¿Tienes hermanos?

—No. Soy hija única.

—¿Qué le ocurre a tu madre?

Dejó de masticar lo que tenía en la boca. Observó mis pupilas con una expresión impertérrita. Me dio la sensación de que el titán Cronos la había alcanzado con su gracia, «congelándola» ante

mí para permitirme disfrutar de su fisonomía. Y es que, por un instante tuve la sensación de estar contemplando una obra de arte en tres dimensiones, una pieza de galería, cálida y de hipnóticas facciones; llena de vida. Sus retinas color chocolate se fijaron en las mías, chispeantes, emocionadas. Sus labios barnizados por el aceite de la comida se mantuvieron sellados. Su cola de caballo bruna cayéndole como una cascada por los hombros parecía languidecerse y buscar refugio en sus pechos. En cuanto a mí, esperé con calma una respuesta. Toda mi atención siguió centrada en ella. Con mi silencio traté de infundirle ánimo, seguridad. Deseaba que confiase en mí, que compartiese conmigo algunos pasajes de su vida personal. Deseaba adentrarme en la mente de aquella mujer hermética que de la noche a la mañana se había convertido en mi compañera, en una parte de mi realidad; la misma que en los primeros días de trabajo me llevó por la calle de la amargura.

Francamente, por segunda vez aquel día, lamenté que fuese mi compañera.

Después de un lapso en silencio pero sin perder el contacto visual, comenzó a hablar:

—He llegado a la conclusión de que a veces la suerte decide «premiarnos» con un castigo. Me he preguntado en muchas ocasiones por qué a ciertas personas, que son buenas y que nunca le han hecho daño a nadie, les alcanzan ciertas enfermedades, mientras que luego hay auténticos hijos de perra por ahí sueltos viviendo a sus anchas hasta llegar a viejos.

»Hace dos años le diagnosticaron Alzheimer. Con tan solo sesenta y siete años. —Sus palabras salían de su boca con serenidad, con pausa. Buceaba en sus propios recuerdos y, sin embargo, parecía hablar de un desconocido. Tal vez la aceptación o la resignación le habían ayudado a superar el dolor—. Antes de que se lo diagnosticaran pasó una temporada que parecía estar más distraída y olvidadiza, hasta que un día yendo a comprar con mi padre se encontraron, precisamente, con mi tío Ricardo.

»No lo reconoció. —Hizo una mueca y negó con la cabeza—. Mi padre hablaba con mi tío mientras ella los escuchaba sin decir nada. Fingía, asintiendo y riéndose. En cuanto se despidieron y se quedaron a solas, mi madre le preguntó quién era, si se trataba de un compañero del trabajo. Al principio mi padre pensó que le estaba tomando el pelo, pero no tardó en darse cuenta de que le sucedía algo malo.

»Esa noche me llamó mi padre por teléfono para contármelo. A la mañana siguiente la llevó al médico.

»El resto te lo puedes imaginar: médicos, pruebas... Diagnóstico. —Suspiró.

—Lo siento.

—Gracias.

—¿Y cómo lo lleváis?

—Mi padre peor que yo, pero bueno, no se separa de ella ni un momento. Por «suerte», parece que avanza despacio. Trato de ir a verles siempre que puedo, aunque ya te podrás imaginar que gracias a nuestro trabajo no es fácil sacar un hueco; nuestro horario no ayuda.

»Y cuando vas y la encuentras bien, vale, pero cuando no te reconoce... En fin, al menos podemos seguir disfrutando de ella; aunque sea solo una parte del tiempo.

—De verdad que lo siento.

—No te preocupes. —Dio un pequeño trago de su copa y cogió una croqueta—. ¿Tus padres se encuentran bien?

—Sí. Están un poco quemados por la edad, pero por lo demás están bien. Tensión alta, un poco de sordera... Nada que la medicina no pueda tratar.

—Me alegro.

—¿Tu tío Ricardo es familiar de tu padre?

—No, es hermano de mi madre, el pequeño de los tres.

No quise preguntar más. Se abrió un silencio que ni el tumulto de los que nos rodeaban, ni el tintineo de los tenedores y las copas, ni la comida que poco a poco iba saciando nuestros buches, pudo llenar. No obstante, no quería que nuestra «cita» se convirtiese en una experiencia para olvidar. Era evidente que trataba de ocultar su tristeza, la impotencia de ver desvanecerse día a día a una de las personas a la que más quería en el mundo. De modo que traté de animarla; salí por la tangente.

—Si el arroz que nos traiga está igual de bueno que esto, se habrá ganado un nuevo cliente.

Aines rio con la misma expresión de satisfacción que tenía cuando llegamos al restaurante.

—Aún no conozco a nadie que no le haya gustado su arroz, así que...

Después de aquello seguimos conversando, bromeando, riendo y acabando los primeros platos. Fue el propio Ricardo el que nos trajo una generosa paellera, más propia de cuatro comensales que de dos.

—Por cierto, Carmen sigue preguntándome por ti. —Soltó Aines cuando me disponía a servirme el segundo plato de arroz.

—¿Tu amiga?

—¿Conoces a otra Carmen?

Puse cara de pocos amigos.

—Ya te dije que no quiero conocer a nadie.

—Es una pena, porque se quedó *prendadita* de ti.

Resollé.

«A la única que querría conocer más a fondo sería a ti, compañera».

—¿Y tú? —pregunté.

—Yo, ¿qué?

—¿No sales con nadie?

—No.

—¿Por qué?

Agachó la cabeza y se puso a jugar con el arroz.

—No lo sé. Supongo que no es el momento.

—¿No has encontrado al adecuado?

—Creo que no.

«Eso me descarta. Cojonudo —pensé irónico mientras me servía la quinta copa de vino. Íbamos por la segunda botella».

—Es una pena.

—Supongo.

Después de aquellos dos momentos «tensos», el resto de la velada charlamos nuevamente de trivialidades. A la hora del postre estábamos tan llenos que no hubo cabida para más.

—¿Qué tal, pareja? —se interesó Esther.

—Hinchados como un botijo —espetó Aines recostándose de forma exagerada sobre el respaldo de la silla. Mis ojos descendieron desde su rostro hasta sus pechos, recreándose en cada centímetro de su cuerpo. Tragué saliva. El alcohol mezclado a mi «forzoso» voto de castidad me jugaron una mala pasada. Mi libido empezaba a ser superior a mi capacidad de autocontrol, sin embargo, tuve suerte de que ninguna de las dos se percatara de mi descaro—. Tráenos la cuenta cuando puedas. En cuanto salgamos de aquí, tenemos que ir a hacer recados.

—No paráis ni un momento, ¿eh?

—Ya sabes que no; el trabajo no nos permite relajarnos.

—Pues os podéis ir cuando queráis. Tu tío me ha dicho que os invita. Aunque a decir verdad, lo ha hecho por ti —dijo dirigiéndose a mí—. Como es la primera vez que vienes... Eso sí, esperamos veros más veces por aquí, y si puede ser juntos, mejor.

—Por mí no hay problema, ¿eh, compañera? —respondí incitando a Aines, que se sonrojó mientras Esther ponía cara de guasa. Todavía me pregunto con qué cara miré a mi compañera para conseguir tales reacciones.

—En fin, lo dicho, volved pronto.

Se inclinó sobre la mesa y retiró varios platos. Luego se dio media vuelta al tiempo que me guiñaba un ojo —tampoco supe cómo interpretar aquello— y nos dejó a solas.

Aines se me quedó mirando antes de decidirse a echar la silla hacia atrás y levantarse. La observé. Sin intercambiar la más mínima palabra, me puse en pie y salimos de allí. Nos despedimos del tío de Aines: ella dándole un par de besos y yo estrechándole la mano.

—Volved pronto.

—Sí, volveremos —aseguré yo.

—Ya hablamos —zanjó Aines.

Caminamos hasta el coche, en paralelo. Aines sacó las llaves mientras yo trataba de centrar la cabeza. Había vuelto a beber más de la cuenta. No era habitual el mí; la tristeza que llevaba por dentro se estaba apoderando de mi autocontrol.

—Te llevo a casa —indicó al tiempo que abría el coche con el mando a distancia. Su tono fue seco y directo.

Arrancó y nos pusimos en marcha.

—Lo siento —le dije, acomodándome en el asiento del copiloto.

—¿Por qué? —No perdió de vista la carretera.

—Me da la sensación de que he hecho algo que te ha molestado.

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

El silencio volvió a acompañarnos.

Me sonreí al recordar nuestros primeros días de trabajo juntos. Pero no dije nada. Tenía la cabeza abotargada, los párpados me pesaban.

Recorrimos el trayecto hasta mi casa sin que apenas me diese cuenta.

—Ya hemos llegado —anunció al tiempo que paraba en doble fila y echaba el freno de mano.

—¿Quieres entrar?

Giró el semblante hasta toparse con el mío. Sus labios guardaban silencio; los míos trataban de contener las ganas de saborear los suyos.

—Será mejor que me marche.

De sus labios pasé a sus ojos, a su cuello, a su cabello...

—Está bien —dije inclinándome hacia ella para darle un beso en la mejilla.

Se aproximó para corresponderme. Pero me equivoqué, y en vez de su mejilla alcancé aquellos jugosos labios que tanto deseaba probar. La besé despacio sin perder de vista sus pupilas, y ella se dejó hacer, acercándose incluso más, correspondiendo mi excitación con un arabesco baile de su lengua entremezclándose con la mía. Hasta que de pronto se apartó, tensa y arrepentida.

—No nos vamos a liar, Yago.

—Pero...

—Me voy.

—¿Es que no te gusto?

—Soy tu compañera de trabajo, Yago; así que solo vamos a ser eso: compañeros de trabajo.

Nada más.

Me quedé observándola a pesar de que ella evitaba mirarme a la cara.

—Como tú quieras. Haremos como que no ha pasado nada y listo. ¿Te vale así?

—Me parece perfecto.

—Está bien. Mañana te veo en la comisaría.

—Bien.

—Hasta mañana —dije al tiempo que abría mi puerta y me apeaba del coche.

Me dirigí al portal sintiendo un brote de rabia recorriendo mis entrañas, acidificando más de la cuenta la comida que acabábamos de disfrutar.

«No entiendo por qué eres tan gilipollas. Está claro que te gusto. ¿Qué maldito problema tienes? —Caminé hacia el portal. Mis mandíbulas se tensaron hasta el punto de sentir dolor—. ¿Solo porque somos compañeros? Eso no es un problema. Todo lo contrario. Además, si tienes miedo a que se enteren en la comisaría, no se lo decimos a nadie y punto. Lo mismo se cree que solo quiero un rollo de una noche».

—Joder —me quejé mientras subía las escaleras.

«Pero tranquila, compañera, ¿no quieres nada conmigo?, pues no tendrás nada.

»En serio, estoy hasta las pelotas de las mujeres. ¿Pero qué os creéis? No soy vuestro puto juguete».

Abrí la puerta del piso y saqué el móvil de mi bolsillo. Lo dejé en la entrada junto a las llaves. Tan solo di dos pasos y regresé a por él. Lo desbloqueé y busqué en la lista de contactos el nombre de su amiga Carmen. Pulsé el botón de llamada.

No tardó ni dos tonos en contestar.

—¿Diga?

—¿Carmen?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Yago, el compañ...

—¡Ah, sí! ¡Yago! ¡¿Qué tal?! —Vociferó entusiasmada al otro lado del auricular.

No me gustaban las mujeres así. En ese momento recordé por qué, entre otras cosas, no la había llamado antes.

—Tengo la tarde libre. ¿Querrías venir a mi casa?

—Pues... Si me das tu dirección, sí. Claro.

—Genial. Pues te la mando en un whatsapp.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Te digo la verdad?

—Sí. Claro —respondió alegre.

—Acostarnos y luego irme a comprar.

Escuché silencio al otro lado. Dudé si había colgado o estaba pensando la manera de enviarme a cagar. Sin embargo, me daba igual haber «herido» su sensibilidad. Estaba hasta las narices de las mujeres y no me apetecía ir de modoso con alguien que apenas conocía. ¿Acaso siempre tenía que ser yo a quien le dieran de hostias? No era Jesucristo; yo no había nacido para poner la otra

mejilla. Si le gustaba el plan, bien, si no, ya sabía a qué atenerse quedando conmigo o interesándose en mí. La tal Carmen no me gustaba como para tener una relación seria con ella, tampoco me gustaba su personalidad, ni su forma de hablar. Como mucho, me parecía una mujer para «liberar tensiones»: lo que desde siempre habían hecho ellas conmigo.

—¿Irte a comprar? —preguntó en un tono más calmado.

—Sí.

—¿Tú solo?

—Sí.

De nuevo el silencio.

—Está bien. Mándame tu dirección.

—Perfecto.

Me senté en el sofá y me entretuve en contemplar mi reflejo en la pantalla apagada del televisor. Me estaba entrando sueño, pero a la vez seguía excitado. No podía borrar de mi mente a Aines. La estúpida de Aines. Cuanto más pensaba en cómo había huido, más ganas tenía de acostarme con Carmen.

En menos de veinte minutos sonó el portero automático. Abrí sin preguntar quién era. No quería comportarme como un asqueroso con ella, pero tampoco tenía ganas de mostrarme amable. Parecía la típica persona que a la mínima hacía castillos en el aire, la típica que si le dedicabas una sonrisa de cortesía ella la interpretaba como una muestra de afecto o la posibilidad de, algún día, llegar a formar una familia juntos.

Escuché los tacones aproximándose hacia mi puerta.

Permanecí estático al otro lado, esperando a que llamase al timbre.

*Ding dong.*

Me sonreí.

Abrí.

Al otro lado se encontraba aquella desconocida con deseos de tener una rápida aventura conmigo.

—Hola, Carmen —dije con una sonrisa de medio lado.

—Hola, Yago.

La examiné de arriba abajo. Llevaba una blusa color perla que con sutileza dejaba intuir un sostén negro de encaje. En la parte inferior vestía una falda corta y estrecha que apenas le llegaba a la mitad de los muslos, y calzaba unos zapatos negros de punta redondeada con un tacón desmedido. Su mano derecha sostenía una especie de bolso de mano de tamaño pequeño.

Me eché a un lado para invitarla a pasar.

En sus ojos advertí cierta tensión. No sabía si era la primera vez que se presentaba en casa de un desconocido para liarse sin más, sabiendo que el susodicho tan solo buscaba eso. A decir verdad, me importaba un bledo.

—¿Quieres tomar algo?

—Eh..., sí, un poco de agua estaría bien. Hace más calor del que esperaba. —Me dirigí a la cocina. Ella me siguió en silencio—. Tienes un piso muy bonito.

—Gracias. Acabo de instalarme.

—¿Y te quedarás mucho tiempo?

—Eso no lo sé —dije llenando un vaso con agua de la nevera—. ¿Así está bien?

—Sí, perfecto.

Se llevó el vaso a la boca y dio varios tragos seguidos. O estaba realmente acalorada o su sed



se debía a los nervios.

—Y Aines ¿qué tal?

Al escuchar el nombre de mi compañera la rabia volvió a revolver mis tripas. Me acerqué a la chica y, con un gesto delicado y persuasivo, le quité el vaso de la mano para dejarlo en la encimera.

«Aines... —Lancé un lamento que solo pude escuchar en mi mente—. No sabe lo que se pierde».

Besé a Carmen igual que minutos atrás había besado a Aines. Pero esta vez nadie me puso freno. Carmen correspondió a mis caricias con lascivia, desinhibida. Ejecuté mi promesa imaginando que era Aines quien gozaba entre mis brazos. Cada vez que recordaba sus labios, su lengua buscando la mía, mi excitación aumentaba.

Ni siquiera nos movimos de la cocina. Aquella improvisada cita me sirvió para satisfacer mis necesidades y distraer, aunque fuese de mala manera, la mente. Por la cara de gozo de Carmen, no fui el único que disfrutó del encuentro.

Cuando terminamos, fui fiel a mis palabras.

—Me ha gustado mucho —dije mientras ella se recolocaba la falda. Fue lo máximo que pude decirle para no hacerle sentir mera mercancía. Aunque, a decir verdad, ella se portaba igual que yo, también fui su «juguete», lo que me dio a entender que para ella no era la primera vez, sino que ya había disfrutado de encuentros semejantes en otras ocasiones.

—A mí también.

—En fin. Debo marcharme. No mentí cuando te dije que después iría a hacer la compra.

—Ya. ¿Quieres que...?

—Prefiero ir solo, la verdad. Pero gracias.

—Está bien. Quizá nos veamos otro día.

—Sí. Quizá.

# Nochebuena

24 de diciembre de 2016

Tres años antes

Aquel despertar fue distinto a cualquier otro. A duras penas la penumbra permitía distinguir las figuras de cuanto le rodeaba: armarios, sábanas, puerta, ventana... Aún no había amanecido. Tampoco había sonado el despertador. Estimó que todavía sería de madrugada. A pesar de todo, no quiso mirar la hora. Quería olvidarse del tiempo, disfrutar de ese lapso de serenidad que el calor de la cama le procuraba. Se incorporó y destapó ligeramente la caja donde descansaban las crías. Su silencio le hizo pensar que se encontraban durmiendo; lo mismo que debería estar haciendo él. Trató de distinguir cuál era cada uno, pero tan solo intuyó sus cuerpos enroscados, apoyados los unos sobre los otros, dándose calor.

Dejó caer la espalda contra el colchón. Miró el techo.

Oteó las motas de polvo que permanecían ingravídas en el aire y que la escasa luz mostraba y ocultaba según se trasladaban por la habitación. Se movían como si tuvieran vida propia.

—Hoy trabajaré lo justo. Además, hoy es Nochebuena.

Se levantó de la cama. El suelo estaba frío. Descalzo y a oscuras, se dirigió al comedor. Ojeó el sitio donde creía haber dejado el ordenador la tarde anterior. Lo encontró. Lo cogió y regresó a su dormitorio. Se metió en la cama y se sentó apoyando la espalda contra el cabecero.

Encendió el portátil.

El brillo de la pantalla le hizo achinar los ojos, apartar la mirada.

Echó mano a la mesilla de noche y encendió la luz de la lámpara. Al mismo tiempo tapó aún más a los gatitos, cerciorándose de que quedase el espacio suficiente para que pudiesen respirar. Miró la hora en la pantalla del ordenador: las 3:29.

«Y yo sin poder pegar ojo».

Durante más de una hora se entretuvo dando vueltas por distintas páginas web.

—Me voy a ir levantando ya. Si a la tarde tengo sueño, luego me echaré una siesta. —Se dirigió al cuarto de baño, se lavó la cara y luego se observó unos instantes en el espejo

Orinó, se lavó las manos y regresó a la cama.

—Vamos, pequeños, que os voy a dar de comer.

Anduvo hasta la cocina y preparó la leche tal y como la veterinaria le había indicado. Luego regresó hasta la caja para coger al primer gatito.

—Buenos días, pequeños. ¿Qué tal habéis dormido?

»Pero, tío, que los vas a aplastar —le dijo al primero al tiempo que lo cogía. Prácticamente había estado descansando encima de los otros dos. Al retirarlo miró a sus hermanos. Uno movía la cabeza con movimientos pendulares que zarandeaban el resto de su pequeño cuerpo, como si hubiera olido la comida y la buscara, emitiendo algún que otro quejido que, más que un maullido, parecía un grito afónico.

El otro, en cambio...

Acarició al tercer hermano.

—¿Pequeño? ¿Estás durmiendo? —A pesar de estarle tocando seguía sin moverse. Soltó al que tenía en la mano para coger al que permanecía inmóvil. Al tenerle entre sus palmas se dio cuenta de lo que sucedía.

—¿Tú también?

Trató de reanimarlo masajeándole el pecho. Pero fue inútil.

Lo intentó durante varios minutos, en vano. Era consciente de que no podía hacer nada más. Sabía que ni siquiera le habría dado tiempo de llevarlo a la veterinaria.

—Aquel desgraciado... —susurró con las mandíbulas apretadas mientras sostenía al pequeño gato en sus manos, sintiendo cómo la rigidez se iba apoderando de su frágil e inerte organismo.

Contempló a los pequeños felinos, sus ojos cerrados, su pelo sedoso.

—Conseguiré que vosotros salgáis adelante.

# Los Gómez

Yago Reyes

Sábado, 19 octubre de 2019

Actualidad

Nada más despertar cogí el móvil: las 7:02. Desbloquéé la pantalla para ver si tenía algún mensaje o alguna llamada importante de la tarde anterior. Después de que se fuera Carmen decidí aislarme del mundo y para ello le quité el sonido al móvil, no fuera a ser que a alguien le diera por tratar de contactar conmigo para darme trabajo, para darme justificaciones infantiles o para... Vamos, que no quería saber nada ni de la comisaría ni de Aines ni de Carmen ni de nadie. Le devolví el sonido al móvil al tiempo que veía que no tenía ninguna llamada perdida. Al menos eso me tranquilizó. Entré en la aplicación de WhatsApp. Si no tenía ningún mensaje podría disfrutar de un sábado tranquilo. Pero no, había uno y era de Esteban. Desde fuera pude leer: «He encontrado a los ‘hermanos porcino’...». Al abrir el mensaje encontré tres direcciones, la del matadero, y otras dos que correspondían a sus viviendas.

«Pues habrá que ir a hacerles una visita», me dije resignado. Pero el problema no estaba en la visita, sino en tener que avisar a Aines. Lo normal es que Esteban nos hubiera escrito a los dos y dudaba mucho que ella no hubiera visto su mensaje todavía.

Decidí reenviarle el mensaje de Esteban y pedirle que me avisara cuando estuviera despierta para ir a hacerles una visita; salvo que tuviera planes, que en ese caso iría yo solo.

Una hora más tarde, estaba yendo a buscarla a su casa.

—Buenos días —me saludó al subir al coche. Sentí cierta tensión, aunque trató de disimularla, igual que yo.

—Buenos días. ¿Por dónde empezamos?

—Es posible que hoy trabajen, de modo que propongo empezar por el matadero.

—Me parece bien.

—¿Quieres que ponga el GPS?

—Sí, mejor.

La nave se encontraba a las afueras de un polígono industrial de Carcagente, lejos del resto de negocios, pero bien conectada con las carreteras.

Desde fuera parecía una nave industrial más, de grandes dimensiones. En un lateral de la fachada, cincelado en una placa de acero inoxidable y de aproximadamente un metro de ancho, se podía leer el nombre de la empresa: Hermanos porcinos. A la entrada, tan solo había un coche aparcado, un Seat Ibiza del año 2009. Una capa de polvo beige cubría su vieja carrocería negra. Tenía una abolladura desde la rueda delantera hasta mitad de la puerta del copiloto, con marcas de pintura blanca. Por las líneas en paralelo, daba la impresión de que se había «comido» la columna de algún garaje. Aunque, no era el único desperfecto que tenía el vehículo.

Llamamos al portero. Al cabo de un minuto contestó un hombre.

—Buscamos a Lucas y Adrián Gómez —comunicó Aines.

—¿Quién los busca?

—Somos de la Policía, nos gustaría hablar un momento con ellos.

—Espere.

Se escuchó cómo colgaban el telefonillo.

Instantes después, nos abrieron la puerta.

—Hola —saludó un hombre robusto, de espalda ancha, de aproximadamente un metro ochenta de altura, barba de cuatro días y aliento a tabaco y alcohol. A pesar de los quince grados que nos acompañaban, iba en mangas de camisa—. ¿Qué quieren? Soy Lucas Gómez. Adrián no está. Hoy no le tocaba venir a trabajar.

La voz del individuo era ronca y grave. Me recordó a un mafioso. Algo me decía que la entrevista transcurriría entre tiranteces.

—Queríamos hacerle unas preguntas —dijo Aines, impertérrita.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¿Ustedes conocían al señor Guillermo Roca Jiménez?

—¿Guillermo Roca? —Se echó la mano al bolsillo de la camisa y se sacó un paquete de tabaco. Extrajo un cigarrillo. Con una desafiante pachorra cogió un pitillo, se lo llevó a la boca y se lo encendió mientras nos hacía esperar. Nos contestó un «no lo sé» mientras nos echaba su humo a la cara.

—Si no le importa, la próxima vez apunte para otro lado —le recriminé, con cara de pocos amigos.

Hizo una mueca chulesca y volvió a dar otra calada.

—Sí, señor. Lo que ustedes quieran —respondió lanzando el aire hacia arriba. Ahora ya no tenía dudas de que se creía más chulo que nadie.

Aines volvió a tomar la palabra.

—¿Alguna vez han estado usted y Adrián Gómez en La Estornera?

—Por supuesto que sí. Parte de nuestra familia era de allí.

—¿Tiene trato con la gente de ese pueblo?

—¿Trato? No.

—Tengo entendido que ustedes suelen ir al pueblo cada cierto tiempo, ¿es correcto?

—Sí. Solemos ir para las fiestas. ¿Y qué?

—Que conocerán a la gente de allí, ¿no?

—De vista, supongo.

—¿Alguna vez ha tenido usted algún enfrentamiento con alguien, allí, en La Estornera?

—No.

—Nosotros tenemos entendido que sí.

Dio otra calada. Nos observaba con cara de pocos amigos, con los párpados a medio cerrar y actitud altiva. Incluso la posición de su cuerpo era desafiante, con la cabeza ligeramente alzada, como si nos mirara por encima del hombro.

—La gente es muy chismosa, les encanta inventar cuentos.

—¿Conoce a Magdalena Esteban o a Julio Pineda?

—No. No sé quiénes son. Si tuvieran una foto, podría decirles si los he visto alguna vez, pero así, si no me dan más información, no puedo ayudarles.

Aines me miró con gesto adusto. Continué yo con las preguntas.

—¿Dónde podemos encontrar a Adrián?

—No lo sé. ¿Tendría que saberlo?

—Usted sabrá.

—Pues no, no lo sé.

—Está bien. Tendrá noticias nuestras.

Le hice un gesto a mi compañera para que nos marchásemos de allí.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó Aines nada más llegar al coche.

—Un exconvicto con ganas de volver a la trena.

—Esteban no nos ha dicho que haya estado en la cárcel.

—Yo no digo que haya estado en la cárcel, solo que lo parece.

Suspiró.

—La verdad es que no transmite ninguna confianza, pero bueno. Voy a meter la dirección de Adrián Gómez en el GPS. No creo que estemos lejos.

La observé mientras manipulaba el móvil. Mi mente evocó el beso de la tarde anterior.

«Hace como si no hubiera pasado nada. Es increíble».

—Estamos a cinco minutos.

—Bien, pues vamos.

Conduje dejándome guiar por sus indicaciones. Salvo para marcarme el camino, no me dijo nada más. Me pregunté si se había enterado de lo mío con su amiga Carmen.

Llegamos a una casa bastante antigua, con la pintura cuarteada y algún que otro desconchón. La puerta de la vivienda daba a la calle, igual que las ventanas, a baja altura, que rodeaban la fachada. Los cristales estaban protegidos por unas rejas a juego con el resto de la vivienda, oxidadas y despostilladas.

Llamé al timbre un par de veces. La puerta principal tenía un visillo por dentro. Un hombre lo apartó ligeramente para ver quiénes éramos. Yo tan solo pude verle un ojo enrojecido y con el párpado medio cerrado, como si se acabara de levantar de la cama y aún fuera medio dormido.

—¡No queremos nada! —vociferó desde dentro, con voz de resaca o de ir aún ebrio, echando de nuevo el visillo.

—¿Adrián Gómez?! —repliqué al tiempo que llamaba al timbre un par de veces más.

—¡Que no queremos nada, joder! ¡¿No entienden o qué?!

—Adrián Gómez, somos de la policía, queremos hacerle unas preguntas.

Al formular las palabras mágicas, el individuo abrió la puerta.

—¿Qué narices pasa? —preguntó nada más abrir. Sin lugar a dudas, el alcohol daba sus últimos coletazos dentro de su organismo; su apestoso aliento era una prueba de ello.

—Necesitamos hacerle unas preguntas. ¿Quiere que se las hagamos aquí o prefiere que se las hagamos dentro?

Con cara de asco, se echó a un lado y nos dejó pasar.

Nos recibió un fuerte hedor a porro y un perro jadeante. El dueño no se molestó en apartar al animal, el cual pasó de los olfateos a apoyarse sobre mis piernas con sus dos patas delanteras; por casi me pisa donde no debe. Le acaricié la cabeza. Tenía una cara simpática, afilada, con los ojos grandes; parecía sonreír. Una vez «hechas las presentaciones», se fue a darle la bienvenida a mi compañera. En ella se entretuvo algo más. De modo que, mientras Aines trataba de zafarse de las muestras de cariño del perro, tuve tiempo para fijarme en las pintillas de su amo. Era algo más joven que Lucas Gómez, pero tenía el mismo aspecto desaliñado que él, tal vez peor. Además de un fuerte tufó a sudor, vestía el típico pantalón de chándal con las rayas a lo largo de la pernera,

una camiseta de tirantes que en algún momento fue blanca, una cadena gruesa de oro con una cabeza de Cristo, la barba de llevar varios días sin afeitarse, ojeras..., a lo que había que sumarle la peste que emanaba a alcohol, tabaco y drogas.

«Vaya elemento»

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar.

En esta ocasión fui al grano:

—¿De qué conocía a Guillermo Roca Jiménez?

—¿Guillermo? ¿Quién es ese?

—Un vecino de La Estornera.

Me miró con sus párpados a medio abrir. Alzó las cejas. Pensé que iba tan colocado que no sabía ni de qué le estaba hablando. El perro fue hasta su lado y se tumbó en el suelo.

—No sé quién es.

—La gente dice lo contrario, que se conocían, incluso que llegaron a tener una fuerte disputa estando en el pueblo. ¿Puede decirnos por qué?

—Si no sé quién es, ¿cómo voy a decirles por qué discutimos? —Chistó indignado.

Se escuchó un ruido en el interior.

—¿Hay alguien más con usted?

—No.

—¿No? Yo creo que sí —respondió Aines, asomando la cabeza por el pasillo—. ¡¿Hola?! ¡¿Puede salir?!

—¡No hay nadie! —chilló Adrián, nervioso. Titubeante, salió una mujer de una habitación que había al fondo del pasillo, la única que tenía la puerta abierta; las demás tenían las puertas entornadas o cerradas. Aun así, del cuarto no salía nada de claridad; o era un baño sin ventanas o tenían las persianas bajadas. La mujer se mantuvo a distancia, tímida. El pelo le caía por la cara, apenas se le podían ver las facciones. No obstante, parecía joven.

—¿Puede acercarse? —pregunté.

Ella vaciló al escuchar a Adrián decir «no hace falta. Ella aquí no pinta nada. Ella solo me hace compañía de vez en cuando».

Aines me miró con recelo. Ignorándole, mi compañera volvió a pedirle que se acercara. La mujer caminó hacia nosotros, despacio, como si fuera un cristal a punto de romperse.

—¿Cuál es su nombre?

—Roxana *Gutiérrez*. —Por su acento supimos que no era española.

—¿De dónde es, señora Gutiérrez?

—De aquí —dijo marcando su acento latinoamericano. Hablaba en un tono suave, como si le diese miedo alzar la voz. El perro se levantó y se fue hacia el cuarto de donde había salido la mujer.

—¿Es de nacionalidad española?

—Ah, no. Esto... Soy de *Venezuela*. Pero ya llevo aquí muchos años. ¿Me entienden?

—Señora, ¿se puede apartar el pelo de la cara? —le solicité.

—Esto... —Agachó aún más la cabeza a la vez que alzaba el brazo para llevarse la mano al rostro, pero paró a medio camino. En ese momento eché en falta que el pasillo estuviese más iluminado. Miré a mi alrededor buscando un interruptor de la luz, pero no lo encontré.

—Le da vergüenza porque es demasiado torpe —intervino Adrián.

—¿El qué le da vergüenza?

—Que le vean la cara, señores policías.

—Descúbrase —ordenó Aines, tajante.

Al final la mujer obedeció. Elevando levemente el mentón, se apartó el cabello del rostro con un movimiento lento y cuidadoso, colocándose hacia un lado, como si fuera a hacerse una coleta. No obstante, continuó esquivando nuestras miradas.

—¿Se puede saber qué le ha pasado?

—Me caí —dijo ella en un hilo de voz. Tenía un ojo morado y señales en parte de la frente y la sien derecha. Por la forma en la que luego se sujetó el brazo izquierdo, entendí que su cara no era la única zona del cuerpo que tenía magullada. Estaba claro que le habían dado una paliza y algo me decía que su agresor estaba allí mismo.

—¿Quién le ha hecho eso? —insistió Aines.

—Nadie. Yo misma. Me caí, ya *se los* dije.

—Sabe que no podemos hacer nada si no denuncia lo que ha pasado, ¿verdad?

—No, no tengo nada que *denunsiar*, señora. Estoy bien. *Gracias*. *Se los* aseguro. Estoy bien.

Si ella no hablaba... Tampoco podíamos forzar la situación. Si tratábamos de sonsacarle información delante de su agresor, lo único que conseguiríamos era que le diera otra paliza a irnos.

—A ver, tú —dije dirigiéndome a Adrián—. ¿Qué pasó con Guillermo Roca Jiménez?

—Y dale. Que no sé quién es ese tío. No sean pesaditos, hombre.

—Tal vez si ve su fotografía recupere la memoria —profirió Aines mostrándole la pantalla de su móvil, continuando ella con las preguntas—. ¿Sabe ya quién es?

—¡Ah! ¿El vejestorio este...? Sí, me suena de vista.

—¿Sabe que está muerto? ¿Que lo asesinaron?

Lanzó un quejido burlesco.

Aines y yo nos miramos.

—¿Te hace gracia?

—No. Para nada.

—¿Acaso tienes algo que ver con su asesinato? —espetó mi compañera.

—No. Pero algo haría.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasó entre ustedes y Guillermo Roca?

—¿Entre «ustedes»? ¿Qué «ustedes»?

—Lucas y usted.

—¿Lucas? ¡Joder! Cualquiera les vale, ¿no?

—¿Cualquiera nos vale para qué?

—Y el que voy colocado soy yo... Pues eso. Me acaban de decir que está muerto y pregunta por mí y por Lucas. Pues eso, que no hay que ser muy listo: tratan de colgarnos el muerto. ¡Ja! ¡Y nunca mejor dicho! —rio con estrépito—. Venga, va, que no tengo nada que contarles de ese tío. No me molesten más, que hoy es mi día libre.

—A lo mejor te pasas tu día libre en comisaría contestando a nuestras preguntas.

—Venga, mujer. Que no sé nada de ese vejestorio. Si está muerto, pues hala, uno menos.

—¿Sabe cómo murió?

—No.

—Como un cerdo en un matadero.

Alzó las cejas al tiempo que puso una mueca de indiferencia. Incluso se encogió de hombros.

—¿Y?

—¿No le parece sospechoso que usted y su familiar tengan un matadero de cerdos y que el



señor Roca fuera asesinado de ese modo?

—No. Es un negocio heredado de mi padre, así que, tal vez sea mi padre el sospechoso, ¿no? Eso sí, tendrán que ir a la tumba para que confiese su crimen.

Su tono chulesco me estaba poniendo de los nervios. Estaba claro que de ahí no íbamos a sacar nada.

—¿Quiere decir que ni usted ni Lucas han tenido nada que ver con la muerte del señor Guillermo Roca?

—No. Nada.

—¿Y conoce a alguien que quisiera hacerle daño?

—Que no, que no le conozco. En serio, me quiero acostar un rato con mi mujerona y hasta que ustedes no se vayan... —dijo acercándose a la susodicha con un contoneo ridículo, como si bailase. Culminó su demostración de patetismo rodeándola con el brazo por la cintura y propinándole una palmada sonora en el trasero, para luego dejarle la mano allí apoyada. Seguía con su mirada adormilada, como si estuviese a punto de dormirse de pie.

—Vámonos —le dije a Aines, moviendo la cabeza—. Este tío es patético.

Aún nos faltaba alguien con quien hablar.

# Sospechosos

Yago Reyes

Sábado, 19 de octubre de 2019

Desde el coche, Aines telefoneó a Tena para ponerle al día de cómo habían transcurrido las entrevistas con los Gómez, pensando que, tal vez, al ser sábado, no se encontraba en la comisaría; nada más lejos de la realidad. «Pasaos un momento por mi despacho; yo también estoy trabajando», le dijo a mi compañera. Así que, nos dirigimos a la comisaría.

—¿Qué opináis? —nos preguntó Tena, ya en su despacho. Aines contestó por ambos.

—La verdad, jefe. No parecen unas personas modélicas, más bien todo lo contrario. Sobre todo Adrián.

—¿Por qué?

—Sospechamos que es un maltratador. La chica que estaba en su casa tenía la cara llena de marcas. Ni siquiera se atrevía a mirarnos a la cara.

El comisario resolló de una forma más sonora de lo normal.

—¿Y creéis que tienen algo que ver con el asesinato de Guillermo Roca?

—Que lo mataran de esa forma... Y que ellos tengan un matadero de cerdos... Joder. Lo más fácil es pensar que sí.

—Pero ellos niegan incluso que conocieran al señor Roca —indiqué—. Nos queda preguntarle a su amigo, Julio Pineda, a ver si él sabe o recuerda algo.

—Pues no perdáis ni un minuto. ¿Tenéis ya su dirección?

—Nos la estaba buscando Esteban.

—De acuerdo. Pues ya sabéis. Yo me voy a casa. Cualquier cosa que necesitéis, llamadme. Da igual la hora. Voy a ver si paso unas horas con mis chicas. Es el cumpleaños de la pequeña y mi mujer lleva montándole una fiesta sorpresa desde hace varias semanas. Me mata si no estoy.

—Tranquilo, jefe. Disfrute.

—Lo mismo digo. No creo que encontremos nada tan urgente que no pueda esperar.

Media hora más tarde estábamos llamando a la puerta de Julio Pineda.

—Agentes. ¿En qué puedo ayudarles? —nos preguntó el hombre nada más presentarnos. Este sí parecía un hombre decente. Vestía un pantalón de pana en tono gris marengo, como los que solía vestir mi padre hace unos años, antes de que le diera por «modernizarse»; arriba, una camisa de cuadros azules y granates y un jersey de pico abierto, de color verde botella. Las ropas perfectamente planchadas y unas zapatillas de estar por casa bastante nuevas, me llevaron a pensar que tenía el clásico matrimonio donde su mujer se encargaba de decirle cómo vestirse. Aunque también estaba la posibilidad de que fuera uno de los pocos hombres coquetos de su edad con los que me había cruzado.

—Venimos porque necesitamos hacerle unas preguntas en relación al asesinato de Guillermo

Roca Jiménez.

—Por supuesto. Pasen. Dentro hablaremos más tranquilos.

Nos indicó el camino hasta llegar al salón. Encontramos a su mujer en uno de los sofás, recogiendo una prenda que estaba tejiendo, las agujas de punto y la lana.

—Hola —dijo inquieta—. Ya les dejo.

—Tranquila, no se preocupe. Puede quedarse —le dijo Aines. La mujer hizo un gesto de asentimiento. Luego, el marido nos invitó a sentarnos y continuó con un «ustedes dirán, agentes».

—Ella es mi mujer, Adela Redondo.

—Aines Collado y Yago Reyes —nos presentó mi compañera—. Si puede añadir algo a la conversación, la escucharemos.

A continuación, hablé:

—Una fuente nos ha comunicado que Guillermo Roca tuvo una disputa con los Gómez.

—¿Gómez? —se repitió para sí mismo, arrugando el ceño y llevando la vista al techo.

—Adrián y Lucas Gómez. Al parecer, suelen ir por el pueblo La Estornera cada cierto tiempo.

—Ah, leñe. Sí, los Porcinos. Sí, sí. Ya sé quiénes son. Sí, de vez en cuando van por el pueblo. ¿Qué pasa con ellos?

—Le preguntaba si usted presenció algún enfrentamiento entre Guillermo y los hermanos Gómez.

—No sé si son hermanos, pero sí, creo que son familia. Esos han tenido historias con la mitad de los del pueblo. Beben demasiado y no controlan.

—¿Son violentos?

—Bueno, pues... No sé, se ha contado de todo sobre ellos. Hace cosa de unos años dicen que uno de los dos le pegó una navajazo a un chaval en las fiestas de un pueblo. Pero de eso hace muchos años.

—O lo de la botella —dijo la mujer.

—Un momento. ¿Cuántos años hace de lo del navajazo?

—Pues... Tal vez diez. Quince. No sé. Hace mucho. Creo que decían que había sido el pequeño de los dos.

—¿Adrián?

—Supongo. No sé cuál es cuál.

—Sí, Adrián es el pequeño —confirmó la mujer, que se había vuelto a colocar en el sofá para seguir con su faena. Había sacado las cosas que anteriormente guardó en una bolsa de tela y tejía, atendiendo más a nuestra conversación que a los puntos que echaba.

—¿Nadie puso denuncia?

—¡Bah! No lo creo. Además, ¿quién iba a poner una denuncia? Seguramente iban todos borrachos.

—¿Y lo de la botella...?

Julio Pineda intercambió una mirada de complicidad con su mujer, como animándola a que fuera ella quien nos lo contase, sin embargo, ella le dijo: «No, no. No me mires. Cuéntalo tú, que te sabes la historia», y siguió haciendo punto.

—Bueno, pues... Lo que decía mi mujer es que, se cuenta que en otra ocasión se liaron a puñetazos con unos de un bar. No sé si fue por un lío de faldas o porque alguien debía dinero a alguien o porque simplemente le empujaron y se armó la marimorena. El caso es que se liaron a golpes, a tirarse cosas a la cabeza, y uno de los Porcinos, se dice que el pequeño, rompió un botellín contra el suelo y con los trozos trató de rajar a uno. No sé si llegó a pincharle o no, pero,

no conforme con eso, empezó a tirarles el alcohol que quedaba en los vasos y en los plásticos esos de litro y, bueno, pues eso, que si no se lo llevan a rastras les hubiera prendido fuego, porque cuando se lo llevaban ya estaba sacando el mechero del bolsillo.

—Una perla, vamos —dijo la mujer.

—¿Quién les contó estas historias?

—Nuestro hijo Gonzalo. Aunque él no lo vio, se lo contaron sus amigos.

—¿Qué años tiene su hijo?

—Treinta y uno.

«Adrián Gómez tiene treinta y siete».

—Lo que me han preguntado de los Gómez y de Guillermo... Pues, estoy pensando y me acabo de acordar que sí tuvimos una historia un día en fiestas. Pero casi no me acuerdo. Ese día bebimos mucho y la edad...

—¿Recuerda qué pasó?

—Pues algo del guiñote. Supongo que discutiríamos, pero...

—Tú me dijiste que os habían amenazado —intervino la mujer.

—Ah, sí. Amenazaron a Guillermo. Sí. Algo de que le querían pegar. Pero...

—Yo sí recuerdo ese día porque Julio llegó como una cuba —continuó la señora Redondo—. Se presentó a las cuatro de la tarde, dándose de golpes contra las paredes. Y bueno, se podrán imaginar. Julio me dijo que les habían amenazado, sobre todo a Guillermo, pero nada más.

—¿Y por qué no dijeron nada a la policía?

—Yo no me paré a pensar en eso. Lo que le pasó a Guillermo pasó mucho tiempo después de aquella borrachera, así que no... No, no lo he relacionado nunca. ¿Ustedes creen que lo mataron ellos?

—Lo estamos investigando —contesté.

—No me extrañaría nada —dijo ella pesarosa y pensativa—. ¡Y tú, si no te hubieras emborrachado, ahora sabrías perfectamente qué os pasó, qué os dijeron!

—Bueno, pero desde ese día no he vuelto a probar una gota de alcohol —contestó el marido, cabizbajo.

—Por la cuenta que te trae —recriminó ella con cara de pocos amigos—. Guillermo era un buen hombre.

Ambos guardaron silencio, mirándose el uno al otro. Los ojos de la mujer se humedecieron.

—Madre mía, seguro que fue Adrián —lloriqueó—. Me dijiste que os amenazaron. Y tiene sentido. Claro. ¿Cómo no lo hemos pensado antes? Tú tienes la culpa, Julio. Si no hubieras bebido tanto... Dios Santo, a saber lo que han hecho esos dos desgraciados. Algún día se tenían que cargar a alguien. A saber a cuántos más han matado.

# Última corrida

Viernes, 18 de octubre de 2019

El día anterior

Cerró la puerta.

«Creo que es hora de ajustar cuentas con aquel otro pinchaúvas. Ojalá pudiera deshacerme de todos».

Se masajeó la frente y las sienes con las yemas de los dedos, aplicándose presión con movimientos lentos y circulares. De pronto sus recuerdos volaron al pasado, reviviendo la voz de su padre: «Eres un inútil», «No tienes ni puta idea de nada», «Menos mal que vas a heredar mi negocio, si no, no sé qué harías con tu vida». Sus palabras, su tono, sus burlas, sus risas... Su voz sonaba tan nítida que le pareció increíble, era como si lo tuviera al lado; revivió la rabia, la impotencia.

«Puto asqueroso —pensó».

Salió del cuarto de baño y se fue al dormitorio. Se tumbó bocarriba sobre la cama.

Durante varios minutos clavó la mirada en el techo. Poco a poco fue testigo de cómo su color blanco y su textura rugosa se convertían en una mancha gris desdibujada. Su raciocinio se perdió en un viaje a la nada. Su respiración comenzó a balancearse entre inhalaciones y exhalaciones cada vez más armoniosas y pausadas. Y entonces lo vio claro: esa misma noche volvería a matar.

\*\*\*

Condujo hasta su casa y esperó a que se hiciera de noche. Su futura presa tenía la costumbre de salir a cenar con sus amigos cada viernes. Vivía solo, en una urbanización de poco tránsito. Conocía sus costumbres, sus horarios. No era la primera vez que pasaba varias horas estudiando sus movimientos desde la comodidad del asiento de su coche, aparcado en la acera de enfrente de la casa de su objetivo. A decir verdad, llevaba cerca de tres meses tras su pista. A la segunda semana se dio cuenta de que él sería una víctima fácil. La rutina es la mayor enemiga de una presa en el punto de mira de un cazador paciente. Y esa noche, Christian López Alarcón no le defraudaría: fiel a su costumbre, el vehículo de Christian esperaba en la puerta. A las nueve y media de la noche saldría de la vivienda, recién duchado, oliendo a perfume y vestido con sus habituales ropas de marca.

Se dirigiría a su flamante coche para conducir a algún restaurante caro donde pasar una distendida velada entre colegas. Comida cara, risas, bebidas... Después, culminarían la noche en algún pub de moda.

Su captor miró la jeringa que sostenía en su mano, la droga que contenía en su interior. Comprobó la hora en su reloj de pulsera. Faltaban tres minutos para que diesen las nueve y media en punto. Decidió que era momento de actuar. Apeándose del coche, abandonó su escondrijo y

caminó con serenidad hacia el domicilio de Christian López.

Como de costumbre, la valla del chalet estaba cerrada, pero sin tener la llave echada. Apoyó la mano en la manivela y la empujó hacia abajo. El picaporte se retrajo, permitiéndole acceder al interior de la parcela.

Echó un vistazo a su alrededor: se encontraba solo. Los demás chalets quedaban lejos. Había estudiado la zona con detenimiento, sabía que no había cámaras de seguridad que pudieran delatarle. Empujó la puerta de la valla lo suficiente como para colarse por un pequeño hueco sin hacer ruido. Una vez dentro, cerró con el mismo cuidado.

Anduvo por el empedrado que daba acceso a la puerta principal de la casa. El olor a césped recién cortado le recordó que aquel a quien se disponía a dar caza era prácticamente un hombre rico, un afortunado proveniente de una familia adinerada al que nunca le habrían faltado los caprichos.

Llegó al porche de la casa. El tejadillo y, sobre todo, los dos muros laterales, le ofrecieron un lugar óptimo donde ocultarse. Lo hizo tras una de las paredes al más puro estilo James Bond, apoyando la espalda contra los ladrillos de color crema con la que estaba edificada toda la vivienda. En vez de una pistola, su arma sería una jeringuilla con sedante; en vez de guantes de cuero, el látex le protegería de dejar ninguna huella. Comprobó la hora en su reloj digital de muñeca. «Dos minutos», pensó. «No creo que tarde».

Christian López abrió la puerta. Antes de salir, se miró en el espejo que tenía en el recibidor. Comprobó que llevaba la cartera. Cogió las llaves del coche y de casa. Se olfateó el cuello de su polo. Al inspirar, un cosquilleo le hizo estornudar. Después de frotarse la nariz con el dorso de su mano derecha, y volver a acicalarse las cejas frente al espejo, se dispuso a marcharse para disfrutar de una prometedor noche de viernes.

Cobijado por el porche y ajeno al peligro que su vida corría, metió la llave en la cerradura y, como de costumbre, le dio un par de vueltas al bombín. Bajó el único escalón del porche, dispuesto a atravesar el camino de piedras hasta el coche. Su agresor se abalanzó sobre él, consiguiendo clavarle la jeringa en el hombro. Asustado, sorprendido, desorientado, Christian López trató de zafarse de su agresor pegándole puñetazos, arañándole las manos... El forcejeo entre los dos hombres duró varios segundos, el tiempo que la droga tardó en hacer efecto en el organismo de la víctima.

Una vez desplomado ante sus pies, el agresor instintivamente miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie los hubiera visto ni oído.

Lo agarró por las axilas y lo arrastró hasta el porche. Al alcanzar el escalón, tiró de él sin reparo en golpear su tronco superior: su espalda, sus lumbares. Las piernas se deslizaron sin oponer tanta resistencia.

Rebuscó en los bolsillos de Christian, le extrajo las llaves de la casa y del coche. Abrió la puerta. Lo trasladó adentro. Lo desvistió. Después, se desvistió él. Diligente, se puso la ropa de su víctima y salió al exterior de la casa. Caminó hasta la puerta de la valla al tiempo que apretaba el botón del cierre centralizado del *Porche Cayenne* de su víctima. Una vez guarecido dentro del habitáculo, abrió el portón del garaje y metió el coche dentro.

Mientras vigilaba a través de los espejos retrovisores que nadie se aproximaba, esperó a que el portón se cerrara por completo. Una vez guarecido, abandonó el coche para regresar a la vivienda.

Al abrir la puerta se encontró a Christian López tirado en el suelo, bocabajo, en calcetines y calzoncillos. Volvió a desvestirse y a ponerse su propia ropa, dejando la de su víctima a un lado.

Caminó por el interior de la casa ojeando con detenimiento cada cuarto. En ningún momento abandonó la planta inferior; no le hizo falta: al llegar al comedor se topó con lo que necesitaba, algo que, por otro lado, no esperaba encontrar. La amplitud de aquella habitación superaba los cincuenta metros cuadrados. Moderna. Elegante. El contraste lo marcaba la decoración distribuida por sus cuatro paredes, de las cuales colgaban, por parejas, las cabezas disecadas de ocho astados. Se aproximó para observarlas mejor. El pelaje de dos de ellas era del color del azúcar derretido. Sus ojos negros, penetrantes. Su cornamenta gruesa, larga, afilada. Entre ellas, colgaban de forma simétrica un estoque, tres banderillas y un capote.

Dio media vuelta y regresó a la entrada. Cogió a Christian de la cabellera y lo arrastró sin compasión hasta el comedor. Cuando lo soltó, en las palmas de las manos quedaron varios mechones arrancados.

A pesar de los tirones, la víctima permanecía inconsciente.

Se dirigió a una de las paredes y descolgó las dos primeras cabezas de toro; luego todas las demás, las banderillas, el estoque y la capa.

Desnudó a Christian por completo.

Observó su cuerpo. Tenía distintas cicatrices repartidas a lo largo de su anatomía.

Su verdugo cogió una banderilla y después de observarla con detenimiento, se la clavó en la mitad de la espalda. El dolor le hizo recobrar el conocimiento. No obstante, apenas se movió, volvió a caer desplomado.

Le sacó el pincho de la espalda con un movimiento seco y volvió a clavárselo, esta vez en una de sus piernas. Gruñó. Trató de incorporarse. Seguía semiinconsciente. Volvió a extraerle la banderilla y a clavársela en el gemelo de la pierna derecha. Su presa lanzó un alarido ronco, sin fuerza. Cada vez que le pinchaba, Christian López tensaba el cuerpo, abría los párpados como si fueran a salirse los ojos de las cuencas y lanzaba un quejido. Tras expresar su dolor volvía a caer vencido. La droga no le permitía reaccionar como hubiera deseado. Su verdugo le clavó una vez más la banderilla: otra vez en la espalda. La sangre comenzaba a brotar de cada uno de los agujeros.

Se lo clavó en repetidas ocasiones hasta perder la cuenta. El suelo había empezado a teñirse de sangre; las manos de su verdugo también.

Entre la droga y el dolor, perdió el conocimiento.

Lo cogió una vez más de los pelos y lo arrastró unos metros hasta colocarlo junto a una mesa auxiliar situada en el centro del comedor. Lo subió hasta dejar medio cuerpo de Christian sobre la madera. Lo dispuso bocabajo, con las manos y la cabeza colgando por uno de los laterales de la mesita. Por un lado, descansaban sobre el suelo sus manos y sus brazos, por el otro, sus rodillas y sus piernas.

Comprobó la hora.

«Son casi las diez. Debería darme prisa».

Miró el cuerpo lánguido de Christian, cómo se le marcaban las cervicales y el resto de su columna vertebral.

—Morirás igual que ellos.

Cogió el estoque.

Se acercó a él con la espada bien empuñada.

La dirigió a su cuello.

Observó sus vértebras.

Apoyó la punta sobre su piel. Durante unos segundos calculó cuál sería la mejor trayectoria que

podría darle al estoque, la presión que debería ejercer para atravesarlo. Al fin, estableció un punto situado entre los huesos del cuello que más le sobresalían.

Tomó aire y con un movimiento seco consiguió que una parte de la hoja penetrase entre las cervicales de Christian López. Su cuerpo reaccionó generando un espasmo involuntario que terminó en quietud.

La sangre comenzó a brotar entre el filo de la espada y la piel de su víctima.

Soltó el estoque.

Dio un paso hacia atrás y lo contempló desde una mejor perspectiva.

Sobre la mesa se había formado un charco de sangre.

Se preguntó cuánta habría perdido ya.

Agarró una vez más el estoque y dejó caer el peso de su cuerpo sobre sus manos, consiguiendo que el filo penetrase unos centímetros más en el organismo de su víctima.

«Así está bien.

»Ahora solo falta un detalle.



# Un nombre

Yago Reyes

Lunes, 21 de octubre de 2019

## Actualidad

El lunes a primera hora teníamos sobre la mesa una copia de los informes de las entrevistas que llevaron a cabo Iván y Carlos en relación a la desaparición de Jaime Ruiz Gaos. Hasta el momento habían hablado con la hija, Carolina Ruiz Baltasar, quien puso la denuncia por desaparición, y con el vecino del desaparecido, Claudio Garrido Hernández.

El comisario nos pidió que ojeásemos dichos informes al tiempo que manteníamos abierta la línea de investigación de los Gómez respecto al caso de Guillermo Roca. No podíamos descartar nada ni centrarnos en un solo caso. Estábamos avanzando con el del señor Roca, pero no podíamos olvidarnos del de Miguel Ángel Rodríguez. De esa forma, sin darnos cuenta, nos encontramos con una barbaridad de expedientes, papeles e informes por revisar. A los ya citados, había que sumar el listado que nos facilitó Esteban en el que se recogían los nombres de los miembros de la federación de cazadores de Valencia.

Iba por el tercer café de la mañana. Mi compañera al menos por el cuarto. Creo que éramos como una bomba a punto de explotar. Aparte de la cafeína, la tensión del trabajo unida a las fricciones por nuestro idilio de un minuto, no ayudaban. Aun así, trataba de mantenerme cauto: hablar sin mostrarme desagradable y sin forzar una simpatía artificial; simplemente, mostrarme tal y como estaba antes del dichoso beso y mi «venganza carnal» con su amiga Carmen. No obstante, sabía que el hecho de ignorar lo que pasó me haría estallar en cualquier momento.

—¿Cómo se llamaba el vecino del desaparecido? —le pregunté a Aines después de llevar un rato dando vueltas entre los informes.

—Claudio Garrido, creo.

—Aquí hay un Claudio.

En medio de los más de sesenta nombres que nos facilitó Esteban, en uno de los listados que guardaban relación con el caso de Miguel Ángel Rodríguez, apareció un tal Claudio.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En el listado de la Federación de Caza de Valencia, el de las personas que interactuaron en ese grupo, ¿te acuerdas?, los que eran de un radio próximo a Alcira...

—Sí. ¿Qué pone?

—Claudio.

—¿Solo?

—Sí.

—Vamos —dijo azuzándome—. Tenemos que pedirle a Esteban que nos confirme que el vecino del desaparecido es la misma persona que la del listado.

Atravesamos la comisaría a toda prisa. Cuando llegamos a la mesa de nuestro compañero le

encontramos en pleno almuerzo, con la boca llena y girado sobre su silla, hablando con otro de nuestros colegas.

—Necesitamos que nos confirmes que estos dos son la misma persona —dijo Aines apremiante, poniéndole los papeles delante de las narices. Ni siquiera le saludó.

—*Ché*. Tranquila, mujer, que el mundo no se va a acabar —replicó con la boca llena—. A ver, ¿qué pasa? ¿Qué dos?

—Estos —respondió ella señalándole los nombres con el dedo.

«La verdad es que tiene unas manos muy bonitas».

Esteban se colocó frente a su ordenador y comenzó a teclear. Nosotros esperamos a su lado. Aines estaba nerviosa, más que antes. Yo, al margen de la ansiedad, por primera vez después de casi dos semanas, al fin empezaba a percibir las cosas algo más claras.

—Sí —dijo al fin—. Son la misma persona.

—¿Estás seguro? —pregunté sintiendo mi corazón en un puño. Esteban se giró y me miró con cara de «¿en serio?».

—Tío. Seguro no, segurísimo.

Le di una palmada en la espalda.

—Eres la hostia. Gracias.

—A juzgar por vuestros caretos, es algo importante, ¿no?

—Y tanto —respondí contenido, aunque por dentro el corazón me iba a mil por hora—. Gracias, colega.

—Déjate de gracias y mariconadas e invítame luego a una buena cerveza —espetó según le hacía un gesto a Aines con la cabeza para que volviésemos a nuestra mesa.

—Sí, Esteban, un día de estos nos vamos a tomar unas cañas —dije elevando la voz según nos alejábamos.

«Vamos, joder, que parece que nos acercamos».

Me pregunté qué estaría pensando Aines.

—Tenemos que confirmar que no figura en ningún otro listado —le dije en cuanto nos quedamos a solas.

De pronto clavó sus pupilas en las mías. No hizo falta que me dijese nada. Le dediqué una leve sonrisa. Tenía tantas ganas como ella de resolver aquellos casos.

Cada uno volvimos a echar mano a nuestros papeles y seguimos buscando. Después de un largo rato dando vueltas e intercambiándonos los informes para cerciorarnos de que no se nos hubiera pasado nada por alto, concluimos que el nombre de Claudio solo figuraba en ese listado.

Un único sitio. Una única coincidencia.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —me preguntó Aines.

—Seguramente sí. Di.

—Propongo pasar por el despacho del jefe para ponerle al tanto y luego ir a entrevistar al tal Claudio.

Sonreí de medio lado.

—No lo hubiera sintetizado mejor.

Cedí el paso a mi compañera, la cual se dirigió con paso diligente hacia el despacho de Luca de Tena. Abrió tras dar tres golpes secos con los nudillos.

—¿Podemos pasar? —preguntó asomando la cabeza.

Respondió con un «sí, claro. ¿Qué sucede?».

Entramos y cerramos la puerta.

—Hemos encontrado una coincidencia —expuso. Se sentía su inquietud por salir de allí lo antes posible y tener cara a cara a otro posible sospechoso—. En uno de los listados que nos facilitó Esteban de un grupo de cazadores que hay en Facebook. Además, es vecino de Jaime Ruiz Gaos.

—¿Estáis seguros?

Me sonreí ante su pregunta.

—Sí. Hemos estado hablando con Esteban. Él nos ha confirmado que se trata del mismo hombre: Claudio Garrido Hernández.

—Estupendo —dijo apretando el puño con gesto victorioso.

—Señor, queremos ir a hacerle una visita —intervine—. A ver si conseguimos sacarle algo.

—Sí. Id. En cuanto habléis con él me ponéis al tanto. Ahora hablaré con Iván y con Carlos para que se mantengan al margen en ese sentido.

—Bien —dije dispuesto a marcharme. Mi compañera, por su parte, ya aguardaba con la mano agarrando el pomo.

—Vamos —me dijo Aines haciéndome un gesto con la cabeza señalándome las escaleras.

—¿Ya tienes la dirección?

—Sí. La he cogido de los informes.

—Me encanta —dije para mí. No sé si me escuchó o no, ella ya caminaba hacia las escaleras.

—Toma, conduce —me «ordenó» tirándome las llaves y dirigiéndose al asiento del copiloto—. Yo te voy indicando el camino.

Arranqué y nos pusimos en marcha. No tardó en darme las primeras indicaciones.

—Al fondo a la derecha. —Obedecí—. ¿Crees que puede ser él, que sea el asesino de Miguel Ángel Rodríguez? —me preguntó con recelo. De soslayo sentí su mirada fija en mí.

—Francamente, no sé qué pensar. Por un lado, parece que Adrián y Lucas Gómez tuvieron algo que ver con el asesinato de Guillermo Roca, sobre todo Adrián. Y por otro, que figure un nombre en uno de los listados supone solo otra pista desde donde buscar. Si este tal Claudio al que vamos a entrevistar es el responsable del asesinato de Miguel Ángel, necesitaremos pruebas que lo incriminen o una confesión, igual que con los dos anteriores.

—Lo sé. Gira a la derecha.

—En fin, ¿tú qué piensas?

—Va a sonar raro, incluso negligente, pero ahora mismo me da igual quiénes sean los asesinos; solo deseo encontrarlos y que paguen por lo que han hecho. Eso sí, sería estupendo que solo fuera una persona, eso significaría que además de existir menos gente enferma por el mundo, resolveríamos los dos casos de un plumazo. No sé si me explico.

—Sí, creo que sí.

—Es utópico, lo sé, pero desearía que no existiera gente así.

—Lo sé. Y no, no me suena a..., bueno, sí, quizá un poco, pero es normal que lo desees.

—Gira la siguiente a la derecha.

En unos minutos llegamos a la dirección del domicilio de Claudio Garrido.

Encontramos la puerta del portal abierta. Decidimos subir sin llamar al telefonillo.

Aquel edificio era antiguo. El suelo estaba embaldosado de un gres indudablemente anticuado: una base blanca con piedras pequeñas de distintos tamaños y de diversos colores, a juego con el rodapié. A nuestro paso fui observando las paredes, las mismas que algún día debieron ser blancas y que, sin embargo, el transcurrir de los años y la falta de mantenimiento habían forrado de una capa de mugre que la teñía de grises y amarillos. Me recordó al edificio donde vivía Omar

Antonescu; y volví a pensar lo mismo: aquella suciedad no era otra cosa que las partículas de polvo y la humedad del ambiente condensada en las paredes, una amalgama de color desagradable sobreviviendo al paso del tiempo.

Subimos un tramo de escaleras. A nuestra izquierda quedaba la primera vivienda, la que correspondía al desaparecido Jaime Ruiz. Cuanto más cerca nos encontrábamos de su puerta, mayor tufo a mierda se respiraba. Aguanté el aire unos segundos deseando que la próxima vez que llenase mis pulmones aquella hediondez hubiese desaparecido; no hubo suerte. Algunas pegatinas y papeles en el suelo en la misma entrada nos recordaron que, además de Iván y Carlos, también habían estado por allí los compañeros de la científica. A simple vista no se veía ninguna mancha de sangre.

Subimos el tramo siguiente y llegamos a la segunda planta. La puerta de la vivienda volvía a quedar a nuestra izquierda. El rellano estaba notablemente más limpio que el de su vecino del primero. El color y el estado de la madera volvieron a recordarnos la antigüedad del edificio.

«Ding..., dong...».

Un perro se puso a ladrar.

Escuchamos voces al otro lado calmando al can y pasos acercándose.

—¿Quién es?!

—Inspectores de policía —dije alzando mi placa para que pudiera verla a través de la mirilla.

—¿Un momento!

No tardó.

—Hola —dijo al abrir. Nos recibió con cara de expectación y una sonrisa de amabilidad—. ¿En qué puedo ayudarles?

Aquel que nos abrió tenía el aspecto de un chaval de universidad, no por las pintas, sino por su constitución, fisonomía y su aparente juventud. Era delgado, alto, moreno, con el pelo corto arreglado al más puro estilo clásico. Vestía unos vaqueros y una camiseta fina de algodón de manga larga y calzaba unas zapatillas de estar por casa con un estampado de cuadros.

Nos presentamos volviéndole a enseñar las placas. El chico sostuvo al perro detrás de él para que la curiosidad del animal no se abalanzase sobre nosotros.

—Sabemos que un par de compañeros han estado hablando con usted.

—Sí.

—Queríamos hacerle algunas preguntas más.

Su expresión tornó a la sobriedad. Mientras tanto, el perro seguía jadeando junto a su pierna. Empezamos la entrevista allí mismo, en el umbral de su puerta y con el mal olor del edificio intoxicando la «velada».

—Ustedes dirán.

—Veamos —dijo Aines—, ¿conoce a Miguel Ángel Rodríguez Palacios?

—No, no me suena —dijo pensativo y con el ceño fruncido.

—¿Seguro?

—Sí, creo que sí.

—¿Usted es cazador?

—¿Yo? —respondió echando el cuerpo hacia atrás—. Dios me libre. No. Ni loco. Soy vegetariano.

—¿Eso quiere decir que no le gusta la carne ni nada que conlleve el sufrimiento de los animales?

—No. No me gusta que ningún ser vivo sufra, sea de la especie que sea, incluidos los humanos.

—¿Y por qué se inscribió en un grupo de caza de Facebook?

—¿Yo?

—Sí, usted. ¿Acaso usted no es Claudio Garrido Hernández?

—Sí, soy yo, pero ya les he dicho que mis intereses me llevan lejos de ese tipo de personas —respondió contenido y con una ligera sonrisa. Parecíamos estar tratando un tema delicado para él.

Aines y yo intercambiamos una fugaz mirada. Me hubiera gustado entrar en su mente para saber qué pensaba.

—Señor Garrido —intervino Aines—. Hemos visto que usted es seguidor de un grupo de caza, concretamente del de la Federación de Caza de la Comunidad Valenciana. Con sus correspondientes interacciones de ‘me gusta’ y comentarios.

«¿Comentarios? —me pregunté—. ¿Estás segura de eso, compañera? Irá de farol».

Decidí seguirle la corriente.

El hombre guardó silencio varios segundos. Parecía que los músculos de su rostro se habían quedado congelados. Ni siquiera pestañeó; observaba a mi compañera impertérito. Fue extraño que ni yo mismo le azuzara para que nos diera una contestación, pero algo me frenó, como si desease ver cuál sería su siguiente reacción, cuánto tardaría en abrir la boca y qué excusa pondría.

—Debe haber sido un error —respondió al fin con calma. Realmente parecía sosegado—. A veces me meto en Facebook y estoy dando vueltas. Mi padre era cazador y alguna vez vi cosas con él. Pero nunca le di al ‘me gusta’ de ninguna publicación, menos aún poner ningún comentario. ¿Tal vez lo pudo hacer él? No lo sé. Lo único que sé es que yo no tengo ninguna intención de seguir a grupos como ese, ni de reírles las gracias. Son un grupo de...

—Siga, no se corte.

—No, nada. No tengo nada más que añadir. Solo que yo no tengo nada que ver con ese grupo.

—Y díganos, ¿conoce a Guillermo Roca Jiménez, Mohamed Merheg Assad o Rodolfo Castro Bermúdez?

—¿Quiénes? No, qué va. No conozco a ninguno de esos tipos.

—¿Seguro? —insistí con calma, dándole tiempo para recordar—. ¿No le suena el nombre de Guillermo..., o de Mohamed..., o de Rodolfo...? —Mientras yo pronunciaba sus nombres recreándome en ellos, él negaba con la cabeza.

—No. No me suenan, lo siento. ¿Por qué? ¿Pasa algo con ellos?

—Está bien. No. Olvídelo. —El entrevistado arrugó el ceño con desconfianza.

—¿Podría decirnos qué estaba haciendo el día 2 de octubre?

—¿El día 2? No lo sé, la verdad. En serio. Deberían decirme qué pasa, ¿no?

—Tranquilo, solo conteste a nuestras preguntas —respondió Aines.

—Sería interesante que fuese haciendo memoria —maticé.

Nos oteó a ambos con la boca entreabierta.

—Pues, no lo sé. Supongo que fui a trabajar al cultivo y luego estuve aquí.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

—Como no le pregunten a él —dijo en plan bromista mirando al perro. No sé si aquel comentario lo hizo para picarnos y hacernos hablar o porque realmente se sentía muy tranquilo. En cualquier caso, consiguió lo primero.

—Creo que no entiende la gravedad de la situación —replicó Aines—. Estamos investigando el asesinato de cuatro personas y la desaparición de una quinta.

—¡Ah! Es eso. Está bien, lo siento. Y no, no creo que haya nadie que pueda confirmar dónde estuve.

—¿Qué tal se llevaba con su vecino?

—Ya se lo dije a sus compañeros. Ni bien ni mal. Él hacía su vida y yo la mía. Con suerte algún día nos cruzábamos en el portal, pero casi ni eso. Hacía meses que no lo veía. Y la verdad es que no le echaba en falta. Ni siquiera me di cuenta de que no estaba. No era una persona escandalosa, y eso sumado a que era un tío antipático de narices, pues...

—¿No echó en falta ni siquiera los ladridos de su perro?

—Eh..., no.

—¿Acaso no ladraba?

—No lo sé. Supongo que sí, pero cuando oyes ladrar a un perro puedes creer que es el de cualquier vecino; uno que está pasando por la calle, el del bloque de al lado... No sé, ya me entienden.

—¿«Cualquier vecino»? En este bloque solo viven usted y su vecino desaparecido, ¿no?

—Ya, bueno, pero supongo que un ladrido puede oírse desde el portal o el edificio de al lado, ¿no creen? Sobre todo si es un perro grande.

—Supongo —soltó Aines con recelo.

—¿Tendría algún inconveniente en que pasemos a echarle un vistazo a su piso? —pregunté.

—¿Sin una orden judicial?

—Si quiere podemos pedir una.

—No, no es necesario. No oculto nada.

—Gracias —dije al tiempo que se echaba a un lado y nos dejaba pasar. El perro no se mostró tan colaborador: en cuanto pusimos un pie dentro corrió a olisquearnos. Se entretuvo más de lo deseado en «identificar» nuestras entrepiernas.

Recorrimos el pasillo, el cual nos condujo a la cocina y a un segundo corredor que distribuía el resto del domicilio. Iniciamos la visita por aquella primera habitación que encontramos: la cocina. Aunque lo poco que habíamos visto hasta el momento parecía limpio —las paredes y los techos recién pintados—, al entrar en la cocina la estética volvía a recordarnos que el edificio tenía más años que el propio inquilino. Los muebles eran viejos, la encimera estaba arañada, claro ejemplo de que hay que usar una tabla de cortar. La nevera hacía el mismo ruido que una carraca. El cristal de la vitrocerámica tenía una muesca y el embellecedor que la delimitaba tenía la pintura descascarillada. En el centro había una mesa cuadrada con cuatro sillas: la misma vejez, el mismo tono amarillento de haber pasado muchas jornadas bajo el efecto abrasador del sol. Abrí el mueble de debajo del fregadero. Aquello apestaba a tuberías.

En la cocina no encontramos nada incriminatorio.

Nos dirigimos al siguiente cuarto: llegamos al salón. Era amplio, luminoso. Estaba arreglado y ordenado. De nuevo, las paredes y el techo se veían impolutos, como recién pintados.

—¿Está haciendo obra?

—Sí. Me he propuesto ir cambiando las cosas poco a poco. El piso era de mis padres, y ahora que es mío prefiero darle un aire más moderno, aunque desenfadado.

—Muy bien.

—Sí, me hacía ilusión. Como habrán visto, la cocina aún está sin cambiar, pero el mes que viene empezaré la obra.

—Estupendo.

—Sí. Lo cambiaré todo. Los azulejos, las tuberías, la distribución...

Esta vez le hice una mueca de aprobación. Realmente parecía deseoso de verlo todo nuevo. En ese sentido le entendía perfectamente.

Sobre la mesa pequeña tenía un portátil. Me acerqué para ver qué páginas tenía abiertas, pero estaba bloqueado.

—Les faltan por ver dos dormitorios y el cuarto de baño. Antes había tres habitaciones, pero como les digo, estoy haciendo reformas. De los primeros cambios que hice fue juntar uno de los cuartos pequeños con la habitación principal para hacer un vestidor. No porque tenga mucha ropa, sino porque me gusta tener las cosas colocadas y a mano.

Seguí la estela de mi compañera, la cual, ignorando las explicaciones de Claudio Garrido exploraba un dormitorio sencillo en el que solo se encontraba un amplio escritorio, una silla de despacho con ruedas y una estantería que ocupaba toda la pared de enfrente. Los estantes estaban llenos de libros.

—¿Le gusta leer?

—Sí, no sabe lo que se llega a aprender gracias a los libros.

—¿Puedo? —dije acercándome para ojear los títulos que ocupaban cada balda.

—Sí.

Allí se podían encontrar libros sobre alimentación, vegetarianismo, concienciación, criminología, psicología, sobre perros, novelas policíacas, novelas históricas, novelas de ciencia ficción, libros sobre cultivos, diccionarios, enciclopedias, clásicos...

Cuando me quise dar cuenta, Aines y él ya se dirigían al dormitorio principal.

Cogí un par guantes de látex que siempre solía llevar en uno de mis bolsillos y me los puse. Saqué un libro de criminología para ojearlo. Con un movimiento rápido de pulgar, ventilé las hojas a gran velocidad, permitiéndome un vistazo rápido e impreciso de cualquier anotación que Claudio Garrido pudiera haber hecho a mano. Pasé varios párrafos resaltados con el signo de una llave dibujada a lápiz. No me entretuve en leerlos. Solté el libro y cogí otro al azar. El último al que terminé echando mano fue a un manual sobre cómo cuidar perros. Pasé las hojas a toda velocidad en busca de alguna anotación. Encontré varios párrafos resaltados del mismo modo, con el signo de una llave. Diligente, devolví cada libro a su hueco de la estantería, me dirigí al dormitorio quitándome los guantes y metiéndomelos en el bolsillo.

Cuando entré escuché la mitad de algún tipo de explicación que el sospechoso le estaba dando a mi compañera.

—(...) cuando aún apenas se podía mover. Cada vez estaba más cansada por el tratamiento.

—Está bien. Creo que podemos irnos —me dijo Aines.

—De acuerdo.

Di media vuelta y me dirigí a la puerta principal. Escuché los pasos de mi compañera siguiendo los míos.

—Gracias por su tiempo —se despidió Aines.

—No hay de qué.

Abrí y nos marchamos.

—No me fio de él —comentó nada más entrar en el coche—. En el armario tenía una silla de ruedas. Me ha dicho que era de cuando su madre estuvo enferma. Al parecer tuvo cáncer.

—¿Y por eso...?

—No lo entiendes. No tenía ni una mota de polvo. La tenía guardada en la parte baja de un armario estrecho, en la parte de arriba había tres o cuatro baldas con algunos objetos y esos sí tenían polvo. ¿Me entiendes? Es como si la hubiese utilizado o limpiado hace poco.

Suspiré, no sé si por percibir una brizna de alivio o por no haber fotografiado los textos que

Claudio Garrido había resaltado, concretamente, en el libro de criminología.

«Vaya cagada —pensé—. Parezco un maldito novato».

—Vayamos a la comisaría, tenemos que encontrar todos los datos posibles de ese tío.

Aines conducía hacia la comisaría. Durante unos metros su mutismo me sirvió para pensar en lo que habíamos visto en la casa de Claudio Garrido, concretamente, en los dichosos libros de aquella enorme estantería.

—¿Has visto la biblioteca que tenía?

—Sí, tenía los estantes repletos.

—¿Y te has dado cuenta de que había libros de criminología? —Por unos instantes desatendió la carretera para mirarme fijamente. Pero no dijo nada; su expresión ya hablaba por sí misma—. Mientras os ibais a la última habitación he ojeado un par de libros, uno de criminología y otro de animales. Le gusta resaltar párrafos.

—¿Te ha dado tiempo a leer lo que ha marcado?

—No.

Reflexionó unos instantes.

—Si es él encontraremos la forma de incriminarle. No tiene coartada.

—Sí. —Mi mente no dejaba de mortificarme por no haber sido más rápido y astuto, por no haber tomado alguna fotografía de los fragmentos resaltados.

Pocos minutos después llegamos a la comisaría.

Nos dirigimos al despacho del comisario para ponerle al tanto de nuestra charla con el sospechoso, de lo de la silla de ruedas, lo de los libros..., también para informarle de nuestra intención de investigarle a fondo.

Nos escuchó sin interrupciones.

—Hablad con Esteban y su equipo, ellos... —Dejó la frase a medias y negó con la cabeza. Descolgó el teléfono. «Acércate un momento», le dijo a su interlocutor. Colgó. Luego nos dedicó a Aines y a mí un «esperad un momento. Ahora viene», que nos dejó sumidos en un silencio que propició varios intercambios de miradas.

A los pocos segundos apareció Esteban.

—Pasa —dijo Tena después de que Esteban diese un par de golpes en la puerta y asomase la cabeza.

Obediente, entró y cerró.

—Dígame.

—Aquí tus compañeros han estado hablando con Claudio Garrido Hernández.

—Sí, sé quién es.

—Estupendo. El caso es que sospechamos que pueda guardar relación con el asesinato de Miguel Ángel Rodríguez. Necesitamos que reúnas todos los datos posibles de ese señor. Ayúdate de tu equipo si es necesario, es urgente. Hasta ahora, esta parece la línea de investigación más fiable que hemos encontrado para esclarecer la muerte de Miguel Ángel.

—De acuerdo, señor. Me pongo con ello ahora mismo.

—Sí, hazlo, y ya te digo: si necesitas ayuda, pídesela a algún compañero tuyo.

—Sí, no se preocupe.

—¡Vamos, a trabajar! —espetó enérgico—. Yago, Aines —dijo cuando nos disponíamos a abandonar su despacho—. Últimamente paráis poco por casa.

Aines y yo nos miramos.

—Sí —respondí por ambos, desconcertado.



—Ya. Bueno. —Su tono parecía de resignación y cansancio—. Marchaos entonces a casa. Si hay novedades importantes os llamaré, sino, mañana será otro día. Así, Esteban dispondrá también de más tiempo; aparte de lo de ese Claudio Garrido, le he pedido que indague a fondo a Lucas y Adrián Gómez y a la mujer que se encontraba con Adrián el día que fuisteis a visitarle.

—Estupendo, señor, a ver qué sacamos de todos ellos —respondí pensativo.

Y sí, nos vendría bien descansar un rato. De hecho, unas horas más o menos no supondrían una gran diferencia. Si Claudio Garrido o los Gómez eran realmente los individuos que buscábamos, estando tan cerca como estábamos de ellos, no se atreverían a cometer ninguna «imprudencia» y sería cuestión de tiempo darles caza.

—Gracias, señor —zanjó Aines.

Al llegar a nuestro sitio para coger nuestras cosas, se me fue la vista a mi mesa y a la de Aines. Ambas estaban repletas de papeles. Me quedé observándolas como quien contempla por primera vez una obra de Diego Velázquez. Aquello conformaba un collage de papel blanco y tinta negra que me recordaba a una tormenta sobre el océano. Los folios parecían olas agitándose sobre el agua; las letras, una lluvia torrencial castigando cada una de esas páginas.

«¿En serio Claudio Garrido podría ser el asesino de Miguel Ángel Rodríguez, ese enclenque que detesta a los cazadores? La verdad es que no me cuadra, pero bueno, habrá que seguir».

Creo que toda obra de arte debe ser mirada con los ojos de querer ser asombrado, con la intención de ver más allá de la primera impresión, de preguntarnos qué quiso decir el autor, de sentir qué nos aviva en nuestro interior y, tal vez, dejar todo eso a un lado y mirar qué puede haber más allá de lo evidente, de lo que yo veo y lo que él quiso que viéramos. Lo mismo sucede con una investigación policial. En la mayoría de los casos el asesino culmina su obra tratando de esconder sus «técnicas». No obstante, el lugar de los hechos arroja unas pistas, el cuerpo otras, las entrevistas o cualquier otra información que llega a nosotros otra. Sin embargo, las filtramos desde un prisma viciado, desde una lente que no siempre enfoca en la graduación adecuada. Por lo general, se nos escapa información; no porque no esté, sino porque al principio no la sabemos ver. Estoy convencido de que dentro del caos existe un patrón que le da orden y concierto a todo.

A veces, un único nexo, un único nombre coincidente en dos informes o el recuerdo de una viuda, conducen a la resolución de un caso. La pregunta en ese momento era: ¿serían Claudio Garrido y Adrián y Lucas Gómez los hilos de los que habría que tirar para desenredar la madeja? ¿Acaso ellos harían que todo tuviese sentido?

# Otro paso

Yago Reyes

Martes, 22 de octubre de 2019

Mi mente no paraba de pensar en Carmen, en Aines, en Guillermo Roca, en Miguel Ángel Rodríguez, en Claudio Garrido, en Adrián y Lucas Gómez... Sobre todo en Aines; no podía quitármela de la cabeza. Actuaba como si no hubiera pasado nada y eso me desconcertaba. ¿Me había convertido en un error al que quieres eliminar del recuerdo?

A pesar de la acumulación de cansancio, de la casa nueva, de mi nuevo colchón duro y confortable, no lograba conciliar el sueño. Es más, una vez fuera de la comisaría, no conseguía concentrarme. Llevaba unos días tan absorto en mis cosas que la noche anterior incluso se me olvidó bajar la persiana. La claridad de las farolas y la perenne inquietud me desvelaron demasiado temprano. Las copas de los árboles se habían convertido en sombras en el techo de mi habitación, las cuales danzaban de un lado a otro al ritmo de las ráfagas de aire. Yo las observaba hipnotizado, por instantes, incluso relajado. Aunque era una paz falsa, originada por el agotamiento tanto físico como mental. Aquellos lapsos de relajación se desquebrajaban en cuanto Aines resurgía entre mis pensamientos.

«Ella lo ha querido así. Compañeros y punto. Que luego no venga preguntándome por qué me he liado con la insulsa de su amiga.

»Estoy hasta las narices de todo. Y mi madre... Hace un mes que no la llamo. Pero bueno, sabe dónde encontrarme. Antiguamente la gente se pasaba semanas sin hablarse y no pasaba nada, y ahora resulta que si no contestas un puñetero mensaje es que te has muerto. Idos todos a cagar, hombre. Paso de que me tengan controlado hasta cuando voy al váter.

»¿Qué hora es? —Miré la pantalla del móvil—. Joder, es muy pronto».

Me levanté y me dirigí al armario. Busqué un pantalón de chándal, una camiseta, una sudadera, unas deportivas y salí a la calle a correr. Al menos hacía tres meses que no hacía ejercicio; me había propuesto retomar las buenas costumbres.

Media hora más tarde estaba regresando a casa, recuperando el aliento y con el cuerpo barnizado de sudor.

Fui directo a mi dormitorio para coger ropa limpia. La dejé en el cuarto de baño y me di una ducha caliente, regeneradora.

«Vaya cambio —pensé mientras apoyaba las manos contra el gres de la pared—. Es bonito, nuevo, elegante, asequible, y lo podré comprar dentro de unos años. Si sigo en Alcira, claro. La verdad es que aquí solo me retiene el trabajo. En fin. No voy a pensar en lo que vendrá. Lo mismo me pilla por la calle algún hijo de mala madre, me pega un tiro y adiós planes de futuro. Bah..., no merece la pena hacer planes, luego nunca salen como tú los habías imaginado».

Cerré el grifo y salí.

Busqué en los armarios algo para desayunar. Aunque tenía de todo —ya que había hecho la compra hacía poco, concretamente después de ver a Carmen—, terminé haciéndome unas tostadas.

—Y todavía llegaré pronto —me dije después de mirar la hora en el móvil: las 7:23. Ojeé el dichoso WhatsApp: tenía varios mensajes de mi madre de la noche anterior.

»Hay que joderse —protesté al tiempo que me disponía a contestarle—. Siempre claudicando.

### 7:24 Yago

Estoy bien, mamá. Muchísimo trabajo. Estamos en una investigación muy compleja, hacemos muchas horas y no me queda tiempo para nada. No te preocupes si pasan los días sin que te escriba o te llame, ya lo haré cuando pueda. Vosotros, ¿qué tal? Un beso a todos. Cuidaos.

Después de desayunar, fui hasta la comisaría dando un paseo. Eran las ocho menos cuarto cuando entraba por la puerta principal. En el trayecto hasta mi mesa tan solo me crucé con tres compañeros. Aines aún no había llegado. La vista se me fue una vez más a las pilas de papeles que cubrían nuestros escritorios. Mi mente voló a la entrevista con Claudio del día anterior.

«Espero que Esteban haya encontrado más información acerca de los sospechosos. Claudio Garrido parece una persona normal, alguien que no le haría daño a nadie; pero a veces las apariencias engañan. No pondría la mano en el fuego por ninguno: ni por Claudio ni por Adrián ni por Lucas.

»Uf. Espero que Aines no venga rarita. —Mi mente evocó una vez más el instante en que mis labios saborearon los suyos, despertándome la misma rabia que sentí cuando huyó de mí como una cría cobarde—. Le consiento todo menos que vuelva a estar en modo mudo... Vamos, que me da igual lo que diga Tena, pido el cambio de compañero y punto. No me va a tener toda la vida en vilo».

Suspiré enfadado y resignado a partes por igual.

—Buenos días —escuché a mi espalda. Era Aines.

—Buenos días.

Pasó por detrás de mí hasta su silla. Dejó el móvil y las llaves del coche sobre la mesa. Su semblante se mostraba serio, aunque no supe adivinar lo que estaría pasando por su linda cabecita.

—¿Has visto a Esteban? —preguntó.

—No. Aún no. Te estaba esperando.

—Vale. Voy a asomarme a ver si ha llegado. ¿Vienes?

—Sí.

Caminé detrás de ella. Resultaba curioso ver cómo en tan solo unos minutos la comisaría se había llenado de agentes. A nuestro paso, intercambiamos saludos de «buenos días», «qué hay» y «chaos» con los compañeros que nos íbamos cruzando. A lo lejos vimos a Esteban de pie, frente a su mesa, sacándose algo del bolsillo del pantalón y dejándolo sobre su escritorio.

—Buenas —saludó Aines.

—*¡Ché, molt bones, parella!* —contestó alegre. Por un momento le envidié.

—Buenos días —respondí.

—¿Qué tal vas con lo nuestro?

—De perlas. Mirad. —Rebuscó entre las carpetas que tenía bien colocadas a un lado de la mesa. «Igualita que las nuestras», pensé sarcástico. Extrajo una carpeta de cartulina y la abrió mientras nosotros le observábamos—. He encontrado cosas interesantes. Empezaré por Claudio Garrido, si os parece bien. Este tío es dueño de una granja de pollos certificada y de un cultivo de naranjas a las afueras de Alcira. Por los datos que he podido recoger de hacienda, su actividad

económica está centrada en los cultivos. Es como si la granja la hubiera cerrado.

—¿Y no la vende? —preguntó Aines.

—Pues no lo sé. Al parecer la granja la heredó de su padre y tal vez por eso la mantenga. También heredó una buena suma de dinero, así que necesidad de venderla, en principio, no parece que tenga. Eso sí, hay un detalle que os va a llamar la atención. —Aines y yo nos miramos sin decir nada, expectantes—. ¿A que no sabéis dónde está la granja?

—Has dicho que en Alcira, ¿no?

—Sí, en Alcira, al ladito de la del tío que encontraron rajado y colgado de un gancho.

—¿Guillermo Roca? —pregunté receloso.

—Sí, Guillermo, el del gancho.

—¿En serio?

—Refréscame la memoria —solicité, aun habiendo leído el informe y conociendo la respuesta—. No se encontró nada incriminatorio en la escena del crimen, ¿no?

—No —contestó Aines—. No encontramos ni huellas ni restos orgánicos que no pertenecieran al propio Guillermo Roca. Ya has visto que han pasado varios meses y seguimos dando vueltas. Aquel caso se fue enfriando poco a poco, aunque ahora con la pista de Lucas y Adrián Gómez... Espero que... Es decir, supongo que será una casualidad que la granja de Claudio Garrido esté al lado de la de Guillermo Roca, ¿no?

La observé. Su expresión destilaba cansancio. Sus pupilas quedaron inmóviles en una mirada perdida que semejaba una fotografía tomada en un mal momento. Seguramente, sus recuerdos echaron un vistazo en su pasado.

—En fin. Eso por un lado —prosiguió Esteban—. Por otro lado he seguido investigando el pasado de los sospechosos. Claudio Garrido no tiene ningún antecedente penal, ni multas de ningún tipo, paga sus impuestos... En ese sentido parece un ciudadano modelo. Por otro lado están los Gómez. Lucas y Adrián. Lo de estos ya es un tema aparte. Han tenido varias denuncias de sanidad por las condiciones en las que se encontraba el matadero. ¡Ah! Y otra cosa, no son hermanos, son tío y sobrino.

—¿En serio? —preguntó Aines haciendo una mueca.

—Sí. Lucas era el hermano pequeño del padre de Adrián. El hombre se murió de cáncer de pulmón hace quince años. La madre de Adrián está en paradero desconocido. Al parecer, Lucas se encargó de su sobrino. El matadero lo montaron Adrián padre y Lucas.

—¿Se llamaban igual el padre y el hijo?

—Exacto. De ahí la confusión de si Adrián hijo y Lucas eran hermanos. El caso es que el negocio pasó al hijo y el resto más o menos nos lo imaginamos. Aparte de las denuncias de sanidad, el sobrino, Adrián, ha tenido un par de citaciones con Hacienda de las que salió mal parado. En una le reclamaron mil ochocientos euros y en otra cerca de tres mil.

»En fin. Eso es lo que he encontrado hasta ahora. —Suspiré—. ¿Seguís pensando que el asesinato de Miguel Ángel Rodríguez tiene algo que ver con el de Guillermo Roca?

—No lo sé, la verdad —respondí pensativo. Aines me miró con expresión de desconcierto—. En fin. Buen trabajo, compañero.

—*Ché*, ya te lo he dicho: déjate de «buen trabajo» y de «gracias» e invitadme a unas birras, leñe.

—En cuanto resolvamos el caso nos iremos de cañas —prometí mientras me alejaba, alzando progresivamente la voz para que me oyese.

—¡Eso! ¡Te tomo la palabra, ¿eh?!

—¡Que síiii...! —respondí en tono cansino.

Nos dirigimos a nuestra mesa.

«Aún nos falta mucho trabajo, pero bueno, parece que vamos avanzando. Aunque lo que verdaderamente me gustaría sería asentar de una santa vez la cabeza. Aines era perfecta. Tal vez algún día consiga entender las tonterías que se le pasan por la cabeza. ¿Quién mejor para ser tu pareja que un compañero de trabajo? Nos veríamos de forma regular, tendríamos el mismo horario e incluso compartiríamos las investigaciones de los casos. En fin, cada uno tiene sus preferencias, supongo. Al parecer, la suya y más primordial es tocarme la moral —pensé mientras caminaba por delante de mí contoneando sus caderas, haciéndome recordar lo miserable que me hizo sentir—. En fin. Mientras encuentro a la afortunada, tendré que conformarme con tías como Carmen. Joder, que desperdicio de mujer. Si no fuera tan...».

Aines se sentó en su silla y se quedó mirando los papeles que tenía delante. Parecía distraída. Apoyó los codos en el escritorio y la cabeza entre sus manos. Me hubiera gustado saber en qué pensaba, aunque a juzgar por la conversación que tuvimos a continuación, lo único que ocupaba su mente era el trabajo, los datos que Esteban acababa de facilitarnos.

—Yago.

—Dime.

—Deberíamos hacerle otra visita a Magdalena Esteban.

—¿La viuda de Guillermo Roca?

—Sí. Estoy dándole vueltas a lo que nos acaba de decir Esteban: ¿Claudio Garrido, dueño de la granja que hay justo al lado de la que pertenecía a Guillermo? No sé. Sigo pensando que es algo casual, que los asesinos de Guillermo Roca son Adrián y Lucas Gómez. Tal vez solo Adrián. Sin embargo, no tenemos pruebas incriminatorias, solo un testigo que no se acuerda de nada porque da la casualidad de que ese día se emborrachó y sus recuerdos nadan en la memoria de su mujer, la cual, alega que los Gómez amenazaron de muerte a su marido y a Guillermo.

—Ya. La verdad es que así no vamos a ninguna parte.

—Por eso lo digo. No obstante, tampoco podemos ignorar la posibilidad de que sean inocentes, y si son inocentes, la «casualidad» de que Guillermo Roca tuviera un negocio al lado del de Claudio Garrido... Además, me parece raro que apareciera en el listado de la Federación de cazadores de Valencia.

—Ya. Pero es lo que tú dices. Claudio Garrido heredó el dinero y el negocio de su padre, puede que en realidad sea una coincidencia.

—Sí, es cierto.

—¿Recuerdas cuando hablamos con Claudio? Le preguntamos por Guillermo Roca y nos dijo que no lo conocía. Puede que realmente no lo conociera.

—O simplemente nos mintió.

—Exacto. De modo que creo que puedes tener razón, deberíamos tirar de la única pista que tenemos ahora mismo sobre la mesa, mostrarle a Magdalena Esteban la fotografía de Claudio Garrido y ver si le conoce. A falta de más información u otras pruebas, debemos ir descartando hipótesis.

Sin embargo, no tardaríamos en recibir la llamada que lo trastocaría todo.

# Lo han encontrado...

Yago Reyes

Martes, 22 de octubre de 2019

Entramos al despacho del comisario; me sorprendió encontrarnos con Esteban allí dentro. Estaba de pie, apoyado contra una de las paredes y con unos papeles entre sus manos. La cara de circunstancia que nos dedicó nada más vernos me hizo sospechar que sucedía algo grave. Tena, se encontraba en su escritorio, con el codo izquierdo apoyado sobre la mesa y la mano derecha sosteniendo el auricular del teléfono, pegado a su oreja. La expresión del comisario no cambió al vernos, pero de igual modo reflejaba tensión y desconcierto. Al parecer, esperaba a que su interlocutor le hablase.

—Sentaos —nos ordenó en un susurro. Continuó en el mismo tono—. Me acaban de llamar de la comisaría de Alicante. Al parecer han encontrado un cadáver. Ahor...

Paró de hablar para atender a su interlocutor telefónico.

—Sí. Soy Luca de Tena. (...). ¿En serio? (...). ¿Cuándo ha sido? (...). No. (...). ¿Dónde queda? (...). ¿Han estado allí? (...). ¿Nos da tiempo a llegar? (...). Vale. (...). Sí, saldremos ahora mismo. Mándame la ubicación al móvil. (...). Sí. (...).

Colgó tras un «adiós» que brotó de su garganta como si le hubiera tomado prestada la voz a un ser de ultratumba, quedándose después absorto. Los demás aguardamos a que reaccionara, aparentando ser tres miembros de la Guardia Real del Palacio de Buckingham.

Suspiró antes de hablar.

—Han encontrado a otra persona asesinada.

—¿Dónde? ¿Cómo? —solicitó Ainés notablemente alterada.

—En Benissa, Alicante. Se trata de Christian López Alarcón. Es, era, un torero conocido. Y no sé cómo, pero la prensa se ha enterado y está husmeando por las inmediaciones de la escena del crimen.

—¿Dónde lo han encontrado?

—En su casa.

—¿Qué le han hecho? —pregunté temiéndome lo peor.

—No ha entrado en detalles, pero parece que lo han «toreado».

—¿Qué?! —espetó Aines con voz estridente.

—Vamos —dijo el comisario tomando aire por la boca y poniéndose en pie—. No está muy lejos. A una hora más o menos por la AP7. —Caminó hacia la puerta—. Coged vuestras cosas, conduzco yo. —Paró en seco antes de agarrar el pomo—. Un momento. Esteban, antes de irnos, dínos qué habías encontrado de Jaime Ruiz Gaos.

—Sí, señor. Hemos investigado sus cuentas bancarias. Tenía dos: en una recibía la pensión de jubilación y en la otra los recibos. Cada mes pasaba dinero de la primera a la segunda. En el mes de agosto del año pasado recibió la pensión, pero no hizo el cambio de dinero de la primera

cuenta a la segunda, con lo cual, la cuenta en cuestión se quedó a cero y desde entonces los recibos se han ido acumulando: luz, agua, teléfono, comunidad... La cuenta está en número rojos y los recibos acumulando intereses. Ah, la luz se la cortaron seis meses después de que dejase de pagarla. Con lo cual, lleva desde febrero de este año sin luz.

—O sea, que lleva desaparecido desde mucho antes a que su hija pusiera la denuncia —dije atando cabos. No sé por qué, pero me sorprendió.

—Basándonos en que desde agosto del año pasado no tiene actividad económica, lleva desaparecido catorce meses —calculó Aines.

—Eso creemos —continuó Esteban—. Y bueno, por otro lado está el coche.

—¿Qué le pasa al coche?

—*Ché...*, a ver, el recibo del seguro ha llegado devuelto, al igual que el impuesto de circulación; ambos los tenía domiciliados en la segunda cuenta. Ah, y la ITV está sin pasar. Le caducó en mayo de este año. A lo que iba es a que, lo bueno es que hemos dado con su paradero. Estaba aparcado a varias calles de la vivienda. Así que por fin podremos inspeccionarlo.

—Estupendo —dijo Luca de Tena—. ¿Algo más?

—No, aunque no creo que tarden en estar listos los resultados de las muestras orgánicas que se tomaron en la vivienda del señor Ruiz Gaos.

—De acuerdo. En cuanto estén, infórmame.

—Sí, señor.

—Vamos —dijo Tena dirigiéndose a Aines y a mí.

Nos limitamos a seguirle a toda prisa por los pasillos y las escaleras de la comisaría hasta llegar a su coche, un robusto BMW modelo X5 de color negro, con techo solar, llantas de perfil bajo y tapicería en tono beige.

«No me importaría tener uno así —pensé mientras me dirigía a una de las puertas traseras».

Sin entrar en discusiones absurdas, me dirigí a los asientos de los pasajeros para que Aines se sentase en el del copiloto. Yo ocupé el que se encontraba inmediatamente detrás de ella; prefería evitar la tentación de que se me fuese la vista a la indiscreta panorámica que hubiera tenido de su perfil y de su cuerpo a lo largo de la hora de viaje que teníamos por delante. Estando a su espalda, lo máximo que vería sería, a duras penas, algún retazo de su cuello y de los mechones que le caían por los hombros desde su habitual cola de caballo.

«No tenía que haberme acostado con Carmen.

»Joder, tío, ya verás como al final te acabas arrepintiéndote. —Observé a Aines mientras los tres nos acomodábamos en nuestros asientos y nos abrochábamos los cinturones—. Sí me voy a arrepentir, sí. Ya lo estoy haciendo».

El comisario puso el motor en marcha.

—No me puedo creer que hayan asesinado a otro hombre —se lamentó Aines.

Ni Tena ni yo dijimos nada. Él tenía la atención puesta a veces en la carretera, a veces en toquetear la pantalla del navegador. Yo, en..., «en mi mundo»:

«Ahí, ahí, dando ejemplo. Menos mal que eres el comisario, que si no...

»Como nos empotres...

»Supongo que más allá de nuestra profesión somos como todos: un pedazo de carne soltado en este pobre planeta, un despojo con ínfulas de llamarnos seres civilizados.

»Somos una mierda de especie. —Pensé en mí mismo—. Somos crueles, aprovechados, egoístas. Solo nos importa nuestro beneficio personal. Da igual cuántas personas sufran a nuestra costa. Y sí, la pobre muchacha es un poco «insulsa», pero puede que le deba una disculpa, ¿no?

»Pufff... Podría mandarle un mensaje —Noté que mi cara exteriorizaba con muecas mi monólogo interno. Por suerte, no me veía nadie—. ¿Y si se hace ilusiones? Lo que me faltaba.

»Bah..., tal vez lo mejor sea quedar con ella y hablarlo en persona.

»A ver, tampoco he hecho nada que ella no quisiera. Se lo dejé bien claro: acostarnos y luego cada uno por su lado. Ella aceptó, la he utilizado lo mismo que ella a mí. ¿No? Le dije lo que había y ella aceptó. Hubiera pasado lo mismo al contrario, ella me lo habría planteado y yo hubiera aceptado o no. Sí, seguramente sí hubiera aceptado. —Me sonreí para mis adentros con amargura—. La necesidad es muy mala. En fin, que ni la he presionado, ni la he engañado, ni la he prometido nada. Si me siento mal no es por ella, sino por Aines. A lo mejor es a ella a quien debería pedirle disculpas. ¡Me cago en...! ¡No tenía que haberla besado, joder! ¡Y disculpas de qué, de haberme liado con su amiga?».

—¿Yago? —preguntó Aines girándose sobre su asiento.

—¿Qué?

—¿Nos has oído?

—¿Qué? No, estaba distraído pensando en mis cosas. —Tena me observó a través del espejo retrovisor interno, pero no dijo nada.

—Hablabamos de los sospechosos y de que estábamos pensando en ir a casa de la viuda de Guillermo Roca a enseñarle la foto de Claudio Garrido para ir cerrando líneas de investigación.

—Sí, eso por un lado, y por otro, lo que parece que empieza a estar claro es que si ahora hay un nuevo asesinato puede que nos estemos enfrentando a un asesino en serie. Aun así, hasta donde hemos visto, el *modus operandi* varía según la víctima, de modo que no podemos descartar que puedan ser varios asesinos. El primer occiso, el propietario de la granja de pollos, fue asesinado como un cerdo en San Martín; el segundo, el cazador, fue abatido como un conejo en pleno campo, y ahora... Bueno, aún tenemos que ver la escena del crimen, pero algo me dice que nos vamos a encontrar con otra burrada. El problema es que los escenarios no han arrojado una sola prueba incriminatoria.

—¿Y los demás expedientes? —preguntó el comisario.

Aines tomó la palabra:

—Con el de las cuchilladas y el de la lejía no encontramos semejanzas, señor. Son muertes violentas, pero...

—Vale. ¿Y vosotros qué opináis de la desaparición de Jaime Ruiz Gaos? ¿Creéis que también tiene algo que ver con los asesinatos, que lo vamos a encontrar muerto en algún momento?

—Pues, es posible. Tal vez haya que volver a hablar con la hija y averiguar por qué se dejaron de hablar, saber si era violento o un maltratador.

—Aparte de eso —interrumpí—, si no fuese por los restos de sangre, pensaría que se fue con el perro a dar una vuelta y se cayeron los dos por un barranco, pero particularmente, la sangre me lleva a no descartar que se lo hayan cargado.

—Está bien, a ver qué nos encontramos al llegar a Benissa. Ojalá el asesino haya cometido algún descuido que nos facilite el trabajo, si no, habrá que pensar en qué otras vías podemos tomar.

Sonreí para mis adentros con resignación. Mi mente voló al mundo del cine, de la ficción. En las pelis tienen la mala costumbre de pintarnos como a héroes, como a tipos duros que consiguen su propósito aunque tengan que pagar altos precios; profesionales inagotables que se hacen inmunes al dolor físico y al sufrimiento psicológico ajeno; con un carácter impertérrito que les blindo ante el temor de recibir un disparo o una cuchillada de algún malnacido que trata de



escapar con desesperación de la justicia; incluso, que no tienen miedo a volver a casa dentro de una caja de pino. Parece que no les importa a qué enemigo se enfrentarán. Si será un borracho violento, un psicópata metódico, un yonqui con el mono o un loco impulsivo al que no le tiembla el pulso a la hora de disparar un revólver. Pero la vida real es distinta: tanto yo como mis compañeros vivimos momentos en los que sentimos miedo, momentos en los que tememos por nuestra vida, por no volver a ver a nuestros seres queridos, por el sufrimiento que podamos causarles a nuestras familias. Y sí, ese miedo en ocasiones se transforma en verdadero pavor. He tenido compañeros que se han meado encima, literalmente hablando, al verse encañonados, al ser conscientes de que estaban a la merced del pulso tembloroso de un drogata sudoroso y alterado, sin nada que perder. Y sí, en España tenemos la suerte de no sufrir la delincuencia que se soporta en otros países. En 2018 cerramos el año siendo el país de la unión europea con menor tasa de homicidios. Aunque el ochenta por ciento de los casos por asesinato son resueltos, el miedo y el peligro siguen ahí. La tensión y la incertidumbre nos acompañan a lo largo de cada jornada. Sabes cómo te levantas, pero no sabes en qué condiciones volverás a la cama. Si es que vuelves.

Te acostumbras.

Eres consciente del valor de tu trabajo. Pero también sabes que, si te ocurriese algo, si no pudieras seguir desempeñando tu cargo —bien porque lo has dejado, bien porque te han eliminado del mapa—, habrá otro compañero para ocupar tu lugar, otro que hará tu trabajo igual o mejor que tú, otro al que no le «importará» morir por defender a los demás.

¿Héroes?

No. Tal vez locos conscientes que solo buscan dejar tras ellos un mundo mejor.

Mi impotencia crece con los casos que no terminan con un final feliz, esos en los que los malos quedan impunes, sin pasar una buena temporada encerrados en una celda. Me carcomen esos dos de cada diez individuos que se van de rositas, que sortean nuestras trampas, que guardan silencio y/o terminan siendo más astutos que nosotros. Me sorprende que un individuo que obra en solitario sea más listo y audaz que un grupo de policías especializados que van tras su pista. Se desata la rabia; la impotencia. Un sinfín de sentimientos demolidores te acompañan durante meses hasta que el siguiente caso empieza a borrar los recuerdos del anterior. Por desgracia, siempre quedan algunos que no los puedes olvidar del todo. A pesar de los años, sigues pensando en cómo podrías atrapar a aquel malnacido que se te escapó por falta de pruebas o porque supo esquivar a la justicia. Hasta que un día te das cuenta de que no podrás atraparlo nunca; en ese momento, te sientes vencido.

Mientras tú trabajas buscando sospechosos, la vida sigue, las «modas» cambian, los delitos siguen produciéndose. La criminalidad en España ha subido algo más del cuatro por ciento en lo que llevábamos de año, según los datos oficiales ofrecidos por el Ministerio del Interior; un quince por ciento los homicidios y asesinatos en grado de tentativa y un doce por ciento los delitos sexuales. Las denuncias entre enero y junio ascendieron a más de un millón. Como dije antes, las «modas» van y vienen. Mientras los homicidios, los asesinatos, los delitos sexuales y el tráfico de drogas han aumentado, otras prácticas punibles, como el robo, han bajado. En cualquier caso, de una forma u otra, nosotros seguimos en el ojo del huracán viendo cómo el mundo gira a nuestro alrededor. Aún hoy me consuela ver que, salvo repuntes aislados, manejamos cifras cada vez más bajas —a excepción del tráfico de drogas, que siguió en aumento— en comparación con las que se registraron años atrás, como en el 2012, que fue un año inquietante.

Durante el trayecto en coche hasta Benissa, no pude olvidarme de ese veinte por ciento que seguiría libre pese a nuestros esfuerzos, que continuaría viviendo su vida como si no hubiera

hecho nada malo. Me revolvió las tripas.

—Mierda —espetó Aines cuando apenas nos faltaban unos minutos para llegar. Estaba mirando algo en su móvil.

—¿Qué pasa? —le preguntó el comisario. Me desabroché el cinturón y me asomé por el hueco que quedaba entre los dos asientos delanteros.

—Están publicando fotos de la escena del crimen.

—¿Se ve a la víctima? —replicó Tena, alarmado.

—No, parece que no. Supongo que los reporteros no han podido acercarse tanto como hubieran querido. La imagen parece tomada desde cierta altura.

Aines examinaba las imágenes una a una, las ampliaba y las minimizaba mientras yo, como buenamente podía, trataba de analizarlas con ella.

—Se habrán subido a un árbol —expuse—. Decíais que era torero, ¿no? Seguro que ha salido más de una vez en la prensa rosa. Es posible que quien lo encontró llamara a algún programa del corazón para sacarse una «propina».

—Ya estamos llegando.

Alcé la vista. Al fondo de la calle, a las puertas de la vivienda unifamiliar, podían verse varios coches oficiales.

Piedra beige con tonos chocolate de algo más de un metro y medio de altura, coronada por un continuo y frondoso seto con el que se elevaba a más de dos metros de altura: así era el vallado frontal que delimitaba la propiedad del muerto y que recorría al menos treinta metros de ancho. Sin duda, nos encontrábamos en una zona residencial de alto *standing*.

«Se debe ganar mucho dinero siendo torero. Aunque de poco le ha servido a este».

El comisario aparcó lo más cerca que pudo de la entrada, junto a un par de vehículos policiales y una ambulancia.

El cordón policial delimitaba la zona. Varios curiosos, tal vez vecinos, tal vez periodistas, esperaban al otro lado de la cinta, junto al muro. Dejaron los chismorreos en cuanto nos vieron aparcar, nos seguían con la mirada como si estuviesen ante una pantalla de cine viendo una peli de misterio. Tuve la sensación de que en ese momento su prioridad pasó a ser la de averiguar quiénes éramos y qué hacíamos allí.

«¿Estará su asesino por aquí? —Me pregunté, pensando en la psicología morbosa que movía a muchos asesinos en serie a desplazarse al lugar del crimen para revivir sensaciones—. ¿Será de los que se ponen cachondos asesinando a sus víctimas?».

Abrí la puerta y me bajé del coche.

No podemos descartar hipótesis solo porque el crimen pueda llegar a guardar algún tipo de similitud con los casos anteriores.

»El patrón de semejanzas entre las víctimas es escueto. ¿Qué tenemos? Hasta ahora, que todos han sido varones. —Me quedé pensativo, recordando la forma en la que perdieron la vida. Mientras, observé distraído cómo Luca de Tena y Aines se apeaban del BMW—. Guillermo Roca, sacrificado como un cerdo en un día de matanza; Miguel Ángel Rodríguez, cazado como un cervatillo; y ahora, un torero. Aún no sabemos cómo lo han asesinado, pero era torero: mataba. ¿Patrón de semejanza? Todos eran varones. El maltrato a los animales. Sí, puede ser. Pero entonces, ¿dónde encaja la desaparición del vecino en todo esto? ¿Claudio? ¿Adrián? ¿Lucas?».

—Vamos —indicó Tena con un gesto al tiempo que comenzaba a caminar hacia la vivienda.

Hicimos el alto de rigor para identificarnos antes de cruzar el cordón policial. Eché una nueva visual a los alrededores: apartados del resto de cotillas identifiqué a un grupo de cuatro personas

equipadas con cámaras, micros y pinganillos.

«Espero que no vengan a tocar las narices, porque no tengo el horno para bollos —suspiré compadeciéndome de mí mismo—. Cualquiera día me abren un expediente por no tener paciencia con estas sanguijuelas».

—¿Estás bien? —me susurró Aines que permanecía a mi lado. Ambos nos mantuvimos a unos centímetros mientras el comisario hablaba con el compañero que controlaba el acceso.

—Esta vez no nos libramos de los periodistas —dije con intención de que solo me escuchase ella.

—Ya me he dado cuenta. —Hice una mueca de exasperación—. Pero míralo por el lado positivo.

—¿Hay un lado positivo?

—Sabes que sí.

—¿Cuál?

—A veces son de ayuda para algunos casos.

Resollé.

—Solo espero no cruzarme con ellos, porque no estoy para más «fiestas».

—¿«Más fiestas»? —repitió sarcástica.

—Ya está —dijo el policía que guardaba el cordón policial interrumpiendo nuestra conversación.

Nos equipamos con las protecciones necesarias para no contaminar la escena del crimen. Acortamos los pocos metros que nos distanciaban de la puerta de entrada exterior, la del muro. La tenían abierta para facilitar el movimiento de los que se encontraban trabajando en el lugar del suceso: forense, policía científica, juez...

—Aines, tengo que decirte algo —le susurré acercándome a su oído al tiempo que la sujetaba del brazo, haciéndonos parar a los dos en el hall de la entrada a la vivienda.

Clavó sus pupilas en las mías un mínimo instante; el tiempo suficiente para conseguir hacerme leer en ellas una brizna de odio.

—Ahora no es el momento, Yago —respondió zafándose con un movimiento seco y una mirada de desaprobación. Caminé por delante de mí mientras yo me quedaba como un pasmarote.

No dije nada. Tenía razón. Aquel no era ni el sitio ni el momento.

La seguí hasta el interior de la vivienda. Nada más cruzar el umbral de la puerta principal, el olor a sangre en descomposición invadió mis fosas nasales; hedor que se iba haciendo cada vez más fuerte y penetrante según te aproximabas a la escena del crimen. El murmullo de los compañeros también aumentaba y las palabras, antes ininteligibles, comenzaban a diferenciarse unas de otras.

De pronto, los dos miembros de la policía científica que dificultaban mi campo de visión se apartaron, quedando expuesto a una panorámica que me dejó con la boca abierta. Aines frenó sus pasos al mismo tiempo que yo, como si nos hubieran lanzado un hechizo paralizante.

Recuerdo la sensación de haberme quedado congelado en el tiempo; hasta mi mente parecía haber quedado vacía de pensamientos. No había preguntas ni respuestas, ni ideas que trataran de entender aquella abominación. Las voces de cuantos nos rodeaban volvieron a convertirse en murmullos. Los compañeros moviéndose a un lado y a otro del lugar del crimen me hizo sentir en una especie de inframundo. Iban equipados con sus característicos monos de color blanco para no contaminar el escenario, sin embargo, yo los percibía como sombras blancas formando parte de un plano visual secundario, indefinido y nebuloso. Realmente parecían almas errantes. No obstante,

no los veía, tan solo los sentía merodear como las hormigas alrededor de unas migajas recién caídas al suelo. Como hipnotizado, contemplé a la víctima sobre la mesita auxiliar del comedor, algo semejante a un minotauro de la edad moderna: un cuerpo de hombre, fibroso, desnudo, sin pelo, delgado —la anatomía que podría tener cualquier varón joven y deportista—, con la cabeza de un toro de lidia. Una «bestia» en medio del salón de un chalet de lujo abatido por varias banderillas y un estoque. Sentí náuseas, pena, rabia y desconcierto, pero no pude apartar la vista de él. La sangre había resbalado por sus costados hacia la mesa, y de ahí, hasta el suelo. De soslayo vi que Aines se aproximaba con pasos cortos y lentos. Yo permanecí estático unos segundos más, como si fuese un elemento más del mobiliario.

Cuando aparté la vista del cadáver me topé con los ojos del comisario. Me examinaba desde la distancia mientras un hombre de unos cincuenta años, de aproximadamente un metro setenta y cinco de altura, de tez bronceada y abundante barba castaña, le ponía al tanto de la situación. Decidí acercarme hasta ellos.

—Hola. Yago Reyes —dije presentándome con una leve inclinación de cabeza.

—Roberto Cazorla —respondió, dedicándome el mismo gesto. Entendí que se trataba de un compañero de la Policía judicial de la comisaría que nos había dado el aviso. Sus ojos marrón chocolate dejaron de mirarme para centrarse nuevamente en Luca de Tena. Acto seguido, prosiguió poniéndole al día—. Les mandaré una copia detallada del expediente. Por nuestra parte, tampoco descansaremos hasta dar con el asesino. Si su hipótesis es cierta y se trata de un asesino múltiple, será cuestión de tiempo que vuelva a actuar. No debemos relajarnos ni un minuto, y menos teniendo a la prensa encima. ¿Se imaginan el pánico y el revuelo? Madre mía, no nos dejarían vivir en paz.

Tena soltó un suspiro mezclado con un «sí» cargado de resignación.

—Si nos enfrentamos a un asesino múltiple, me pregunto si habrá elegido a esta víctima siendo consciente del revuelo que se levantaría —continuó—. Y de ser así, ¿qué pretende? ¿Fama?, ¿reconocimiento?, ¿que se hable de él?

—Sea el mismo asesino del de los casos anteriores o no, me pregunto qué le ha conducido hasta este punto —planteé.

—¿Buscas un móvil? —replicó Aines sumándose a la conversación. Apareció a mi espalda sin que la oyese llegar.

—Sí.

—Empiezo a pensar que se trata de una venganza —dijo ella.

—¿Venganza? —repitió el agente Cazorla—. ¿Se refiere a un asunto personal?

—Creo que este tío es una mezcla entre un *petófilo* pasado de vueltas y un psicópata.

—¿Un qué? —cuestionó el comisario.

—Un *petófilo*, señor. Es un neologismo. Las personas que sienten un cariño desmedido por los animales, que les visten como humanos, los llevan a todas partes y prefieren pasar el tiempo con ellos a estar con otras personas. Pero claro, en este caso no son sus animales, sino los animales en general o, al menos, los animales de granja. Uno era granjero de pollos, el otro cazador —aunque profesionalmente se dedicase a otra cosa—, este torero... No sé qu...

—Pero en este caso no es que solo sienta amor por los animales y les ponga trajecitos —le interrumpí—, es que mata por ellos. ¿Qué sería entonces? ¿un «*petocida*»? ¿un *asesicida*? ¿un *granjericida*?

—Eh... —Aines me miró con cara de «no me lo puedo creer, ¿qué está diciendo este chalado?»—. ¿Qué tal si dejas de inventarte palabras?

—¿Eso no son neologismos? No veo por qué no. —Los tres me miraron con cara de desconcierto. «Será mejor que deje las estupideces para otro momento —pensé». Me sentí ridículo, más que en toda mi puñetera vida. Inconscientemente parecía tener la necesidad de hacer aquello más llevadero, tal vez restarle importancia, pero lo único que conseguí fue parecer rematadamente gilipollas—. Ahora en serio. Si el autor de los tres occisos es la misma persona, estamos ante un tremendo problema.

—¿Acaso si no es la misma persona deja de ser un tremendo problema? —replicó Luca de Tena. Me estaba coronando.

—No, señor, me refiero a que si se trata de una sola persona estamos ante un asesino en serie que a la vez se ha puesto los galones de vengador o algo por el estilo. Si no fuese una sola persona podría ser un ajuste de cuentas, una venganza...

—¿En serio? —protestó Aines con cara de pocos amigos.

Tenía razón. Estaba desvariando, tratando de justificar algo que no tenía justificación ni minimizaba la dificultad de los demás casos. Observándolo con detenimiento, la lógica indicaba algo muy concreto: los tres hombres habían sido víctimas del mismo asesino. Y el motivo daba igual. Debíamos encontrar pruebas y atraparlo. Suspiré sin que se me notase. Ver aquella escabechina me había impactado más de lo esperado.

—Nada. Olvidadlo. Ya no sé ni lo que digo —confesé, volviéndome a sentir torpe. Estaba claro que debía serenarme, pensar con la cabeza fría. La necesidad de vaciar mi mente para poder centrarme en el caso fue lo que me llevó a airear mis desconciertos en voz alta. Una cosa es divagar y pensar estupideces y otra soltarlas por la boca para que se enteren los demás—. Me cuesta creer que haya alguien así en el mundo, y más aún, que nos lo hayamos topado nosotros. —Suspiré bajando la mirada al suelo, recordando, al mismo tiempo, el caso de Elena Pascual Molina. De pronto me vi en mitad de aquella casa semiderruida, apuntando con mi arma a su asesino—. Van dos en poco tiempo. No es nada habitual. Menos en un sitio tan pequeño. No estamos en Estados Unidos, joder. Esto es España. No somos tan violentos, ni nuestra sociedad está tan familiarizada con las armas ni con los asesinatos. Gracias a Dios. —Inhalé hondo tratando de soterrar aquel tormento—. Tenemos que atraparlo —sentenció mirando a los ojos al comisario—. Puede que estemos más cerca de lo que imaginamos. —El silencio nos acompañó unos instantes. Me sentí como el actor principal de una función teatral, llegando, incluso, a percibir la lástima que había despertado en ellos; aunque esa no fue mi intención—. En fin, ¿qué ha dicho el forense?

—Que debieron darle algún tipo de droga para debilitarlo y tal vez dejarlo inconsciente —aclaró el agente Cazorla—. Tiene una marca cerca del cuello, como de un pinchazo. Después de eso, duda de si murió desangrado o a causa del estoque que le atraviesa el cuerpo. Tiene que practicarle la autopsia para ver qué órganos, músculos y vasos sanguíneos le cercenó y así concretar el motivo de la muerte. Lo torturó antes de que falleciera, eso seguro; ya han visto ustedes el decorado.

—¿Quién lo ha encontrado? —le pregunté empezando una conversación a dos bandas entre él y yo mientras Tena y Aines nos escuchaban.

—La señora de la limpieza.

—¿Qué hay de las cámaras de vigilancia? He visto el cartelito de *Securitas* en la entrada.

—No hay cámaras. Lo primero que hemos hecho ha sido ponernos en contacto con la empresa de vigilancia, pero la víctima no tenía ningún contrato con ellos.

—Increíble. Viendo la casa no creo que fuese por falta de dinero.

—No, pero mucha gente pone cartelitos y confía en que eso ahuyente a los delincuentes.

—Ya. Ni que los delincuentes fueran gilipollas. Para mí que el asesino llevaba tiempo siguiéndole la pista; estoy casi convencido de que estaba al tanto de ese «pequeño» detalle.

—Es posible.

—Más que posible, diría yo. Aparte de eso, ¿tenemos huellas, restos orgánicos...?

—Hemos encontrado alguna huella. Tenemos que descartar las de la víctima y las de la señora de la limpieza.

—¿Eso quiere decir que ya han hablado con ella y la descartan como sospechosa? Ella sabría que no hay cámaras. A lo mejor ella no lo ha matado, pero ha podido dar facilidades a quien sí lo ha hecho.

Tomó aire pausado, con cara de «no lo creo, pero bueno».

—Pueden volver a hablar con ella, si quieren.

—Sí, ahora iremos.

—De todas formas, como le acabo de decir al comisario Luca de Tena, recibirán un informe detallado con toda la documentación del caso.

—Sí, le he oído comentárselo. Gracias.

—No tiene que darlas. Nos interesa tanto como a ustedes detener al desalmado que ha hecho esto.

—¿Y qué hay de la prensa? —intervino Aines—. ¿Qué les vamos a decir? En internet ya se han filtrado fotos que nos ponen contra las cuerdas —dijo mostrándole en el móvil las imágenes que encontró mientras llegábamos. El hombre rebufó como un bisonte y luego puso cara de desespero.

—Son como, como... Parece que lo huelen. Acuden al morbo como los ratones al queso.

—Sí, pero eso a veces nos viene bien.

—No sé yo qué decirle, señorita...

—Collado. Aines Collado.

—Encantado —reverenció, haciendo un gesto con la cabeza—. Pero bueno, eso ahora es lo de menos. Tenemos que pensar cómo sacarle partido a la información que manejan.

—¿Qué sugiere? —le preguntó Tena.

—Ustedes tienen un sospechoso, ¿no es así?

—Sí.

—Pues tendremos que pensar qué nos interesa más, si decir la verdad o hacerles creer que especulamos con un ajuste de cuentas, o incluso, que aún es pronto para tener información relevante. Si decimos que es un ajuste de cuentas el asesino se relajará y seguramente seguirá sin alterar sus planes. Si decimos que aún es pronto y que estamos investigando quién puede ser el asesino, tal vez ralentice sus pasos o directamente deje de actuar. Creo que sería mejor no informar a la prensa de que tenemos un sospechoso. —Le escuchábamos atentamente, aunque en verdad creo que nos estaba permitiendo escuchar en voz alta lo que ya pensábamos todos.

—Supongo que lo mejor será decirles que de momento no podemos darles información —propuso Luca de Tena—, al menos por el momento.

—Está bien —accedió Cazorla.

Aines y yo asentimos.

«Espero que en esta escena encontremos huellas del asesino».

—Si le parece bien, voy a dar una vuelta por la casa —dije dirigiéndome a Luca de Tena.

—Claro. Yo estaré por aquí.

—Voy con él, jefe —anunció Aines *autoinvitándose*.

Los miré a los ojos, primero a ella y luego al comisario, y tuve la sensación de que ambos se compadecían de mí.

Asentí.

Abandonamos el salón. Había compañeros entrando y saliendo por toda la casa. El forense estaba tramitando el levantamiento del cadáver con el juez de guardia.

—¿Qué te ha pasado ahí dentro? —me preguntó Aines a la mínima oportunidad que tuvo.

Oteé su rostro. Sus ojos. Sus labios. No entendía por qué me hacía sentir así. Hacía años que dejé de experimentar esas sensaciones, y ahora que volvían a aflorar, además de vivo me hacían sentir un despojo humano.

—No me voy a volver a disculpar, Aines. Y por otro lado, sé que lo sabes.

—¿De qué hablas?

—De lo de tu amiga. De nuestro lío. De nuestro beso.

—Yo no te he...

—No. Aines. Déjame terminar. No me arrepiento. ¿Y sabes por qué? Porque lo único que he hecho es permitirme buscar la felicidad. Esa que no conozco desde mucho antes de venir aquí. Ahora me doy cuenta de que ni el trabajo ni los amigos ni la familia eran suficientes. Ellos solo me servían para autoengañarme, para que no pensase en lo solo que estoy desde hace años.

—Pero...

—¿Sabes lo único que me da pena? —volví a interrumpirla—. Que me tengas miedo. Creo que sigues pensando que soy como tu ex, y ante eso no puedo hacer nada. Así que no me culpes por querer rehacer mi vida o por desear tener algo en lo que pensar aparte de nuestro maldito trabajo. Ya me disculpé ayer por mi error. Una equivocación a la que, por cierto, correspondiste con bastante entrega, diría yo. Pero vale. Si no te gusto, mala suerte. Si te doy miedo, no puedo hacer nada. O tal vez sí, solicitarle al comisario lo que le debía haber pedido desde el primer día que nos asignaron: un cambio de compañero. —La observé haciendo una ínfima pausa en la que no obtuve réplica ni intención de ella. De modo que, continué—. No me gusta tu amiga. No es ella con quien quiero estar. Pero ¿sabes qué?, no voy a privarme de la única distracción de la que ahora mismo dispongo. Y digo distracción porque no quiero nada con ella. ¿Entiendes? —Aines empezó a negar con la cabeza con movimientos muy sutiles, con el ceño fruncido y con los ojos barnizados de desentendimiento—. Así que, ya sabes. Piénsate si mi presencia te parece tan detestable como para necesitar un cambio de compañero. Pero hazlo rápido, porque... —Frené. La miré. Me miró. Escuché mis pensamientos. «Debería hacerlo yo». «No puedo estar así cada dos por tres». «Debería pedirlo». Y hablé—. Lo haré yo cuando resolvamos este caso.

—Estás siendo muy injusto, Yago.

—Es posible. Pero no es mi intención. Quiero dejar de ser una carga para ti. Quiero verte feliz. Pero entiende que yo también necesito un poco de felicidad.

Sus escleróticas brillaron con mayor intensidad. Aunque no fueron las únicas. Por primera vez en muchos años sentí ganas de llorar como un niño o, más bien, como el hombre destrozado que era y al que por fin me atrevía a mirar a los ojos.

Di media vuelta y anduve alejándome de ella.

Tuve que respirar hondo varias veces, fingir una vez más, que no pasaba nada, que era el tipo duro e impertérrito que todos estaban acostumbrados a ver.

«Céntrate en el caso, Yago».

Inhalé despacio por la nariz, deseando apaciguar el mal cuerpo que se me había quedado.

Salí al exterior de la vivienda y me dirigí a la sombra del primer árbol que encontré. Cogí el

móvil del bolsillo de mi pantalón y desbloquéé el teléfono. Entré en el WhatsApp, concretamente en los mensajes que compartía con mi madre, ignorando los de un grupo que compartía con mis amigos. Tan solo recibía mensajes de ellos: del grupo de amigos —conversaciones insustanciales. Aquello no se había creado para asuntos serios— y de mi familia, más bien, de mi madre.

### 13:53 Yago

Hola. ¿Qué tal todo? Cuando cerremos el caso del que te hablé el otro día, me acercaré por allí, al menos un fin de semana.

«Aunque tuviera a mil personas a mi alrededor, me seguiría sintiendo igual de solo —pensé después de releer lo que le había escrito a mi madre».

Salí de la aplicación. Cuando iba a bloquear el móvil vi que me entraba un mensaje nuevo. Era Carmen. Por un instante vacilé si abrirlo, dejarlo para más tarde o directamente borrarlo.

«No me gustas, joder. No como para estar juntos. ¿Por qué es todo tan complicado?».

Estaba dolido.

Volví a abrir la aplicación y leí desde fuera las primeras palabras:

«Hola, Yago. El otro día no tuvimos tiempo de...»

—Joder —susurré—. ¿En serio no entendió que no quiero conocerla ni salir con ella?

Pulsé en el mensaje para que apareciese el texto completo y luego leí para mí mismo, añadiendo comas y completando palabras que, supongo que para ahorrar tiempo, escribió con abreviaturas:

*«Hola, Yago. El otro día no tuvimos tiempo de hablar. Creo que no te gusto lo suficiente como para ser tu pareja, y yo no sé si tu forma de ser encaja en lo que me gustaría encontrar en el hombre de mis sueños, pero no sé, tal vez podamos vernos de vez en cuando hasta que llegue nuestro príncipe o princesa azul. No me gusta decir estas cosas por mensaje, pero creo que de ti me puedo fiar. Sé que no lo vas a pasar por ahí a tus amigotes ni nada por el estilo. Eres poli y se supone que estás ahí para defender el bien, no me cuadraría que fueses tan hijo de perra, jajaja... En fin, lo que te decía, que si te apetece que nos veamos de vez en cuando, a mí me parece bien. Prefiero estar contigo que liarme con cualquier desconocido que me entre en un bar. Además estoy convencida de que te gusta otra. Puedo hacerme la tonta, pero no lo soy. Puede que incluso hasta la conozca —puso varios monigotes con cara de estar pensando—. Pero tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo. En fin, que mientras tanto seguro que necesitarás “desahogarte”. Yo también. Así que, no te preocupes por mí. Mi príncipe azul todavía está por ahí dando vueltas en algún sitio pero, mientras tanto, tú me vales —otra cara con un guiño—. Disculpa si no te ha gustado que sea tan directa, pero ya somos mayorcitos, ¿no? Ya me dirás qué opinas».*

Lo leí tres veces: la primera con sorpresa; la segunda con desconcierto, tratando de confirmar que de verdad había entendido su mensaje; la tercera... Me gustó. Al menos hasta que Aines se cruzó en mis pensamientos y de nuevo me sentí miserable. Aquello me llevó a contestarla:

### 13:59 Yago

Si quieres podemos vernos a eso de las seis. Supongo que sobre esa hora ya habré terminado y estaré en casa.

Bloquéé el móvil sin esperar su contestación. Lo guardé en el bolsillo de mi pantalón y regresé al interior de la vivienda.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a la mujer que halló el cadáver? —le pregunté al primer



«copito de nieve» que me encontré según entraba.

—Sí, está en la planta de arriba con los del servicio sanitario.

—¿Se encuentra mal?

—Ha sufrido un ataque de ansiedad.

—Entiendo. Gracias.

Me dirigí a las escaleras. Por el camino me topé con Aines, que salía del cuarto de baño. Su nariz y sus ojos enrojecidos no pudieron disimular lo que había estado haciendo dentro.

—Voy a hablar con la señora que encontró el cadáver. ¿Vienes?

—Sí.

Llegamos a la planta de arriba fingiendo que no había pasado nada entre nosotros; pero en silencio, como en nuestros primeros días de compañeros. En aquel nivel, la casa se hacía más luminosa y acogedora, si cabía. Paredes y carpintería blancas, suelo de tarima gris perla con un vetado elegante acorde al resto del diseño, grandes ventanales... Aquella casa podría ser el sueño de cualquier amante de los espacios amplios, de la iluminación, el glamour y la modernidad combinados en su justa medida.

«Tiene que haber costado una fortuna».

A simple vista se apreciaban todas las puertas abiertas, menos una. El instinto me dijo que la señora que buscábamos estaría allí.

Di un par de golpes en la nivea madera y esperé unos segundos. De pronto se abrió la puerta. Al otro lado apareció otra mujer de unos cincuenta años. Gracias a su uniforme de pantalón azul marino con franjas rojas y blancas y su chaqueta bicolor naranja y amarilla, supimos que era la asistente sanitario que vigilaba el estado de salud de la mujer que buscábamos.

—Somos de la Policía judicial de Alcira. Estamos buscando a la mujer que encontró el cuerpo del torero.

—Sí, está aquí.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas.

Asintió esquivando mi mirada y se echó a un lado para dejarnos pasar.

La testigo reposaba sobre una cama, bocarriba y con el brazo tapándole medio rostro. Di un par de pasos en su dirección echando un vistazo al dormitorio. Era grande, de unos veinte metros cuadrados. Tenía un doble armario con un par de espejos de cuerpo entero en sus puertas, una coqueta con cuatro cajones, una cama de matrimonio de al menos dos metros de ancha y un par de mesillas a cada costado a juego con el resto del mobiliario, todo ello en color blanco. En una de las paredes de la habitación, había una puerta. Estaba cerrada. Di por hecho que comunicaría a un cuarto de baño. Para mi sorpresa, cuando dirigí nuevamente la mirada a la cama me encontré con que la «señora» no era como la que imaginé. Al vernos trató de incorporarse. Ahí fue cuando vi que la encargada de los quehaceres domésticos de aquella súper vivienda era una mujer de unos treinta años. La enfermera se acercó a ella y le mandó no hacer esfuerzos. «Te he suministrado un antiansiolítico, podrías marearte. Es mejor que vuelvas a tumbarte», le dijo ayudándole a recostarse de nuevo. Una vez consiguió su objetivo, la enfermera se apartó para dejarnos hablar con ella.

Aines se detuvo a los pies de la cama, yo junto a la cabecera.

Los mechones de su cabello negro se abrían en abanico sobre la almohada como las serpientes en la cabeza de Medusa. Le costaba mantener los párpados abiertos. Sus pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos parecían dos esferas de ónix.

—Hola, ¿te encuentras bien? —le pregunté—. Somos inspectores de la Policía Judicial de la

comisaría de Alcira. Necesitamos información y necesitaríamos que nos contestases a unas preguntas.

Asintió.

—¿Cuándo lo has encontrado?

—Hoy.

—¿Hoy te tocaba trabajar?

—Sí. Vengo los martes, jueves y sábados.

—Bien.

—¿Llevas trabajando para el señor López Alarcón desde hace mucho tiempo?

—Un año y medio.

—¿Sabes si alguien quería hacerle daño, si tenía enemigos o si había recibido algún tipo de amenaza?

—No. Aunque supongo que a mucha gente no le caería bien. —A pesar de su rostro de cansancio su mente parecía encontrarse lúcida. Respondía sin titubear, en un tono de voz normal.

—¿Por qué lo dices?

—Por su profesión. Mataba y torturaba animales.

—¿No te gusta el toreo?

—No, para nada.

—¿Y aun así trabajabas para él?

—Sí. Necesitaba dinero y, además, pagaba bastante bien; me tenía dada de alta en la seguridad social y mantenía la casa bastante limpia, así que...

—Entiendo. Pero no te gustaba lo que hacía, ¿cierto?

—No, ya se lo he dicho. Me parece una barbaridad que se considere fiesta nacional la tortura y el sacrificio de animales, aunque fuesen ratas lo que toreasen. ¿Entiende?

—Sí —respondí mientras se llevaba la mano a la cara y se frotaba los ojos.

—¿Me puede alcanzar el agua, por favor? —Señaló con el dedo un vaso que había sobre la mesilla. Parecía no tener fuerza para mantenerlo estirado. Su languidez me recordó a la mano de Adam en el cuadro *'La creación de Adam'* de Miguel Ángel Buonarroti en la Capilla Sixtina.

Mientras ella bebía miré de soslayo a Aines. Observaba a la mujer con cara de aprensión, con su libreta y su bolígrafo en la mano, dispuesta a tomar nota de los detalles que considerase importantes. Me sentí descubierto el encontrarme con sus ojos. La entrevistada había terminado de hidratarse y esperaba a que le retirase el vaso. Aines me hizo un gesto con las cejas para avisarme. Lo cogí y lo devolví a la mesilla.

«Y esta tarde he quedado con Carmen. —Sentí pesadez, como si me hubieran colocado una losa de cien kilos a la espalda—. ¿Eres masoquista o qué te pasa?».

—¿Nuestros compañeros han apuntado sus datos? —preguntó Aines, tomándome el relevo.

—Sí.

—¿Y su nombre es...?

—María Sánchez de la Cruz.

—¿Tenía algún tipo de relación sentimental o personal con el fallecido?

—No. La profesional. La verdad es que durante una temporada llegué a pensar que era gay, pero fueron solo conjeturas mías.

—¿Por qué llegó a esa conclusión?

—Porque las pocas veces que lo vi acompañado de alguien, era de hombres.

—Ah. ¿Y por qué nos lo cuenta? ¿Cree que puede guardar algún tipo de relación con su

asesinato?

—No. No lo sé. Pensé que debía decírselo.

—Vale. Y, díganos, ¿hubo algo que le hiciera cambiar de opinión?

—Sí, más o menos.

—¿Nos lo puede explicar, por favor?

—No hay mucho que explicar. Pensé que era gay por gestos que hacía, comentarios y personas que venían a casa, pero luego dejé de creerlo.

—¿Por algo en concreto?

—Empecé a notar que me miraba distinto, como si le gustase.

—De acuerdo. Y, díganos, ¿alguna vez hubo enfrentamientos entre usted y el señor López?

—No. Nunca. Era bastante educado.

—¿Usted nunca le manifestó su desacuerdo respecto a su actividad profesional?

—¿A que era torero? No. Nunca.

—Vale.

—Hemos visto que en la entrada hay carteles de una empresa de seguridad —prosegui—. ¿Sabe si tenía algún tipo de vigilancia contratada?

—Ya. Sí. Hay carteles, pero no tenía contratado nada, que yo sepa. Al menos yo nunca he tenido que poner ninguna clave de seguridad para conectar o desconectar ninguna alarma. Aunque, yo creo que algún tipo de cámara de vigilancia sí que tenía.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Aines.

—No sé. Un par de veces me dijo cosas que solo podía saber si me había estado espiando.

—¿Podría ubicar el escenario en el que ocurrieron esas «cosas»?

—No, la verdad. Aunque... Bueno, yo siempre sospeché que había alguna cámara en el comedor. Aunque a veces también pensé que la tenía en mi habitación, en la suya o en la cocina. No sé. Es algo raro. La verdad es que mientras limpiaba las busqué con el mayor disimulo posible y nunca encontré nada.

«Se me ocurrió un motivo por el que nunca las encontró, pero no dije nada».

—¿Alguna vez le preguntó abiertamente si la espiaba?

—No. Bueno, se lo insinué.

—¿Y qué le dijo?

—Se rio, tonteó conmigo y me salió por la tangente. Cuando me quise dar cuenta le había dado la vuelta a la conversación de tal manera, que cuando me quedé a solas me sentí ridícula.

—Antes ha dicho «en mi habitación» —intervino Aines—. ¿Acaso usted tiene aquí un dormitorio?

—Sí. Es este.

—Pero...

—Ya. No, no estoy interna, pero bueno, a él le hizo gracia que yo tuviera un dormitorio, un sitio donde «descansar», supongo. Paso aquí ocho horas seguidas.

Aines hizo una mueca de desconfianza, pero no dijo nada. Volví a tomar la palabra:

—¿En los últimos días ha vuelto a sentirse espiada?

—Eh... No.

—¿Podemos echarle un ojo a su habitación? —pregunté más por cortesía que por obligación.

—Sí, claro. Para eso son la policía, ¿no?

Le dediqué una sonrisa forzada.

—Gracias.

Según nos apartábamos de su lado, la enfermera, que había permanecido en absoluto silencio durante la entrevista, se acercó a ella.

—¿Sabe si nuestros compañeros de la policía científica han pasado por aquí? —le pregunté a la técnica sanitaria.

—Sí. Estuvieron un par de agentes haciéndole preguntas —respondió, señalando con la cabeza a María Sánchez de la Cruz.

—¿Solo ellos? ¿No han estado los de la científica?

—Que yo sepa, no.

—Gracias.

Me giré y proseguí con la inspección ocular. Aines estaba delante de la coqueta, observando los objetos que la decoraban. No quise acercarme. Recorrí con la vista cada rincón, cada saliente de los muebles, cada recoveco donde pudiera entrar una cámara de vigilancia doméstica. No vi nada que llamase mi atención. Me abstuve de abrir cajones y puertas, a fin de cuentas, la cámara debía captar el exterior, no el interior de un mueble. Caminé hasta la puerta.

—¿Aquí qué hay? —le pregunté a la empleada doméstica.

—El cuarto de baño.

—¿Puedo?

—Sí.

Protegido por mi guante de látex cogí el pomo haciendo una pinza con mis dedos índice, corazón y pulgar. Presioné hacia abajo hasta que vencí la resistencia del pestillo. Cuando abrí la puerta deseé encontrar algo que nos ayudara en la investigación, algo que pudiese aportarnos una prueba incriminatoria. Pero allí no había nada, solo un gran cuarto de baño equipado con una bañera de buen tamaño, un retrete, un mueble con dos lavabos, un toallero de pie y un mueble de mimbre con varios juegos de toallas perfectamente dobladas.

«Muy bonito —pensé con retintín».

—Por mí podemos irnos —le dije a Aines saliendo de allí. Me sentía vencido.

—Vale.

Me despedí de las mujeres con un «gracias por su ayuda».

—¿No has visto nada raro en la coqueta? —le pregunté parándome prácticamente delante del dormitorio que acabábamos de abandonar, después de que Aines cerrase la puerta.

—La verdad es que no.

—¿Buscas algo en concreto?

—Una cámara de vigilancia doméstica, de esas que son pequeñas y portátiles.

—Sí, yo también. Aunque no la tendría a la vista, claro, si no la mujer la habría encontrado.

—Puede estar escondida en algún objeto. Un jarrón, tal vez.

—¿Se lo decimos al jefe?

Resollé.

—Sí. Vamos. A lo mejor con un poco de suerte ellos ya la han encontrado.

Buscamos a Tena en el salón donde murió el torero, pero allí no estaba. Dimos con él en la cocina. Estaba distraído con el móvil.

—Ya hemos vuelto —dijo Aines llamando su atención.

—¿Qué tal? ¿Habéis encontrado algo?

—No, pero hemos hablado con María Sánchez.

—Que es...

—La mujer que encontró el cuerpo.

—Vale. ¿Y?

—Hemos llegado a la conclusión de que tal vez haya alguna cámara de vigilancia doméstica escondida por la vivienda.

Arrugó el ceño.

—No me han dicho que hayan encontrado nada.

—Si existe, estará bien camuflada.

—Bien, habrá que tenerlo en cuenta y decírselo a los compañeros de la científica —respondió pensativo.

—Y por aquí, señor, ¿alguna novedad? —le pregunté, pero él seguía distraído. Le costó varios segundos reaccionar.

—Se han llevado como posibles pruebas varios objetos de la casa, entre ellos el portátil y el móvil de Christian López Alarcón. Si de verdad hay una cámara de vigilancia por la casa, las grabaciones se volcarán a uno de los dos dispositivos, se supone.

—Debería. En fin, si le parece bien, seguiré indagando. Puede que se les haya pasado algo a los de la científica, aunque lo dudo.

—De acuerdo. Yo hablaré con ellos y les pondré al tanto de nuestras sospechas.

—Estupendo.

Los dejé allí a los dos. Esta vez no me acompañó Aines; lo preferí. Necesitaba distanciarme de ella —en la medida de lo posible— y centrarme en el caso. Empecé mi circuito por la casa, tratando de que no se me escapase ningún detalle.

Primera planta: nada.

«Tal vez no haya cámaras, que fuese solo una paranoia de la chica».

Segunda planta: nada.

Garaje: nada.

Suspiré. Estaba física y emocionalmente agotado.

«Si tuviésemos algo podríamos solicitarle al juez una orden de registro de la vivienda de los sospechosos. O tal vez una orden de seguimiento. ¿Pero qué podemos darle? De uno solo tenemos su nombre en el grupo de Facebook de la Asociación de Cazadores de Valencia es una prueba circunstancial, y de Adrián, el testimonio de la mujer de Julio Pineda. En el caso de Claudio, que su vecino haya desaparecido no le involucra en nada. Y que tuviese una granja de pollos junto a la de Guillermo, también es circunstancial. No tenemos nada. Absolutamente nada. Incluso si encontrásemos su sangre o algún resto orgánico en el descansillo de su vecino, tampoco sería suficiente; él también vive allí. Estamos igual que al principio, o peor, porque mientras nosotros seguimos sin encontrar algo que incrimine a alguno de ellos, el asesino sigue libre por ahí, seguramente buscando a su próxima víctima y maquinando cómo acabar con ella.

»¿Los buscará al azar? No lo creo. Adrián Gómez no parece un individuo metódico, parece más bien todo lo contrario, una persona impulsiva y alocada. Seguramente el asesino dé con sus víctimas a través de internet. Si encontró a Miguel Ángel Rodríguez en Facebook, posiblemente haya investigado a otras potenciales víctimas. Y Claudio... Francamente, no tiene cara de asesino y menos de asesino en serie.

»Pero a lo mejor no hace falta demostrar su implicación, a lo mejor le podemos pedir al juez una orden para estudiar a los sospechosos. Si le damos todos los datos que tenemos, aunque sean circunstanciales, tal vez vea la relación y nos deje intervenir sus ordenadores y rastrear sus móviles.

Salí al jardín de la parte delantera de la casa. Miré la fachada como si estuviera frente a una

pantalla de cine, como si en cualquier momento me fuera a desvelar una nueva pista o a mostrarme el nombre del asesino, como en unos créditos de apertura de una serie de televisión.

Saqué el móvil de mi bolsillo y lo desbloqué.

Entré en los mensajes. Mi madre me había contestado. Carmen también. Pinché primero en el de mi madre:

*«A ver si lo cerráis pronto. Ya tenemos ganas de volver a verte. Aquí todo bien. Tranquilo, como siempre. Un besazo muy grande, hijo. Vamos hablando».*

Me lamenté de su manía de no poner los puntos y las comas como Dios manda, y di gracias por no haberme encontrado ninguna burrada del tipo *«haber si lo cerráis pronto»* o cosas por el estilo. De vez en cuando conseguía que me doliesen los ojos.

No contesté. No había nada nuevo que añadir.

Abrí el de Carmen. Según pulsé en la pantalla, volví a sentir una losa sobre mi espalda.

«Esto no es sano».

Leí:

*«Me alegro de tu contestación. Pasaré por tu casa a eso de las siete, así podrás descansar un rato. Un besazo».*

«Otra a la que no le gusta poner comas —pensé resignado».

Recuerdo mi cara de circunstancia, de desgana, de exasperación. Y comencé a escribir:

### **15: 24 Yago**

Lo siento, Carmen, pero hoy no podré verte. Al final se va a alargar la cosa, llegaré tarde a casa. Si te parece bien, quedamos otro día. Ya te avisaré. Un saludo.

Di por terminada la conversación y la infructuosa inspección ocular de la vivienda. A lo lejos vi que Luca de Tena y Aines salían del chalet, ambos con el rostro serio, ambos igual de exasperados que yo. A falta de examinar las pruebas, nos íbamos con las manos vacías.

Lo que no sabíamos era que el universo nos guardaba una pequeña sorpresa.

# Un adiós

Martes, 22 de octubre de 2019

Los medios de comunicación hacían eco de la noticia del asesinato del torero Christian López Alarcón. Ni siquiera su asesino pensó que alcanzaría tal trascendencia. No obstante, aquello le animó a seguir actuando mientras le quedase tiempo.

Esa mañana se sentó al ordenador. Tomaba el desayuno mientras su perro dormía a sus pies. En los últimos días el animal había estado más tranquilo que de costumbre, sin embargo, la veterinaria le dijo que era normal: Bruno era muy mayor, como un humano nonagenario.

Trataba de concentrarse en lo que estaba escribiendo, pero la fuerte respiración del animal se lo impedía. Dejó el portátil a un lado y se sentó en el suelo junto a él.

Acarició su lomo, calando los dedos por su abundante pelaje, a modo de peine. No era tan suave como el de sus gatos Yaima o Cronos, pero al contrario que ellos, él sí se dejaba hacer.

Se apoyó contra el sofá y cerró los ojos. Él era como un hermano, un familiar con el que se podía contar siempre.

«Es el único, aparte de mamá, que me quiere sin condiciones, sin pedir nada a cambio; y en eso ni siquiera mamá estuvo a su altura».

Trató de recordar el día que lo vio por primera vez o el día en que su padre lo adoptó. Le resultaba difícil: por aquel entonces era un crío.

«¿Solo Bruno? —Pensó en su padre—. ¿Siendo cazador nunca tuvo más perros? No me cuadra, la verdad. Seguro que hubo más y no los conocí. Aquella hembra... Blanca. —Recordó a una perra de tamaño medio, de color blanco. Tan solo la vio un par de veces—. Sí, creo que se llamaba Blanca. Qué cosas, me había olvidado de ella. Era solo un niño. ¿Qué años tendría? ¿Diez? ¿Doce? ¿Ocho? —Evocó de pronto la cara del animal, el morro afilado y su jadeante saludo que acompañaba con exagerados movimientos con la cola—. Era muy alegre. No recuerdo qué fue de ella. —Se esforzó por recordar a la perra y a su padre, cualquier anécdota—. Tal vez dejó de ir a cazar una temporada. No siempre iba. Puede que se la regalase a otro cazador. A no ser que...».

Su memoria le transportó a uno de los días en que, siendo un niño, su padre lo llevó de caza. Sus sentidos recordaron el sonido de los disparos del rifle de su padre. Su imagen de espaldas corriendo hacia el lugar donde yacía el animal que acababa de abatir. Al llegar se detenía, miraba al suelo pero no hacía nada. Acostumbraba a agacharse para recoger su presa; esa vez no hizo. Otro hombre se le acercó y se acuclilló a su lado. Miró al animal y luego lo miró a él. Su padre se giró buscando a su hijo. El niño permanecía a cierta distancia, paralizado. Seguía atemorizado por el estruendo. Recordó las ganas de llorar que siempre experimentaba; las mismas que aprendió a contener. A pesar de su edad, sabía que si se le escapaba una lágrima, las palabras ofensivas de su padre y sus risas de desprecio estarían atormentándole durante días. El niño dio un paso en dirección a su padre mientras él y el otro hombre permanecían estáticos. Un paso. Luego otro. La maleza crujía al soportar el peso de su cuerpo. Los ojos de aquel desconocido le miraron con

pena. El niño arrugó el ceño y buscó la mirada de su padre. Pudo recordar aquel intercambio de miradas como si lo tuviese delante, solo que cuando era un niño no supo interpretar lo que significaba: «tu hijo se está acercando. Tal vez no debería verlo». Pero el padre quería que lo viese, exponiéndole ante su presa. «Se ha puesto por delante del conejo. ¿Ves? No tienen ninguna inteligencia. Tan solo les mueve el instinto de caza. Lo mismo que a nosotros». Blanca yacía recostada hacia un lado, con un disparo dentro de su cuerpo, con la mirada triste y los ojos llorosos, sin fuerzas para emitir un mísero gruñido. El niño pensó que tenía que estar sufriendo. Tenía que estarle doliendo mucho. La sangre abandonaba su cuerpo como el vapor de una tetera hirviendo. Y sin ponerle sobre aviso o pedirle que no mirara, el padre la disparó en la cabeza, haciendo que sus sesos y parte de su cabeza se desparramaran por todas partes. El niño estuvo a punto de desmallarse. Enmudeció. Aguantó las ganas de vomitar. Una infinidad de preguntas se agolparon en su mente. Y sintió odio hacia su padre. Un reguero de lágrimas descendieron por sus mejillas sin ni siquiera torcer el gesto.

Abrió los ojos. Sus manos habían dejado de acariciar a Bruno. Sus cuencas habían vuelto a llenarse de pena, incompreensión y rabia.

«Hizo bien muriéndose, padre. Si no, le hubiera matado yo mismo».

Permaneció abstraído durante minutos, recordando una y otra vez a Blanca con la cabeza destrozada. Ahora entendía por qué lo había olvidado. Aquello no tenía explicación ni perdón de Dios. Y como él había tantos...

Regresó a su sitio en el sofá, se apoyó el portátil sobre las piernas y continuó con lo que estaba haciendo.

Aquella mañana no fue a trabajar, tan solo salió con Bruno a dar un paseo.

A la tarde, lo sacó por segunda vez a pasear. Anduvieron en dirección a una zona residencial tranquila en la que no se solían cruzar con mucha gente. Por allí abundaban los chalets adosados: viviendas unifamiliares con garaje, en cuyos portones colgaban sus correspondientes placas de «vado permanente». Por lo general, no solían verse vehículos estacionados delante de dichos portones. Los únicos que de vez en cuando obstaculizaban las puertas de entrada a los garajes eran los propios dueños. Había pasado cientos de veces por allí; por aquel camino, por aquel barrio.

Siempre tranquilo. Siempre vacío. Sin embargo, aquel día fue distinto. En mitad de la calle, aparcado en la entrada de una de las cocheras, se encontraba el Patrol granate que durante tantos meses había estado buscando. Cada paseo con Bruno, cada vez que fue a hacer la compra o salió a la calle, rastreó las calles en busca del coche. Y allí estaba. Tan viejo como lo recordaba, más sucio incluso que la vez que se topó con el individuo que trató de deshacerse de los gatos.

Sacó el móvil y apuntó la matrícula y la dirección. Luego, con disimulo, le hizo varias fotos. También capturó varias imágenes de la fachada y del número de la vivienda. Gracias a la presencia de Bruno, pudo disimular y acercarse aún más a la casa. Ojeó el buzón; se podían leer dos nombres: Andrés Bueno Casado y Leticia Alejo Gutiérrez.

«¿«Bueno»? De bueno tienes poco —pensó al releer su primer apellido—. Seguro que ella también estaba al tanto.

»Supongo que estarán en casa».

Allí mismo, a un par de metros de la puerta de la entrada, buscó en internet «Andrés Bueno Casado Alcira». No tardaron en salirle resultados, concretamente, el perfil de Facebook del hombre. Pinchó en él y ojeó sus fotografías. En muchas se encontraba Andrés Bueno con una mujer. Dio por hecho de que se trataba de la mujer que figuraba en el buzón, Leticia Alejo. Buscó más, hasta que encontró una etiqueta que lo confirmó.



«O sea, que estas son las caras que tienen estos dos asesinos de gatos. Si eres capaz de hacerle algo así a un ser indefenso, ¿qué más serías capaz de hacer?».

Siguió recorriendo las fotografías en busca de alguna que mostrase el vehículo.

Pasó decenas de ellas, resignado, buscando el coche.

«No es tan bonito como para que lo saquen en una foto».

—Ven, Bruno. Vamos, chico —dijo un pequeño tirón de su correa y comenzaron a caminar, alejándose unos metros de la entrada a la vivienda. Buscó un sitio donde sentarse y hacer tiempo —. Aquí está bien. —Se sentó en un banco que estaba a la sombra, a unos veinte metros del chalet.

Después de unos minutos observó a Bruno. Se había tumbado en el suelo. No se encontraban lejos de casa, pero a la vista estaba que se cansaba con poco esfuerzo.

Sintió pena.

Se sintió solo.

—Será mejor que nos vayamos a casa.

Se levantó del banco y esperó a que Bruno se pusiera en pie. Pero el animal tan solo pudo seguirle con la mirada. Jadeaba con la lengua fuera, con una expresión apagada en los ojos.

—Vamos, amigo, volvemos a casa.

«Ya tendré tiempo de estudiar sus movimientos».

El animal no se inmutó. Siguió mirándole con aquellas enormes canicas negras y respirando fuerte. Cogió una botella de agua que llevaba para él en la mochila, además de su cuenco, y le echó una poca. Se lo puso delante del hocico. El animal solo dio un par de lametazos.

—¿Tampoco tienes sed?

»Vamos, amigo. Te llevo a casa.

Se acuclilló y lo cogió en brazos.

El animal no se movía; ya no le quedaban fuerzas para más.

Caminaba con él en brazos, con la vista puesta en el Patrol que, al igual que la vivienda de Andrés Bueno y Leticia Alejo, cada vez les quedaba más próximos. Debía pasar por delante de dicha casa para regresar a la suya; era el camino más corto.

Miró de soslayo la puerta de la entrada según se disponía a pasar por delante de ella. Entonces, escuchó a Bruno emitir un suspiro hondo. Buscó su cara. Tenía los párpados cerrados. No se movía.

—¿Bruno? —Lo zarandé para despertarlo. Pero el animal no se inmutó. Se quedó petrificado durante unos instantes, sin saber qué hacer. Giró la cabeza hacia la derecha y vio la puerta de la vivienda, el buzón. Antes de que se diera cuenta estaba llamando con desesperación a su timbre.

Abrieron. Al otro lado apareció la mujer que había visto antes en las fotografías de Facebook.

—Necesito ayuda —le dijo el hombre con los ojos llorosos, mostrándole el cuerpo lacio de Bruno. Ella agachó la mirada y su gesto cambió. Luego miró al hombre.

—¿Qué necesitas? —preguntó asustada. En ese momento surgió Andrés Bueno por detrás de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó. Leticia Alejo le hizo un gesto con la cabeza y habló: «El perro».

—Necesito ayuda, por favor. No sé qué hacer.

—Os llevaré al veterinario. Ven —dijo Andrés Bueno, cogiendo un manojito de llaves del mueble del recibidor. Caminó hacia el asiento del conductor del Patrol. La mujer, por su parte, acompañó al hombre con el perro hasta los asientos traseros, abrió la puerta y esperó a que subieran. Luego cerró de un portazo y corrió hasta el asiento del copiloto.

—¿A cuál sueles llevarlo?

—Al de Arantxa. ¿Lo conoces?

—Sí.

En cuestión de minutos llegaron acompañados por el silencio.

La mujer volvió a echarle una mano sujetando la puerta del coche mientras Andrés Bueno llamaba al timbre de la consulta de la veterinaria.

Arantxa abrió la puerta. Al ver la escena entendió lo que sucedía.

—Pasa —dijo adentrándose con celeridad por el pasillo hasta una sala prácticamente vacía—. Tumbalo sobre la mesa.

Andrés Bueno y Leticia Alejo decidieron irse. «Aquí no pintamos nada», dijo Andrés.

Arantxa cogió su estetoscopio y comenzó a auscultar al perro. El dueño la observaba con esperanza.

—Lo siento, no se puede hacer nada.

Desde la muerte de su madre no había vuelto a sentirse tan desdichado.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo siento.

# Como un colegial

Yago Reyes

Martes, 22 de octubre de 2019

—Se ha hecho tarde. Os podéis marchar a casa —dijo Luca de Tena al volante de su BMW. Eran más de las cinco de la tarde y aún no habíamos comido. En ese momento entrábamos al pueblo—. ¿Tenéis el coche en la comisaría o dónde os dejo?

—Yo sí lo tengo en la comisaría —respondió Aines.

—A mí me puede ir dejando por aquí. Iré dando un paseo.

—Estás muy lejos —observó Aines.

La ignoré y Luca de Tena se percató de nuestra tensión.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó mientras seguía conduciendo e ignorando mi petición anterior.

Miró a Aines y luego a mí a través del retrovisor interior.

—No, señor —contestó mi compañera con calma. Su voz sonó casi como una disculpa.

—¿Yago?

—Nada, señor. Todo perfecto.

—Sois la pareja más rara de la plantilla. ¿Pensáis que no se os nota? Parecéis un matrimonio de ancianos cascarrabias. Os asigné como pareja porque creí que os vendría bien a los dos, para que cada uno aprendiera del otro. Tú, Yago, vienes con un historial intachable. Tu antiguo comisario me advirtió de tu seriedad, de tu obsesión por resolver los casos. Me advirtieron de que rozabas la soberbia, y no fueron palabras huecas. A veces llegas a resultar pedante. Todo lo sabes, todo lo tienes que tener controlado... Eres implacable. Y tú —dijo dirigiéndose a mi compañera—, eres sensible, como una muñequita a punto de desmontarse, pero que, a la vez, no hay nada que la rompa. Tu empatía nos ayuda, tu ingenio, tu serenidad, tu ternura y tu paciencia son el antagonista perfecto para el tándem que formáis. Los dos hacéis un estupendo equipo, por eso estáis juntos, y por eso me gustaría que siguieseis estando juntos. Es normal que a veces haya tiranteces, que a veces no estéis de acuerdo en algo, pero juntos os complementáis. —Paró de hablar y volvió a observarnos. Nosotros permanecemos en silencio. Me sentía como un estudiante sermoneado por el director del colegio—. ¿Tenéis algo que decir?

—No —volvió a responder Aines antes que yo.

—Nada.

—En cuanto resolvamos este caso, si queréis os podéis tomar unos días de vacaciones.

De nuevo, nos mantuvimos en silencio.

«Mi obsesión por Aines debe ser justo por eso: es perfecta para mí —me lamenté—. Hasta el comisario lo ve».

El sentimiento de pena se transformó una vez más en rabia e impotencia.

«Olvídate de ella, Yago. Es lo mejor.

»Ya, pero estando juntos todos los días va a ser imposible».

Miré por la ventana. Estábamos a un par de calles de la comisaría.

«A la mierda el paseo».

—Trabajaremos juntos hasta que cerremos el caso, pero después quiero que me busque otro compañero, y a ser posible, que sea hombre —espeté sin pensármelo dos veces.

Luca de Tena me fulminó con la mirada a través del retrovisor interior, pero no dijo nada. Aines tampoco.

Dos calles más tarde estábamos aparcando en frente de la comisaría.

—Si antes no ocurre nada, mañana nos vemos —dijo echando el freno de mano—. Descansad y olvidad eso que os tiene tan tensos. A veces, una buena ducha y dormir bien son la mejor cura.

Nos apeamos del BMW. Luca de Tena se dirigió hacia la entrada de la comisaría; Aines hacia su coche. Yo decidí caminar en dirección contraria a ambos.

—¿Se puede saber por qué eres así, por qué te comportas como un auténtico cabrón? —me recriminó Aines por la espalda. Cuando me di la vuelta la tenía a menos de un metro de distancia, con los ojos incendiados por la rabia y la mandíbula tensa como la de un cocodrilo con una presa entre sus maxilares.

—¿No es lo que quieres?, ¿distancia?

Me observó unas fracciones de segundo.

—Vete a la mierda. —Escupió aquellas cuatro miserables palabras con toda la ira que llevaba acumulada, se dio la vuelta y se marchó. La seguí con la mirada, hasta que me di cuenta de que lo mejor era que yo también me marchara a casa.

\*

Tenemos la manía de hacer planes de futuro con las cartas que el universo nos ha repartido, sin saber si la próxima que pidas te hará cambiar de jugada. Son pocos los que construyen castillos de arena y viven pensando que son reales. Por lo general, las circunstancias les obligan a poner los pies en la tierra —aunque sea de puntillas—, obligándoles a volver al primer punto, al de desear el castillo mientras hacen lo imposible por adaptarse a lo que tienen, o mejor dicho, a lo que no tienen. No sabes si la carta que deseas sigue en la baraja o la tiene otro jugador de la mesa; mucho menos si llegará a tus manos antes de que finalice la partida. En nuestro trabajo no podemos parecer duros, debemos serlo. Sin embargo, el ser humano, la cordura, tiene unos límites, y yo ya estaba rozando el mío. Necesitaba estabilidad, un motivo por el que sentirme bien fuera del trabajo al final de cada día.

Trataba de relajarme cuando escuché el timbre de la puerta. Allí, pocas personas conocían dónde vivía. Aines fue la primera que se me pasó por la cabeza; tal vez quería hablar de lo que nos estaba sucediendo. Algún vecino con ganas de presentarse o darme la bienvenida al edificio fue la segunda opción.

Me levanté del sofá y fui hasta la puerta.

—¿Quién es?! —grité cuando ni siquiera había llegado a la entrada.

—Soy yo —escuché.

«¿Aines?».

Abrí la puerta, y debo confesar que no me gustó lo que vi. Por un instante pensé que se trataba de ella, de mi compañera, pero no, había confundido su voz con la de su amiga.

—¿Qué haces aquí?

—Hola —respondió sonriente—. Da la casualidad de que he hablado con Aines y me ha dicho que ya habíais acabado de trabajar. He pensado que tal vez querrías que pasáramos un rato juntos.

—¿Esto es cosa de Aines?

—No. ¿Por qué iba a ser cosa de Aines? —preguntó retórica.

La observé. Sabía que la expresión de mi cara no era amigable, más bien todo lo contrario. Deseaba mandarlas a la mierda: a Carmen por pesada y a su amiguita por arrastrarme a los límites de mi aguante.

—Lo siento, pero prefiero estar solo.

—¿En serio? Ella me ha dicho lo contrario.

—Pues se equivoca. Además, te lo dije por teléfono, que hoy no era un buen día para vernos.

—Está bien, entonces ya quedaremos otro día.

—Tal vez.

Ese «tal vez» provocó que su sonrisa se desvaneciera tras una mueca desafiante.

—¿Sabes qué, Yago? Que no va a haber otro día. Cuando tengas un calentón contrata a una prostituta. No tengo por qué aguantar tus desprecios.

—Ni yo que aguantar tu insistencia.

No me dio tiempo de ver su cara de indignación. Cerré de un portazo y volví al sofá.

Me sentía rabioso; no entendía nada. ¿Acaso Aines quería provocarme? ¿Y qué pretendía conseguir con ello?

«Está visto que lo mío no son las relaciones amorosas».

# Sí, lo reconozco

Yago Reyes

Miércoles, 23 de octubre de 2019

Cogimos las llaves del coche, la carpeta donde Aines guardaba los datos más relevantes sobre el caso de Guillermo Roca y nos dirigimos al domicilio de Magdalena Esteban para hacerle la visita que teníamos pendiente.

Esta vez conduje yo. Tal vez eran cosas mías, pero creo que Aines se refugiaba en los papeles que tenía entre las manos para no mirarme a la cara ni tener que sacar ningún tema de conversación. O mejor dicho, para no sacar a relucir «el tema».

Llegamos a la vivienda de Magdalena Esteban. Esta vez nos recibió más tranquila. El abrazo que le dio a Aines fue más corto que el que presencié la anterior vez que fuimos a verla.

Nos invitó a pasar, guiándonos hasta el comedor.

Hemos venido porque necesitamos enseñarte una foto —dijo Aines, yendo directa al grano. La mujer arrugó el ceño y observó con detenimiento a mi compañera, la cual comenzó a rebuscar la fotografía de Claudio Garrido Hernández entre los papeles que llevaba en la carpeta. Tras encontrarla, se la mostró—. ¿Lo conoces de algo? ¿Te suena su cara?

La viuda tomó la fotografía entre sus manos y la apoyó sobre su regazo sin perderla de vista. Analizó minuciosamente cada rasgo del individuo. Arrugó el ceño. Inhaló con calma. Exhaló oteando la mirada del que tenía sobre sus muslos.

—Sí que lo conozco, sí.

Aines y yo intercambiamos una fugaz mirada.

—¿Quién es? —le preguntó mi compañera.

—La verdad es que no recuerdo su nombre —dijo tomando una honda bocanada de aire.

—¿De qué lo conoces?

—Bueno, a ver si hago memoria. Yo directamente no lo conozco, pero mi Guillermo lo conocía del trabajo. Recuerdo que antes solía ir a cazar con el padre de este chico. Era un señor robusto y tenían una granja de pollos al lado de la de mi marido. Por lo que se ve, no sé si porque se encontraba mal o simplemente se quería jubilar, pero el padre se la cedió al hijo; a este chico —dijo dando golpecitos con la yema de su dedo índice sobre el papel—. Como os digo, no recuerdo su nombre. El del padre era César. Mi marido se llevaba bien con él, incluso una vez estuvo en nuestro pueblo, en La Estornera. A mi Guillermo le gustaba invitar a la gente. Siempre fue muy generoso. Y este chico... No sé, me suena de haberle visto en algún sitio, pero ahora no recuerdo dónde.

—Trate de hacer memoria, es muy importante —hablé por primera vez. La señora me dedicó su atención, examinándome el rostro; luego volvió a centrarse en la fotografía.

—Sí. Me suena mucho. Pero... —Guardó silencio. Nosotros procedimos del mismo modo. Estuvimos así al menos dos minutos—. Creo que... Sí, ya sé dónde lo vi. Hace un par de años

vino también a mi pueblo, en las fiestas.

—¿Fiestas locales?

—Bueno, a decir verdad, no. Las fiestas locales son en septiembre. Pero el día de San Martín nos solemos reunir varios matrimonios para hacer la matanza.

Mi compañera había enmudecido, de modo que aproveché para tomar la palabra.

—¿Hace dos años, dice?

—Sí.

—¿Y pasó algo que...?

—¿Que si pasó? Sí que pasó, sí. El muy niñato se fue. Dios, no sé cómo no me he acordado nada más ver la foto. Ya decía yo que me sonaba muchísimo su cara.

—¿Nos lo cuenta?

—Sí, claro. Mi marido lo invitó a la fiesta de San Martín. Después de terminar la matanza le daríamos unas piezas para que se las llevase a casa, o sea, unas morcillas, unas mollejas, costillas... Como cuando vino su padre. Lo normal, vamos. Pero el muy crío se marchó en mitad de la matanza. Apenas habíamos puesto al cerdo sobre la mesa cuando cogió y se largó. Yo ni me enteré porque estaba liada removiendo la sangre del barreño para luego hacer las morcillas, pero mi marido sí lo vio y salió tras él. No sé ni para qué se molestó, la verdad. El crío este cogió el coche y se fue a su casa, o eso creo. El caso es que nos dejó allí plantados, haciéndonos un feo inmenso.

—Entonces, permita que trate de entenderlo. Quiere decir que se fue porque...

—Se marchó porque empezó a encontrarse mal. Por lo que me dijo mi Guillermo vomitó a un par de metros de la puerta del garaje donde estábamos trabajando. —Hizo una mueca socarrona—. Está visto que hay gente muy sensible por el mundo, ¿no creen?

Ignoré su tono despectivo.

—¿Volvio a saber algo de él?

—Yo no. Y creo que mi Guillermo tampoco. Pero no sé decirles. Lo único que sé es que nos hizo un feo muy grande, ¿yéndose así?, ¿sin despedirse ni nada? Estas nuevas juventudes son unos maleducados. Su padre no era así. Era un señor agradable, de buen trato. Te reías con sus bromas. —Indignada, negó con la cabeza al tiempo que hacía un gesto de desaprobación—. Y bueno, ¿creen que este chico tiene algo que ver con el caso de mi marido?

Me sorprendió que no se diera cuenta de los detalles. Por otro lado, Aines se mostraba inexpresiva, pensativa. Seguía muda. Por un momento dudé de si ella tampoco veía la evidente relación que guardaban la matanza del cerdo con la forma en la que se encontró al fallecido.

—No tenemos pruebas —me dijo Aines saliendo de su abstracción e ignorando a la viuda.

«Pues sí, está pensando justo lo mismo que yo».

—Lo sé —le respondí—, tendremos que encontrarlas.

—Joder —farfulló agachando la cabeza.

—¿Qué pasa? —se interesó la señora—. Cuéntenmelo. Tengo derecho a saber lo que está pasando.

—No descartamos que Claudio Garrido tuviera algo que ver con el asesinato de su marido —aclaré.

La señora se quedó boquiabierta. Mi mente voló a la entrevista que tuvimos con el sospechoso dos días antes. Nos mintió. Conocía a Guillermo y lo negó. ¿Cómo no vas a acordarte de alguien que incluso te ha invitado a su pueblo?

—Pero... ¿Y los otros, los Porcinos?

—Bueno. Aún es pronto para confirmarlo. De momento solo barajamos sospechas.

—Pero si mi marido se portó bien con él. No lo entiendo.

—Eso es lo de menos, señora. No sabemos qué sucedió, pero lo averiguaremos.

Sus escleróticas brillaron antes de enrojecerse.

—Quiero que hagan justicia —suplicó entre llantos—. El que le hiciera eso a mi Guillermo es un desalmado. Es..., es un sanguinario.

—Trabajamos en ello, Magdalena —intervino Aines—. No podemos acusar a nadie antes de tiempo. Te ruego que tengas paciencia, estamos cada vez más cerca.

—Va a hacer un año y su asesino sigue suelto. No es justo que mi marido esté en una caja de pino pudriéndose mientras un desgraciado y loco asesino anda suelto. Tienen que detenerle, tienen que hacer algo.

—Lo sabemos —proseguí—. Pronto lo atraparemos. Pero tenemos que cerciorarnos de que estamos persiguiendo al verdadero culpable. ¿Lo entiende? Necesitamos pruebas que lo incriminen.

—Hagan su trabajo. Atrápenlo de una maldita vez.

—Aines, tenemos que irnos —le dije a mi compañera poniéndome en pie.

—Tenéis que atraparlo —le repitió a mi compañera agarrándola de la mano.

—Lo atraparemos —respondió Aines, apretando la suya con ambas manos—, pero ahora debemos marcharnos.

Intercambiaron una mirada cargada de peticiones y promesas, luego se soltaron. Aproveché ese momento para coger del brazo a mi compañera y hacerla caminar por delante de mí en dirección a la puerta; debía rescatarla de otro más que probable nuevo momento de «súplicas incómodas» por parte de la viuda. La señora siguió nuestra estela al ritmo de los sorbidos de su nariz.

—Por cierto —dije dándome la vuelta y parándome enfrente de la mujer—. Si quiere que atrapemos al asesino de su marido, es imprescindible que las conversaciones que mantenemos no salgan de aquí. ¿Entiende?

—Sí, agente. No le diré nada a nadie. Pero atrapen a ese malnacido.

—Lo haremos.

Abandonamos su piso sin un «adiós» ni un «hasta luego», solo con una mirada cargada de compromiso.

Aines andaba por delante de mí. No decía nada. Su mente debía estar centrada en enlazar los cabos sueltos, en saber si de verdad era él o era una coincidencia, en entender qué papel tenía cada uno de los sospechosos, en averiguar dónde encontrar las pruebas que pudieran incriminar al asesino o asesinos.

Llegamos al coche. Se dirigió al asiento del copiloto. Abrí con el mando a distancia y ocupé mi sitio al volante.

—¿Estás bien?

—No sé cómo estoy. Desconcertada, supongo. Pienso en Claudio: en su físico, en su cara, en su forma de hablar y moverse. ¿Crees que es un asesino? ¿Y qué pasa con los Gómez? ¿Acaso, que Magdalena lo haya reconocido, los deja libres de sospecha?

—No importa lo que yo crea, solo que encontremos al culpable.

—¿Pero tú crees que lo es?

—¿A ti no te parece sospechoso? Se va de una matanza porque se le revuelven las tripas y luego encuentran al marido de esta señora colgado de un gancho, rajado de arriba abajo y con un



cubo debajo para recoger su sangre. ¿No te parece demasiada casualidad?

—Pero si se fue de allí porque le dio tanto asco presenciar la matanza de un cerdo, ¿cómo va a tener cuerpo para hacerle eso a alguien?

—No lo sé. Se volvería loco. O a lo mejor ya lo estaba y al ver la matanza perdió el autocontrol que lo mantenía a raya.

—Ya, ¿y los demás casos guardan relación? ¿Y los Gómez? Te recuerdo que tienen un matadero de cerdos. Precisamente ellos estarán acostumbrados a matar, aunque sea a animales.

Traté de hacer memoria de los detalles de los otros dos casos en cuestión, dejando a un lado el de Miguel Ángel Rodríguez. Empecé a reflexionar en alto:

—Teníamos el de Mohamed Merheg Assad, el chico de veinticinco años que murió asesinado a cuchilladas. Francamente, de momento no me da la sensación de que tenga ninguna relación ni con el de Miguel Ángel ni con el de Guillermo.

—A mí tampoco me lo parece.

—Luego está el del hombre de sesenta años: Rodolfo Castro ¿no?

—Sí, el de la lejía.

—Exacto. Más de lo mismo, ¿no?

—Sí. Vuelvo a coincidir contigo. Por lo tanto, los que sí parecen guardar algún nexo son los de Miguel Ángel y Guillermo.

—Sí. Los dos tienen en común el maltrato a los animales.

—Joder, y el del Christian López, el torero.

Me llevé las manos a la cara como si con las yemas de mis dedos pudiera arrastrar el cansancio y el asombro que no dejaban de embargarme.

Puse la llave en el contacto y arranqué.

—Yago.

—¿Qué?

—Y el desaparecido, Jaime Ruiz Gaos, es su vecino.

# Nueva información

Aines Collado

Miércoles, 23 de octubre de 2019

Fuimos directos al despacho de Luca de Tena. Se suponía que debía sentirme bien, estar algo más optimista respecto al caso, sin embargo, no podía concentrarme como debería. Cada vez que me descuidaba, que me quedaba mirando a Yago más de la cuenta, mi mente me llevaba a recordar el beso que me dio y el mensaje que recibí de mi amiga Carmen. Ambos, no dejaban de interferir en mis pensamientos. Sabía que se sentía solo, pero no estaba segura de cuáles eran sus intenciones. Aunque había optado por no comentarle que conocía su lío con Carmen porque no quería que pensara que estaba celosa, era evidente que él sabía que yo me había enterado.

«Qué agradable sería poder hablar sin sufrir las consecuencias de la libre interpretación de quien te escucha. Pero la vida es así. La mayoría de las veces no se pueden decir las cosas tal y como se nos cruzan por la mente. ¿Cómo vas a decir lo que piensas realmente? La gente no está preparada para escuchar las cosas sin filtros. Creo que nadie lo está».

En aquella situación, más que nunca, pensé que cualquier intento de expresar lo que sentía acabaría mal. Se me quedarían las palabras atascadas en la garganta, como una capa pútrida difícil de disolver con algo que no fuese un grito sordo o un lingotazo. O tal vez, diría algo de lo que más adelante me arrepentiría.

«No voy a volverme muda, Yago. Antes o después te diré lo que pienso. —Imaginaba conversaciones con él, cara a cara—. Tal vez cuando ya no pueda estropear nada, cuando ya no me dé miedo ver que no eres mi ex, cuando me haya olvidado de todo, incluso de ti. Pero aún no».

Trataba de... No sé, quizá solo quería que pasase el tiempo y me ayudase a olvidar.

—Hola, comisario —saludé tras dar un par de golpecitos en la puerta de su despacho y asomar la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Hemos visitado una vez más a la viuda de Guillermo Roca Jiménez.

—Sí. Lo sé. Pasad.

Entramos y nos sentamos. Empecé hablando yo.

—Le hemos enseñado la fotografía de Claudio Garrido y lo ha reconocido. Dice que su marido lo conocía. Lo invitaron a su pueblo el día de San Martín.

—¿A la matanza del cerdo?

—Sí, señor. Justo a eso.

—Joder.

No hizo falta que le dijese mucho más. Dejé de mirarme a los ojos y se quedó como si le hubiera dado un aire. Yago y yo esperamos a ver si reaccionaba.

—No encontramos nada que pudiera incriminarle —se lamentó.

—No, señor, ni a él ni a nadie.

—Ya. Un momento. —Se levantó de su sillón y se dirigió hacia la puerta. Nosotros lo seguimos

con la mirada. Salió del despacho y se acercó a un compañero. Intercambiaron unas palabras. Luego tomó el pasillo y anduvo a paso ligero hasta que lo perdimos de vista. «¿Dónde va?», preguntó Yago. «No tengo ni idea», le contesté. Al cabo de un minuto regresó: camino directo a su sillón, distraído, dejando la puerta de su despacho abierta. Una vez acomodado, empezó a hablar —. En unos minutos tendremos un informe completo del análisis e inspección que se llevó a cabo en la vivienda de Jaime Ruiz Gaos, también el informe de desaparición. He llamado a Esteban para que nos traiga todos los datos que haya podido localizar de este hombre.

—¿Qué busca, señor? —le preguntó Yago.

—Cualquier cosa que relacione a Claudio Garrido con la desaparición de su vecino. Debemos tomarle una declaración jurada en la que explique cuál era su relación con él y su supuesta coartada para los días en los que se llevaron a cabo los asesinatos. Si encontramos huellas en casa del señor Ruiz y Claudio alega no haber mantenido ningún tipo de trato con él, ni haber estado nunca en su casa, podremos demostrar que miente. Es un principio.

—¿Descartamos entonces a los «hermanos Gómez»?

Resolló.

—Sí. Por el momento. Pienso que una declaración jurada tal vez lo ponga nervioso y meta la pata.

—Sí. O puede que se venga abajo y confiese —añadió Yago.

—Ya. ¿Y si no habla? —repuse dubitativa—. No podemos presionarle.

Yago me miró con cara de pocos amigos. Los tres nos sumimos en un instante de silencio y reflexión.

—En ese caso tendremos que seguir buscando pruebas y solicitar una orden de registro de su vivienda —dijo finalmente Luca de Tena.

—Y de la granja —apuntó Yago.

El comisario asintió con suavidad; algo tramaba.

—Esperaremos a los resultados del laboratorio.

# San Martín

11 noviembre de 2017

Dos años antes

La claridad del amanecer le permitió divisar las primeras construcciones que indicaban que se encontraba próximo a La Estornera, un pueblo pequeño compuesto de un puñado de casas bajas, la mayoría de piedra y madera. Un sitio apacible para escapar del tumulto de la ciudad, ubicado en medio de una gran extensión de campos de cultivo que, en determinadas épocas del año, adquiriría un bonito tinte verdoso. Aunque no era el caso, en aquellos días los marrones y los ocres se fundían con los negros y los grises del horizonte, humedecido por las lluvias del día anterior y el rocío de la noche. La carretera serpenteaba hacia las tripas del pueblo, dejando una estampa próxima a un apático cuadro otoñal.

Una vez dentro, tomó la calle principal y siguió callejeando según las indicaciones del GPS. Su destino quedaba a la vuelta de la esquina.

Redujo la marcha hasta prácticamente detener el vehículo, parando ante una casa vetusta, con la fachada de piedra gris y las ventanas de madera oscurecida a causa de haber visto demasiados inviernos. Aunque no se veía a simple vista, la amplitud y el buen estado del interior compensaban la antigüedad del abolengo. Hacía diez años que la señora Magdalena Esteban heredó la vivienda después de que fallecieran sus padres. El inmueble llevaba perteneciendo a su familia desde hacía varias generaciones, desde que su tatarabuelo materno la construyó.

Al son del motor en punto muerto, Guillermo Roca salió de la casa. Iba tapado hasta las orejas, guareciéndose del frío; apenas se le veía la cara. Se descubrió la boca y empezó a dar voces y a hacer gestos con los brazos para darle la bienvenida a su invitado. Un recibimiento exagerado a ojos del agasajado, que lo observó con vergüenza.

—¡Hombre...! ¡Qué bien que ya estés aquí!

Seguía con el motor en ralentí cuando Guillermo le abrió la puerta del coche.

—¿Qué? Has llegado bien, ¿eh? Ya te lo dije: no hay pérdida. El GPS va de maravilla.

—Sí, todo bien.

—Genial. ¿Has desayunado?

—Me he tomado un café por el camino —respondió al tiempo que se bajaba.

—¿Y pretendes aguantar con eso toda la mañana?

—Sí, no suelo desayunar.

—Ya, pero hoy es una excepción. Venga, anda, vamos a tomar algo. ¡Ah!, veo que me has hecho caso. Muy bien —dijo mirándole de arriba abajo.

—Sí, me he abrigado lo mejor que he podido. Por un momento pensé que me estaba pasando, pero ahora veo que no exagerabas.

—Qué va, y menos aún en esta época del año.

—Venga, vamos a *El Clavo*. Allí podrás desayunar como Dios manda. Y luego nos iremos a la

era.

—¿A la era? —Guillermo rio con estrépito.

—Sí, luego lo verás.

—Está bien. Por cierto, ¿y tu mujer?

—Ah, mi señora acaba de irse para allá, irán preparando algunas cosas. Normalmente voy con ella, pero he preferido quedarme a esperarte. No te preocupes, ahora iremos.

Guillermo le condujo a través de varias calles estrechas y adoquinadas; la mayor parte del pueblo era fiel a ese estilo. La temprana hora y las bajas temperaturas que el municipio aún alcanzaba, mantenían el pavimento húmedo y resbaladizo. Guillermo estaba acostumbrado, sin embargo, su invitado caminaba como si fuera un viejo tembloroso, prestando especial cuidado a cada paso que daba. El aroma de aquel lugar le hizo recordar el pueblo de su madre: Beteta, en la provincia de Cuenca. Pensando que ya no le quedaban recuerdos de todo aquello, de pronto evocó la sensación de aquellos veranos en que siendo tan solo un crío acudía con sus padres a visitar la antigua casa de sus abuelos y pasaban allí unos días. Pero tan solo recordaba eso: las sensaciones.

«Tiene el típico olor a pueblo: una mezcla de añejo y leña ardiendo en las chimeneas —pensó mientras seguía los pasos de Guillermo».

—Aquí es —dijo su anfitrión, haciendo un gesto con la cabeza—. *El Clavo*.

Empujó la puerta y entró por delante de su invitado.

—¡Muy buenas, Chimo! ¡¿Cómo andamos hoy?! —vociferó con un repentino acento maño.

Al otro lado de la barra le saludó un hombre que frisaba en los cincuenta años, de corpulencia y altura considerable; solo su constitución era suficiente para imponer respeto. «Es como un Goliat», pensó Claudio.

—¿Qué pasa?! —saludó Chimo, con jovialidad—. ¡¿Qué haces que no estás en la era?!

—Pues mira, vengo a que le des un buen desayuno a un amigo mío. Ahora iremos; hay tiempo para todo.

—Encantado —dijo tendiéndole la mano después de estrechársela a Guillermo. Sus dedos eran gordos y calientes, como chistorras.

—Qué hay.

—Y qué, ¿has llegado hace mucho?

—No, ahora mismo.

—¿Habías venido alguna vez para la fiesta?

—No.

—Oh, estupendo. Seguro que repites —rio convencido.

—Bueno, ¿qué le vas a poner a este mozo?

—Lo que él quiera.

—Ahora mismo no tengo hambre.

—Hombre, algo tendrás que tomarte, ¿no? Dentro de unas horas empezaremos a picar algo, pero mientras...

—Tengo pinchos de tortilla, de morcilla, chistorra, churrasco, albóndigas...

—No, no, carne no.

—No me digas que eres de esos que solo comen lechuga —cuestionó el dueño del bar tratando de hacer una gracia.

—No, solo que vengo con la tripa un poco revuelta del viaje. Pero bueno, ponme una cerveza sin alcohol y un pincho de tortilla.

—Marchando. ¿Y a ti qué te pongo?

—Ponme un chato.

—Oído.

Tomaron asiento en un taburete. Chimo empezó a preparar el pedido.

—Bueno, ¿y de dónde eres? —se interesó el dueño del bar al tiempo que volvía con el pincho y les servía las bebidas.

—De Alcira.

Tres hombres que estaban sentados a una de las mesas, junto a la ventana, llamaron a Chimo a voz en grito. Guillermo los miró con cara de pocos amigos.

—Os dejo, voy a ver qué quieren aquellos tres borrachos.

Se alejó con su característica forma de caminar: erguida y segura. De espaldas daba la sensación de ser aún más grande.

—Mira —dijo Guillermo acercándose a su invitado y bajando el tono de la voz—. ¿Sabes cómo llaman a ese que está a tu derecha?

Con discreción, lo observó. Le hablaba de un hombre moreno de unos cincuenta años, sin pelo y con la nariz aguileña. El susodicho, charlaba alborozado con otro individuo.

—Le llamamos *Manolo cabra* —dijo Guillermo—. Ya verás, te contaré por qué. —Se apartó para recobrar la postura natural sobre su asiento y comenzó su relato, esta vez olvidándose de medir el tono de su voz—. A ese le pillaron con una cabra. Bueno, no sabemos muy bien si era una cabra o una oveja, pero le pillaron cepillándose.

—Eh... ¿Hablas en serio?

—Y tanto que sí. En el pueblo nos hacemos los locos, pero lo sabe hasta el perro de mi vecina. Aquí hasta el más tonto se entera de todo. Bueno, como en cualquier pueblo, ¿no? El caso es que le pillaron dándole *estopa* a una de sus cabras y desde entonces se le conoce por ese mote. A él no se lo decimos, pero los demás nos referimos a él como *Manolo cabra*.

Se llevó el chato a los labios y le dio un trago. Se le veía satisfecho, despreocupado. Parecía no importarle la impresión que su invitado pudiera llevarse de sus vecinos del pueblo.

—Y bueno, ¿qué, está bueno?

—Sí. Oye, acuérdate de que tenemos una charla pendiente.

\*

Al abandonar *el Clavo*, pusieron rumbo hacia la era haciendo un recorrido alternativo, por unas calles distintas a las que transitaban para ir al bar.

—¡Eh, Guillermo! —A gritos, un hombre llamó su atención desde la distancia—. ¡Vas a la era, ¿no?!

—¡Sí!

—¡Han cambiado de lugar! ¡Están todos en el garaje *del Julio*!

—¡Ah, vale! ¡Pues vamos para allá!

—¡Sí! ¡Ahora iré yo también!

Le dedicó un gesto con la cabeza a su vecino para agradecerle la información y, a continuación, Guillermo y su invitado reanudaron la marcha, pero en sentido inverso.

—Es por aquí, amigo. ¿Y qué? ¿Qué te parece el pueblo? Está chulo, ¿eh?

—Sí, no está mal.

—Ya verás, si nos da tiempo te enseñaré una ermita que hay a las afueras. Hay mucha gente que

viene en peregrinación porque dicen que se sienten unas cosas..., una especie de energía que se mueve allí dentro y que tiene propiedades curativas o chorradas de esas. Ah, y si quieres, también podemos ir a ver los dos riachuelos que cruzan el pueblo; ahora tiene que bajar bastante agua. ¡Ah, mira! ¡Ya vienen con el cerdo! —dijo cambiando de tema.

A lo lejos venían cuatro hombres caminando junto a un cerdo de gran tamaño. Sonrientes, dirigían al gorrino ayudándose de unas varas de madera. Le sorprendió que a pesar del frío fueran sin abrigo, dejando a la vista una indumentaria bastante vieja y pordiosera que oscilaba entre los vaqueros pasados de moda y desgastados, los jerséis llenos de pelotillas y los chándales con remiendos.

Los dos hombres caminaron hacia ellos. Al llegar a su altura, Guillermo saludó uno por uno a los cuatro «pastores» ante las miradas indiscretas de Claudio. No hubo lugar para las presentaciones; una vez reunidos, Guillermo se olvidó de su invitado. Anduvieron hasta un garaje que se encontraba a escasos diez metros.

«Este será el garaje del tal Julio, ese del que hablaban antes», pensó, sintiéndose un intruso e invisible al mismo tiempo.

—Ha llegado la hora. Pasa y colócate donde puedas ver bien.

Entraron a la cochera los cinco hombres del pueblo, incluido Guillermo, luego el cerdo y por último él.

El interior de aquel lugar era lúgubre. Apenas había luz: tan solo un par de fluorescentes amarillentos alumbraban los más de cincuenta metros cuadrados que medía la cochera. Durante apenas unos segundos, a esa claridad se le sumaron los rayos de sol que entraban por la puerta que acababan de cruzar los hombres y el animal. Una claridad que duró los segundos que Claudio tardó en cerrar la puerta, a petición de Guillermo.

—¡Haz los honores, Julio! —gritó Guillermo acercándose a sus vecinos. Este le dio una palmadita en el hombro en cuanto lo tuvo al lado y le sonrió. Después de responderle con un «claro, hombre», se dirigió hacia una pared donde tenían apilados en el suelo varios utensilios: barreños, toallas, bayetas, cuchillos, ganchos...

En el extremo opuesto de donde se ubicaban los hombres, se encontraban cinco mujeres, las esposas de los cinco anteriores. Cada una vestía de una manera, aunque todas ellas llevaban un delantal. El invitado las observó con recelo, preguntándose por qué protegían sus ropas con un mandil y para qué querían aquellos utensilios. Fue entonces cuando, sin previo aviso, sin presentaciones de ningún tipo ni más saludos, Julio Pineda se aproximó al gorrino, situándose enfrente de él. Con vigor, en un movimiento rápido y certero, le hendió un gancho de hierro en la papada.

El animal pegó un grito espeluznante; un grito desesperado cargado de dolor que penetró por sus oídos.

El gorrino trató de apartarse, retrocediendo y moviendo la cabeza de forma violenta, ignorando que aquello le condenaba a clavarse el hierro aún más adentro. La sangre comenzó a salir a chorros, con la misma cadencia que el agitado latir de su corazón.

Entre los cinco hombres subieron al cerdo a una mesa de madera. Luis Cabrero, otro de los vecinos que se habían reunido para la ocasión, se hizo con otro gancho y se lo clavó al cerdo en una de las patas delanteras. Entre Julio y Luis tiraron del cerdo hacia ellos, hasta dejarle con una pata y con la cabeza colgando fuera de la mesa.

La sangre caía a chorros mientras el animal seguía gritando. La fuerza de su pataleo fue mermando con cada gota de vida que se derramaba hasta el barreño que habían colocado debajo

para recogerla.

Marisa Gómez, la esposa de Luis Cabrero, cogió una cuchara de madera más larga y gruesa de lo habitual y comenzó a remover la sangre que se iba recogiendo en el cubo. A esta le tomó el relevo Magdalena Esteban.

Mientras Julio Pineda y Luis Cabrero mantenían al cerdo inmóvil sujetándole de los ganchos que le habían clavado, se les acercó un tercer vecino, Pablo Acuña, quien le enganchó unas cadenas en las patas traseras mientras el animal terminaba de morir. Una vez encadenado, entre los tres hombres tiraron de ellas hasta dejarle colgando como un péndulo. Fue entonces, cuando Guillermo Roca le clavó un cuchillo de hoja larga para luego rajarlo de arriba abajo, haciendo que las tripas se le salieran del cuerpo.



# Sangre animal

Yago Reyes

Miércoles, 23 de octubre de 2019

Actualidad

—El jefe quiere que vayas a su despacho —me dijo una compañera según me dirigía a mi mesa. Regresaba de sacarme un café de la máquina.

—Gracias.

Caminé hacia allí con calma, con cuidado de no derramar el café mientras lo removía para que el azúcar se deshiciese. Al alzar la vista, vi que Tena me observaba a través de la cristalera de su despacho. Me hizo un gesto con la mano para que entrase.

—Tenemos novedades —anunció el comisario sin saludar, cortesía que yo también olvidé al escuchar aquellas dos palabras.

—Cuénteme.

Dejé el vaso en una esquina de su mesa. Aunque no se caracterizaban por su gran sabor, su aroma, por el contrario, conseguía engañar a los sentidos, asemejando el de un auténtico moca. Mientras hablábamos, los vapores del café recién hecho perfumaron su despacho.

—Ahora os lo cuento a los dos.

—Claro.

—Quería que hablásemos de lo que dijiste ayer. —Guardé silencio—. Iba en serio cuando os dije que quería que siguiérais juntos. Sin embargo, no os puedo obligar. No sé qué problema tendréis y no quiero saberlo, pero sería una pena que dejaseis de investigar juntos.

—El problema es que yo soy un problema para ella. Las primeras semanas no me hablaba. ¿Sabía usted eso?

—No. No lo sabía.

—Pues ya lo sabe.

—¿Y sigue sin hablarte?

—No. Ahora sí me habla, o por lo menos hasta hace dos días lo hacía.

—¿Entonces?

—Es un tema personal.

Escudriñó mi rostro con la mirada.

—Entiendo. Me temo que ahí no puedo hacer nada.

—No. Lo peor es que creo que yo tampoco. Asumí el traslado a regañadientes, convenciéndome a mí mismo de que esto sería una oportunidad para mí, que estaría bien, pero, y perdone mi lenguaje, esto es una puñetera mierda.

—Ya sabes que si necesitas unos días de vacaciones puedes cogerlos.

—¿En medio de este caso? No, señor, este caso es lo único que me mantiene «distráido».

—Está bien.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—Claro.

—Usted tiene familia, ¿no es así? Tiene mujer e hijas.

—Sí —dijo mientras descolgaba el teléfono y marcaba un botón. Esperó un instante hasta que su interlocutor le contestó. «Ven a mi despacho», solicitó. Debía estar llamando a Aines.

—¿Y cómo lo hace? —proseguí en cuanto colgó.

Agachó la mirada y sonrió como un recién enamorado.

—Yo tampoco lo tengo fácil, pero ya sabes que hago lo que puedo. El otro día fue el cumpleaños de mi hija pequeña y, ver a mi mujer y a mis hijas, felices por el mero hecho de que yo estaba allí, en la fiesta que habían preparado, no tuvo precio. Pero no es fácil, no.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Adelante. —Su sonrisa se fue perdiendo al tiempo veía a Aines entrar al despacho.

—Jefe... —saludó ella.

—Sí. Os he llamado porque tenemos novedades. Hemos recibido los resultados analíticos de las muestras recogidas en la entrada de la vivienda del señor Jaime Ruiz Gaos, vecino de nuestro único sospechoso. Correspondían a tres tipos de sangre. Uno perteneciente a un animal, concretamente a un perro, y las otras, a dos personas. Cuando la hija del señor Ruiz puso la denuncia, accedió a que se le tomaran muestras de ADN. Pues bien, una de las muestras coincide genéticamente con la de la hija. Por lo tanto, una de las muestras de sangre hallada en la entrada es del desaparecido. La tercera muestra no sabemos a quién pertenece, en nuestros bancos de datos no salta ninguna coincidencia. Lo mejor de todo es que los resultados determinan que las tres muestras son de la misma época, es decir, aseguran que las tres pertenecen al mismo día.

—Eso son buenas noticias —dije.

—Sí. Pero aún no sabéis lo mejor. ¿Recordáis que el otro día dijo Esteban que los compañeros que investigan el caso de Jaime Ruiz habían encontrado su coche?

—Sí.

—Pues bien, el coche estaba sospechosamente limpio de huellas y restos de cualquier tipo. Sin embargo, han encontrado varios pelos. Los están analizando.

—¿Por qué no nos ha avisado antes? —preguntó Aines.

—Porque como os acabo de decir, aún no tenemos los resultados de los cabellos.

—¿Cuándo estarán? —insistí.

—Seguramente los tendrán a lo largo del día.

—Y supongo que les ha pedido que cotejen los resultados de los pelos con las muestras de sangre, ¿no?

—Por supuesto.

Por un instante sentí una corriente eléctrica recorriendo mi cuerpo. Aquellas eran unas noticias estupendas. Cada vez estábamos más cerca de atrapar al culpable.

—¿Sabemos algo del caso de Alicante, el del torero?

—No. De momento los compañeros siguen trabajando en ello.

—Ojalá encuentren algo pronto. De todas formas, y creo que hablo por los dos —dije mirando a mi compañera—, creo que esto es obra de una única persona.

# Segundas oportunidades

Miércoles, 23 de octubre de 2019

Los mismos que fueron capaces de deshacerse de una camada de gatitos y de la madre gata, le habían ayudado. No lo entendía. Estaba desconcertado. A la vez se sentía abatido por acabar de perder a su mejor amigo. Aquel gesto altruista no era suficiente para redimir sus actos; no podía olvidarlo. «Por el mismo motivo que Yaima y Cronos acabaron a mi lado, murieron otros tres animales inocentes», se decía.

Aquella primera noche fue extraña; hasta los gatos notaron la ausencia de Bruno. Olisqueaban su comedero, su colchón y los rincones donde solía tumbarse.

«Me pregunto hasta qué punto entenderán lo que ha pasado».

Antes de levantarse de la cama su mente voló a la tarde anterior, al momento en que un empleado del tanatorio de animales acudió a la clínica veterinaria para llevarse a Bruno.

«Un día estás y al día siguiente solo eres polvo y recuerdos; si es que queda alguien para recordarte».

Los ojos se le volvieron a humedecer, pero no quiso quedarse en la cama hundiéndose en su propia nostalgia. Se levantó y se dirigió a la ducha para ver si con un poco de suerte el agua caliente le relajaba y le aliviaba el dolor de cabeza; dolor que no se fue hasta que se tomó un analgésico.

—¿Y ahora qué hago? —les preguntó a los gatos y a sí mismo, sentándose a los pies de la cama.

Permaneció ausente durante un largo rato; no podía dejar de darle vueltas a la cabeza.

«Me ayudaron. Cogieron su coche y nos acercaron al veterinario. ¿Y ahora qué? ¿Se supone que solo por eso debo perdonarlos?, ¿ya no son malas personas?»

»¿Por qué no dieron a los gatitos en adopción? ¿Por qué los querían condenar a una muerte tan horrible?»

»¿Es posible que si supiese sus motivos llegase a entenderlo, a aceptar sus excusas?»

»Tal vez si hablase con ellos me darían precisamente eso, excusas.

»No sé si la gente merece segundas oportunidades. ¿Un asesino merece una segunda oportunidad? ¿Y un violador o un maltratador? Me parece que todos esos solo buscan su placer o su desahogo personal, sin importarles nada más. No pretenden el bien común, solo hacen el mal.

»Se fueron sin que me diera tiempo a darles las gracias.

»Puede que deba darles las gracias al margen de lo que hicieran.

»¿Y si se les murió la gata mientras estaba dando a luz? Lo mismo pensaron que...

»No. Eso da igual. No tienen perdón.

»Debo darles las gracias.

»Mamá, ¿tú qué harías?»

Una parte de él aún se debatía entre el perdón y la implacabilidad.

«¿Debo dejarme guiar por mi instinto?»

»El instinto me dice que debo darme prisa».

Yago Reyes

Miércoles, 23 de octubre de 2019

La espera hasta recibir los resultados de las muestras de pelo se me hizo eterna. La pasé dándole vueltas a los informes, relejendo algunas partes para cerciorarme de que no se nos hubiera pasado por alto ningún detalle. De la noche a la mañana, Claudio Garrido se había convertido en nuestro principal sospechoso, de modo que, cuantas más pruebas corroborasen nuestras sospechas, más garantías tendríamos de verle pagar por sus crímenes. No sería la primera vez que sabiendo a ciencia cierta quién era el culpable, un tribunal lo dejaba libre por falta de pruebas. Además, eso nos ayudaría a esclarecer la posible implicación o no de los «hermanos Gómez» en el asesinato de Guillermo Roca. No obstante, aunque la muestra encontrada coincidiese con una muestra de ADN de cualquiera de los sospechosos, tan solo tendríamos pruebas circunstanciales. Ante un juez no tendríamos ninguna prueba de peso, sin embargo, eso nos serviría a nosotros para seguir buscando.

Aquel «venid a mi despacho» sonó en mis oídos como un cántico celestial.

—Nos llama Luca de Tena —le comunicué a mi compañera nada más colgar el teléfono.

Tomó una honda inhalación por la boca y abandonó su asiento entretanto yo la esperaba con ansia.

Caminó, como de costumbre, por delante de mí mientras atravesábamos el pasillo y nos cruzábamos con algunos compañeros.

Abrió sin llamar a la puerta. Luca de Tena se encontraba de pie; ignoro qué estaría haciendo.

—Sentaos —dijo el comisario, tomando asiento enfrente de nosotros—. Estos son los informes que estábamos esperando. —Nos entregó una copia y se quedó otra para él—. Aún no los he leído, pero he hablado con los analistas. Me han dicho que tenemos una coincidencia. —Se sonrió. Aunque su cara, más que complacencia, seguía reflejando tensión—. Pertenece a la misma persona. Aunque por desgracia, podría ser de cualquiera: de Adrián Gómez, de Lucas Gómez, de Claudio Garrido... Vamos, que lo único que nos confirma es que no pertenece a Jaime Ruiz, ni a nadie de su familia. No tenemos material genético de ni de Claudio ni de los «hermanos Gómez» para poder cotejarlo.

—Entonces... —Aines se quedó pensativa, desconcertada. Ni siquiera pudo acabar su frase. El comisario nos observó, luego siguió hablando:

—En realidad, lo único que sabemos es que quien tuvo la hemorragia delante de la puerta de la vivienda de Jaime Ruiz Gaos, en teoría también estuvo en el vehículo del señor Ruiz.

—Deberíamos solicitarle al juez una autorización para extraerles una muestra de ADN —sugerí tratando de contener mi inquietud.

—No tenemos nada de peso en lo que apoyar esa solicitud.

—Si tuviésemos algo de peso no necesitaríamos que él nos autorizase a hacer nada,

directamente lo detendríamos. —El comisario me fulminó con la mirada, o al menos esa fue mi impresión—. Y si no, que nos autorice a registrar sus viviendas.

Luca de Tena se echó hacia delante y se apoyó sobre sus codos. Su rostro quedó oculto tras las palmas de sus manos, con las que se frotó la cara antes de apartarlas.

—Veré lo que puedo hacer, aunque no debemos hacernos ilusiones. Todas las pruebas que voy a exponerle son circunstanciales, y si fuera solo un sospechoso...

Miró los informes que tenía sobre la mesa y sin levantar la vista de ellos nos invitó a dejarle solo con un «ahora os digo algo».

Aines y yo abandonamos su despacho y esperamos fuera mientras él descolgaba el teléfono y mantenía una larga conversación con el juez. Cada minuto que transcurría mis nervios aumentaban. Traté de estar quieto en un único lugar, pero después de ver que llevaba más de diez minutos tratando de convencer al juez, comencé a dar vueltas por los alrededores, por sitios desde donde mi vista alcanzara a ver lo que sucedía al otro lado de las cuatro paredes del despacho del comisario.

«Joder, ¿tanto le cuesta darnos un «sí»?».

Miré a Aines un par de veces. Ella había decidido coger una silla y sentarse cerca de la puerta. Desde su ubicación, ni ella veía a Tena ni Tena la veía a ella. Se reclinó hacia delante, dejando descansar el peso de su cuerpo sobre sus antebrazos, apoyada sobre sus muslos. Su pie derecho tamborileaba nervioso en un constante y rápido movimiento oscilante. Nunca la había visto morderse la uñas, y sin embargo, durante varios minutos acompañó la espera mordisqueándose la del dedo pulgar de su mano derecha, como un ratón royendo un mendrugo de pan, como si aquello amainase sus nervios.

—*Ché, ¿qué pasa, nen?* —escuché a mi espalda. Era Esteban, totalmente despreocupado, el polo opuesto a como nos encontrábamos Aines, Luca de Tena y un servidor. Yo estaba tan distraído que ni siquiera le había visto acercarse—. Se os ve un poco tensos, ¿no? ¿Ha pasado algo?

—El comisario está hablando con el juez para ver si nos da permiso para registrar las casas de Claudio Garrido o de los «hermanos Gómez».

—*Ché, ¿y hay suficientes pruebas?*

—Ese es el problema, solo tenemos sospechas y circunstancialidades.

—Uf. No os hagáis muchas ilusiones, entonces. —Le hice una mueca de insatisfacción—. Bueno, ya me contaréis —finalizó, reanudando su camino.

Los siguientes cinco minutos los pasé apoyado en la pared de enfrente del despacho de Tena, contemplando los gestos del comisario a través del cristal, sus aspavientos y su aparente indignación. De pronto se tranquilizó. Negó con la cabeza. Luego, colgó. Se quedó observando su mesa, tal vez los papeles que tenía delante.

Caminé hacia su despacho.

—Ya ha terminado —le dije a Aines según pasaba a su lado.

Llamé un par de veces con los nudillos

—Pasad —se oyó al otro lado.

Entramos y dejamos que fuese él quien hablase.

—Aún no podemos —nos informó con resignación.

—¿No nos permite hacer nada? —espetó Aines—. Así no vamos a avanzar nunca.

—No, pero tiene razón. No podemos ir cogiendo muestras de ADN a quien nos dé la gana —explicó el comisario; el único que en ese momento veía las cosas con sensatez.

—¿Y una orden de seguimiento, intervenir sus ordenadores, sus móviles, sus cuentas, registrar sus casas o la granja y el matadero?

—No. Me ha salido con patrañas de la reforma legal. Ni siquiera podemos ponerles un dispositivo de seguimiento. Así que... —Chistó—. Podríamos volver a hablar con ellos, a ver si les pillamos en un renuncio, pero, en caso de que alguno sea el asesino, creo que eso solo le pondría en alerta. El autor de los crímenes es meticuloso. Sabe cómo borrar sus huellas y no deja pruebas sustanciales. Si volvemos a entrevistarnos con Claudio o Adrián o Lucas y uno de ellos resulta ser el culpable, podríamos provocar que se deshaga de las pocas pruebas que puedan incriminarle.

—O sea, que nos toca esperar —espetó Aines con resignación.

—En serio, no me puedo creer que ni siquiera nos permita intervenir sus cuentas. —Me sentía igual que mi compañera.

—Es lo que hay. Esperaremos a los informes de Alicante.

—¿Y ya?

—No lo sé. Dejadme que piense algo. Ya os diré.

—Está bien —dije dispuesto a abandonar el despacho.

Di varios pasos hacia la puerta, pero paré en seco, como si mi cuerpo no quisiese dejar en manos de la fortuna el destino de un asesino. La idea que acababa de tener no era descabellada, pero necesitaba que el comisario diera luz verde a lo que estaba a punto de proponer.

# No digas más

Miércoles, 23 de octubre de 2019

«Creo que la personalidad no se modela de la noche a la mañana, sino que se va fraguando a fuego lento desde el vientre de nuestra madre hasta el día que morimos.

»Somos seres complejos. Todo nos afecta. Todo nos influye. Sin embargo, cada día que pasa parecemos volvernos más inmunes al dolor. Estamos acostumbrados a ver y convivir con el sufrimiento: palizas, violaciones, abusos, desprecios, hambre, contaminación, guerras, injusticias... Pero miramos para otro lado.

»Muchas veces me he preguntado: ¿qué hacemos para evitarlo? ¿Qué hacemos para modificar o solventar situaciones que pueden llegar a estar en nuestras manos? Después de mucho analizarlo, siempre obtengo la misma respuesta: poco o nada.

»Vamos por el mundo con una venda en los ojos para no percatarnos de lo que hay, y cuando nos atrevemos a mirar, lo hacemos con la intención de no perturbar nuestro bienestar.

»Me pregunto, entonces: ¿nos afectan o no nos afectan las desgracias que les suceden a los demás? Si no nos afectasen no trataríamos de protegernos de ellas, y si nos afectasen, ¿no actuaríamos de otra forma, tratando de ayudar, tal vez?

»Resulta contradictorio. Ya digo que somos demasiado complejos.

»Pero en verdad, creo que sí nos perturban. A pesar de los antifaces o de las miradas para otro lado, la información y los hechos están ahí, avivando la lumbre de nuestro miedo. Por lo tanto, la consecución de nuestros actos al respecto se ciñe a: lo vemos, nos afligimos, nos convencemos de que no podemos hacer nada, y no lo hacemos. Somos tan lamentables que inconscientemente nos felicitamos por no ser nosotros las víctimas. Y así, día a día, el corazón se nos va endureciendo, y todo nuestro ser, lo que somos y representamos, va recubriéndose con un alquitrán imposible de limpiar. La única forma de quitarnos de encima esa podredumbre es arrancándonosla de cuajo, dejándonos la piel hecha jirones, expuesta a la contaminación que nos rodea. Sin embargo, ni arrancándonos la coraza conseguiríamos purificar nuestras almas.

»Trato de buscar el lado positivo de todo esto. Siempre hay un fotón de luz flotando en la oscuridad; y creo que lo he encontrado. He llegado a la conclusión de que algunas personas consiguen despertar y salir de esa niebla que lo enturbia todo. Aunque no sé si es cuestión de números, de probabilidades o de evolución. No creo que todos tengamos la misma consciencia, pero eso es un tema que dejo a los filósofos modernos. En cualquier caso, cada cierto tiempo alguien consigue reaccionar a las injusticias, al dolor, a la muerte, al asesinato, a la falta de compromiso y de ética y, a veces, ese alguien decide armarse de valor y dar un paso más para tratar de despertar al resto sirviendo de ejemplo. No sé si será mi caso, aunque me gustaría.

»Sí, aunque sabemos que la mejor forma de enseñar es con el ejemplo, me temo que a veces no es suficiente; en ocasiones se necesita recurrir a medidas drásticas, a algo que de verdad haga tambalear los cimientos de la tan desorbitada tolerancia, a algo que lleve a la gente a una situación extrema, que les ataña tan de cerca que hasta les duela en sus propias carnes. A veces pienso en



esos «monstruos» de la historia que tal vez ayudaron a crear un mundo más consciente. Es triste tener que recurrir a medidas tan radicales. Y, aun así, después de todo lo que pasaron nuestros ancestros, seguimos sin aprender. ¿Qué necesitamos para convertirnos en seres civilizados? ¿Ver un meteorito impactando contra la Tierra; los efectos del cambio climático convertidos en catástrofes naturales; el hambre en todo el mundo, sin excepción; la contaminación del agua y las enfermedades autoinmunes; la resistencia a los antibióticos; epidemias, guerras...?

»Qué subjetivo es «convertirte en el malo de la película». De verdad que no quiero esto, nunca lo he querido. Me duele en el alma tener que ser el verdugo de otro ser humano, pero se producen demasiados actos malvados que no pueden quedar impunes, y ni la sociedad ni las leyes les exigen a los verdaderos criminales pagar sus cuentas; no se les castiga por sus delitos.

»Sigo sin saber si habrá algo después de esta vida, pero estoy seguro de que, de existir, no iré a ningún infierno. Defender a quienes no pueden hacerlo por sí mismos no es pecado.

»Llegado el momento, de tener que pagar las consecuencias de mis actos, lo haré con gusto, pero..., trataré de evitarlo. Aún falta mucho por hacer. Ahora mismo me da igual lo que pueda pasarme. Sin embargo, aún confío en la bondad humana. No todo el mundo es malo».

Después de releer lo que acababa de escribir, apagó el ordenador y comenzó a arreglarse. Cogió unos vaqueros y un jersey de algodón de manga larga, las zapatillas de pasear y una cazadora.

En el recibidor, junto a las llaves, tenía un neceser con la jeringuilla que le clavó al torero y sedante de sobra como para tumbar a media docena de hombres. «Por si acaso», pensó. Abstraído, la cogió, la recargó, le puso el capuchón para no pincharse y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

Dejó todo cuanto debía dejar preparado y salió de casa. Caminaba por aquellas calles pensando en la de veces que las había recorrido junto a Bruno, la de veces que estuvieron al lado y no lo supieron. Su mano echaba en falta su correa, sus brazos sus tirones y su alma su compañía.

Las cuencas de sus ojos luchaban por no derramar su pena. No era lugar ni momento para ir llorando a su amigo.

Al enfilar la calle que le llevaría hasta la casa de la pareja que trató de ayudarle, tuvo la sensación de que el mundo se le venía encima. La urbanización estaba despejada; en esa ocasión no había ni un solo coche aparcado ante ninguna de las entradas a las viviendas, ni siquiera el viejo Patrol. «Es el número 23», pensó.

Anduvo hacia ella sin saber aún lo que iba a suceder, buscando un motivo que le hiciese olvidar su crimen.

Llamó al timbre.

Esperó unos segundos. Se sentía distraído; abatido, en realidad.

«Tendrán un motivo. Ya verás. No deben ser tan malas personas si trataron de ayudarte con Bruno».

Se abrió la puerta.

Hola —saludó Leticia Alejo, mostrando una cálida y compasiva sonrisa. El hombre tardó un par de segundos en conseguir que sus cuerdas vocales vibrasen en un triste y tembloroso «hola». Al ver el rostro de la mujer se le hizo un nudo en la garganta, provocando lo que había tratado de evitar durante el camino: que las lágrimas se le escaparan de las cuencas.

—¿Cómo...? —Ella le observaba con una expresión de pena que se veía reflejada en sus brillantes ojos marrones y en sus delgadas cejas arqueadas. No terminó la pregunta, pero el hombre supo lo que quería averiguar.

—¿Puedo? —profirió mirando el interior de la casa. La mujer no respondió. Parecía que estaba interpretando lo que significaba aquella pregunta inacabada; aunque sospechaba cuáles eran los deseos del desconocido—. No quiero robaros mucho tiempo. ¿Puedo pasar un segundo?

Algo en su interior le advirtió de que no era buena idea, pero finalmente accedió.

—Sí, claro. Pasa.

—Quiero daros las gracias por lo que hicisteis el otro día. —Leticia entornó la puerta hasta dejar un milímetro de separación entre la madera y el cerco.

—No tienes que agradecerme nada. Seguramente tú hubieras hecho lo mismo.

—El caso es que entré en la sala con Arantxa y..., bueno, ya sabes, estaba nervioso y... Se me olvidó daros las gracias en ese momento.

—No te preocupes.

—Y no, no se pudo hacer nada por salvarle. Bruno era muy mayor, así que... —Al hablar del animal no pudo contener las lágrimas. Leticia le observaba conmovida por el padecimiento del hombre, al tiempo que se sentía incómoda al ver a un desconocido llorando en la entrada de su casa. Su deseo de escapar de esa situación le llevó a ofrecerle un vaso de agua.

—Te lo agradecería.

Leticia empujó la puerta de la entrada hasta cerrarla del todo. La proximidad de su cuerpo al del hombre le permitió oler su perfume. Le recordó a la fragancia que utilizaba su madre. Mientras ella caminaba hacia la cocina, él la observó. Calculó que mediría un metro sesenta. El pelo lo llevaba recogido en una coleta. El cabello castaño, su cuello estrecho, su espalda esbelta, su forma de caminar...

«Parece una persona inofensiva. Sin embargo, el mal se lleva por dentro y sabe engañar a los sentidos».

—Pasa, si quieres.

—Gracias.

Caminó tras ella como un patito siguiendo a su madre.

«Puede que sea buena persona —se repitió».

Al llegar a la cocina cogió un vaso de cristal y le sirvió agua de una jarra depurativa. Sin quitarle la vista de encima, trató de serenarse, enjugándose las lágrimas.

—Toma.

—Gracias. —Dio varios tragos seguidos. Estaba sediento. Seguía nervioso.

—¿No está tu marido?

—Es mi pareja, pero bueno, sí, es como si estuviésemos casados —rio.

El hombre sonrió.

—Es una pena que no esté, me gustaría darle también las gracias.

—Cada día tiene un horario, tan pronto entra como sale. Aunque no creo que tarde mucho en volver —dijo mirando el reloj plateado que colgaba de la pared de enfrente, la única que no estaba ocupada por muebles.

—Estupendo. Y dime, ¿vosotros tenéis animales? Lo digo porque como conocéis a Arantxa...

—Ahora ya no. Hace algún tiempo tuvimos una gata, pero se nos murió.

—¿De viejecita, igual que Bruno?

—En realidad tuvo una complicación en el parto. Estaba pariendo y no sabemos qué pasó, pero de repente empezó a sangrar mucho y murió.

—Vaya. Lo siento. Tuvo que ser muy duro.

—Sí. Lo fue. Llevaba cuatro años con nosotros.

—¿Y qué pasó con los gatitos?

—Eh... —Agachó la cabeza. Se quedó pensativa. El hombre lo interpretó como que Leticia Alejo estaba buscando una falacia que contarle—. También murieron. Nacieron muertos.

«Mentirosa».

Observó su rostro detenidamente. Leticia alzó la mirada y se encontró con la del hombre. En sus ojos se podía ver el arrepentimiento.

—¿Sabes? Yo también tengo dos gatos. Son preciosos, uno es blanco y el otro gris. Macho y hembra. Los tengo desde hace unos tres años. Los encontré. Iba paseando con Bruno cerca de una granja de pollos que tenía por entonces y, cuando regresábamos para coger el coche e ir a casa, me encontré una bolsa de basura, abultada y que se movía. Alguien había metido dentro a una gata y a sus cuatro cachorros.

»Tuve que ir corriendo al veterinario. —Hablaba mientras Leticia le escuchaba enmudecida—. Arantxa me ayudó a que sobrevivieran.

»Me hubiera quedado a los cuatro. Incluso a la madre. Pero alguien decidió abandonarlos. Condenarlos a una muerte agónica.

—Pero...

—¿Sabes lo mejor? —Leticia negó con la cabeza. Sus ojos se habían enrojecido tras una cortina de lágrimas que titilaban sin atreverse a caer—. Que pude ver al desgraciado que pretendía asesinarlos. Vi su coche. Un viejo Nissan Patrol color granate.

Dio un paso hacia la mujer y, con un movimiento certero y rápido, le golpeó con el vaso en la cabeza. Aunque en ese instante el cristal no se rompió, la piel de Leticia se abrió como la fruta madura al precipitarse contra el suelo. Iniciado el forcejeo, fue cuando el vaso terminó cayéndose contra el gres y rompiéndose en pedazos, cubriendo el suelo de la cocina de cristales.

Mientras Leticia trataba de resistirse a su agresor, el hombre se sacó del bolsillo del pantalón una bolsa de basura y se la colocó en la cabeza. Hubo golpes, arañazos, patadas... El hombre le propinó un puñetazo en la boca del estómago que le ayudó a doblegarla y ajustarle la bolsa al cuello. Leticia se resistía con desesperación, las lágrimas descendían por sus mejillas como el agua entrando por una escotilla sin cerrar. Sujetó las manos del desconocido tratando de apartarlas de su cuerpo, de zafarse de sus agarres haciendo movimientos serpenteantes que quedaron en eso: intentos. Sus fuerzas iban mermando. Al otro lado de la bolsa se oían sus sollozos, su respiración agitada luchando por encontrar oxígeno. Poco a poco las uñas dejaron de clavarse en la piel de su agresor; la tensión de su cuerpo fue languideciéndose. En cuestión de segundos cayó vencida sobre el suelo; no obstante, su verdugo no la soltó hasta pasados unos segundos más.

—Los condenasteis a muerte.

El hombre se miró las manos. Las tenía llenas de marcas: arañazos, heridas curvas con la forma de las uñas de Leticia, trozos de piel levantada... De algunas brotaban pequeñas gotas de sangre.

«Menos mal que llevaba puesta la cazadora, si no me hubiera destrozado los brazos».

La cogió de los pies y la arrastró a un lado de la cocina. Se puso los guantes de látex que llevaba en otro de los bolsillos de su pantalón. Buscó una escoba y barrió los pedazos de cristal. Registró los armarios y los cajones en busca de una bolsa donde echar los fragmentos, para, más tarde, cuando acabase allí, tirarla al primer contenedor de vidrio que encontrase.

Acababa de terminar cuando escuchó un ruido proveniente de la puerta de la entrada.

«Es él».

# Noticias de Alicante

Yago Reyes

Miércoles, 23 de octubre de 2019

«No nos hace falta un dispositivo de seguimiento electrónico, podemos seguirles nosotros, vigilar sus pasos».

—¿Qué pasa? —me preguntó Aines al tropezar levemente conmigo. Por su tono, fue evidente que le molestó mi parada en seco.

—¿Y si en vez de colocarles una *chicharra*<sup>[1]</sup> les hacemos un seguimiento en persona? —propuse girándome. Tena se quedó pensativo mientras Aines me observaba con el ceño fruncido —. Para eso no necesitamos la autorización de un juez. Podemos seguir sus pasos sin que se enteren. A fin de cuentas, son sospechosos.

—Me parece buena idea. ¿Tú qué opinas, Aines?

—A mí me parece un parche, pero a falta de pan... Puede valer.

—Pero se lo designaré a otros agentes. A vosotros ya os han visto, habéis hablado con ellos, os conocen. No podemos despertar sus sospechas.

—Como usted vea —acepté.

—Estupendo. Podéis volver a lo vuestro. Si encontráis algo más...

—No sufra, comisario —le interrumpí—. Si nos enteramos de algo vendremos como dos gacelas.

Por un instante sentí esperanza.

En esta ocasión sí abandonamos el despacho. Nos dirigimos a nuestras mesas para seguir repasando informes.

Luca de Tena no perdió el tiempo. En cuestión de minutos formó tres grupos. Por un lado, Alicia Torres y Samuel Caicedo seguirían los pasos de Lucas Gómez. Por otro lado, Elías Prieto y Óscar Beltrán se encargarían de Adrián Gómez. Por último, Diego Pozos y Alejandro Urturi acudieron a la entrada de la vivienda de Claudio Garrido Hernández. Cada una de las parejas se desplegó hasta el punto donde se encontraba su sospechoso. Todos ellos vestidos de incógnita en coches sin rotular.

—Me pregunto si los compañeros de Valencia habrán encontrado algo —le dije a Aines.

—¿Tú crees que si hubieran encontrado algo no nos habrían avisado?

—¿Te refieres a igual que nos avisaron con las entrevistas anteriores? —Hizo una mueca de desconfianza—. Voy a llamarles.

—Vale —respondió indiferente.

Suspiré. Estaba harto de tanta tensión.

Cogí mi móvil y busqué el teléfono de la inspectora Dolores Casado. Marqué su número. Varios tonos después contestó.

—Dime.

Me llamó la atención tanta «cercanía».

—Soy Yago Reyes.

—Sí. Ya sé quién eres. Dime. ¿Ha pasado algo?

—Te llamaba para saber si habíais encontrado algo más.

—No. Ahora mismo estamos como en un callejón sin salida. Tampoco se ha dado ningún nuevo caso en esta zona.

—¿Estáis al tanto del crimen de Alicante?

—Como para no estarlo. Está saliendo hasta en la sopa. ¿Creéis que está relacionado?

—A priori, sí. Los compañeros de Alicante tienen que mandarnos los informes.

—Vale. Pues si os enteráis de algo, avisad.

—Sí. Lo mismo digo.

Colgué. Me senté en mi silla y analicé los puntos geográficos en los que había actuado el asesino —siempre teniendo en cuenta que considerábamos que el artífice de los asesinatos era una única persona—: Alcira (Valencia). Muela de cortes (Valencia). Benissa (Alicante).

«El «punto medio» entre Benissa y Muela de Cortes es Alcira.

»Si consiguiésemos dar con el paradero de Jaime Ruiz Gaos... Me jugaría el cuello a que está muerto. Pero, dónde».

El sonido del teléfono de nuestra mesa me hizo dar un respingo. Aines fue más rápida que yo y contestó.

—Ahora mismo vamos, jefe —respondió nerviosa. Colgó y no hizo falta que me dijese nada: cuando quiso abrir la boca yo ya me encontraba de camino al despacho del comisario.

Acudimos como alma que lleva al diablo. Prácticamente cruzamos la comisaría corriendo. No llamamos. Entramos al despacho como vampiros sedientos de sangre.

—Creo que lo tenemos —dijo Luca de Tena. Estaba de pie, rebuscando algo entre los papeles de su mesa.

—Explíquese, señor.

—Han llamado de Alicante. Resulta que Christian López Alarcón había colocado una cámara doméstica en la entrada de la casa, pero ninguno la vimos porque estaba en el exterior de la vivienda. Al revisar el contenido de su portátil y del móvil ha sido cuando se han dado cuenta, y al estudiar el plano desde donde estaban tomadas las imágenes, han podido determinar la ubicación de la bendita cámara. En el disco duro de su portátil tenía almacenados más de cien vídeos con distintas fechas. Lo mejor de todo es que han dado con las grabaciones de la noche de su asesinato; al parecer la tenía configurada para que se volcasen directamente al ordenador. Me van a pasar ahora mismo una copia del vídeo. Dicen que se ve a un individuo entrando y saliendo de la vivienda a las horas en que el forense determina que se cometió el asesinato. Les estaba mandando una fotografía de Claudio Garrido Hernández, de Adrián Gómez y de Lucas Gómez para que las cotejaran con las imágenes de las grabaciones. Si lo identifican...

»Dadme un segundo.

Tomó asiento y comenzó a teclear en su ordenador. Aines y yo intercambiamos una mirada cargada de tensión, pero esta vez ajena a nuestros asuntos personales.

»Aquí está el vídeo.

Rodeamos su mesa y nos pusimos a su espalda. Él apretó el botón. El vídeo comenzó a reproducirse.

—Se ve asombrosamente nítido —dije sorprendido.

—Aquí, aquí. Mirad.

—Es Claudio Garrido —espetó Aines—. Yago, es él, ¿no?

Me aproximé a la pantalla como un anciano a la receta de un medicamento.

—Sí. Y tanto que es él.

—¿No hay dudas? ¿Estáis seguros? —requirió Tena, tajante.

—Sí, jefe. Lo estamos.

Nuestras cabezas permanecían a corta distancia del monitor. Vimos el material que nos habían enviado. O, mejor dicho, lo ojeamos por encima: la duración real del vídeo era extensa, y los fragmentos donde no aparecía el sospechoso los fuimos pasando.

En cuanto terminamos, Luca de Tena cogió el teléfono.

—¿Dónde estáis? (...). ¿Lo tenéis a la vista? (...). Mandadme la dirección ahora mismo. Es el asesino. Vamos a detenerlo. (...). No. Esperad a que lleguemos. No tardaremos. No le perdáis de vista. —Colgó al tiempo que se ponía en pie—. Vamos. Rápido.

—Voy a por las llaves del coche —dijo Aines.

—No hay tiempo. Vamos con el mío.

Ni siquiera esperamos el informe de reconocimiento facial por parte de los compañeros de Alicante que confirmara que Claudio Garrido Hernández era el presunto asesino. Aines y yo estábamos más que seguros.

# Negocio hecho

2012

Siete años antes

—¿Te parece bien mi propuesta? —dijo mientras le pasaba la barra de pan.

—Y tanto que sí. La verdad es que alguna vez había pensado que podía ir a ayudarlo y ganarme un dinerillo —respondió su hijo al tiempo que se partía un cuscurro de pan, lo troceaba y lo echaba en la sopa caliente. Su padre removía los tropezones que aún flotaban sobre la suya. El vapor se elevaba sorteando la figura de la cuchara; un vapor que volvía a descender con cada soplido desesperado por enfriar la sopa.

—Ayudarme no. Mi intención es que aprendas el oficio para que el día de mañana ocupes mi lugar. Vamos, que te quedes tú con la granja. Me parece más apropiado que continúes tú con un negocio que ya está funcionando a que se lo ceda a otro. ¿Entiendes? —razonó el padre, con la boca llena del ardiente caldo, hablando entre dientes para no quemarse la lengua—. Y más si a ti no te gusta estudiar. Además, ya empiezo a estar hasta las narices de los madrugones. Estoy viejo y me canso mucho. ¿No me ves? Estoy como un bolo.

Ambos se echaron a reír, aunque las bromas no eran parte de su día a día.

—¿Un bolo? Bueno, padre, eso es porque come demasiado. Si comie...

—¡No pienso dejar de comer! —replicó alzando la voz y la cuchara por encima de su cabeza—. Sí, puede que coma mucho, pero a estas alturas no me voy a estar preocupando de ir de galán. Además, tu madre ya no está en este mundo para echarme la charla o tener que mantener el tipo. Así que, lo que te digo, que ya me apetece ir soltando las riendas. Además, si te vas a quedar con la granja, cuanto antes empieces, mejor. Mañana mismo te levanto a las seis de la mañana y te vienes conmigo.

—¿A las seis? —preguntó poniendo cara de susto—. Está bien, a las seis.

—Bien. Estaré yendo contigo varios meses y, una vez que vea que ya lo haces todo por tu propia inteligencia, dejaré de acompañarte. Eso sí, de los beneficios que vaya dando la granja, al principio me tendrás que dar una parte para poder vivir, comer, pagar mis gastos y esas cosas, claro. Lo que la gente de estudios dice del porcentaje. Tú ya me entiendes. Solo hasta que me den la jubilación. Luego ya te las apañará tú solo. La verdad es que una vez me den todos los meses el dinero por estar jubilado, ya no querré saberme nada de la puñetera granja. ¿Me entiendes? Toda tuya; yo me quito del medio.

—Claro, padre. Le daré el dinero que considere.

—Sí, sí, tranquilo, ya hablaremos de eso. Pedro, el señor ese que me lleva los papeles, sabrá cómo hacerlo.

—Hombre, padre, creo que yo también sabría hacerlo.

—¿Tú te vas a poner ahora a hacer esos papeles de los impuestos y esas puñetas? Perdona que te diga, pero no tienes ni puta idea. Eso..., *nah, nah...*, eso que lo haga el Pedro, que para eso ha

estudiado. Tú dedícate a aprender el oficio de criar pollos, que te irá mejor.

El hijo miró su plato tratando de serenarse; le dolían en el alma las palabras de desprecio de su padre, esas que cada vez que tenía ocasión le soltaba con tal de que su hijo no se creyese mejor que él.

—Si quisiera yo también podría hacerlo. Para ser gestor o contable no hace falta ser Einstein —replicó el vástago.

—¿*Instein*? Ah, ya, el majara ese de las matemáticas. Sí. Ya sé quién dices. No, hijo, no. No hace falta ser el *Eistin* ese, pero hay que estudiar, y eso no lo has querido hacer, así que... —recriminó el padre dedicándole una mirada desafiante—. Ahora, si prefieres estudiar, ya sabes. Puedes hacerlo cuando te dé la realísima gana. Ya buscarás dónde poder ir, a la Universidad o a lo que te toque hacer. Probablemente tendrías que hacer las maletas y marcharte. Y esas cosas cuestan mucho dinero que yo no tengo, y a estas alturas, aunque lo tuviera, no lo pensaría malgastar en ti. ¿Entiendes? ¿Qué años tienes? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete?

—Dieciocho.

—Pues eso, que con esa edad toda persona debería ser lo suficientemente madura como para apañárselas solo, y dejar de tocarse las pelotas pretendiendo que se lo den todo hecho. Antes, con doce años ya eras un hombre, y tenías que traer la comida a casa. Ahora vivís demasiado malcriados, carajo. Deberíais estar agradecidos.

—Estoy agradecido, padre.

—No es suficiente. Siempre parece que los de tu edad piden más. El hijo de Tomás, el del cultivo de naranjas...

—Ya sé quién es Tomás.

—Pues ese. Su hijo tiene veintisiete años y sigue chupando de la teta. ¿Acaso no se va a ir nunca de casa? Es un gorrón, una sanguijuela. Y lo peor de todo no es que se lo consientan, es que no parece tener intención de cambiar.

—Yo no lo decía porque quiera irme a estudiar.

—Mejor.

—Solo lo decía porque yo podría hacerlo, ¿me entiende? No soy tonto, tengo la capacidad de aprender todo lo que quiera. Además, antes que ir a la Universidad tendría que acabar el bachillerato.

—Eso, encima tú ya llevas dos años aquí tocándote las pelotas. Eso sí, para sacarte el carnet de conducir sí que has corrido, ¿eh?

—Usted insistió.

—Pues claro que insistí. Todo hombre debería tener el carnet de conducir. Por propio egoísmo necesitaba que tuvieses el puñetero carnet. Creo que si te pillan conduciendo un tractor en una finca privada, como es la mía, sin tener carnet no pasaría gran cosa, pero... Mejor hacer las cosas como Dios manda, ¿no te parece? Además, cada vez están más puñeteros con las normas, las leyes y las *mamarranadas* que se inventan. Ya no saben cómo sangrarnos. Son unos mafiosos que van de legales. Todos los políticos son unos sacacuartos. Ya lo irás viendo según tengas que enfrentarte a la vida real.

El hijo agachó la cabeza. No le apetecía seguir discutiendo; quería irse a su cuarto a leer.

—¿Ha acabado ya? —preguntó el joven señalando con el mentón el plato de su padre.

—Sí, puedes recogerlo.

Asintió, le retiró el plato y luego cogió el suyo. Los dejó en la pila.

—¿Y va a beber más?



—Sí, el vaso déjame.

—Vale. Voy fregando el resto.

El padre se limitó a asentir.

—Por cierto. Yo que tú me iría pronto a la cama. Acuérdate de que mañana te llamaré antes de las seis.

\*\*\*

La distancia en coche era más corta de la que recordaba. Una vez abandonado el casco urbano, les esperaba el último tramo: algo más de cuatro kilómetros atravesando un camino de arena estrecho, aunque bastante liso y compacto para no haber sido bañado por ninguna capa de cemento. Aquel sendero se abría paso entre una extensa tierra de cultivos de naranjos y olivos, que dejaba a cada lado un bonito y frondoso bosque artificial que recordaba a miles de militares haciendo guardia. El padre lo había cruzado en tan innumerables ocasiones que había dejado de verlo como algo enriquecedor para los sentidos, aunque por el contrario, para el hijo fueron unos minutos de deleite y abstracción.

En poco más o menos de un cuarto de hora llegaron a la granja. El padre ordenó a su hijo que se bajara de la furgoneta para abrirle la valla. Nada más abrir la puerta, el olor de aquel lugar le recordó que no era la primera vez que estaba allí. Sin embargo, sus recuerdos al respecto estaban nublados.

Su progenitor entró con el vehículo y lo aparcó a un lado de la finca.

«Y de repente, un día te encuentras con que vas a dedicar el resto de tu vida a criar pollos —se dijo mientras observaba a su alrededor sin moverse del sitio—. Esto es increíble».

—Buena granja, ¿eh? —espetó el padre henchido de orgullo al tiempo que caminaba hacia su hijo—. Espero que tengas la inteligencia suficiente como para no echarlo todo a perder. Me ha costado muchos años conseguir lo que tienes ahora delante de tus narices.

«Tranquilo, «Amancio Ortega», cuidaré de tu emporio —pensó con sorna».

A partir de ese momento, el padre se encargó de iniciar un tour detallado por las instalaciones. Empezó por su «despacho», una pequeña caseta hecha de ladrillos que hacía las funciones de oficina, cuarto para cambiarse, aseo y almacén.

—Este será el primer sitio que pises cada día. También será el último por el que pases antes de marcharte a casa —dijo el padre. El muchacho tuvo la sensación de que su progenitor estaba disfrutando planificando cada día del resto de su vida, como si así pudiera controlarle o, más aún, amargarle del todo la existencia—. Antes de entrar a la granja tendrás que venir aquí para ducharte y ponerte la ropa de trabajo, aunque yo no me ducho nunca, y el resto que se dedica a esto, tampoco. Así que, tú mismo. Eso sí, es imprescindible no contaminar la granja; los pollos son muy frágiles, se contagian rápido con cualquier bicho que les entre o con cualquier virus que haya por ahí flotando. Cuando acabes la jornada tendrás que hacer lo mismo, venir aquí, ponerte de nuevo tu ropa de la calle y listo. ¿Lo entiendes?

—Sí. Lo entiendo.

—Puedo volver a explicártelo si te parece complicado.

—No, padre. Lo he entendido.

—Vale, vale. Pues sigamos. Cambiémonos antes de entrar. Aquí tengo un mono limpio. Te lo puedes poner. Aunque, creo que te quedará un poco grande. No estoy tan escuchimizado como tú

—dijo sonriente dándose unos golpecitos en su voluminosa panza. El hijo le ignoró.

Al cabo de unos minutos estaban equipados con el traje de la faena.

—Aquí está el silo donde el camión de alimento echa el pienso. De ahí luego lo tienes que pasar a los comederos de los pollos. Cada poco tiempo hay que limpiarlo.

»Aquí está el estercolero donde se echan los excrementos. Es la parte más guarra de todo esto, pero te acostumbrarás. Me habrás oído muchas veces decírselo a tu madre.

—¿El qué?

—Que cuando llega el camión a llevarse a los pollos hay que limpiar toda la granja. Primero se saca la gallinaza con el tractor, luego se barre, se enjabona, se aclara con mucho agua y se desinfecta con un producto que es como un demonio de tóxico. Ahí sí que tienes que tener cuidado. Tienes que echarlo y salir corriendo si no quieres morirte asfixiado. Y no estoy exagerando. Acabaría despanzurrado como una cucaracha. —El hijo le observó con el ceño fruncido, desconcertado—. Bueno, no me mires así. Ya tendrás tiempo para verlo. Tengo pensado venir varios días contigo. No se me ocurriría dejarte a la buena de Dios, no soy tan gilipollas. Eres capaz de cargarte a todos los pollos el primer día —zanjó soltando una risotada. El hijo le miró con cara de odio, pero el padre no se percató, limitándose a seguir con sus explicaciones—. ¿Lo estás entendiendo todo? —preguntó entretanto caminaba, a duras penas, un par de pasos por delante de él.

—Sí. Perfectamente.

—Ya, eso dices siempre. Habrá que verlo —replicó lanzando un quejido cargado de desprecio.

El chico trató de ignorarle, incluso apartó la vista de aquel cuerpo deforme y voluminoso que se balanceaba delante de él en su titánico esfuerzo por alzar los pies de la arena para no caer y salir rodando como una pelota. En su lugar, prestó atención a cuanto le rodeaba. Desde que era un niño no había vuelto a pisar ese lugar. Le costaba recuperar aquel recuerdo, sin embargo, tal vez por el olor a animal, a pienso mojado, a heces o incluso a muerte, su mente lo había borrado; no fue una experiencia tan bonita como para conservarla en su memoria.

—Esto son los contenedores.

—Ya veo que son contenedores.

—Ya. Qué listo. ¿Y para qué sirven?

—¿Para tirar la basura?

—Más o menos. Tienes tres: uno es para los pollos que se vayan muriendo, otro para las basuras y otro para los medicamentos. —El chico volvió a mirarle con gesto de confusión—. ¿Qué te creías, que venían y sobrevivían todos? Lo llevas claro. Algunos se mueren por el camino. A otros te los tienes que cargar tú. A eso se le llama eutanasia. Ya te lo explicaré cuando llegue el momento. Pero el caso es que se tiran aquí y cada cierto tiempo tendrás que llamar a los del *Agroseguro* para que vengan a vaciarlo. De todas formas, a veces pasan los cazadores y se llevan los pollos que hemos tirado.

—¿Por qué?

—En serio, hijo, te creía más listo. ¿A ti qué te parece?

—Pues no lo sé.

—Ya. Ya veo. Se los dan a los perros.

—¿Y si estaban enfermos?

—Bueno, pues si los perros también se ponen enfermos, uno menos. ¿No? Pero sé listo. Todo esto es al margen de los controles de sanidad, claro. No se te ocurra decirle a la señorita

veterinaria que viene a pasar el parte, que los cazadores se llevan los pollos. —Puso cara de mafioso y continuó con el tour—. Ahora te enseñaré los pollos.

Accedieron a la nave. Allí dentro el aire se sentía distinto; al menos para él. Su padre, por el contrario, parecía no notar ninguna diferencia, como si su olfato ya no pudiera percibir el olor que generaban los animales. Para él era como estar en mitad de las montañas respirando aire puro.

—Son de hace dos días. Por eso hace tanto calor. Ya te enseñaré la temperatura que debe ir haciendo en la nave y los tramos que debes dejar abiertos para que puedan moverse a sus anchas.

Aquellas criaturas eran como bolas de algodón agitadas por el aire. «Si apenas tienen dos días», pensó, sorprendido de ver su vigorosidad. El color tostado de la paja del suelo marcaba un notable contraste con el color amarillo blancuzco de sus plumas. Parecían una oleada de turistas de piel nívea sobre las arenas de una playa española. En el caso de los pollitos, la mayoría estaban agolpados en la zona de los comederos y no cesaban de piar a todo volumen, como veraneantes en chiringuitos.

—Mira —dijo el padre reclamando la atención de su hijo. Su dedo índice señalaba un pollo tumbado de medio lado—. Cógelo —le ordenó. El hijo obedeció con titubeos. Cuando lo tuvo en la mano sintió el calor que el pequeño cuerpo emitía; su tacto era suave. Sonrió al sentir el poco peso de esa inocente criatura sobre sus manos. Sin embargo, le llamó la atención que apenas se moviera. Al erguirse y girarse hacia su padre vio que este lo esperaba con la palma de la mano extendida. El chico procedió a posárselo en ella—. Esto es lo que te decía. —Y sin añadir más, con un movimiento seco, los sebosos dedos de su padre desnucaron al animal, haciendo que se le cortara la respiración—. ¿Ves? Se les desnuca y luego se tiran al contenedor. Al final del día hay que dejar constancia en los papeles de cuántos han recibido la eutanasia.

El hijo se limitó a mirarle.

Boquiabierto.

Recuperando el aire.

Conteniendo la emoción.

Observó a su padre: parecía estar disfrutando.

El resto del tiempo lo pasó tratando de asimilar lo que le esperaba en el futuro, de digerir dónde se había metido.

## Finales de febrero de 2013

—Bueno —dijo satisfecho el joven, quitándose el sudor de la frente con el dorso del brazo mientras su padre lo observaba sentado en un taburete viejo y sucio—. Estos días han sido una auténtica paliza, pero por fin he terminado.

El padre rio de medio lado, pensando en que esa misma tarea la tendría que repetir a lo largo de muchos años, tal y como él lo había hecho a lo largo de los más de treinta y cinco años que llevó la granja.

—Pues muy bien. Ahora, como ya sabes de las dos veces anteriores, creo que pasado mañana llegará la nueva remesa.

—¿Ha confirmado la fecha?

—No. Y esta vez llamarás tú para preguntarlo; no voy a seguir haciendo tus gestiones.

—¿Mis gestiones?

—¿No te vas a quedar tú con la granja?

—Sí.

—Pues entonces lo he dicho bien: tus gestiones.

El chico resolló.

«Para una cosa en la que ayudaba y ahora ni siquiera eso.

»No me extraña que cada vez se parezca más a una maldita bola. Ahora ya no hace ni el esfuerzo de llevarse el teléfono a la oreja, no vaya a ser que se canse. Dentro de poco le empujaré y saldrá rodando.

»En fin, para eso casi mejor que se vaya jubilando de una maldita vez. Al menos no tendré que aguantar que me esté diciendo cada dos por tres cómo tengo que hacer las cosas».

—Está bien. Ahora llamaré —contestó el hijo desganado.

—¡Eh!, si te va a suponer un esfuerzo, tranquilo, ¿eh? Que ya lo haré yo. Eso sí, vete olvidando también de la granja. La cederé a otro que tenga más ganas de quedarse con un negocio ya hecho.

—Le he dicho que ahora llamaré. Tengo que buscar el número de teléfono.

El padre hizo un gesto de superioridad y guardó silencio. Se inclinó ligeramente hacia delante, como si el movimiento le ayudase a coger impulso para poder levantar sus sudorosas posaderas del taburete, que a duras penas le procuraba descanso. Con esfuerzo y emitiendo un quejido gutural, se puso en pie. Por unos instantes su rostro adquirió un color rojo púrpura que fue bajando paulatinamente según respiraba profundo. Empezó a caminar hacia el coche, dejando atrás una banqueta impregnada de sudor y un hijo hastiado por sus desplantes.

—Te espero en casa. Vendrás a comer, ¿no? —preguntó sin ni siquiera darse la vuelta.

—Sí. Llegaré sobre la una.

\*\*\*

—Joder, y ahora, cuando llegue, también tendré que hacer yo la comida —protestó en voz alta como si alguien pudiese oírle. El recuerdo de su madre rondaba por su mente prácticamente cada día; albergaba la creencia de que al menos con ella podía conversar sin tapujos; al menos, lo intentaba—. ¿Cómo le aguantabas? Qué paciencia tenías. Y no es por criticarle, pero ¿tú le has visto? Cada día está más obeso. ¿No se da cuenta de que a este ritmo un día va a reventar? Sí, y tanto que va a reventar. Pero paso de decírselo. Ya tengo suficiente con aguantar cómo me enseña «el oficio»; ni que hubiera que hacer un máster. ¿Qué se ha creído, que solo él sabe hacerlo, que solo sus métodos son correctos? A ver si se jubila de una maldita vez. Podías hacer algo para echarme un cable; desde ahí arriba o desde donde estés, digo yo que algo podrás ayudar, ¿no? En fin».

Cogió la avenida que cruzaba con la calle que daba a su domicilio.

«Le haré pasta. Eso le llenará bien el buche, ¿no te parece? —volvió a hablarle a su difunta madre, esta vez en pensamientos—. Y mañana me espera un palizón de los buenos. A las cinco de la mañana en pie. Quince mil pollos nuevos. La verdad es que...

»En fin, es lo que hay. Por lo menos tengo el «negocio» montado. Además, no creo que tarde mucho en pasarme definitivamente el testigo. Lleva meses acompañándome; no le veo sentido a que siga haciéndolo mucho más tiempo. De hecho, creo que no ha llamado hoy al transportista por eso. A no ser que le esté cogiendo el gusto a eso de *mandonearme*, criticar y hacer insinuaciones de que soy gilipollas. Se debe pensar que todos somos como él».

Aparcó justo en frente de su bloque. Echó la vista arriba y miró las ventanas que daban a la

calle. Estaban cerradas.

«Es como si no hubiera nadie. —Se regodeó en la idea de subir y encontrar el piso vacío, de disfrutar del hogar sin molestias—. Si consigo que la granja vaya bien, me compraré una casa o me iré de alquiler a cualquier lado. Paso de estar toda la vida compartiendo piso con el viejo».

Apagó el motor, quitó la llave del contacto y con pereza se apeó del coche. Lo que menos le apetecía no era cocinar, sino escuchar a su padre preguntándole si había llamado o no al transportista para concretar la entrega de los pollos del día siguiente.

Cerró de un portazo y caminó hacia el portal buscando las llaves en el bolsillo de sus vaqueros. Abrió y anduvo hasta las escaleras. Enfilaba los primeros peldaños cuando escuchó abrirse la puerta de su vecino del primer piso. A continuación, lo vio salir del domicilio con su perro. El animal ladraba con la misma insistencia que Jaime Ruiz Gaos empleaba en tratar de callarle a base de gritos y tirones de correa.

—¡Calla! ¡Calla de una maldita vez! —oyó el chico cuando el dueño del animal aún no podía verle. Aminoró la marcha para escuchar y ver con más detenimiento. Su vecino, por el contrario, no se había percatado de que había alguien atestiguando sus maltratos. El perro seguía ladrando—. ¡Que te calles, maldito chuchó! —vociferó al tiempo que le propinaba una patada. El perro cambió los ladridos por los quejidos mientras el joven observaba a Jaime Ruiz: sus vaqueros desgastados y sucios, su camisa de cuadros por dentro de los calzoncillos, los cuatro pelos que aún poblaban su calva... Parecía un demente recién fugado de un hospital psiquiátrico. Ajeno a las miradas indiscretas y al amparo de su supuesta intimidad, dio un tirón seco de la correa hasta dejar al perro junto a sus piernas, para después tensarla con más violencia y dejar al can apoyado sobre sus patas traseras—. Cualquiera día te tiro por un barranco, puto desagradecido. Todo el puto día meando y cagando. Eres un saco de sarna vieja y maloliente. Vamos, tira *pa'bajo* —dijo propinándole otra patada en el culo. Al girarse hacia las escaleras se topó con la mirada desaprobatoria e incisiva de su joven vecino.

—¿Qué? ¿A pasear al perro? —le preguntó con retintín.

Jaime Ruiz clavó sus pequeños ojos azul grisáceo en los del chico y le dedicó una mueca. En ellos podía adivinarse la rabia que sentía al saberse descubierto, llamado a la atención por alguien a quien no tenía ninguna consideración, alguien para quien tan solo tenía adjetivos de desprecio.

—Vamos, Rocky —le ordenó Jaime al perro, ignorando las preguntas del chico. Pasó junto a él rozándose prácticamente hombro con hombro.

«Métete en tus asuntos, puto mocoso malcriado, siempre fuiste un puto marica llorón y quejica —pensó Jaime—. No sé cómo tu padre no te manda a hacer puñetas. Si fueras mi hijo... Te habría quitado ese plumazo que tienes dándote una buena paliza».

Al pasar por su lado, el chaval puso una mueca de asco; su vecino desprendía un olor tan repulsivo que incluso le hizo echar la cabeza hacia atrás. Paralizado, les observó bajar las escaleras hasta perderlos de vista.

Suspiró tratando de renovar el aire de sus pulmones, pero el hedor aún permanecía impregnado en el ambiente.

—No entiendo cómo puede haber gente así por el mundo —reflexionó mientras reanudaba su camino.

—¡Ya estoy en casa! —vociferó cerrando la puerta. Soltó las llaves en un cuenco de madera que tenían en la entrada.

—¡Aquí estoy! —correspondió su padre. Aparte de su voz se oía un ruido de fondo.

Dejándose guiar por el sonido llegó al comedor. Su padre permanecía estático, despanzurrado en el sofá, con una lata de cerveza en una mano y el mando a distancia en la otra. En la tele podía verse un programa de fútbol.

—Ya era hora. ¿Dónde te habías metido?

El hijo miró la hora en su móvil.

—Es la una y cuarto.

—Pues eso, hace quince minutos que deberías haber llegado y empezado a hacer la comida.

El joven dio media vuelta y se dirigió a la cocina.

Abrió un armario y sacó una cacerola de buen tamaño. La llevó hasta el grifo y la llenó con agua. Luego encendió el fuego y la colocó encima.

—¿Qué haces? —preguntó el padre a su espalda.

—¿Acaso no me ve?

—Sí, sí, ya veo que estás preparando algo. Pero ¿qué vas a hacer?

—Macarrones con chorizo y tomate.

—Estupendo. Cuando venía he ido a por el pan. Ya me ha dado la intuición de que hoy tendríamos algo donde poder pringar —dijo satisfecho, haciendo lo que para él era una broma. El hijo no contestó—. Eso no tarda mucho, ¿no?

—Tranquilo, en quince minutos podrá comer todo lo que le apetezca.

Pasó junto a su padre para dirigirse al dormitorio y cambiarse de ropa.

—Por cierto —dijo una vez más siguiéndole; pero en esta ocasión se detuvo antes de entrar, permaneciendo en el umbral de la puerta—. Te has cruzado con Jaime, ¿no?

—Con el puto loco del vecino, querrá decir.

—Sí, yo también creo que cada día está más chalado. Creo que está perdiendo la cabeza.

—¿Tiene Diógenes?

—¿Eso qué es?

—El síndrome ese de ir acumulando la basura en casa.

El padre se quedó pensativo.

—No, que yo sepa. ¿Por qué lo dices?

—Me he cruzado con él en las escaleras y olía como si estuviera podrido.

—Pues no lo sé.

—Habrà que estar al loro. No vamos a permitir que un degenerado nos infecte el edificio.

—¿Por qué le llamas degenerado?

—No es la primera vez que veo cómo le da una patada al pobre perro. ¿Acaso no le oye llorar? Creo que el pobre animal solo descansa cuando su maldito dueño se va a comprar o se echa a dormir. Eso sí, hoy no le ha hecho gracia que le viera maltratándolo.

—Sí, a mí también me pone de los nervios escuchar al perro lloriqueando.

—Si el animal llora es porque le maltrata. Si no sabe cuidarlo que no lo tenga.

—Me temo que ahí no nos podemos meter.

—Como llame al SEPRONA ya verá si me puedo meter o no.

—¡No! ¡He dicho que ahí no te metes! ¡¿Me has oído?! —arremetió el padre encolerizado. El hijo lo observó con desconcierto y rabia entretanto empezaba a oír el metálico ruido de la tapa chocando contra la cacerola. Soltó sobre la cama el pantalón que se acababa de quitar, se puso uno de algodón y volvió a la cocina. El padre, por el contrario, regresó al comedor para ocupar su hueco en el sofá; aún estaba caliente y mantenía su forma.

«Puto gordo. Lo mismo se cree que puede seguir dándome órdenes. En el trabajo se lo

consiento porque a fin de cuentas me va a pasar el negocio, pero en casa... No, señor, aquí no voy a aguantar sus mangoneos».

Vertió un paquete de medio kilo de macarrones sobre el agua hirviendo.

«Con esto no pasarás hambre, no. A ver si revienta».

Les dio unas vueltas con una cuchara de palo y al terminar la tiró de mala gana sobre la encimera.

«Necesito irme cuanto antes de este maldito cuchitril —pensó mientras abría la nevera y sacaba un chorizo».

Buscó en el cajón el cuchillo más afilado; terminó agarrando uno de más de veinte centímetros de hoja. Luego cogió una tabla de cortar de madera para proteger la encimera. Cuando fue a soltarla vio las marcas de cortes que había sobre el aglomerado. «Solo tiene cuidado con la granja. Es lo único que sabe hacer. El resto, cuando lo toca lo destroza. No sé cómo mamá estuvo tanto tiempo con él. Tal vez por eso se murió, porque no le aguantaba más y no encontraba valor para abandonarle de otra forma. ¿Fue eso, mamá? ¿Por eso enfermaste? Yo sí me largaré. Mi tiempo aquí tiene los días contados».

Acarició con la yema de su dedo índice las «cicatrices» de aquella vieja encimera y, rabioso, colocó la tabla de madera y el chorizo encima.

Hendió la lámina del cuchillo sobre el tubo de carne embutida, despacio, sintiendo la suavidad con la que el metal atravesaba aquella masa anaranjada. Sacó el cuchillo y observó por un instante la grasa que ahora manchaba su hoja. Se lo llevó a la nariz e inhaló una honda bocanada de aire. Sintió un rugido en su tripa.

«Yo también empiezo a tener hambre».

Sin demorarse más tiempo, volvió a clavar el cuchillo en el chorizo repetidas veces hasta trocearlo por completo.

Cuando estaba sacando una sartén para freírlo, apareció su padre de nuevo por su retaguardia.

—Me quedo ya, ¿no?

—Como quiera.

Apartó la silla y se sentó a la mesa sin preguntarle a su hijo si necesitaba ayuda u ofrecerse a poner la mesa.

El hijo lo miró de soslayo sin decir nada, ignorando su falta de educación.

«A estas alturas, pretender enderezarle sería como tratar de adiestrar a una cucaracha».

Con premura, mientras primero se calentaba el aceite y luego se freía el chorizo, colocó sobre la mesa un par de vasos, los tenedores, dos platos y una jarra con agua.

—Bueno, ahora cuando te sientes te voy a dar una noticia —le dijo el padre echando mano a la barra de pan.

«¿Una noticia? —pensó el hijo mientras mezclaba el chorizo, el tomate y los macarrones—. Pocas cosas pueden ser. A lo mejor tengo suerte. Eso sí, ahora no le voy a reír las gracias; no me da la gana».

—Bien —respondió al fin con indiferencia, casi rozando la provocación. Sabía que si su padre había tomado una decisión en torno a la granja, una riña más no le iba a hacer cambiar de parecer.

El padre arrugó el ceño y estudió los movimientos de su vástago mientras terminaba de preparar la comida. El suculento aroma que les rodeaba fue lo único que frenó su afán de contestarle de malas maneras. Se le hizo la boca agua y fueron esas, sus babas ocupando su hocico, lo que evitó una trifulca.

Cacerola en mano, se acercó a la mesa. Cogió el plato de su padre y le sirvió hasta hacer que

casi rebosasen los macarrones. Luego se sirvió él y se sentó a comer.

—¿Y qué, no te interesa lo que tengo que decirte? —preguntó el padre comiendo a dos carrillos y de forma casi ininteligible.

—Claro. Diga. Soy todo oídos —respondió llevándose la primera pinchada a la boca.

El padre lanzó un quejido al aire, tragó y volvió a llenarse la boca. Lo observó mientras masticaba.

—Mañana no iré a la granja.

—¿Y eso?

—No voy a ir más. He decidido que ya es hora de que te apañes tú solo. Yo ya no estoy para estarme levantando todos los puñeteros días a las seis de la mañana, o incluso antes.

—Eso quiere decir...

—Mañana iré al gestor y le diré que haga lo que tenga que hacer para que ponga todo a tu nombre y que presente mis papeles para que me den la jubilación. Punto. Hasta aquí —dijo golpeando la mesa con el puño.

—¿No va a venir más?

—¿Acaso estás sordo? Te estoy diciendo que desde mañana, no, mejor dicho, desde hoy, el problema de la granja es solo tuyo. Yo no quiero saberme nada. Aunque la llevases a la quiebra tengo el suficiente dinero ahorrado como para estar una temporada sin recibir ningún dinero de nadie, ni de la maldita granja ni del estado ni de nadie. Así que, a partir de ahora, te apañarás sin mí, para lo bueno y para lo malo. Si te arruinas, te apañarás tú solo, y si te haces rico, cosa que ya te voy diciendo que es imposible, también será tu problema.

Hubo un silencio.

—¿Y Bruno?

—¿Quién?, ¿el perro? ¿Eso es lo que te preocupa?

Lanzó un quejido de desprecio.

—*Phah...* Haz con él lo que te dé la gana. Como si lo troceas y haces morcillas.

El chico se quedó boquiabierto. Por un instante sintió náuseas ante la idea de descuartizar al pobre animal.

«De ti sí que saldrían buenos chorizos».

Permaneció cabizbajo, con el tenedor apoyado en el borde del plato mientras su padre seguía engullendo como una orca.

—¿Que no tienes hambre o qué? —cuestionó sin mirarle siquiera a la cara. Se ahorró toparse con la expresión de animadversión que aún se dibujaba en el rostro de su hijo. Cegado por saciar su apetito, cogió la cacerola y se sirvió un segundo plato.

«Así revientes gordo asqueroso».

Inhaló tratando de empujar al fondo de su ser la rabia que en tan pocos minutos su progenitor había despertado en él y continuó comiendo.

Finales de marzo de 2015

Sonó el despertador. Eran las 4:35 de la mañana.

Se levantó con suma pereza. De forma autómatas, empezó a ponerse el mismo chándal que se quitó la tarde anterior. Era consciente de que desprendía un olor algo desagradable, pero estaba



cansado de ponerse ropa limpia cada día y regresar impregnado de ese mismo tufo, aunque ni siquiera trabajase vestido con esas prendas.

Fue al baño a echar la primera micción del día. Pasó por delante de la habitación de su padre; los ronquidos de su progenitor pusieron banda sonora a su trayecto hacia la cocina.

«Ronca como un búfalo. Un día se va a ahogar en sus propias babas —pensó resignado y con cara de desprecio—. Deben escucharle hasta en el bloque de al lado».

Cogió la cafetera y se preparó un café que se bebió prácticamente de un trago.

Llaves en mano, se dirigió a la puerta.

—Mierda —susurró cuando ya tenía una mano en el picaporte—. ¿No la había dejado aquí? —Buscó alrededor. No encontró nada. Dio media vuelta y se dirigió nuevamente a la cocina—. Joder, ¿no puede con su alma y tiene que tocar esto? Yo creo que disfruta tocándome los huevos. —Echó mano a un saco de veinticinco kilos de pienso para perros y se lo echó al hombro. Cargado, y procesando el primer mosqueo del día, salió de casa dando un portazo. El estruendo retumbó en todo el bloque.

—Que les den a todos. En este edificio ya no queda nadie por quien tener miramientos.

Al abandonar el portal se encontró con una densa cortina de niebla. Un frío seco y penetrante se coló por su ropa erizándole el vello. Contraído, se dirigió a la parte trasera de la furgoneta para soltar el pienso. De una carrera ocupó su lugar frente al volante. Arrancó y puso la calefacción lo más fuerte que los botones le permitieron. Encogido y maldiciendo a todo lo que se le pasaba por la mente, se llevó las manos a la boca para tratar de calentárselas lanzándoles bocanadas de aire caliente. Las frotó y comprobó la temperatura del aire de la calefacción.

—Vamos, joder, que hace un frío de la leche.

Volvió a encogerse y a llevarse las manos a la boca. Dos soplidos más. Varias refriegas... Al fin las rejillas de la furgoneta comenzaron a soltar su tan ansiado chorro de aire caliente. Situó las manos frente al conducto de ventilación al tiempo que miraba la hora en el salpicadero: las 4:47.

—Espero que el tío que venga hoy no sea puntual.

Puso la primera marcha y comenzó a circular.

A esas horas de la madrugada, un día de diario y con aquel frío, era normal no encontrar un alma por las calles.

«Madre mía, estoy reventado. Luego me echaré una buena siesta.

»Y tengo que ir pensando en hacer cambios. No pienso estar siempre así. «Tú hazme caso. Tú hazme caso» —pensó reproduciendo con desprecio y retintín la voz de su padre—, «Yo sé de lo que hablo», «He estado toda la vida haciéndolo», «Así es como se hace». Eh..., perdone, padre, pero usted no tiene ni pajolera idea. No se le puede contar nada. Es un..., es un avaro. De lo único que sabe es de ahorrar. Sí, eso sí que sabe hacerlo. Y comer como si estuviese mal de la cabeza. En eso no le gana nadie. Eso sí, el señor no come pollo —pensó burlón—. Qué cínico. Aunque no me extraña, sabiendo cómo se les alimenta... Lo mismo se cree el muy gilipollas que al resto del ganado no los alimentan del mismo modo. Tengo que estudiarlo con detenimiento.

»Vivimos en una sociedad enferma y avariciosa. Somos unos inconscientes.

»Sí, pero el problema es que aún necesito reunir más dinero para hacer los cambios que quiero.

»Tal vez debería pedir un préstamo.

»Uf. —Suspiró alzando las cejas—. No me apetece meterme en esos fregados. Trataré de ahorrar un poco más. Tal vez en un par de años pueda cambiarlo todo. Maldito dinero».

El trayecto se le hizo más corto que de costumbre. A lo lejos se veía el cercado de su finca;

ante la puerta de la valla, al camión que le traía a los nuevos pollos.

—Joder, espero que no lleve mucho esperando. —Miró la hora: las 5:03—. No, no puede llevar tanto. Tenía que llegar a las cinco en punto. Solo me he retrasado tres minutos de mierda.

Al llegar se situó en paralelo al camión. Con un bocinazo y un gesto con la mano el chófer lo saludó. Claudio Garrido movió la cabeza para corresponderle. «Este es nuevo», pensó entretanto abandonaba la furgoneta y se dirigía al cercado para abrirlo.

—Aquí tienes los papeles. Echás una firmita ahí abajo y listo.

Claudio ojeó el documento. Cuando se disponía a firmar se quedó paralizado.

«Quince mil pollos —pensó contrariado. Quince mil pobres bichos confinados en una jaula gigante esperando a ser sacrificados para llenar los buches inflados de...».

—¿Hola? —El camionero interrumpió sus pensamientos pasándole la mano por delante de la cara—. ¿Estás bien, colega? Parece que estás un poco blanco.

—Sí, estoy bien. —Sin embargo, su gesto seguía cariacontecido. Boli en mano y absorto, firmó el documento, dejando al finalizar el papel y el bolígrafo sobre la mesa. El conductor le observó con recelo: seguía con la cabeza gacha, mirando la mesa. Titubeante y sin quitarle la vista de encima, cogió las copias que le correspondían.

—¿Seguro que estás bien, tío?

—Sí. Bien. ¿Necesitas algo más? —preguntó sin ni siquiera mirarle a la cara.

—No. Ya me voy. —Llenó de aire los pulmones mientras vacilaba entre insistir o largarse—. Bueno. Hasta otra —se despidió el chófer. Dio media vuelta y se fue.

No se movió del sitio durante minutos. Escuchó cómo el conductor abandonaba su finca, cómo el silencio se volvía a abrir en medio de los ruidos cada vez más lejanos del motor del camión, cómo, a medida que volvía la tranquilidad, igual a un siseo lejano, empezaba a oírse el piar, o tal vez el llanto o los gritos de auxilio de la nueva remesa de pollos.

Caminó hacia ellos con pereza. Los observó aún dentro de las cajas en las que llegaron.

Miró la temperatura de la nave. Veintinueve grados.

«No hace el suficiente calor».

Revisó una a una las ventanas; las que vio entreabiertas las cerró por completo.

»Está haciendo mucho más frío que estos días de atrás. No sé cómo no me he dado cuenta nada más entrar. Tengo que conseguir que suba la temperatura lo antes posible, si no, van a caer como moscas».

A continuación, como de costumbre cada vez que recibía una nueva remesa de pollos, aisló dos terceras partes de la granja para apiñar a todos los animales en el espacio restante. Luego daría inicio a la revisión de rigor.

En esta ocasión, fue extrayendo, uno por uno a los pollos de las cajas donde el transportista se los había traído.

—A ver, colega, vamos allá. —Se acercó a la primera caja de pollos que encontró y cogió al primero. Lo normal era volcarlos a todos en el recinto y luego hacer un escaneo superficial, pero aquel día prefirió hacerlo de esa forma. Pollo en mano observó su estado, sus patas, su pico, su peso—. Vale. —Lo echó dentro de la parcela donde junto a los demás pasaría el resto de sus días antes de llevarlos al matadero—. Tú —anunció cogiendo el siguiente. La misma operación. El mismo resultado—. Te has librado, pequeño; me alegro —le dijo mientras lo soltaba junto al primero. Repitió la misma operación dieciocho veces seguidas obteniendo siempre una valoración positiva. Con el diecinueve no hubo tanta suerte. Según lo cogió vio que tenía el pico torcido—.

Joder. —Lo sostuvo en la mano durante unos instantes, pensando en el destino del pobre animal.

«Con lo pequeño que eres... Pero es que te van a maltratar. Los demás pollos serán crueles. Si no te mato yo lo harán los tuyos, a picotazos o quitándote la comida.

Resolló.

»Tal vez debería dejar que la ley de la naturaleza actúe por sí misma. ¿Quién soy yo para quitarle la vida a este pobre animal? —Suspiró mientras lo examinaba detenidamente.

»En fin, lo dejaré a un lado, a ver cuántos más han llegado “defectuosos”».

Lo soltó en la caja y cogió el siguiente.

Aquella primera caja obtuvo un recuento de noventa y cinco pollos sanos y siete «defectuosos». Había pasado más de media hora desde que empezó.

«No puedo seguir a este ritmo, se me van a morir asfixiados en las cajas».

Al final de la jornada tenía un saldo negativo de cincuenta y un pollos que debían recibir la eutanasia.

«Qué fácil, ¿no? —Hizo una mueca—. Como si fuesen moscas o quizá algo más asqueroso, tal vez cucarachas.

»Es así y punto. Nadie lo cuestiona. Nadie lo condena.

»Alguien habrá. Habrá alguien que de verdad se pare a pensar en este ciclo, en este «porque sí». Hay mucha gente que no come carne, supongo que será por esto».

Terminó la jornada más agotado que nunca.

«Voy a cambiarme y me piro a casa de una maldita vez».

Echó un último vistazo a la nueva partida de pollos y luego se dirigió a la nave donde se cambiaba. A pesar de la supuesta utilidad que su padre consiguió darle a aquel cuartucho, su única función era servir de vestuario. Apenas alcanzaría los seis o siete metros cuadrados. Un banco de madera hacía las veces de línea divisoria entre la zona limpia —la que daba acceso a la finca— y la zona de trabajo —la que él llamaba la zona «infectada» y daba acceso a la nave de los pollos—. Nada más entrar empezó a quitarse el mono de trabajo. Se lo bajó por debajo de los muslos y se sentó en el banco «divisorio». Se descalzó de la bota izquierda, se quitó la pernera correspondiente del mono y, sin volver a tocar esa parte del suelo, pasó la pierna al otro lado del banco. A horcajadas, procedió del mismo modo con el resto de la ropa de faena. Se quitó la bota del pie derecho y luego la correspondiente pernera del mono. Se volvió a poner la bota de trabajo y, desde ahí, poniéndose en pie y estirando todo el cuerpo para alcanzar la pared de enfrente, colgó el mono de una percha que tan solo estaba ahí para esa función. Luego volvió a sentarse, a quitarse por segunda vez la bota de trabajo y, sin pisar el suelo «infectado», terminó de girarse hacia la zona «limpia» para vestirse con la ropa de calle; una ropa que, de una forma u otra, terminaba igualmente impregnada del olor de aquel lugar. Aquel proceso debía repetirlo a diario, tantas veces como entrase a la granja, tantas como la abandonase.

La luz del sol le hizo achinar los ojos y ponerse la mano a modo de visera; la niebla había escampado dejando una agradable temperatura y un cielo azul despejado. Una embestida del perro le hizo acordarse de que aún no le había echado la comida.

—Tranquilo, Bruno. Tranquilo —dijo mientras le rascaba el lomo y el animal jadeaba.

«La verdad es que no me apetece volver a casa».

Se dirigió a la furgoneta y cogió el saco de pienso. Le rellenó los comederos.

—Ay, Bruno, Bruno... Podría sacarte a dar una vuelta. Aquí tienes terreno de sobra para correr

a tus anchas, pero... Venga, sí, vayamos a dar un paseo. El obeso de tu «abuelo» puede esperar, y si no aguanta el hambre, que se haga él la comida, que para eso tiene manos, ¿no? Vamos —dijo poniéndole la correa de paseo.

Tomó el mismo camino de arena y piedras que daba acceso a las fincas de naranjas y demás granjas de la zona.

«No sé ni qué hora es —pensó mientras observaba al perro corriendo a sus anchas, libre ahora de correas.

»¿Qué puedo preparar para comer? Seguro que me toca hacerla a mí.

»Puto vago...

»¿Sopa?

»Puedo abrir un bote de fabada».

—Con lo bien que cocinabas —dijo pensando en su madre—. Bah, tiraré de algo que haya en el congelador, aunque la fabada tampoco es mala idea. En fin. ¡Bruno! ¡Ven, chico! ¡Es hora de volver! ¡Bruno! —Esperó con paciencia a que el perro le prestase atención—. ¡Bruno! ¡Vamos! —Dio media vuelta y comenzó a desandar el camino recorrido. De pronto, el perro pasó por su lado, corriendo como un loco en dirección a la granja—. Qué listos son, joder —se dijo a sí mismo. Se le dibujó una sonrisa en los labios—. Pues sí, yo creo que un par de botes de fabada y listo.

Llegó a casa cerca de las dos de la tarde.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —le increpó su padre al escucharle soltar las llaves en el cuenco de madera.

—Estaba paseando a Bruno —respondió desenfadado. A pesar de la impertinencia de su progenitor, no estaba dispuesto a que él le torciese el ánimo.

El hombre lanzó un quejido al aire.

—Yo esperando la comida y tú dando paseitos con el perro. Allí tiene terreno de sobra para moverse, no hace falta sacarle a pasear —dijo dando media vuelta y dirigiéndose a la cocina. Claudio le observó mientras aquel lanzaba un paso tras otro. Se balanceaba como un tentetieso, solo que su padre peligraba en caer de lado y no poder levantarse—. ¿Qué vas a preparar? He comprado pan.

«Cómo no. Solo piensa en comer —pensó con desprecio».

Ignorándole, se dirigió a su habitación, se cambió de ropa y cuando ya estuvo cómodo, fue a la cocina. Al entrar lo encontró sentado a la mesa, con los brazos apoyados sobre la misma y con cara de pocos amigos.

—No entiendo qué te he hecho.

—¿A qué se refiere?

—Llegas tarde y no me avisas, te pregunto y no me respondes, me haces esperar la comida... No lo entiendo. Te he dado una jodida granja. Te he regalado el trabajo, tu forma de ganarte la vida, ¿y a cambio recibo esto? Si estuviese aquí tu madre te diría cuatro cosas.

—No meta a mi madre en esto. Sus quejas son tuyas; solo tuyas. ¿Se cree que porque me haya dado una granja tengo que ser su esclavo? ¿Tengo que hacerle, llevarle, traerle?

—Si no, estarías muerto de asco. Deberías estar agradecido.

—Y lo estoy.

—En serio, no entiendo tu actitud. Y eres raro, hijo. Eres raro de cojones. Si te viera esa actitud solo conmigo podría pensar que te pasa algo, que te doy asco. Pero no. Eres así de extraño con todos.

—Cómo que con todos. Si no veo a nadie. No me gusta salir.

—A eso me refiero, a que me sorprende que no quieras salir ni hablar con nadie. A que no te muevas de aquí en todo el día salvo cuando vas a la granja.

—¿Y a usted qué más le da? Estoy muy a gusto yo solo. Y sí hablo con gente; con quien tengo que hablar. Punto. ¿Qué prefiere, que esté todo el día en internet, creando falsas amistades con personas que no conozco de nada?

—No. Que hables con personas de verdad. Si no conoces a la gente es porque no haces nada por conocerla.

—¿Y qué le importa a usted? ¿Acaso le digo yo lo que tiene que hacer? Yo no recuerdo verle hablar con nadie más que con mi madre.

—Antes iba de caza.

—Ah..., de caza.

—Sí, de caza.

—A mí eso no me gusta, y lo sabe. Llevo la granja porque...

—¿Porque qué?! —dijo elevando el tono.

—¿Porque no me queda más remedio! ¿Acaso no sabe que no me gusta!? —gritó Claudio.

—¡Oh! ¡Ya está el señorito! ¿Y qué problema tiene la granja, si puede saberse?! —preguntó encolerizado—. ¿Acaso mi granja no es lo suficientemente buena para el señor?!

—¡Yo no estoy diciendo eso!

—¡Sí! ¡Sí que estás diciendo eso! —su tono de piel cambió del sonrosado al granate. Se puso en pie, tirando al suelo la silla donde había estado sentado—. ¿Acaso te crees que puedes hacer otra cosa?! ¡Eres un inútil! ¡Toda tu miserable vida lo has sido y lo seguirás siendo! ¡Tienes suerte de que yo me haya jubilado y te haya podido dejar un negocio que funcionaba a las mil maravillas!

—¡Usted lo que me ha dejado es un negocio arcaico, tan viejo e inservible como usted!

—¿Inservible?!

—¡Sí, es una mierda! ¡Y la estoy llevando porque no tengo más remedio! ¿Acaso se cree que tenía una mina de oro?! ¡Deje de soñar de una vez!

—¡Esa granja de mierda, como tú dices, ha mantenido a esta familia durante muchos años!

—Las cosas cambian —dijo el joven bajando el tono.

—¿Qué estás insinuando? —Su tono se adaptó al de su hijo, pero su respiración se hizo más aguda.

—Que cuando pueda la venderé o la traspasaré o la sortearé en una tómbola.

—No puedes... —Aquellas dos palabras quedaron huérfanas de una frase que su organismo no fue capaz de concluir. Su respiración se aceleró hasta el punto de empezar a hiperventilar. El granate de su piel se volvió palidez. Los ojos se le voltearon, dejando a la vista el blanco de sus escleróticas. Ante la mirada atónita de su hijo, cayó desplomado, chocándose contra una silla y haciéndola caer a su lado. El estrépito resonó en los oídos de su vástago como un petardo recién tirado. Su padre no se movía. De igual modo, él permaneció paralizado observándole. Su mente se bloqueó. Tan solo era capaz de contemplar aquella masa de carne tirada sobre el suelo, una estampa que le recordó a la de un animal recién abatido. Yacía bocarriba, con las piernas ligeramente abiertas, con la cabeza vencida hacia un costado, con los ojos en blanco, la boca entreabierta y las babas cayéndole por la comisura de los labios en un trazo espumoso que se perdía más allá de su nuca.

Con la mirada clavada en dicha estampa y con la respiración interrumpida, transcurrieron varios segundos en los que el hijo fue incapaz de reaccionar.

Tras ese breve lapso, se aproximó un par de pasos. Se inclinó hacia un lado buscando el rostro de su progenitor, alguna señal que le indicara en qué condición estaba.

—¿Padre?

Se inclinó y le apoyó la mano sobre el pecho. Aguardó unos instantes. Ningún movimiento. Le dio un pequeño empujón con la intención de... Ni él sabía con qué intención lo hizo; tal vez la de confirmar sus sospechas. El empujón hizo que su masa corpórea temblara como un postre gelatinoso hasta quedarse quieta una vez más.

No lo podía creer. Había augurado aquel final en cientos de ocasiones y ahora... No obstante, él era consciente de que de las premoniciones a los hechos existe una línea que, por lo general, no se suele traspasar de la misma forma a como lo imaginamos.

—Está muerto —dijo en un susurro, como si le diera miedo que alguien le escuchase. Volvió a erguirse, a observarlo. Su ceño se arrugó, su pulso aceleró su ritmo a medida que fue consciente de la situación. Bordeó el cuerpo hasta llegar a la silla que descansaba junto a su padre. La cogió, la puso en pie y se sentó en ella. Volvió a contemplarle—. Al final se ha muerto —razonó impertérrito—. Se ha muerto. —Inclinó su cuerpo hacia delante hasta apoyar los antebrazos en sus muslos—. Joder, no creí que se fuera a morir tan pronto. Aunque, por otro lado no me extraña: comía como un auténtico gorrino. En fin, yo se lo advertí, no me puede decir que no lo hice. —Resolló al tiempo que se recostaba sobre el respaldo de la silla. Oteaba su complexión, sus más de ciento cincuenta kilos—. Joder, ¿y ahora? Me tocará llamar a emergencias, ¿no? —Rebufó con cara de desdén—. Usted, hasta el último día dando por saco, ¿verdad? Si por mí fuera le tiraba al contenedor con los pollos muertos.

»Sí, pues claro que sí, ¿acaso usted es más importante que ellos? La gente debería recibir el mismo trato que da a los demás, y eso incluye a cualquier ser que respire, coma y duerma.

»En fin. Ya lo dicen: a todo cerdo le llega su San Martín. —Se levantó de la silla y se dirigió a su habitación para coger el móvil. Lo desbloqueó y marcó el 112. No tardaron en responder.

—Emergencias, dígame.

—Necesito ayuda —dijo apremiante, en un tono de voz preocupado y lloroso—, mi padre acaba de caerse desplomado al suelo.

—Tranquilo, díganos qué ha sucedido.

—Estábamos hablando y se ha caído. Se le han puesto los ojos en blanco y no respira —expuso jadeante.

—Deme su dirección, ahora mismo llegará una ambulancia.

—Sí, claro. Dense prisa, por favor, creo que ha sufrido un infarto.

# Sin lugar a dudas

Yago Reyes

Miércoles, 23 de octubre de 2019

Actualidad

Bajamos las escaleras a toda velocidad.

El corazón me latía como un tambor antes de una batalla.

—Toma. Conduce tú. Yo te iré indicando el camino —me dijo Tena al tiempo que me entregaba las llaves sin apartar la vista del teléfono. Nos subimos al BMW y arranqué—. Toma el primer cruce a la izquierda y luego en la glorieta haz un cambio de sentido. —Buscó en la guantera la luz portátil policial. La activó sin poner el sonido, bajó la ventanilla y la adhirió al techo del coche.

Durante varios minutos conduje recorriendo las calles y avenidas de Alcira.

—Es aquí —anunció el comisario—. He dado parte para que manden a alguna ambulancia. No sabemos lo que podemos llegar a encontrarnos.

Vimos el coche de nuestros compañeros Diego Pozos y Alejandro Urturi, aparcado a la entrada de una vivienda de la urbanización. Estacioné el BMW del jefe detrás del de ellos. En cuanto nos vieron se apearon del coche. Vestían de paisano, uno con chándal y el otro con vaqueros, sudadera y zapatillas de deporte respectivamente. Parecían dos colegas cualesquiera poniéndose al día de sus cosas. A Alejandro, que frisaba en los cincuenta años, le sentaba bien esa indumentaria, pareciendo tener los cuarenta de su compañero. Nosotros abandonamos el coche inmediatamente después. Al tiempo que salía del BMW le quité el seguro a la funda de mi *H&K compact*.

—¿Estáis seguros de que Claudio Garrido Hernández está ahí dentro?

—Sí, señor. Hemos visto que una mujer le abría la puerta. Luego ha entrado un hombre. Llevaba llaves.

—De acuerdo. Vamos a proceder a su detención. Estad todos alerta; es peligroso y puede que vaya armado.

«Sí, aunque parezca una mosquita muerta».

Diego y Alejandro caminaron hacia la puerta, encabezando el grupo de cinco. Saqué mi reglamentaria y la empuñé con las dos manos. Aines se encontraba a mi lado. Diego pulsó el timbre. Aguardamos unos segundos. No contestó nadie.

—Está dentro, señor, eso seguro —susurró Alejandro. Era la primera vez que lo veía en acción, su determinación transmitía confianza.

Diego insistió, pulsando una vez más el timbre.

Mientras el «ding dong» seguía resonando, me acerqué a una de las ventanas de la planta baja. Apoyé la mano y la empujé para ver si estaba abierta. No hubo suerte.

—¿Esperamos a los refuerzos, señor? —preguntó Aines.

—No. Vamos a entrar.

—Intentaré colarme desde la casa de al lado —informé sin darle tiempo a contestar. Salí

corriendo mientras su mente procesaba lo que acababa de decirle.

Llamé dos veces al timbre de la casa vecina. Francamente, no sabía si iba a encontrar a alguien en el interior.

Escasos segundos después, me abrió la puerta una señora mayor, de unos setenta años.

—Policía Judicial. Necesito entrar y ver si hay alguna forma de saltar desde su casa a la de al lado —informé mientras entraba y hacía retroceder a la mujer entre «peros» y cara de susto. En ese momento, Aines apareció detrás de mí y vi que le mostraba fugazmente la placa—. ¿Existe algún patio común?

—Los patios de las cocinas se comunican —respondió la señora con titubeos.

—Vale. Usted quédese aquí. ¿Por dónde es?

—Por allí. —Temblorosa, apuntó con su dedo índice.

—Mejor: vaya a su dormitorio y no salga de ahí hasta que se lo digamos nosotros.

—¿Pero qué ocurre?

—Haga caso, señora —le insistió Aines mientras yo ya corría hacia la cocina.

Al llegar vi una puerta de cristal que daba a un pequeño patio de no más de veinte metros cuadrados. La señora lo tenía ajardinado y con una barbacoa de obra. Lo que pudiera haber al otro lado era imposible de ver a causa de unos frondosos setos más altos que yo. Recorrí el lugar con la mirada en busca de algún objeto al que subirme para saltar al otro lado. En su defecto, opté por «trepar» por la barbacoa.

Una vez arriba, vi que el patio de la casa vecina estaba vacío.

—Espera —solicitó Aines en un susurrado grito—. Deja que vaya yo primero.

—No.

—A mí sola me va a costar más subir.

—Dame la mano. —Obedeció. Tiré de ella hacia mí. Me alegré de que aquella no fuera la típica barbacoa de carrito, si no nos hubiéramos ido los dos al suelo. Guardé mi *H&K compact* en la funda y salté a la propiedad colindante mientras Aines esperaba su turno. Al caer, lamenté que el pavimento no fuese tan mullido como el césped de la vecina. Volví a desenfundar mi arma y, mientras Aines saltaba, me dirigí a la puerta de la cocina.

Primero un sonido de setos moviéndose y luego un ruido seco a mi espalda me dio a entender que mi compañera también había cruzado. La escuché acercarse de puntillas al mismo tiempo que veía su reflejo en el cristal de la puerta: agazapada, en guardia. La cortina nos impedía ver lo que pasaba dentro. Apoyé la mano en la puerta, pero también estaba cerrada.

—Cuidado —avisé a mi compañera, apartándola con el brazo, haciéndola retroceder hasta colocarla detrás de mí. Cogí impulso y con todas mis fuerzas le propiné una patada al cristal de la puerta. Se desquebrajó en mil pedazos, dejando algunos fragmentos que parecían cuchillos transparentes, largos y afilados. A nuestros pies quedó una alfombra tan brillante como peligrosa. No obstante, a pesar de haber eliminado el «muro» de cristal, la cortina seguía obstaculizando nuestro campo visual.

Volví a ponerme en guardia.

Di un tirón de la cortina para descorrerla; aunque en ese momento me daba igual si la descorría o la hacía caer al suelo.

Oímos golpes provenientes del interior de la casa. Debían ser Tena, Diego y Alejandro tratando aún de acceder por la puerta principal. Mi corazón bombeaba adrenalina y tensión por todo mi cuerpo. Recé por una detención sin heridos ni bajas, pero el presunto homicida nos lo estaba poniendo difícil. Un fugaz pensamiento me llevó una vez más al caso de Elena Pascual



Molina. Pero borré aquel salto a los recuerdos en cuanto puse un pie en el interior de la vivienda y empecé a hacerle señas a mi compañera para que me siguiese.

Y por un momento me sentí vencido: volvíamos a llegar tarde. Sobre el suelo yacía el cuerpo inmóvil de una persona. Temí que estuviera muerta. No podía ver su cara, pero a juzgar por su fisonomía y su ropa, se trataba de una mujer.

«Maldito hijo de perra».

Di otro paso.

La cocina era grande, completamente distinta a la que acabábamos de ver en el chalet anterior. Debieron hacer reformas para ampliarla. En el centro habían colocado un mueble auxiliar, uno de esos como los que ponen en las cocinas de diseño de las grandes casas de lujo.

Di otro paso, con el objetivo de rodear dicho mueble y aproximarme a la víctima para evaluar su estado. Cuando me disponía a acuclillarme para buscarle el pulso, escuché otro estruendo. Me sobresalté, pero continué con el examen. No le hallé pulso. Estaba muerta.

Otro estruendo. Venía de la puerta principal.

## Minutos antes

«Es él», pensó al escuchar el tintineo de unas llaves. «No puede ser nadie más». El sonido provenía de la entrada. A continuación escuchó cómo se abría la puerta.

«Andrés Bueno Casado», se dijo. Le vino a la mente la etiqueta del buzón donde figuraban tanto su nombre como el de aquella a quien acababa de asesinar.

«Si ella era culpable, tú lo eres aún más».

Se escondió en la cocina, pegando su espalda contra una de las paredes, evocando el instante previo a cuando se abalanzó contra Christian López Alarcón y le inoculó el sedante. Oyó cómo Andrés abría, entraba y cerraba la puerta principal, cómo a continuación soltaba las llaves en el mueble de la entrada.

—¡Nena...! ¿¡Estás en casa!?

Silencio.

Claudio sacó la jeringa con la droga y, en guardia, esperó a que se aproximara hasta donde él se encontraba.

Andrés Bueno atravesó la casa hasta llegar a las escaleras, pensando en dónde se habría metido Leticia. Era raro que, sabiendo que estaba a punto de llegar, hubiera salido y no le hubiera mandado un mensaje.

—¡Nena...! ¿¡No estás!?

Claudio siguió guarecido en su escondrijo, escuchando los pasos de Andrés. Este comenzó a subir las escaleras hacia la planta de arriba.

«Mierda. Está subiendo», pensó ofuscado. Aquello no era lo que él había planeado.

«Y ahora, ¿espero a que baje o subo a buscarle? Bueno, tampoco tengo prisa. No te confíes, Claudio. Cuanto antes te vayas de aquí, mejor».

Alzó la vista al escuchar las pisadas de Andrés en la planta de arriba, como si pudiera verlo a través del techo.

Silencio.

Más pasos.

«Vamos».

Con sigilo, se dirigió hacia la escalera. Rezó para que los escalones no crujieran con su peso, un temor que quedó parcialmente mitigado al percatarse de que eran de gres. «Es imposible que crujan», se autoconvenció. Aun así, subió de puntillas, tratando incluso de respirar más despacio. Su mano derecha seguía sosteniendo con fuerza la jeringa descapuchada. A la mínima ocasión, en cuanto lo tuviera delante, se la clavaría. No obstante, su deseo no era dejarlo inconsciente. Quería que estuviera debilitado, que se percatase de sus intenciones, que sintiese la agónica falta de aire que le haría entrar en pánico y, tal vez, arrepentirse de sus actos.

«¿Dónde se habrá metido?».

Según ascendía, de reojo, vio varios de los «cuadros» que colgaban de las paredes: fotografías de la pareja; de Andrés Bueno posando en una sesión profesional; un par de cuadros de pequeñas dimensiones y con marcos de madera de color negro... Debido a la tensión, no se fijó en el resto de adornos de la pared.

Jugaba en desventaja al no conocer la distribución de la casa, pero se dejó guiar por los ruidos que Andrés iba haciendo. A juzgar por los que se escuchaban en ese instante, debía estar vaciando la vejiga. Cruzó el pasillo como si fuera un espectro, «deslizándose» sobre el suelo, rápido y sin hacer ruido. Asomó la cabeza. Ahí estaba: de espaldas, con una mano apoyada en la pared y la otra... «Sí, está meando». Examinó el cuarto, era más grande que el de su casa, pero, según sus impresiones, de peor gusto que el suyo. No obstante, su mayor preocupación en ese momento no era el mal gusto de la pareja, sino encontrar puntos débiles a su inminente ataque. De un vistazo ubicó dónde se encontraban los espejos. Respiró tranquilo al ver que su distribución no le delatarían. Inhaló profundo. Sujetó con fuerza la jeringa. Anduvo hasta Andrés de puntillas. Alzó el brazo despacio, presto a ejecutar la segunda parte de su plan. Cuando se disponía a clavarle la jeringa en el cuello, Andrés se giró, como si hubiera sentido el aliento de su agresor en su nuca, como si hubiera intuido el peligro. Aún con los calzoncillos y la cremallera del pantalón bajados, se giró como pudo y lanzó un puñetazo que le alcanzó a Claudio de refilón en la nariz.

«¿No puede ser. ¿Me ha oído? No puedo dejar que se me escape».

La calma y el silencio desaparecieron con el forcejeo de los dos hombres. La expresión de Andrés cambió al reconocer en su agresor al individuo al que ayudó la tarde anterior llevándole en su propio coche hasta el veterinario para salvar a su perro. No entendía por qué estaba en su casa, por qué le estaba agrediendo.

Tras esquivar un segundo puñetazo, Claudio le atacó con la intención de clavarle la aguja en cualquier parte del cuerpo. Pero Andrés bloqueó su pretensión cubriéndose con el antebrazo. En el movimiento, se le escurrieron los pantalones hasta la mitad de las piernas, impidiéndole moverse con agilidad, entorpeciendo su autodefensa, desequilibrándole. Aquel factor le concedió una doble ventaja a su agresor que, no conforme con el resultado anterior, le dio un puñetazo con la mano izquierda en la tripa para debilitarle. Andrés se revolvió como una anguila, respirando por la boca con desesperación, consiguiendo responder a su ofensiva dándole un puñetazo en la cara. Claudio comenzó a sangrar por la nariz, a sentir la rabia recorriendo su cuerpo. Beodo de rabia y deseos de venganza, la siguiente vez que acometió contra Andrés consiguió hacer diana en su hombro e inocularle una parte de la droga. Andrés se arqueó como un guerrero alcanzado por una lanza en mitad de su espalda, tratando de evitar lo que ya era inevitable. Era tarde para él.

Claudio tiró la jeringa al suelo y agarró a Andrés por el cuello para contenerle mientras el efecto de la droga ralentizaba y debilitaba su organismo. A pesar de su fornida constitución, el somnífero de efecto rápido le dio la ventaja que el factor sorpresa no le concedió. Al igual que Leticia, Andrés trató de hacer que le soltase el cuello, agarrando sus manos y tirando de ellas,

empujándole la cara, dándole puñetazos cada vez más débiles e imprecisos, pero no le sirvió de nada. La adrenalina que corría por las venas de Claudio le ayudó a aguantar hasta el final. En el plazo de algo más de un minuto, las fuerzas de Andrés comenzaron a debilitarse, haciéndole hincar la rodilla. Su agresor había conseguido doblegarle.

«Te tengo —pensó Claudio más relajado».

Lo cogió por las muñecas y comenzó a arrastrarlo fuera del cuarto de baño. Se encontraban en mitad del pasillo cuando se escuchó el timbre.

«¿Quién demonios será? —Se quedó paralizado durante unos instantes—. ¿El cartero? A lo mejor les traen algún paquete».

De nuevo, el timbre.

«No pienso abrir la puerta».

Terminó de arrastrar a Andrés hasta el primer dormitorio que encontró y corrió hasta una habitación cuyas ventanas daban a la calle. Frente a la entrada de la vivienda había dos coches aparcados. Uno era de gama alta, con una carrocería oscura, brillante e impoluta; el otro, en cambio, era de clase media, con más años y de color blanco. Observó con detenimiento el segundo vehículo, haciendo memoria.

«Ya estaba ahí cuando he llegado. Había dos hombres jóvenes dentro».

Un nuevo «ding... dong...» hizo que esta vez el que se sobresaltase fuera él.

Se asomó lo máximo que el cristal de la ventana le permitió. Entonces vio a un hombre, al detective que había ido a su casa a hacerle unas preguntas, con una pistola en la mano y corriendo junto a la fachada.

«Saben que estoy aquí. Me han seguido. Quieren detenerme».

—Está bien. Pero no voy a dejar que me cojan tan fácilmente.

Inmediatamente después, un nuevo ruido en la planta de abajo, esta vez el sonido de cristales rotos precedido de un golpe seco, le hizo ponerse en guardia.

«¿Han roto una ventana?».

Sintió satisfacción y miedo al mismo tiempo.

Sin hacer ruido, se deslizó con premura hacia el cuarto de baño para buscar la jeringa. Aún le quedaba droga; pensó que podría serle de utilidad.

«Sabía que me quedaba poco tiempo —se lamentó».

Inhaló.

Estaba inquieto.

Comenzó a descender las escaleras con sigilo.

Yago Reyes

Al erguirme, vi que Aines caminaba en dirección contraria a la mía.

Yo seguí avanzando, despacio, rodeando el mueble.

Escuché un quejido y un «¡alto!» saliendo de los labios de mi compañera. Tardé apenas unas décimas de segundo en ver lo que sucedía. Aines mantenía su reglamentaria en alto, apuntando a un individuo. Sentí su tensión. Sujetaba su reglamentaria con tanta fuerza que incluso los nudillos se le marcaban. Dio un paso atrás para tomar distancia mientras él la miraba desde el umbral de la puerta. Entonces, me fijé en su cara, en la del sospechoso. En efecto, era Claudio Garrido

Hernández. Un hombre de aspecto inofensivo. Un joven del que nunca sospecharías que pudiera hacerle daño a nadie. El vídeo de la cámara de seguridad nos había ayudado a quitarnos el antifaz de los ojos; al menos en parte. Ya no se trataba de un hombre inocente, indefenso y sin malicia, alguien sobre quien pudiéramos tener dudas; ante nosotros teníamos al asesino de al menos dos personas, la mujer que yacía en el suelo y Christian López Alarcón. A juzgar por sus actos, por la forma de encararse a mi compañera, tuve claro que no le hubiera importado seguir engrosando su lista de víctimas. Sin pensarlo dos veces, se abalanzó sobre ella con una jeringa en la mano, dispuesto a clavársela. Aines disparó. La bala terminó impactando contra un mueble gracias a que el sospechoso se apartó el arma de la cara de un manotazo.

—¡Alto! ¡Policía! —chillé fuera de mí. Pero la jeringa ya había penetrado en el cuerpo de mi compañera, que trataba de quitárselo de encima con desesperación, sin conseguirlo.

Apunté con mi reglamentaria a aquel desgraciado, pero temí que la bala terminase hiriendo a Aines. Corrí hacia ellos lo más rápido que pude. Aines tenía la mandíbula desencajada. Sus ojos gritaban el pavor que su garganta no conseguía articular.

—¡Alto!

El sospechoso se separó de Aines, esperándome en guardia. No podía entender cómo aquel joven de rostro angelical pudo acabar convirtiéndose en un asesino. Acababa de atacar a mi compañera y, ahora, se disponía a agredirme a mí.

Le cogí por la muñeca y le retorcí el brazo hasta hacerle soltar la jeringa.

—¡Alto! ¡Policía! —escuché a mi espalda.

—¡Alto o disparo! —gritó otra voz. Me costaba identificar a quiénes correspondían.

Mientras yo trataba de inmovilizarle, Aines se acercó con sus esposas dispuesta a ponérselas. Consiguió engancharse a una de sus muñecas, aunque Claudio seguía forcejeando.

—¡Para de una maldita vez! —le grité con los dientes apretados—. ¡Estás detenido!

Y ahí fue cuando paró, cuando se dio por vencido, cuando el mundo se le vino encima.

Alcé la vista y vi que Alejandro y Diego entraban, apuntándole con sus reglamentarias. Luca de Tena se encontraba justo detrás de ellos.

Diego y Alejandro corrieron a echarnos una mano, encargándose de inmovilizar y terminar de esposar a Claudio Garrido. Aquello me permitió desentenderme del asesino y acercarme a Aines. La cogí por el brazo y la giré para verle la cara.

—¿Estás bien? ¿Te ha pinchado? —Ella me miraba embobada, pálida y con la boca entreabierta. Sin responderme, agachó la cabeza para examinar su cuerpo—. Dime, ¿estás bien? ¿Ha llegado a pincharte? —Sabía lo que había visto, pero no el alcance. Miré la jeringa tirada en el suelo.

—Sí —dijo quitándose la chaqueta, reaccionando, poniéndose nerviosa. Sus ojos se humedecieron por el miedo, por la ignorancia—. Sí, Yago. Me ha pinchado. Me ha pinchado.

Sin embargo, la jeringuilla aún tenía sustancia en su interior.

—Vale. Tranquila —traté de calmarla mientras ella ya estaba desabrochándose los botones dispuesta a quitarse la camisa—. No creo que te haya inyectado nada. Tranquila. Para. Mira.

Siguió la dirección de mi mirada hasta encontrar la aguja.

—¡Que alguien compruebe si han llegado ya los servicios sanitarios! —gritó el comisario desde la planta de arriba.

—Quédate aquí, ahora vuelvo —le ordené a Aines.

Mientras Diego atendía las instrucciones del comisario, yo corrí escaleras arriba. Encontré a Tena acuclillado junto a un hombre que permanecía inmóvil. Temí que él también estuviera

muerto.

—Está inconsciente —dijo el comisario, como si me hubiera leído la mente.

—Ha debido drogarle.

A continuación, escuché que alguien corría hacia nosotros. No me dio tiempo de salir a su encuentro para indicarles dónde se hallaba la víctima; cuando me giré, los dos sanitarios ya nos habían encontrado. Cada uno se puso a un costado de la víctima. «Hay que llevarlo al hospital», dijo uno. «Está estable», respondió el otro. «Sí. Aunque el pulso es débil».

—¿Cuántas ambulancias habéis traído? —pregunté.

—Una, señor —respondió uno de los sanitarios, el más joven. Apenas nos dedicó una fugaz mirada, luego siguió con lo que estaba haciendo.

—Voy a ver a Aines, señor —le dije a Tena.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ese puto loco le ha clavado una jeringa. Voy a llevarla al hospital, tendrán que hacerle pruebas.

—Sí, id. Llevaos mi coche. Nosotros nos encargamos del detenido.

—Y del cadáver que hay abajo, en la cocina. —El rostro de Tena empalideció—. Sí, señor. Hemos llegado tarde. En fin. Me llevo a Aines.

—Corre. Yo me encargo de todo.

—Bien —dije dispuesto a marcharme—. Pero, señor, que nadie le interrogue hasta que lleguemos nosotros. —Más que una súplica o una petición aquello pareció una orden. Pero me dio igual, di media vuelta y bajé las escaleras como alma que lleva al diablo.

Encontré a mi compañera en el mismo sitio donde la había dejado, a unos metros de Claudio, al cual tenían tumbado bocabajo y con las esposas a la espalda. Alejandro se encargaba de su custodia.

Miré a Aines: estaba ida. La agarré por el brazo y anduve un par de pasos arrastrándola conmigo. Paré en seco y miré la cara del joven asesino. Estaba pálido. Enmudecido. No se atrevió a mirarme a los ojos.

«Cara de ángel».

# El frío metal

Miércoles, 23 de octubre de 2019

De pronto se vio con las esposas puestas, con el frío metal acariciando sus muñecas.

«He hecho lo correcto», se decía. Sin embargo, al mismo tiempo sabía que ellos —los detectives, los familiares de las víctimas, la sociedad en general— no lo entenderían.

«El mundo no está hecho para que algunos se tomen la justicia por su cuenta, sin embargo, sí para que otros hagan daño, maltraten y maten impunemente. Qué cinismo. Es una pena. Si hubiera tenido más tiempo habría eliminado del mapa a otro puñado de parásitos».

Diego Pozos y Alejandro Urturi le sacaron de la vivienda sujetándole cada uno de un brazo. Mientras caminaban los fue observando. Por sus vestimentas y lo rápido que habían llegado, entendió que debían llevar algún tiempo siguiéndole la pista. No obstante, para su tranquilidad, determinó que no había nada que le hubiera hecho abandonar su plan. No vestían un uniforme policial, sino que iban como cualquier civil: uno con vaqueros y el otro con un chándal. Tampoco conducían el típico coche patrulla, sino un coche blanco que se encontraba a pocos metros de la puerta cuando llegó a casa de Andrés Bueno y Leticia Alejo. «Eso hubiera despistado a cualquiera. Podrían haber sido cualquier vecino», se dijo, «es un coche normal y corriente. Y ellos, con esas pintas, no me lo hubiera imaginado». «Me he confiado demasiado, pero bueno, en el fondo algo me decía que no tardarían en cogerm».

Le agarraban con fuerza, llegando a producirle dolor. Le condujeron hasta el coche blanco. Se percató de que el otro vehículo que vio desde la ventana, el más lujoso y de color oscuro, había desaparecido.

Le ayudaron a subir apoyándole una mano en la cabeza, haciendo que la agachase para que no se la golpeará con la carrocería.

«Bonito gesto —pensó Claudio—, aunque dudo que les salga del corazón. Seguramente desearían todo lo contrario: apalearme hasta matarme. Pero la ley protege nuestros derechos: los míos y los de cualquier otro asesino o sospechoso que finalmente acaba en sus manos. No, no creo que estén siendo corteses conmigo, sencillamente seguirían un protocolo».

Una vez dentro del coche se quedó abstraído, imaginando la cara que se le quedaría a Andrés Bueno al enterarse de que su pareja Leticia Alejo había sido asesinada del mismo modo en que él condenó a muerte a los gatos.

«Es una lástima que el plan no haya salido como yo hubiera deseado. Le habría situado enfrente de su novia muerta, atado a una silla. Habría esperado a que recobrase el conocimiento para que la viera tirada en el suelo, asfixiada con la bolsa que le cubría la cabeza. Aun así, aunque parcialmente cubierta, la hubiera reconocido; estoy seguro. Si no, se lo habría dicho yo. Y se habría vuelto loco. La impotencia le habría destrozado por dentro. Le hubiera explicado el motivo de por qué su novia ha terminado así. Y luego, le habría matado a él del mismo modo, con una bolsa de basura en la cabeza, asfixiándolo. Pero no, Dios ha querido que él siga con vida. Tal vez, para que durante el tiempo que le quede recuerde, día tras día, que no se debe matar a ningún ser

vivo.

»Si no me hubieran pillado...

»¿Cómo habrán conseguido saber que era yo? ¿Qué se me ha escapado?

»Ha merecido la pena».

# El manifiesto

Aines Collado

Miércoles, 23 de octubre de 2019

Sentí pánico. Realmente, una sensación aterradora. Durante el ataque de aquel loco no me di cuenta de que me había clavado nada. Fue en el momento en que Yago me preguntó «¿te ha pinchado?», cuando me hice consciente. Apenas me dolía; no más que la picadura de un mosquito. Al ver la jeringa en el suelo aún con líquido en el interior, me tranquilicé un poco. Hasta que pensé: «¿estaba así o más llena?». No podía saber lo que había ahí dentro: ¿veneno?, ¿ácido?, ¿lejía?, ¿sedantes?

Del shock y la parálisis inicial pasé a la ansiedad, al agobio, a la angustia, a no saber lo que hacía. Me quité la chaqueta y estuve a punto de quitarme también la camisa. Menos mal que me frenó Yago.

La verdad es que pasó todo demasiado deprisa, como cuando tienes un accidente o muere alguien; en un instante todo cambia.

Yago me cogió del brazo y prácticamente me arrastró hasta el coche del jefe. Me abrió la puerta, me ayudó a subir y cerró. Luego subió él. Me trataba como a una anciana dependiente, pero no me molestó, más bien todo lo contrario. Por una vez en mucho tiempo me sentí protegida, cuidada por alguien que de verdad se preocupaba por mí.

—¿Te encuentras bien? ¿Sientes algo: mareos, sudores, sueño, cansancio, náuseas...?

—Estoy bien, Yago. Creo que no me ha llegado a inyectar nada.

—De todas formas, me quedará más tranquilo si te hacen una revisión.

La revisión duró cerca de dos horas. Me sacaron sangre, me miraron las pupilas, me hicieron un electro, me midieron la tensión... Yago estuvo a mi lado en cada momento. Durante ese tiempo, ninguno de los dos habló de temas sentimentales ni supuestos cambios de compañero. Ya habría tiempo; aunque no fue por falta de ganas, la verdad. Quería pedirle perdón, escuchar sus disculpas, pero sobre todo, pedirle que dejase de ver a Carmen. Era egoísta por mi parte, puesto que yo no estaba dispuesta a darle más. Sin embargo, el mero hecho de imaginar que nos reuniésemos para hacer una barbacoa o celebrar un cumpleaños y «verle» con otra..., hacía que se me revolviesen las tripas. Era consciente de que no llevaría bien que mantuviera una relación amorosa con ninguna de mis amigas. Finalmente no hubo nada: ni charla ni disculpas ni peticiones, solo conversaciones acerca del caso y del individuo que nos había llevado hasta la sala de esperas de un hospital.

Después de dos horas de espera interminables, me dieron los resultados. Salieron perfectos; la tensión un poco alta, pero por lo demás, todo de maravilla. Al fin, nos dieron permiso para irnos a casa; en nuestro caso, volver a la comisaría.

Yago Reyes



Aines se encontraba bien; por suerte, aquel desgraciado no le había inoculado nada. Por otro lado, el incidente me sirvió para reflexionar; las salas de espera de los hospitales son un buen lugar para ello. Llegué a la conclusión —aunque ya lo sabía— de que el comisario tenía razón: hacíamos buena pareja. Pero ¿a costa de qué? ¿De tensión? ¿De no poder avanzar en mi vida personal? ¿Acaso el tiempo, aun estando trabajando codo con codo, me ayudaría a olvidarla en ese sentido? Debía meditar si sería capaz de seguir más tiempo estancado. Tal vez Aines fuera un capricho pasajero fomentado por mis ganas de ser feliz.

Mientras aguardábamos los resultados, tomé una decisión.

«Mañana es jueves —me dije—. En cuanto cerremos el caso, le pediré a Tena una semana de vacaciones. En ese tiempo terminaré de arreglar el piso y pensaré qué hacer con mi vida, si seguir una temporada más sin solicitar el cambio de compañero, pedir otro traslado o... Si pido un cambio de compañero, las probabilidades de acabar con otra mujer son prácticamente nulas».

Fue de agradecer que Claudio Garrido Hernández ocupase la mayor parte de mis pensamientos.

Al llegar a la comisaría buscamos a Luca de Tena. Un compañero nos informó de que se encontraba con el detenido.

«Tal vez esté adelantando el papeleo —pensé sarcástico. En realidad eso era lo que peor llevaba: los informes; y la detención de hacía un par de horas o que hubiésemos desenfundado nuestra arma requería elaborar uno con pelos y señales. Peor lo tenía Aines: ella no solo había sacado su reglamentaria, sino que además la había disparado—. Tendrá suerte si asuntos internos o el juez no lo investiga».

—¿Ya estáis aquí? —nos preguntó el comisario al vernos. La expresión de su rostro era bastante más relajada a la que mostraba durante la detención de Claudio Garrido Hernández.

—Sí. Está todo bien —le respondió Aines.

—No sabes cuánto me tranquiliza.

—Sí, aún falta que me den unos resultados y tendrán que repetirme la analítica en unos meses para mayor seguridad, pero por el momento no han visto nada extraño.

—Bien. Me alegro de que haya quedado todo en un susto. Si te hubiera inyectado algo...

Aines le sonrió.

—En fin. ¿Qué tal por aquí? —intervine cuando entendí que ya habían acabado de ponerse al día.

—El detenido está en la sala de interrogatorios. No ha dicho nada.

—¿Ya tiene abogado?

—No. Ya sabéis que a veces esto va para largo. Si queréis ir rellenando los informes que os corresponden... Cuando llegue el abogado y acaben con el reconocimiento médico os avisaré.

—De acuerdo.

—¿Están al tanto los de Alicante y Valencia?

—Sí, ya he hablado con ellos. Están expectantes. Ah, en este rato que no habéis estado, los de Alicante han confirmado que el de la grabación es Claudio Garrido. Aunque eso ya lo sabíamos.

En ese momento me vino a la mente la última víctima.

«Si hubiésemos llegado unos minutos antes...».

—¿Quién era la mujer a la que asfixió? —pregunté.

—Su nombre era Leticia Alejo Gutiérrez, pareja de Andrés Bueno. El forense y el equipo de la científica siguen trabajando en el escenario del crimen.

—¿Y el novio, Andrés Bueno?

—Sigue en el hospital, pero está fuera de peligro. A su verdugo no le dio tiempo a pasar a mayores.

—¿Y ella qué hizo? —preguntó Aines— ¿También maltrataba animales?

—No lo sé. Tal vez nos lo cuente su asesino durante el interrogatorio.

—No sé yo si va a ser tan fácil.

\*\*\*

Habían pasado cinco horas desde la detención de Claudio Garrido Hernández.

—La prensa se ha enterado —dijo Aines cuando regresaba a nuestra mesa después de ausentarse al baño. Yo había empezado a ordenar los papeles que durante días habían tapizado nuestro escritorio de letras, tinta, borrones, anotaciones, grafito, desesperación y esperanza—. Me lo ha dicho Elías. Acaba de venir de la calle y asegura que hay al menos ocho o nueve periodistas esperando a que salgamos y les digamos algo.

—Me temo que ahí no me van a pillar. Ese marrón es para Tena, que para eso es el jefe.

—Supongo, pero...

—Ya te digo yo que a mí no me pillan.

—Pues... En fin, que el jefe nos llama.

Me quedé mirándola y no pude evitar sonreírme de medio lado. ¿Nos requería el jefe en la sala de interrogatorios y no había sido capaz de empezar por ahí?

«Qué mujer esta —pensé divertido y resignado al mismo tiempo—. Va a terminar volviéndome majara».

Aunque sus mejillas no se sonrojaron, advertí cierto sentimiento de vergüenza en su rostro. Era evidente, además, que empezaba a relajarse.

Esperó a que me levantara de la silla. Una vez a su lado caminamos hasta la sala donde aguardaba el «presunto» asesino.

«¿Está siendo amable adrede? Tal vez no quiera que pida el cambio de compañero y por eso está mostrándose más atenta que de costumbre.

»Ya lo pensaré».

No tardamos en llegar a la sala de interrogatorios.

—Es todo vuestro —nos dijo Luca de Tena—. Os lo habéis ganado a pulso.

—Gracias, señor —dije agarrando el picaporte. Abrí la puerta y le cedí el paso a Aines—. Ah, señor, pero de los de abajo se encarga usted, ¿eh?

—¿Qué dices?

—Los periodistas, señor, que son todo suyos.

Cerré la puerta sin darle tiempo a contestar. Aines me oyó y, aunque se le habían quedado los ojos como platos, se le escapó una sonrisa que desapareció en cuanto se encontró cara a cara con su agresor.

Estoy seguro de que durante unos minutos consiguió olvidarse del hombre que ahora tenía delante, de que por su culpa había disparado su reglamentaria y habíamos pasado dos largas horas en urgencias. Sí, creo que durante un breve lapso se olvidó de Claudio Garrido; hasta que lo vio.

El presunto asesino estaba sentado a la mesa, con la cabeza ligeramente inclinada hacia delante observando la superficie de acero inoxidable. Hasta que no nos sentamos enfrente, no alzó la vista. Parecía reflexivo a la vez que sereno. Su abogado nos saludó con un escueto «¿qué hay?»

y una mueca.

—¿Conoce sus derechos? —le pregunté a su abogado.

—Sí.

—Bien. Tenemos unas preguntas para el detenido.

—Adelante.

Asentí.

—¿Sabe por qué le hemos detenido? —Esta vez me dirigí a Claudio.

—Prefiero que me lo digan ustedes.

—Se le acusa del asesinato de cuatro personas y la desaparición de una quinta. Tenemos pruebas que le ubican en las escenas del crimen —una verdad a medias—. De Guillermo Roca Jiménez. De Miguel Ángel Rodríguez Palacios. De Christian López Alarcón. De Leticia Alejo Gutiérrez. Y la desaparición de Jaime Ruiz Gaos. ¿Tiene algo que decir al respecto?

Clavó sus pupilas en las mías.

—¿Ustedes sabían que una vaca puede llegar a vivir, si no se la cargan antes, entre veinte y veinticinco años? Yo no lo sabía. He pasado veinte años de mi vida siendo un ignorante.

—¿Y qué tiene eso que ver? —le replicó Aines.

—Ustedes me han preguntado si tengo algo que decir. Y sí, tengo mucho que decir. Otra cosa es que ustedes tengan tiempo para oírlas.

—Le aconsejo que guarde silencio —le informó su abogado.

—Muchas gracias, pero no tiene por qué preocuparse — le respondió Claudio con serenidad—. Sé perfectamente lo que está pasando. Solo le pido que nos acompañe mientras hablo con los agentes.

—Como usted quiera, pero si habla más de la cuenta...

—Tranquilo, acataré lo que me corresponda.

—Le escuchamos —dije, invitándole a seguir.

—Gracias. Como decía, durante mucho tiempo he sido un ignorante. Tampoco sabía que las vacas eran las principales emisoras de gases de efecto invernadero, esos que se quedan en la atmósfera causando el calentamiento global. Metano, para ser más concretos. Les suena lo de los gases de efecto invernadero, ¿verdad? —Aines le respondió con un «sí» seco—. Si la gente redujese el consumo de carne a la mitad, buena parte del problema estaría arreglado, y más sabiendo que de esa producción de carne se tiran al cabo del año toneladas y más toneladas a la basura.

—¿De verdad quiere hablarnos del medioambiente? —replicó mi compañera, un tanto airada—. ¿No le preocupan más las acusaciones que se le imputan?

—¿Por qué cree que no me preocupan? Sí me preocupan, y mucho. Pero me gustaría seguir por donde iba, si no les importa.

—Continúe —autoriqué ante la mirada de odio de Aines.

—Gracias, agente. —Tomó aire antes de seguir. Parecía apenado—. A las vacas se les arranca a sus terneros a los pocos días de nacer para destinarlos a ser carne; se les priva de la leche de sus madres, la cual utilizan para venderla. Somos los únicos animales que bebemos leche aún después del destete. El caso es que a esos terneros se les alimenta hasta su muerte con *lactoreemplazantes*, lo que conlleva, en la mayor parte de los casos, deficiencias de hierro en esas crías y, en ocasiones, su muerte antes de darles tiempo a su sacrificio. ¿Eso lo sabían? —Habla con una calma extraordinaria, como si hubiese estudiado y ensayado su discurso en repetidas ocasiones, como si no tuviese miedo a las consecuencias de sus actos. Decidimos

escucharle sin volver a interrumpirle. Confiábamos, al menos yo, que eso nos llevase a alguna parte. A lo largo de mi carrera me había cruzado con un par de criminales que después de horas y más horas de decir chorradas al final confesaban. Debíamos probar suerte, de modo que seguimos escuchando. Después de unos instantes de silencio en los que Claudio reorganizó sus ideas, prosiguió—. Fecundan a las vacas por inseminación artificial una y otra vez, haciéndoles tener un ternero tras otro, arrancándoselos una y otra vez para utilizar la leche que deberían estar bebiendo sus crías. A los cuatro o cinco años, cuando su producción de leche empieza a disminuir porque ya las han exprimido al máximo, se las sacrifica. Cuatro o cinco años de vida cuando en realidad pueden vivir hasta veinticinco años de forma natural.

»Según datos de Greenpeace, la industria ganadera genera tantos gases de efecto invernadero como todos los coches, trenes, barcos y aviones juntos; el 80% de la deforestación de la Amazonía está relacionada con la ganadería industrial; y para producir un kilo de filetes de ternera son necesarios quince mil litros de agua, mientras que para producir un kilo de zanahorias tan solo se necesitan unos ciento treinta litros.

»¿Sabían que gran parte de los cultivos que se emplean para alimentar al ganado se producen en los países subdesarrollados, en esos en los que la gente no tiene nada que llevarse a la boca porque los países ricos les «compran» el grano con el que alimentan a unas vacas que luego nos sirven de comida a los «desarrollados»? En los países ricos, la gente se está muriendo de obesidad porque la comida que se meten al cuerpo está adulterada con hormonas y medicamentos, mientras que al otro lado del mundo se están muriendo de hambre por malvender sus cultivos a los primeros. Cereales que, paradójicamente, serían más que suficientes como para alimentar a todos los habitantes de esos países «pobres». ¿Quieren que hablemos de los pesticidas o los plásticos que terminan comiendo los animales y que más tarde acaban en nuestros cuerpos gracias a nuestra exquisita cadena alimenticia?

—No. No es necesario —respondió Aines, exasperada.

—Es una pena.

—No estamos aquí para escuchar lecciones de moralidad de boca de un asesino.

—Entiendo. A la mayoría os gusta mirar para otro lado.

—Señor Garrido —intervine—, ¿nos puede explicar qué tiene que ver todo esto con los crímenes que se le imputan?

—Todo.

—Pues le agradecería que nos lo explique de una vez.

—Es lo que hago, agentes, pero algunas cosas requieren de un mínimo de tiempo. —Resignado, volví a guardar silencio con la intención de que prosiguiese. Miré a Aines de soslayo, ella no estaba tan calmada como el detenido. Se la percibía inquieta, con ganas incluso de llegar a las manos contra él con tal de hacerle ir al grano, pero supo contenerse en todos los sentidos y el detenido aprovechó la oportunidad para seguir con su perorata—. En serio, ¿se han fijado en los estadounidenses? Hay que joderse: tan orgullosos ellos de su bandera, con su himno patriótico, sus malditas armas y sus miles de puntos de venta de comidas basura... ¿Saben? Uno de cada tres ciudadanos estadounidenses es obeso. ¿A ustedes les parece normal? A lo mejor tratan de arreglar el exceso de población matándolos con ese tipo de comida: el azúcar, los fritos, la carne, los pesticidas... Una jugada maestra: a la vez que generan un problema en la salud de sus ciudadanos, les obligan a hacerse seguros médicos. Ya saben, o tienen seguro o se mueren, literalmente hablando. Y lo malo es que se nos están pegando sus malas costumbres. Está todo contaminado. Las mentes y los corazones de los humanos están vacíos y sus ojos ciegos. ¿No nos importa cuánto

sufren los demás seres vivos? Nos movemos como títeres, como objetos sin alma. No debería estar permitido matar animales para el consumo de nadie. Nadie debería alterar el ciclo natural de la vida, separar a una madre de su bebé o engordar el ganado con piensos adulterados con hormonas y medicamentos. Nadie debería ganar dinero ni divertirse a costa de una vida inocente: el toreo, los circos, los zoológicos, el tráfico de animales, la caza furtiva, las fábricas de plumas, los abrigos de pieles, el tráfico de marfil..., la lista es demasiado larga. Se les aniquila de tantas formas... Ahora bien, confío en que los castigos que he infligido sirvan para que la gente se pregunte por qué.

—Creo que ya está bien, señor Garrido —le aconsejó su abogado.

—Quieres decir... —dijo Aines quedándose a medias, esperando a que él prosiguiese más allá de las sugerencias de su asesor legal.

—Les contaré todo lo que quieran si a cambio le entregan mi manifiesto a los medios de comunicación.

—¿Tu manifiesto? —pregunté desconcertado; mi cara debía ser un poema. El abogado se reclinó hacia delante en busca de persuadir a su cliente con un «basta. Debemos hablar». A lo que Claudio le contestó con un «tranquilo, esto es lo que quiero».

—Sí, mi manifiesto. ¿Les suena el nombre de Theodore Kaczynski?

—Claro. El americano que ponía paquetes bomba —contesté.

—Bueno, está claro que yo no soy tan listo como él, pero también he escrito un manifiesto. Y quiero que se lo entreguen a la prensa.

—No podemos hacer eso —respondió Aines tajante.

—No veo por qué no. En realidad solo son datos. No incito a la violencia ni a una revuelta ni nada por el estilo. Solo quiero que la gente sepa lo que pasa. Quiero que entiendan que no pueden arrancarle la vida a un ser o maltratar al planeta y pensar que no pasa nada. Si saben lo que yo, tal vez abran los ojos.

Aines y yo nos miramos. Por primera vez en mi vida no sabía qué decirle a un detenido. Podía llegar a entender sus argumentos, incluso, a estar de acuerdo con algunas de las cosas que había dicho, pero ¿un manifiesto? ¿Dárselo a la prensa?

—¿No creen que la gente es muy egoísta? —prosiguió el detenido.

—Eso seguro —confirmé.

—¿Creen que si cada uno de nosotros viviésemos mil años se portarían así con el planeta? —Le miré con el ceño fruncido—. Yo creo que no. O quiero pensar que no. Creo que si nuestra condición humana nos permitiese vivir mil años, la gente actuaría de forma distinta. Es paradójico, ¿verdad?

—Empiezo a cansarme de este tío —espetó Aines, con cara de aversión.

—¿Qué es paradójico? —le pregunté ignorando deliberadamente las quejas de mi compañera.

—Pues que si no consumiésemos carne nuestros cuerpos estarían más limpios y la atmósfera también, con lo cual tragaríamos menos contaminación. ¿Saben cuánta gente muere al año a causa de la contaminación? Bueno, el caso es que nuestro cuerpo viviría más tiempo, más años. Muchos dicen que querrían dejarle un mundo mejor a sus hijos, sin embargo, no hacen nada. ¿Y por qué no hacen nada? Porque ellos no lo van a sufrir. Ellos no se morirán padeciendo hambre ni verán la destrucción del planeta ni la falta de recursos. Sus hijos, por el contrario, vivirán una vida sedentaria, de obesidad, enfermedades cardiovasculares, cáncer y alergias. ¿Y creen que eso les importa? No. Mi puto padre se murió así. Sabía lo que le iba a pasar, se lo avisé cientos de veces y ¿saben qué? Le dio igual. Tal vez no me creía; me trataba como a un retrasado. Pero hay que

estar muy ciego para no verlo. ¿Acaso no era consciente de que apenas podía moverse, de que le costaba respirar sin ahogarse, el puto gordo? Y que conste que no le llamo puto gordo porque estuviese gordo, sino porque era un hijo de mala madre. Realmente, creo que somos una raza defectuosa. En fin, ¿me conseguirán lo que les he pedido?

Aines y yo nos miramos.

—Veremos lo que podemos hacer —contesté. Aines me miró con el ceño fruncido. Sentí su desaprobación en sus incisivos y chispeantes ojos. No obstante, guardó silencio—. ¿Y a cambio, qué vas a darnos?

—Seguramente ya estén registrando mi casa. No creo que encuentren nada, pero si publican el manifiesto les entregaré una confesión firmada.

—¿Jaime Ruiz Gaos está muerto? —demandó Aines.

—No responderé a nada más hasta que me garanticen que el manifiesto se difundirá por todos los diarios nacionales. Esa es mi condición.

—¿Te crees que estamos tan flipados como tus amiguitos los americanos como para publicar el manifiesto de un asesino?, ¿que te vamos a seguir la corriente?, ¿que vamos a facilitarles una soberana mierda a los diarios nacionales? Estás loco si te crees eso.

—No, loco no. Pero espero que lo hagan. Nosotros aún podemos salvarnos —le respondió Claudio con una sonrisa aniñada.

Aines se levantó enérgica, yo, por el contrario, lo hice más pausado.

—Dime una cosa: ¿por qué los mataste? —le pregunté antes de abandonar la sala. Lo sabía, pero necesitaba escuchárselo decir.

—Ya lo he dicho antes: nadie tiene derecho a maltratar o arrancarle la vida a otro ser vivo, y menos de la forma tan despreciable que lo hacen algunos. Cada acto tiene sus consecuencias; yo asumiré las mías en cuanto me consigan la difusión de mi manuscrito.

—Vamos —me requirió Aines.

Esta vez le hice caso.

Salimos y cerramos la puerta.

«Qué raro que no esté aquí el jefe —pensé al tiempo que recorría el lugar con la vista».

—No sé por qué le sigues el juego —me recriminó Aines—. Está loco. Es un puto desalmado. Él sí que debería estar muerto.

—Sí, posiblemente no haya obrado bien, pero creo que entiendo sus motivos.

—Ah, ¿y eso qué significa?

—Se cree que estamos en una red de malas decisiones o algo por el estilo. Y puede que en cierto modo tenga algo de razón. Nos deshumanizamos y creemos que todo nos pertenece, parece que solo cuenta nuestra voluntad, nuestros caprichos o necesidades.

—¿Acaso te vas a volver ahora vegetariano? —cuestionó con retintín.

—Lo dices como si eso fuese malo.

—No, yo apenas como carne. Pero...

—¿Sabes? —La interrumpí—. Creo que cada uno debería poder hacer lo que le diera la realísima gana siempre y cuando no hiciese daño al prójimo. ¿No te parece que seríamos una sociedad más civilizada?

—¿Tú te estás dando cuenta de que le estás dando la razón, de que en solo cinco minutos te ha comido el coco?

—Eh... —Me quedé boquiabierto, atónito ante su acusación. Visto lo visto, decidí no seguir hablando; no me apetecía parecer estar defendiendo a un asesino—. En fin, vayamos a hablar con

Luca de Tena.

—¿Sabes cuál es el problema de lo que estás haciendo? —insistió Aines.

—¿Qué estoy haciendo, si puede saberse?

—Seguirle el rollo. Plantearte incluso que las cosas que nos ha dicho tengan algún sentido.

—Creo que cuestionar lo que se nos dice es algo positivo. ¿Acaso tú no piensas que puede haber cosas que no son como nos las han contado toda la vida? ¿Tan malo te parece que cualquier persona quiera un mundo sin maltratos, más allá de cómo ha intentado conseguirlo?

—No es cualquier persona, es un asesino, y no estamos hablando de si se maltrata o no a un animal, estamos hablando de que tú te estás planteando creer lo que dice ese asesino.

—Ah, bueno, pero si lo dijese un premio Nobel sí podría escucharlo, ¿no?

—Seguramente se podría confiar más en sus palabras que en las que va soltando ese niño descerebrado y psicópata.

—¿Y si el *niñato* está reproduciendo las palabras de algún científico o de algún médico que lo ha estudiado?

—En serio, Yago, no me vengas con argucias. Aquí el problema está en cómo ha pretendido hacerse notar: matando.

—¿Te digo yo lo que tienes que hacer? ¿Qué más te da lo que yo piense, si coincido parcialmente con las creencias de Claudio o no? Yo jamás mataría a nadie para dar ejemplo, y le repudio por lo que ha hecho. Hablamos de ideas, de conceptos.

—No sé por qué le estás haciendo caso. Te está llevando a su redil. ¿No te das cuenta?

—¿Acaso me ves tan maleable? Joder...

—Lo que no entiendo es por qué le haces caso.

—Y yo por qué te importa tanto que cuestione si algo de lo que ha dicho puede ser cierto.

Clavó sus pupilas en las mías, con odio. Sus mandíbulas se tensaron.

—Haz lo que quieras —concluyó airada.

—Sí, es lo que voy a hacer.

—Estupendo.

—Genial.

—Eso sí, ni se te ocurra pedirme que trate de convencer al jefe para que ese loco se salga con la suya.

—Tranquila, ya voy con la idea de que no le vamos a conseguir lo que pide.

—¿Pero querías facilitárselo?

—Eso da igual. Vamos.

—No da igual, no.

—Olvídalo.

Pasé junto a ella en dirección al despacho del comisario; tal vez lo encontraríamos allí.

Minutos después empezó una discusión que nos llevó más tiempo del imaginado.

Luca de Tena habló con el juez para valorar la situación y discutir las peticiones del detenido. ¿Hasta qué punto podíamos cortar su «libertad de expresión»? Llegaron a la conclusión de que lo mejor para la sociedad, para que no salieran fanáticos adoradores o imitadores, era negárselo.

—Me parece estupendo, señor —espetó Aines en cuanto Tena nos comunicó la decisión—. No hay que darles alas a esos malnacidos.

Mi pensamiento, por el contrario, fue distinto. Aunque estaba de acuerdo con no alentar los actos ni las peticiones de ningún criminal, silenciar los motivos de Claudio Garrido no me pareció una decisión positiva.

«Lo de siempre: se «protege» a la sociedad limitando la información que les llega, evitando que se hagan preguntas. Fomentamos la necesidad, y gracias a ella se evitan los cambios drásticos. Nadie acusa, por consiguiente, nadie tiene que justificarse o justificar nada. Renovamos los hilos de nuestra propia marioneta con una sonrisa en los labios».

Cualquier experiencia en la vida nos marca, nos moldea, nos transforma en nuevas personas. Salí del despacho de Tena pensando que aquel caso me llevaría algún tiempo olvidarlo. Aunque silenciaron la voluntad de Claudio, sus palabras rondarían por mi mente una larga temporada. Sentí ganas, incluso, de leer su manifiesto.

Para muchos, Claudio Garrido Hernández era un necio, un loco sanguinario sin escrúpulos, un demente al que solo podía aguardarle su castigo.

Lejos de nuestros deseos, aquel loco defensor de las «causas justas» nos dejó una última sorpresa.



## «Mi nombre...»

Miércoles, 23 de octubre de 2019

### Varias horas antes de la detención

«¿Debo dejarme guiar por mi instinto? El instinto me dice que tal vez no me dé tiempo a mucho más.

»Tendría que tener el manuscrito terminado.

»Salvo que crean que soy yo el asesino, la policía no entrará aquí. No pueden hacerlo sin una orden judicial. Y que yo sepa, no tienen nada como para que el juez se la conceda.

»Aunque, ya han venido a verme dos veces. Algo he debido hacer mal si están tan cerca.

»Bueno. Lo perfilaré lo más que pueda y ya si acaso seguiré mañana.

»Mamá, ¿tú qué harías? El asqueroso de padre me diría que soy un inútil, que todo lo que he hecho no sirve para nada. El muy desgraciado... Ni que él supiese algo.

»Mamá, ¿qué hago?».

Trató de escucharla y, para su sorpresa, una sensación de confort y cariño le hizo sentir que su madre le apoyaba. Imaginó sus palabras de consuelo, sus ánimos, que le decía: «No pasa nada. Termina lo que estás escribiendo y luego hazlo llegar a la gente si eso es lo que deseas».

Y sí, ese era su mayor deseo.

«Si lo guardo en el ordenador y me pillan, tal vez se pierda para siempre».

«¡Eres un inútil!». La voz de su padre resonó en sus tímpanos. Llegó a pensar que se estaba volviendo loco. Sin embargo, sabía que no, que tan solo era un tortuoso y desagradable recuerdo que no conseguía borrar de su mente.

«Maldito hijo de... Me hizo la vida imposible demasiado tiempo. Ya se podía haber muerto mucho antes.

»Debo demostrarle que soy más listo de lo que él se creía. Soy inteligente. Mucho más de lo que él lo fue nunca.

»Pero si le menciono a alguien lo del manuscrito o se lo enseño, me pillarán.

»Aunque, puedo borrar mis huellas. Tengo una impresora. Puedo imprimirlo en casa y luego tirar la impresora a la basura. Con guantes para no dejar rastro. Lo puedo meter en un sobre y enviarlo a algún sitio. Si saco varias copias puedo hacer que llegue a todas partes. A un periódico, por ejemplo».

En verdad, esa idea había anidado en su mente en repetidas ocasiones.

«Debo olvidarme de padre. Él no pinta nada en todo esto. Pero si no me sale bien...

»No soy un inútil».

—¡No soy un inútil! —gritó.

Algo le decía que en cualquier momento se vería obligado a dejar de hacer justicia, de modo que se puso manos a la obra. Imprimió diez copias de su manifiesto, en su propia casa. Luego fue con ellas a una agencia de mensajería exprés, la cual entregaría cada uno de los manuscritos antes

de veinticuatro horas. Barajaba la posibilidad de que algún periodista ignorase su envío, que llegasen a tirar su manifiesto a la basura sin ni siquiera leerlo, pero ellos, los que obrasen de ese modo, se perderían la mayor exclusiva de los últimos tiempos. Su intención con aquel acto nunca fue hacerse famoso, sino concienciar a la población de que había otras alternativas, de que sus actos repetitivos provocaban más daño del que pudieran imaginar. Deseaba que, aunque sus formas de proceder no cambiasen, al menos supiesen que estaban haciendo daño al mundo y a sus habitantes de forma deliberada. Quería que fuesen conscientes de su egoísmo, de su baja moralidad, de que con sus decisiones y con sus compras ellos ejercían un voto: el de mantener un mundo decadente o el de construir un mundo más sano y justo.

Cuando envió los paquetes a los periódicos y diarios nunca pensó que ese mismo día la policía le pillaría *in fraganti* en pleno proceso de «limpieza». Sabía que era probable que su acto adelantara su entrada en prisión, sin embargo, confiaba en que al menos durante unos días vería en libertad la reacción de la gente al conocer el manifiesto. No obstante, estaba preparado para asumir las consecuencias de sus actos.

Junto al manifiesto, escribió una nota aclaratoria:

«Estimados señores. No puedo decirles mi nombre, pero soy el autor de varios asesinatos cometidos en varias poblaciones de la Comunidad Valenciana. El motivo de mis actos no se basa en conocer qué se sentirá al matar, no son actos caprichosos, ni son consecuencia de una enajenación o una locura transitoria. Mis decisiones han sido completamente deliberadas y se sustentan en el manifiesto que les remito. Les pido de corazón que hagan llegar este mensaje a todos los ciudadanos, ya que ellos, y ustedes, deben conocer la verdad, porque, como dijo Jesús: «La verdad os hará libres». Les agradezco su ayuda. Bendiciones a todos».

Firmó la carta con la palabra «Anónimo».

Al día siguiente, varios diarios de tirada nacional le dedicaron la primera plana de sus periódicos. Entre ellos, uno sacó un suplemento añadiendo las cincuenta y tres páginas de su manifiesto. El titular se le quedó grabado en la mente: «El manifiesto de Claudio Garrido Hernández, el asesino proanimales».

## Varias semanas más tarde

Los diarios nacionales siguieron haciendo eco de la noticia durante días. El nombre de Claudio Garrido Hernández pasó a conocerse más allá de España. Para Claudio, aquellos primeros titulares fueron la prueba de que además de repartir algo de justicia, lo había conseguido. Durante meses se estaría felicitando por haber sido precavido, por adelantarse a las negativas de los policías y de los jueces, por mentirles a la cara y hacerles creer que el futuro del manifiesto estaba exclusivamente en manos de la ley. Durante el interrogatorio se vio tentado de desvelar que ya había enviado el manuscrito a diversos diarios, que solo era cuestión de tiempo que pasase a estar al alcance de toda la sociedad. «Hubiera cometido la mayor estupidez de mi vida», se decía mientras paseaba por su celda dentro del Centro Penitenciario de Picassent, recordando una vez más el día en que pasó a estar en manos de la justicia. «Si le hubiera dicho a esos policías que ya había mandado yo el manuscrito a varios periódicos, lo habrían buscado, diario por diario, hasta requisarles toda la documentación. Habría fracasado. Me habría convertido en el inútil que tanto me llamó padre. Sin embargo, el silencio y la prudencia se han convertido en una auténtica victoria. Menos mal que la mirada de desprecio y de odio de aquella inspectora fue como un libro

abierto, la que me hizo morderme la lengua y no decir nada; ella no entendía el motivo de mis actos. No hacía más que juzgarme. Hubiera hecho cualquier cosa por lapidar mis deseos. No obstante, tenía que pedírselo, hacerles creer que si publicaban mi manifiesto, colaboraría con ellos. Necesitaba ganar tiempo y lo conseguí. ¿Ve, padre? No soy ningún inútil».

# Luna roja

27 de julio de 2018

Dos años antes

Estuvo meses sin hacer nada, aunque no fue por falta de ganas. Como él solía pensar, volvía a estar a expensas de otra persona, de sus tiempos. En este caso, del ayuntamientos y sus empleados. Desde hacía meses aguardaba los permisos y la información pertinente para seguir adelante con su proyecto y poder transformar la granja certificada que le dejó su padre en una granja ecológica.

«Este es el último engorde que hago en estas condiciones —pensó mientras conducía—. No pienso tener ni a un solo pollo más en ese tipo de granja. Tendría que estar prohibido por ley. Dentro de un par de días vendrán a llevárselos y yo tendré que pensar en mi futuro.

»La gente va a los comercios y se quedan tan satisfechos al ver la etiquetita de «pollo certificado» o «pollo de granja certificada», como si eso fuese una garantía de calidad, salud o ética. Se supone que los pollos de nuestras granjas deberían ver la luz del sol. Pero no, nos pasamos las normativas por el forro de los cojones y la ley hace el resto haciendo la vista gorda.

»Qué bien se vive ganando cuatro duros más a costa de importarnos todo una mierda, sobre todo, de si el animal que estamos llevando al matadero ha sufrido o ha vivido libre, si ha comido bien o solo ha ingerido piensos de engorde adulterados con hormonas para que crezca más en menos tiempo. Qué bonito es convertirse en un desalmado y que no haya consecuencias. Y lo peor de todo es que al cabo de unos días los llevamos a un matadero. Condenamos a miles de seres vivos a morir solo para saciar nuestra gula».

Eran poco más de las seis de la mañana cuando se levantó. Nada más salir a la calle sintió una bofetada de humedad a más de treinta grados de temperatura. La ropa que acababa de ponerse limpia y seca no tardó en equipararse al ambiente. Sus axilas le dejaron un visible recerco en las sisas de su camiseta. «Esta noche ha hecho un calor de mil demonios», pensó. Apenas pudo pegar ojo. «Ni siquiera los gatos se estaban quietos en un sitio. Según calentaban una zona buscaban otra más fresca donde tumbarse. No me extraña».

Llegó a la granja tratando de no abusar del aire acondicionado, ya que en cuanto saliese a la calle tendría que soportar la segunda bofetada de bochorno.

Aparcó como venía haciendo en los últimos meses, junto a la caseta de Bruno.

—¿Qué tal, muchacho? ¿Tienes suficiente agua? —El perro acudió a su dueño buscando afecto. Después de rascarle y de que el perro le empapase con sus lametones, Claudio se asomó a los comederos para cerciorarse de que no le faltaba nada. Se los estaba rellenando cuando un fuerte hedor a carne en descomposición llamó su atención. Era tan intenso que por unos instantes contuvo la respiración—. Será mejor que vaya avisando a los de *Agroseguro* para que pasen a vaciar los contenedores. Seguramente los cazadores no se hayan llevado los pollos que tiré ayer.

Se vio tentado de asomarse al contenedor para comprobarlo, pero la peste que lo rodeaba le quitó las ganas. «Ya lo miraré luego», pensó. Estaba convencido de que a lo largo del día tendría

que tirar alguno más.

Se dirigió a la caseta para cambiarse de ropa.

Después de uniformarse, fue hacia la nave donde estaban los pollos.

Según puso el primer pie en el interior, una vaharada a podredumbre se precipitó sobre él. El calor y la humedad eran sofocantes, semejantes a los de una sauna. Sintió, además, un extraño escozor en los ojos que le hizo entrecerrarlos. El hedor resultaba insoportable; las náuseas se agolparon en su garganta. Se llevó un antebrazo a la boca para no respirar aquel tufo. Y de pronto se percató del silencio, una inusual calma que sonó en sus oídos como un estruendo en mitad de la noche. Al darse cuenta de lo que sucedía, el corazón empezó a latirle como una caballada desbocada. Se encontró con una estampa que le sería indeleble al recuerdo: miles de pollos tirados en el suelo, algunos sufriendo por la deshidratación, otros muertos o agonizantes a causa de la ola de calor.

A pesar de las arcadas, se quedó petrificado sin saber qué hacer. Alzó la vista hacia las ventanas: estaban abiertas. Miró los ventiladores: estaban parados. Las cintas de tela que normalmente surcaban el aire en un movimiento horizontal y serpenteante se apoyaban con languidez contra el protector metálico de las hélices.

En su mente se agolparon los interrogantes, aunque algo le decía que la respuesta era sencilla: los ventiladores no funcionaban, se había ido la luz.

Se preguntó cuántas horas llevarían los pobres animales sin aire, asfixiándose de calor.

Caminó entre los cadáveres como un soldado que ha visto perecer a los suyos en el campo de batalla. Allá donde dirigiese la mirada encontraba muerte, sufrimiento o agonía.

Sus ojos se anegaron de lágrimas como lo hubieran hecho los de cualquiera al perder a un amigo. Para él resultaba contradictorio saber cuántas veces los había engordado para dejarlos en manos de otros que los matarían. Siempre le dolió. Cada vez que practicaba una eutanasia se convencía diciéndose que lo hacía por su bien, que sería una muerte rápida con la que no sentirían dolor. Y para proteger su mente imaginaba que estrangulaba una tela entre sus manos. Una tela suave y mullida que poco a poco se enfriaría. Nunca quiso ser partícipe de una matanza colectiva o, más bien, de un genocidio autorizado por lo que él consideraba una sociedad viciada. Pero ahora no los estaba entregando para la matanza, sino que, a su entender, él mismo había sacrificado a miles de ellos; aún no sabía a cuantos. Por culpa de sus instalaciones arcaicas y tortuosas, un gran número de pollos habían muerto en las peores circunstancias, asfixiándose poco a poco, viendo morir a los suyos, agonizando.

El suelo de la granja era una alfombra de plumas blancas y manchas marrones. Por un instante contempló una total quietud; pensó que estaban todos muertos. Pero no. El cacareo débil e interrumpido de uno de los pollos le hizo entender que, aunque apenas se movían, una buena parte seguía con vida. Aquel que llamó su atención no dejaba de intentar piar, pero con suerte solo podía emitir algún que otro «pio» apenas audible. Entre intento e intento, Claudio percibió su agonía, sintió que le pedía auxilio, que le imploraba que acabase con su sufrimiento. De modo que se acercó a él y lo desnucó. Lo dejó en el suelo, se irguió y oteó aquel desastre en busca del siguiente animal moribundo. Algunos pollos, los que sobrevivieron a aquellas condiciones tortuosas y asfixiantes, aunque despacio y débiles, se alejaron de él al sentir que se erguía. Sin embargo, no tuvo que desplazarse mucho, el siguiente pollo moribundo lo encontró a escasos centímetros. Este estaba quieto. Tampoco emitía sonido alguno; solo parpadeaba. Sus grandes ojos negros le miraron y él los contempló un instante. «Lo siento», le dijo, y se inclinó para cogerle entre sus manos y desnucarle también.

Peinó la granja palmo a palmo, apartando a los que seguían vivos y llorando por cada animal que seguía sufriendo, despidiéndose de cada uno de ellos con un «lo siento», y desnucándoles a continuación.

Aquella madrugada les practicó la eutanasia —por obligación y por «su negligencia»— a más de ciento cincuenta pollos de un total de catorce mil setecientos noventa y tres. De esos catorce mil, cuatro mil seiscientos ochenta y nueve pollos ya estaban muertos cuando llegó.

Tras eso, avisó a *Agroseguro* para notificarles el accidente y solicitarles que pasasen a vaciar los contenedores; a su vez, hizo los trámites oportunos para adelantar un par de días la recogida de los pollos supervivientes, ya que su peso cumplía con los parámetros mínimos exigidos y necesitaba asegurarse de que su sufrimiento acabaría cuanto antes. La granja se quedó «limpia», a expensas de un futuro incierto.

Al terminar la jornada, ese día se llevó a Bruno a casa. Estaba harto de tenerle encadenado a la caseta de la finca. Aunque su correa tenía bastantes metros de longitud, no quería volver a ver a uno de sus animales preso o limitado por su culpa. A partir de entonces, Bruno viviría en casa con él, irían y volverían juntos al trabajo. Aunque aún no sabía cuándo sería ese día. Debía meditar si volvería a criar pollos, aunque fuesen de forma ecológica o si se dedicaría a algún otro oficio, tal vez fontanero, montador de muebles o cualquier otra profesión que no tuviese nada que ver con los animales. Pensó incluso en la posibilidad de hacerse agricultor de naranjas u olivas. Lo único que tenía claro era que quería meditarlo con calma.

Subía las escaleras del portal con Bruno a su lado. Al pasar por delante de la puerta del piso de su vecino Jaime Ruiz oyó ladridos y a este dando gritos. Los repentinos lloros del perro le hicieron entender que su «amo» acababa de pegarle.

«Un día me va a oír ese condenado», pensó mientras ascendía el último tramo de escaleras. Bruno jadeaba a su lado, ajeno a la ira que rondaba por sus entrañas.

Cuando fue a abrir la puerta de su casa se dio cuenta de un detalle que había pasado por alto: los gatos. Aunque sabía que eran leyendas urbanas que los perros y los gatos se llevaban mal y que no podían convivir bajo el mismo techo, tuvo miedo de que al ser adultos hubiese enfrentamientos al menos los primeros días.

Como de costumbre, al oír la puerta, Cronos y Yaima salieron a recibirle. La tensión entre los tres animales fue palpable. Por un momento pensó que los gatos saltarían sobre el perro con las uñas sacadas y que entre el uno y los otros dos acabaría con más arañazos que una persona cayéndose a un zarzal. Sin embargo, a pesar de que los felinos retrocedieron varios pasos con los pelos erizados, poco a poco se fueron acercando a Bruno, el cual Claudio tenía bien sujeto del collar. Cronos y Yaima se le aproximaron; primero el macho, luego la hembra. Empezaron un curioso baile de reconocimiento. De pronto Bruno le dio un lametazo a Cronos y este se fue corriendo. Yaima, en cambio, aunque no llegó a tocarlo, se quedó cerca, observándole. Tras varios minutos, al fin Claudio soltó a Bruno, que siguiendo sus instintos, se fue corriendo a olisquear a la gata. La gata se dejó olfatear un par de veces antes de terminar huyendo igual que el macho.

—Bueno, al menos no han habido hostias —dijo dejando la correa al lado del cuenco de las llaves.

Sin embargo, aunque el cuadro fue amigable, su estado de ánimo permanecía asolado. Cada vez que cerraba los ojos su mente revivía las tétricas escenas de la granja, el olor, el calor, su agonía;

con ello, un nudo en la boca del estómago le recordaba que él era el único culpable de todo aquello.

Se fue al dormitorio a cambiarse de ropa. Pensó que le vendría bien una ducha fresca. Cogió un calzoncillo y una camiseta de tirantes. Lo llevó al cuarto de baño y lo colgó de la percha situada detrás de la puerta. Se detuvo ante al espejo. Aún tenía los ojos rojos. Rodeándolos, una marcada sombra le perfilaba una mirada cansada y enfermiza. Y de pronto se vio desnucando uno a uno a cada pollo. Miró sus manos: aunque estaban limpias, los remordimientos le hicieron verlas manchadas de sangre.

—Será mejor que me dé una ducha.

Se desnudó con desgana y entró en la bañera. Abrió el grifo del agua, haciendo que la presión le golpease la cabeza. Y de nuevo surgió entre sus recuerdos la cantidad de veces que había limpiado con agua a presión la granja después de engordar una remesa de pollos y entregárselos a los ganaderos para su sacrificio.

—He sido el responsable de miles de muertes. Los he tratado como si fuesen..., nada. Como si fuesen un objeto. Algo sin vida, sin sentimientos. Nadie puede negar que los animales sienten. Hay vídeos de vacas, perros, osos, gatos, cerdos, llorando...

»Los cerdos... —La angustia se transformó en náuseas. Allí mismo, bajo el agua fría, estuvo a punto de vomitar; si no hubiera tenido el estómago vacío no habría podido evitarlo. Cerró los ojos y sus mejillas se mojaron no solo de agua dulce. Su mente reprodujo el día de San Martín en La Estornera.

10 noviembre de 2017

Varios meses antes

Hacia un par de días que se habían llevado a los pollos a los ganaderos que se encargarían de matarlos y distribuirlos para su venta al consumidor.

Ayudado por el tractor, arrastraba hacia el portón trasero de la granja la gallinaza que había quedado del último lote de pollos. Los excrementos y la paja húmeda caían al estercolero generando una hedionda montonera de bacterias e infección. Trabajaba con una mascarilla para evitar inhalar el aire que, de vez en cuando, según la caprichosa dirección del viento, abofeteaba su cara obligándole a tragar los efluvios de aquella pila de insalubridad.

«No puedo hacer esto toda mi puñetera vida. —Los ojos se le humedecieron—. No quiero convertirme en un salvaje igual que el resto, igual que padre.

»Llevo más de cinco años haciendo lo mismo, y ya está bien, joder. Debería hacer algo.

»Que padre muriese podría haber sido una ventaja: una casa pagada, dinero en el banco, la granja a mi nombre... Pero..., bah, no sé. Esto es como el que quiere cambiar de trabajo pero luego, la comodidad o la estabilidad, o una mezcla de ambas, le sirve de excusa para no mover el puñetero culo.

»Supongo que a fin de cuentas no es otra cosa más que cobardía. Odio que padre tuviese razón. Tal vez soy un bueno para nada. Nunca creyó en mí. Nunca. Y ahora le estoy dando la razón.

»Las granjas ecológicas no funcionan así.

»Aquel amigo de padre... Guillermo. Sí, tal vez él sepa cómo funcionan las granjas ecológicas y me pueda explicar qué necesito para transformar la mía en una de ellas.

»Sí, cuando acabe de limpiar la gallinaza iré a hacerle una visita. Aunque no me apetece una mierda, pero bueno. Se lo debo a los pollos.

Un par de horas más tarde, después de cambiarse de ropa y en compañía de Bruno, se acercó a la granja del que un día fue un vecino de granja y colega de su padre. Desde que le tomó el «relevo» a su progenitor, apenas le había visto en un par de ocasiones; ambas porque Guillermo Roca se pasó a saludarle.

—¡Hombre! ¡Dichosos los ojos! —exclamó Guillermo, sonriente. Bajó del tractor y se dirigió a la valla para abrirle, como si realmente le conociera de algo.

—Hola.

—¿Qué tal, hijo? ¿Cómo va todo? Hacía muchísimo que no te veía —lamentó, desplazando la puerta.

—Bueno, lo voy llevando.

—Sí, se le echa de menos a tu padre, ¿eh?

—Ah, no; no lo digo por eso. —Guillermo arrugó el ceño ligeramente. Creyendo que Claudio le estaba gastando una broma, lanzó una risa picarona.

—Vale, vale. Entiendo. —Claudio se quedó mirándole sin decir nada, cosa que pareció desconcertar a Guillermo—. Bueno, supongo que tu padre era un poco peculiar, pero en el fondo era buena persona.

—Sí. En el fondo. Supongo que con la gente de fuera era más amable. Un rasgo típico de los maltratadores, ¿no? —Cejijunto, Guillermo le miró sin saber qué contestarle—. En fin, no he venido a verte para hablar de padre —dijo dedicándole una sonrisa apaciguadora—. Me gustaría preguntarte si sabes algo sobre las granjas ecológicas.

—¿Las de pollos?

—Sí.

—¿Y eso? ¿Acaso te quieres pasar a esa moda? —expuso desenfadado, rozando la burla.

«Ahora resulta que tratar bien a los animales es «una moda». Interesante».

Claudio tomó aire por la nariz.

—Sí.

—Bueno, bueno... Muy bien. Pues sí, algo sé. Pero me temo que ahora no tengo tiempo para explicártelo como Dios manda.

—Vaya.

—Sí, es que mi señora me espera para que nos vayamos al pueblo. Ya sabes cómo son las mujeres, no se las debe hacer esperar si no quieres que te dejen a pan y agua durante una semana.

—Rio—. Nos vamos al pueblo, que mañana hay fiesta.

—Bueno, no te preocupes. Ya hablaremos entonces en otro momento.

—Hace años vino tu padre, ¿no te acuerdas?

—¿Yo? No, la verdad es que no lo recuerdo.

—¡Oye! ¡¿Y por qué no te vienes tú este año?! —

—¿Yo? No, no. No te preocupes. Ya me lo contarás la semana que viene. Supongo que no hay prisa.

—Sí, bueno, no hay prisa, pero... ¿Acaso tienes mejores planes? Venga, anda. Hazme ese honor, así verás el pueblo de mi señora; está bonito. Te presentaré a gente; te caerán todos muy bien. Además, solo es un día.

—No sé. Es que...



—Insisto. Ya lo pensé el año pasado y al final no te dije nada. Pero este año no hay excusa. Claudio resolló. No sabía qué hacer. Guillermo esperaba una respuesta.

—¿Pilla muy lejos? ¿Cómo se llama el pueblo?

—*Nah*, qué va. A unas dos horas y media en coche. Venga, anda. Anímate. El pueblo se llama La Estornera; ahora te mando un mensaje al móvil con las coordenadas para que puedas llegar. Nosotros, ahora en cuanto llegue a casa, cogeremos los bártulos y nos iremos para allá. Como te puedes imaginar, tenemos allí una casita. La heredó mi señora de sus padres. Ya sabes, lo típico. ¿Quién si no va a querer comprarse una casa o un terreno en un pueblucho al que no le une nada? —Claudio lo escuchaba conteniendo las ganas de hacerle callar—. Ah, por cierto. Tráete ropa de abrigo, en cuanto se va el sol allí hace un frío de pelotas. Mi señora siempre me lo recuerda y trato de abrigarme, pero siempre acabo agarrándome algún constipado. Aunque... Estoy pensando que si quieres puedes venirte y dormir allí. Estás invitado. Tendría que decírselo a mi señora, pero...

—No, Guillermo, no. No te molestes.

—¿Molestia? Qué va. Ninguna.

—No, en serio.

—Vale. Acepto que no vengas a dormir, pero mañana te quiero ver allí sin falta. —Estuvo a punto de declinar su oferta cuando Guillermo siguió comiéndole la cabeza—. Se lo debo a tu padre. Así que, vamos, hombre, lo pasaremos bien. Será como en los viejos tiempos.

—¿Los viejos tiempos?

—Sí. Bueno. Yo sé lo que me digo. Te mando entonces la ubicación, ¿vale? Te enseñaré el pueblo, tomaremos unos chatos o, mejor aún, probarás la mejor cazalla de todo Teruel, ya verás. La elabora uno de allí del pueblo: Jesús; ya te diré quién es. En fin, vendrás, ¿no?

—Está bien.

—Estupendo. A ver si puedes llegar sobre las ocho.

—¿De la mañana?

—Sí, de la mañana. Bueno, sé que es un poco temprano, pero como estás acostumbrado a madrugar... —Claudio le miró con cara de circunstancias—. Bueno, por eso decía lo de que te vinieses hoy. Así duermes allí y el madrugón no es tanto.

—No, no. Está bien. Estaré allí a las ocho de la mañana.

—Estupendo entonces —dijo dándole con la mano abierta un par de golpecitos en el hombro—. Hijo, tengo que largarme si no quiero que sea mi señora la que me largue a mí. —Rio despreocupado mientras pasaba por su lado para cerrar la finca.

«Lo mismo se cree que tiene gracia o algo».

—¡Bruno! —vociferó Claudio para que el perro volviese de su improvisada escapada en solitario—. ¡Bruno! ¡Venga, que nos vamos!

«Si lo sé no vengo —pensó entre grito y grito».

—Mañana te explico eso que me habías venido a preguntar de las granjas «finas» —dijo Guillermo al tiempo que se dirigía a su Range Rover, se montaba y lo ponía en marcha—. Por cierto, si cuando estés llegando ves que te pierdes, me llamas. Pero no lo creo. Sigue las indicaciones del GPS y no tendrás problemas.

—¿Debo llevar algo?

—Salvo la ropa de abrigo, no. Allí tenemos de todo. Bueno, venga. Hasta mañana.

Cerró la puerta del vehículo y se largó a toda prisa dejándole comiendo el polvo que había levantado.

—Me cago en la madre que me parió. Joder. No, si ya lo decía padre: «Medio imbécil». Con todo lo que habla ya me lo podía haber explicado sin meterme en sus malditos embrollos.

11 de noviembre de 2017

## La Estornera

—Oye, acuérdate de que tenemos una charla pendiente —expuso Claudio, yendo al grano. A fin de cuentas había ido allí exclusivamente por eso.

—¡Ay, sí! A ver. Lo de las granjas eco. ¿De verdad te vas a unir a esa moda? Es muy costoso.

—Tengo la intención, sí.

—Bueno, bueno, yo no me meto. A ver, ya sabes cómo funcionan nuestras granjas. Porque la tuya es certificada también, ¿no?

—Sí.

—Claro, algo hay que poner en los papeles —dijo irónico—. Bueno. El tema de las eco está súper vigilado, no es nada fácil hacer el cambio; tendrías que cambiar las instalaciones de arriba abajo.

—Imagino.

—En las granjas ecológicas tienes que tener un espacio al aire libre para que los pollos salgan y entren a su antojo. Las naves tienen unas puertecillas por las que puedan moverse a sus anchas. Como podrás imaginar, los animales aprovechan y se pasan más tiempo fuera que dentro. El tiempo de engorde también es distinto. Los nuestros tardan una media de sesenta o setenta días en coger el peso y el tamaño, mientras que los ecológicos tardan unos noventa días en coger los cuatro kilos.

—¿Por qué?

—En parte, por la comida. A los nuestros se les da un pienso vegetal; ya sabes el lío que hubo hace poco de cuando encontraron que se les echaba carne y salieron a la luz temas de enfermedades, problemas sanitarios y cosas de esas. Ahora los piensos son cien por cien vegetales. Los de las granjas ecológicas también, pero sus piensos además son ecológicos, nada de transgénicos ni pesticidas ni medicamentos. —Claudio comía y le escuchaba mientras Guillermo hablaba y bebía su chato de vino—. Tampoco se les vacuna ni se les hormona para que crezcan y engorden más rápido, por eso tardan más tiempo en crecer.

»En las ecológicas es todo salud: bienestar para el animal y salud para el animal y el consumidor. ¿Por qué te crees que cada vez hay más personas obesas? No son solo las fritangas, el pan, los bollos, el azúcar o el alcohol que nos metemos para el cuerpo; la propia carne que comemos es de todo menos sana, da igual del animal que provenga. Bueno, los que comen ecológico al menos saben que no se están echando a las tripas tanta mierda como los que comen carne normal. Francamente, no conozco a ningún granjero que coma el animal que engorda. Yo, por ejemplo, llevo sin comer pollo desde que empecé en este negocio.

—¿Y la demás carne sí la comes?

Río despreocupado.

—Sí. Ya sabes eso de «ojos que no ven...».

—Ya, pero aun así tú estás al corriente de lo que se le da a cualquier animal para engordar, cómo se les trata o cómo se les sacrifica, entonces... —Claudio no llegaba a entender su

argumento, para él, más que excusas eran formas estúpidas de obrar.

—Sí, pero, está tan rica... Además, de algo hay que morir, ¿no?

«Si fueses tú una vaca o un cerdo no pensarías igual —pensó Claudio—. Aunque claro, gracias a tu necedad me dirías que los animales no piensan. ¿Y tú qué sabrás, paleta? Y aun así, ¿acaso te crees que tampoco sienten?».

—Ah —dijo Guillermo de pronto—, el tema de la ventilación y la calefacción tengo entendido que también es distinto. De todas formas, creo que lo mejor sería que llamas al ayuntamiento para que te informen como Dios manda.

«¿Para eso me ha hecho venir hasta aquí? Seguramente, en el mismo tiempo que he tardado en llegar a su puñetero pueblo, habría encontrado esa misma información buscándola en internet, tal vez incluso más».

—Sí, tendré que ir —dijo Claudio tras tragar el último trozo del pincho y beberse lo que le quedaba de cerveza.

«Esto me pasa por gilipollas».

—Qué, estaba rico, ¿eh?

—Sí, un manjar —le contestó irónico y con desgana, pero su anfitrión no se dio por aludido y, satisfecho, se echó al gaznate lo que le quedaba del chato.

—Pues vámonos, venga. Luego ya tendremos tiempo de volver y de que pruebes la cazalla. — Se puso en pie—. ¡Chimo, nos vamos! ¡Luego te pago!

—¡Cuando quieras! —dijo el dueño del bar alzando el brazo.

«Parece que les gusta hablarse a berridos», pensó Claudio mientras seguía a Chimo con la mirada y veía cómo se sentaba a una mesa con tres hombres que acababan de llamarle también a gritos. «Los acaba de llamar borrachos, con total desprecio, y ahora, ¿va y se sienta con ellos como si nada, con una sonrisa en la cara? La gente es una hipócrita».

—Vamos, que aún es pronto, con un poquito de suerte no nos habremos perdido nada.

Salieron del bar y caminaron atravesando las calles de La Estornera. Guillermo continuó hablando mientras Claudio se lamentaba, en silencio, de estar allí.

—Mira, ya vienen con el cerdo —dijo Guillermo alegre.

Su seguridad desconcertó a su invitado.

«¿Un cerdo? ¿De qué habla?».

Sin embargo, Claudio no preguntó.

Cuatro hombres, sonrientes, acompañaban al gorrino dirigiéndole con unas varas. La sonrisa de sus caras le hizo entender que era algo divertido para ellos. No obstante, el que captó toda la atención de Claudio fue el animal: estaba tan gordo que estimó que pesaría el doble que él.

Mientras Guillermo saludaba a los «pastores», Claudio no supo hacer otra cosa más que contemplar la escena.

«¿Dónde narices van con el cerdo?».

Reunidos, anduvieron en silencio hasta un garaje.

Entraron.

Y una vez dentro, Claudio se sintió en el mismísimo infierno. Las escenas se sucedían rápidas, inevitables.

Los rostros de satisfacción de unos y las palabras de ánimo del resto le resultaban desconcertantes. Su corazón empezó a latir acelerado igual que los gritos de desesperación del cerdo cuando fue punzado por el primer gancho. Unos chillidos que le hicieron sentir que sus

tímpanos habían sido atravesados por centenares de agujas al rojo vivo. Las lágrimas se le saltaron al tiempo que la respiración se le cortaba. En cambio, el resto de su cuerpo se quedó envarado ante aquel cuadro, sin ni siquiera poder apartar la vista de esa pesadilla que le perseguiría durante demasiadas noches.

Cuando el primer hombre clavó el gancho en el cuello del cerdo, el animal hizo el resto: de puro instinto, al tratar de huir, se lo clavó más adentro. Claudio se sintió como si todo a su alrededor, incluido él mismo, fueran parte de un mundo onírico; los segundos transcurrían con parsimonia, contrarios a su deseo de que aquello acabase. Y es que, para sus sentidos, todo permanecía aterido. Todo, salvo los hombres. Todo, salvo el cerdo y sus gritos. Todo, a excepción de su angustia e impotencia. La escena seguía su ritmo ajena a su control. Y no entendía por qué. Por qué aquel asesinato; por qué aquel disfrute, por qué había acabado él en aquel garaje. «¿Acaso se creían que yo también iba a disfrutar con esta salvajada?», se lamentó. Su mente no entendía por qué aquellos hombres tenían tanta ansia de hacerle daño a otro ser vivo, de arrancarle la vida, aunque fuera de otra especie. El padecimiento de Claudio se convirtió en agonía en el momento en que se dio cuenta de que no podía hacer nada, solo desear que terminase el sufrimiento del cerdo. Ajenos a sus deseos, los cinco hombres siguieron. El primero en clavarle el garfio aún lo sujetaba. Ayudado por el resto de hombres, subieron al gorrino a una mesa de madera. Una vez encima, uno de ellos corrió a coger un segundo gancho y se lo clavó en una de las patas delanteras. Entre ambos tiraron del cerdo hacia ellos, sin importarles los desgarres, el dolor o el miedo que le estaban causando. A riesgo de herniarse, tiraron de él hasta dejarle con una pata y con la cabeza colgando fuera de la mesa.

Mientras se desangraba, una mujer, ayudada por un palo comenzó a remover la sangre del cubo. El hedor de esa carnicería empezó a provocarle nauseas.

Deseó huir de aquel lugar, pero sus piernas no respondían.

La matanza siguió.

Guillermo fue el responsable de hincarle un cuchillo y rajarle de arriba abajo. «¿Pero no seguía vivo?», se afligió Claudio cuando vio que las tripas le quedaban colgando fuera del cuerpo. Una parte de él lloraba y se desgañitaba por el dolor que el gorrino estaba padeciendo, otra, porque sabía que aquel animal no sería el único en ser destinado a ese fin, en recibir ese tipo de muerte. Su vista se nubló tras una cortina de lágrimas que aguantó sin derramar. «Cinco bárbaros sobre un animal indefenso». Sintió ser él ese animal. Una nueva arcada subió por su esófago haciéndole salir corriendo a la calle. Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta. Junto a la fachada de una casa, a escasos metros de aquel lugar infernal, vomitó el pincho, la cerveza e incluso el café que se había bebido por el camino. Las lágrimas se le derramaron finalmente. Sentía un dolor tan lacerante como el filo del cuchillo que Guillermo había empleado para rajarle al cerdo. Se limpió la boca con el dorso de la manga y las lágrimas con las manos. Y comenzó a andar sin rumbo. No sabía a dónde iba; solo deseaba encontrar el coche y largarse de aquel pueblo de bestias.

—¡Oye, chico! ¡¿Dónde vas?! —escuchó a su espalda. Por la voz supo que era Guillermo. Se cercioró de tener la cara seca antes de girarse.

—Me voy a casa.

De una carrera llegó hasta Claudio.

—¿Qué? Pero hombre, acabamos de empezar. Ahora lo despiezaremos. —Claudio no podía comprender cómo podía hablar de descuartizamientos y sonreír al mismo tiempo, cómo no podía entender lo que estaba pasando. Y, como solía hacer, siguió hablando—. Luego te llevas un trozo

de costillar y unas pancetas; ya verás que ricas están. También solemos preparar morcilla. En serio, la tienes que probar.

—No pienso probar nada. Es más, ten por seguro que no voy a volver a comer un trozo de carne en lo que me resta de vida.

Guillermo rio.

—Eso lo dije yo la primera vez que vi una matanza. Pero, *bah*, era un crío. Te pasará lo mismo. Esta vez fue Claudio quien sonrió de medio lado.

Se dio media vuelta y siguió su camino.

—¡Oye!

Pero Claudio continuó andando hasta el coche, haciendo caso omiso a sus llamadas. Solo quería escapar de allí.

27 de julio de 2018

El agua seguía azotando su espalda. Se acuclilló y se abrazó las piernas como si aquel gesto pudiera borrar el pasado, pero al tiempo que lo hacía escuchó los vívidos gritos del cerdo retumbando en sus oídos, estremeciéndose aún más y sin consuelo.

»Ya basta —imploró entre sollozos—. Pero los chillidos no cesaron, y el olor a putrefacción y muerte, el mismo que inhaló en la granja durante todo el día, se unió a su tormento.

Permaneció un largo rato bajo el agua.

Después de aquello se tumbó en el sofá y se quedó traspuesto.

Fueron los lametones de Bruno los que evitaron que se quedase allí hasta la mañana siguiente.

Los gatos «amanecieron» enroscados a sus pies, uno al lado del otro. Para Claudio era raro tener a un perro en casa; tendría que acostumbrarse a sacarlo a pasear, pero el esfuerzo lo haría con gusto. Miró el reloj del móvil: las 22:12.

—Está bien, Bruno. Vamos a dar un paseo.

Se puso un pantalón corto, unas zapatillas deportivas y una camiseta de manga corta. Le puso la correa y salieron.

Según bajaba las escaleras se topó con su vecino Jaime Ruiz. Salía de casa dándole tirones del cuello a su perro, esta vez, sin soltarle ningún improperio. Pero la «calma» duró poco. Por un momento Claudio se olvidó de que él también llevaba compañía: Bruno dio un tirón para acercarse al perro del vecino.

—Aparta a tu chucho —dijo Jaime en un tono despreciable, tirando de su animal hacia atrás.

—¡Eh, contrólate!

—¡No tengo que controlarme una mierda, entrometido!

—Puto estúpido...

Claudio sujetó a Bruno mientras Jaime seguía bajando las escaleras dándole fuertes sacudidas a su perro.

Se vio tentado de darle una patada por la espalda y hacer que se empotrara contra la pared de enfrente. «Te has librado porque te has quitado de mi vista antes de que me diese tiempo a reaccionar. Si no hubieras salido corriendo con el rabo entre las piernas...».

Respiró profundo varias veces antes de seguir su camino. Cuando llegó a la calle no vio rastro

de Jaime ni de su perro.

—Qué valiente eres cuando se trata de maltratar a un ser indefenso. —Susurró como si Jaime pudiese oírle, sintiendo aún la rabia por dentro—. Y cómo cambia el cuento cuando un hombre te planta cara, entonces te largas como un maldito cobarde.

Bruno tiró de él con ansia y, como por arte de magia, aquella sacudida le arrancó la rabia, dejándole con una sonrisa en los labios.

—Te falta un poco de educación, amigo —le dijo resignado, sabiendo que antes o después, si iba a vivir en casa con ellos —sus gatos y él— tendría que empezar a amaestrarlo.

—Hoy dejaré que dirijas el paseo. No quiero acabar con un brazo menos —le dijo a Bruno.

Al doblar una esquina se topó con una pareja joven. Estaban parados en mitad de la calle, mirando al cielo. Claudio alzó la vista siguiendo la dirección de sus miradas y vio una espectacular luna anaranjada, aunque su deleite duró el tiempo que Bruno consintió. El animal tiró de él como con ansia de conocer el vecindario. Siguieron caminando, pasando al lado de la pareja que contemplaba con embelesamiento la luna.

—Han dicho que va a ser uno de los eclipses más largos de los últimos años —le decía la chica a quien Claudio dio por hecho que era su novio. Estaban cogidos de la mano.

—Sí. A mí me recuerda a las pelis de hombres lobos y vampiros —respondió él.

—Mucha tele ves tú.

—Solo he dicho que me recuerda a eso, no que crea en ello.

La chica se rio.

Poco a poco, según se alejaba con Bruno, fue dejando de entender lo que decían.

Caminaron un largo trecho y lo único que seguía perenne era esa enorme luna que cada vez se teñía más de rojo.

«Cuando llegue a casa lo buscaré en internet. No sabía que hoy había un eclipse».

—Vamos, Bruno —dijo tirándole con suavidad de la correa—. Vamos, chico, que me está doliendo la cabeza. Me apetece meterme en la cama y dormir. Posiblemente, mañana vaya más tarde a la granj... No. —Notó cómo se le hacía un nudo en el estómago; sus ojos volvieron a humedecerse. Durante unos minutos su mente había conseguido borrar el desastre—. Se me había olvidado que ya no me queda ningún pollo, que por mi culpa unos han muerto agonizando y a los otros los he condenado mandándolos al matadero —susurró apesadumbrado. Se secó las lágrimas antes de insistirle a su perro en que era hora de regresar a casa.

De vuelta, al tiempo que avanzaban, contempló la luna roja. Su influjo resultaba embriagador. Parecía transmitir algo que no sabía cómo interpretar.

«Mamá, estoy convencido de que te hubiera gustado ver este espectáculo con tus propios ojos. Es precioso».

Cuando se quiso dar cuenta estaban llegando al portal. Para su sorpresa, el vecino estaba a punto de entrar en el bloque.

—Vamos, Bruno —dijo aligerando la marcha. Tenía ganas de toparse nuevamente con Jaime, incitarle, provocarle hasta que volviese a decirle lo más mínimo y entonces responderle con cuatro cosas bien dichas.

Aceleró el ritmo hasta casi correr.

La puerta acababa de cerrarse. Metió la llave en la cerradura y abrió presuroso.

Con toda la malicia del mundo y sabiendo que Bruno saldría corriendo al encuentro del perro del vecino, soltó su correa.

Claudio anduvo a paso ligero hacia ellos mientras los oía subir las escaleras. Al ruido de

pisadas se sumaron los improprios de Jaime contra su propio can. Los ladridos de Bruno despertaron los del otro animal. Entre ambos iniciaron un concierto improvisado, el cual Jaime trató de silenciar a base de gritos histéricos. El escándalo resonaba en toda la escalera. Por suerte, en el bloque no había más vecinos a los que molestar. Claudio los alcanzó justo delante de la puerta de la vivienda de Jaime, en plena faena:

—Quita, puto chuchó —le vociferaba a Bruno al tiempo que le soltaba una patada que apenas le rozó.

—El único chuchó que hay aquí eres tú, asqueroso —respondió Claudio embravecido.

—¿Qué has dicho?

—Lo que estás oyendo, mierdoso. Como vuelva a verte maltratando a un animal te corto el puto cuello.

Los ojos de Jaime se encendieron en ira mientras los perros se seguían olisqueando a escasos centímetros de los hombres.

—¿Me estás amenazando? —preguntó con voz contenida.

—¿Acaso no ves que sí?

Sin que le diera tiempo a impedirlo, Jaime le propinó una patada a Bruno en el vientre, con tanta fuerza que el perro se alzó unos centímetros del suelo. Como pudo, renqueante y quejumbroso, el animal se alejó del maltratador.

Claudio se abalanzó contra su vecino igual que un miura contra un banderillero, con la ventaja de que el verdugo, en este caso, iba desarmado. Le propinó un puñetazo en la cara. Luego otro. Y otro. Sus puños chocaban contra el rostro de Jaime y en su cuerpo como si fuese un saco de boxeo relleno de trapos viejos. El perro del vecino empezó a ladrar a Claudio. «Pobre alma inocente: a pesar de que le ha maltratado desde que era un cachorro, le guarda fidelidad a este asqueroso».

Debido a los golpes, Jaime cayó al suelo, momento que aprovechó Claudio para quitarle las llaves que llevaba en la mano. Abrió la puerta de su casa. Un hedor a putrefacción le hizo echar la cabeza hacia atrás y taparse la boca y la nariz con el interior del brazo. Tomó una honda inhalación y retuvo el aire en sus pulmones mientras le arrancaba de las manos la correa de su perro y lo metía en el domicilio. Una vez apartado el perro, Claudio volvió a por Jaime.

—¿Quieres que te devuelva —le increpó Claudio al tiempo que le daba una patada en las piernas— todas las patadas que les has dado tú a todos los animales que han caído en tus asquerosas manos, andrajoso de mierda?!

Le dio una patada más, en la boca, haciendo que un par de dientes le salieran volando, llenándose las zapatillas de sangre. Se acuclilló junto a su mareado vecino y le dejó las llaves al lado.

—Y ahora, si tienes huevos, vas a la policía a denunciarme. A ver a quién le dan la razón.

Entre toses, Jaime trató de levantarse, consiguiéndolo no sin dificultad. C cogió las llaves y se dirigió a la puerta de su piso. Claudio le observaba; le resultaba raro que no le dijese nada. Algo estaba tramando, algo que le decía que aún no debía marcharse a casa.

Encorvado y con una mano tapándose la boca para frenar la hemorragia, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. Con dificultad se puso tras la lámina de madera. Nada más entrar, su perro comenzó a olisquearle, a menear el rabo, incluso, se puso a dos patas apoyándose en él. Parecía sonreírle. «Pobre animal», pensó Claudio. Y de pronto llegó lo que temió que sucediera:

—No te denunciaré. Te daré donde más te duele. No es la primera vez que me cargo a un puto perro —dijo Jaime mientras cerraba la puerta ante la mirada atónita de Claudio. En una décima de segundo su rostro sangrante se fue perdiendo tras un espacio entre la puerta y el cerco cada vez

más estrecho—. Le daré la misma paliza que tú a mí. —Zanjó cerrando con un portazo, haciéndole sentir lento y torpe—. ¡Me lo cargaré! —vociferó Jaime desde el otro lado de la puerta.

Los gemidos del perro no tardaron en escucharse.

—¡Abre la puerta! —chilló Claudio fuera de sí. Pero ya no podía hacer nada. Su vecino se estaba cobrando su venganza.

«Se cargaría a su mismísima madre si estuviera viva. Está loco. Es un maldito tarado, un sanguinario, un asqueroso con problemas mentales, y yo me he convertido en su excusa para que siga haciendo daño».

El corazón le latía descontrolado.

—¡Abre la puerta! —volvió a reclamar, sintiéndose cada vez más pequeño y vulnerable, sabiendo que era estúpido gritarle o rogarle nada. Pensó en llamar a la policía, pero entendió que era demasiado tarde: el perro había dejado de ladrar, de gemir, de llorar; había sido asesinado por aquel desalmado.

Claudio subió a casa con Bruno observándole con detenimiento. Parecía que el animal iba reponiéndose, que comenzaba a andar con normalidad. Las lágrimas rodaban por las mejillas de Claudio dejando un reguero de pena, rabia y deseos de venganza.

Subió cada escalón sintiendo los nudillos doloridos por los puñetazos que acababa de propinar a Jaime.

«Has derramado mucha sangre, puto apestoso, pero no la suficiente.

»Con lo fácil que hubiera sido rematarlo mientras estaba en el suelo...».

Se sintió estúpido por permitirle huir, encerrarse en su casa, amenazarle y, lo peor de todo, ser incapaz de evitar que asesinara al perro.

«¿Por qué no se castiga con la cárcel a gentuza como él? Pero no, una multa y a correr.

»No. La gente que maltrata o asesina a los animales es el escalafón más miserable y prescindible de la sociedad. Un niño o un anciano puede hablar, ¿pero los animales? No, ellos no pueden hacer nada, no pueden defenderse, no pueden denunciar o poner a alguien sobre aviso para que les ayude.

»Esto no puede seguir así».

Abrió la puerta de casa. Bruno pasó antes que Claudio, ajeno a lo que su dueño estaba padeciendo. Caminó hasta el sofá y se sentó inclinado hacia delante. El animal le miraba con sus grandes ojos marrones, con esa expresión de bondad que, para Claudio, tan pocos humanos conocían en sí mismos. E interpretó la pena en ellos, como si estuviese implorándole ayuda, que le protegiese a él o a cualquier otro animal.

—Lo siento, amigo. Lo siento mucho —sollozó mientras se acuclillaba a su lado y lo abrazaba. El animal se dejó estrechar entre sus brazos y recibió con gusto las caricias que su dueño le hacía en la cabeza—. Menos mal que eres fuerte. Pero no te preocupes, no volverá a ponerte un dedo encima. Ni a ti ni a nadie. Más bien todo lo contrario: servirá de pasto para los gusanos.

Claudio se sentía roto por dentro, pero estaba decidido. A pesar de la existencia y el esfuerzo de grupos como algunas ONG o de los centros de acogida para animales que buscaban su cuidado, su protección o facilitarles un hogar donde ser felices, a su entender, el mundo era muy grande y la maldad del ser humano incalculable. Sufría por el mero hecho de pensar que muchos de ellos seguirían padeciendo sin que nadie pudiera ayudarlos, a manos de predadores, de maltratadores, de descerebrados y de inconscientes que tan solo buscarían un beneficio económico o su placer personal.

Le parecía tan lamentable llegar a ese extremo...



Se limpió la sangre de las manos, pero las magulladuras durarían unos días. Mientras lo hacía, su mente empezó a buscar el «cómo». Estaba dispuesto a matar a cualquier miserable sin alma que disfrutase haciendo daño a los animales, que les fuese indiferente su sufrimiento o estuviese ganando dinero a su costa. Para él, los niños, los ancianos y los animales eran el colectivo más indefenso de la sociedad, y alguien debía no solo aportar concienciación, sino también, y con más urgencia, pararles los pies. Siempre fue partidario de la ley del talión. Y, mientras llegaba su ajusticiamiento, se cobraría el «ojo por ojo» del mayor número de asesinos de animales.

«El pobre perro...».

Rememoraba sus llantos apagándose a manos de su asesino.

«Lo ha matado solo para vengarse de mí.

»Está loco. —Y volvió a ser presa de las lágrimas.

»Cuántas veces me dijo padre que a ese asqueroso le faltaba un tornillo. No puedo entender cómo alguien tiene animales para utilizarlos según su conveniencia y cuando ya no les interesan los mata. A cuántos perros de caza habrá matado solo por ahorrarse el veterinario y la comida. Que yo sepa, al menos a cuatro. Y el de hoy... Ya son cinco.

»El problema siempre ha sido que los demás se lo han consentido, quienes estando al tanto no han hecho nada, no lo han denunciado a las autoridades o le han dado una paliza como Dios manda. Nosotros, sin ir más lejos.

»Mirar para otro lado también es un delito.

»Yo también soy culpable.

»Sí, y por eso voy a detener toda esta mierda.

»Maldito viejo asqueroso... Si no mueres por ti mismo tendré que empujarte a hacerlo.

»Estoy seguro de que se cree que no voy a hacer nada. Pues lo lleva claro —pensó altivo—. Sus asesinatos no quedarán impunes.

»El pagará con su vida, y su muerte deberá ser un ejemplo para los demás.

»Debo decidir lo más pronto posible cómo lo haré. Tal vez debería darle una paliza hasta matarle. Pero no puedo dejar que me pillen. Debo ser astuto.

»Y no puedo dejar que la gente piense que ha sido un simple accidente. Deben saber que si maltratan a un animal recibirán el mismo castigo.

»Me gustaría saber cómo lo ha matado. Aparte de la paliza, ¿lo habrá asfixiado? ¿Le habrá rajado el cuello? Es muy probable que lo asfixiara, eso no deja sangre. Seguro que en cualquier momento de la noche saldrá con el perro envuelto en una sábana y lo tirará en el campo, en algún sitio donde no lo vea nadie. Por lo que dijo padre, ya lo ha debido hacer así más veces.

»¡Claro! —Sintió una euforia repentina—. Esperaré pegado a la puerta y en cuanto le escuche salir iré detrás de él. Bastardo... Morirás igual que el perro. Exactamente igual que él».

Se levantó del sofá y dejó el ordenador a un lado. Fue al dormitorio y cogió una mochila, la llevó a la cocina y guardó todas las bolsas de basura que encontró, un cuchillo —el más afilado que tenía—, y un trapo, con el que cubrió el filo para no cortarse.

De pronto recordó que en su mesilla tenía una navaja de mariposa que le regaló su padre cuando apenas tenía trece años.

—Es el único regalo útil que me hizo en su miserable vida, padre —le dijo al aire.

Fue a por ella y la guardó también en la mochila.

—¿Qué más me hace falta? Ah, sí, unos guantes. Tendré que llevarme estos de fregar. Para los próximos me compraré unos de látex, de usar y tirar.

Se paró en medio de la cocina, pensativo. Le cegaba la idea de hacer justicia y a la vez

pensaba en lo que necesitaría para llevarla a cabo y no dejar rastro de que había sido él.

—Huellas...

»Las pisadas.

»Debería llevar un calzado distinto.

»¿El de padre? Hice bien en no tirar todas sus cosas.

»Él tenía los pies más grandes que yo.

»Sí, claro, con eso podría despistar a la policía. Seguramente descubran que ha sido un asesinato y lo investiguen. Aunque claro, si viniesen a buscar a casa... Tendré que encontrar un escondrijo donde meterlas. Aunque... Puedo ir estrenando zapatillas cada vez que me cargue a alguna sabandija.

»Sí, eso será lo más fácil. Tengo dinero de sobra, y hay tiendas a espuestas».

En ese momento se acordó de su padre, quien siempre le llamó inútil. Pensó que en sus manos tenía la oportunidad de hacerle tragar sus palabras, aun estando muerto.

«Sí, aunque si hubiese estado vivo, tal vez... En fin. Aún es pronto».

Dejó la mochila en la entrada y fue a ponerse las zapatillas que un día pertenecieron a su padre. «De haberlas estrenado habrían ido a parar a la basura, como el resto de sus cosas impregnadas con su olor a rancio», pensó. Pero no, aquellas deportivas formaban parte de las típicas prendas que su madre le compró a su padre para tirar otras más viejas, pero que, al no gustarle acabaron guardadas en un rincón del armario para un «por si acaso».

Cogió una silla de la cocina y la puso junto a la puerta de la entrada. Abrió la puerta dejando un espacio de unos centímetros para poder escuchar a su vecino en caso de que saliese de casa.

«Irá en coche, claro. Tendré que seguirle sin que se dé cuenta. Como me vea estoy jodido. No, no creo que me vea. Es tan estúpido que... No, Claudio. Estará intranquilo, seguramente vaya mirando a todos lados para comprobar que no le vea nadie.

»Pero ya es muy tarde. ¿Quién le va a ver? Se estará esperando a bien entrada la madrugada justo por eso.

»A no ser que ya se haya ido y no me haya dado cuenta.

»No, siempre hace demasiado ruido; me habría enterado.

»Además, hoy había más gente por la calle viendo la dichosa luna roja. ¿Hasta qué hora durará el eclipse?».

Fue al comedor para coger el portátil. Regresó, se sentó y se lo puso encima de las piernas.

Tecleó en el buscador: «luna roja». Enseguida se mostraron resultados: «Eclipse total de luna», «El eclipse lunar más largo del siglo XXI», «Luna de sangre 2018: Fecha y hora del eclipse lunar más largo del siglo»... Pinchó en el último. Se le abrió una página de 'elperiodico.com' y empezó a leer:

*«El eclipse empezará a las 19.14 (hora de la España peninsular) en la fase de penumbra y podrá verse en casi toda Europa, África, Oriente Medio, parte de Asia Central y en América del Sur. La Tierra oscurecerá la Luna por completo al interponerse entre ella y el Sol y dejará el satélite con ese tono rojizo a nuestra vista».*

*«Luna roja:*

*La razón de ese color es porque la luz solar que atraviesa la atmósfera terrestre dibuja una parábola y se precipita sobre la superficie de la luna. La composición de los elementos atmosféricos es la que da el color rojizo al pasar los rayos solares».*

—La verdad es que estaba preciosa, ¿eh, Bruno? —le dijo a su amigo, que se había sentado junto a sus pies.

*«La totalidad del eclipse empezará a las 21.30 horas y esta situación se prolongará hasta las 23.13 horas aproximadamente. Después, la Luna empezará a escapar de la sombra de la Tierra hasta recuperar la normalidad hacia la 01.30 horas de la madrugada».*

Miró la hora.

—Ya son las 2:29. No creo que tarde en salir.

Notó un creciente nerviosismo.

—¿Lo tengo todo? ¿No se me olvida nada? —se preguntó en susurros. A su lado, junto a Bruno, tenía la mochila esperando para empezar su nuevo cometido.

»Tú te quedarás aquí, ¿vale? —le dijo al perro en un tono medido—. Cuida de Cronos y Yaima. Aunque no sé si se dejarán, son demasiado orgullosos; tú ya me entiendes. —El perro volvió a mirarle con sus grandes ojos oscuros y los párpados entornados—. Tranquilo, amigo, tendré cuidado. Lo que más me importa ahora mismo en la vida sois vosotros y que nada pueda relacionar la muerte de ese malnacido conmigo. Por suerte, los libros, las series y las películas son unos maestros estupendos.

De pronto escuchó un ruido en el portal que los puso tanto a Bruno como a él en guardia. Dejó el portátil en el suelo y se echó la mochila a la espalda. Cogió las llaves y salió sin hacer ruido. La luz del portal se encendió. Bruno pretendía ir con su dueño, pero por suerte para Claudio, ni ladró ni se comportó de forma inquieta. «Tal vez intuye lo que voy a hacer y ha decidido colaborar», pensó Claudio. Lo empujó con sutileza y entornó la puerta hasta cerrarla. Se asomó con sigilo por la barandilla. Era él: Jaime. Comenzó a descender uno a uno cada escalón acompañando sus pasos a los de su vecino, amortiguando el poco ruido que pudiese hacer. Al pasar por delante de su puerta sintió ganas de vomitar. Siguió bajando. Escuchó la puerta del portal. Aceleró el paso. Se apagó la luz. Al llegar a la planta baja abrió la puerta tratando de amortiguar su inconfundible chirrido. Salió. Lanzó una mirada fugaz a su izquierda: nada. Luego a la derecha: ahí estaba, guardando algo en el maletero.

«Vamos —se dijo. De una carrera llegó a los coches. Anduvo acuclillado por la parte de fuera, la que daba a la carretera; Jaime se subiría al asiento del conductor por la otra parte. Avanzó agazapado hasta que llegó a su coche. Escuchó cómo una puerta se cerraba: era la del maletero. El corazón de Claudio se aceleró. Sabía que su siguiente movimiento era dirigirse a la parte delantera y ocupar su asiento. Esperó a oír el siguiente portazo, y no tardó en llegar. «¡Pom!» «Ahora». Se dirigió corriendo a la parte trasera del coche; el resto de vehículos aparcados le concedieron un escondrijo. Asomó la cabeza con cuidado. Jaime estaba maniobrando para desaparecer. Cuando tenía medio coche fuera del hueco de aparcamiento se dirigió a la puerta del conductor del suyo. Abrió metiendo la llave en la cerradura. Escuchó un vehículo pasando por su lado. Volvió a asomarse: Jaime había desaparecido. Se metió en el coche y se puso en marcha. A esas horas de la noche apenas había tráfico. Por un lado suponía una ventaja, ya que no sería fácil perderlo de vista, aunque por el otro, le dejaba desnudo de camuflajes. «Debo confiar en que gracias a su estupidez no me descubra».

Condujeron durante más de veinte minutos. Mantuvo una distancia prudente para que no se sintiera perseguido ni le identificara. Llegó a dudar de si le había visto o reconocido. Pero le dio

igual. Siguió los faros del coche que circulaba por delante del suyo como los navegantes que se orientan con la luz de un faro en mitad de la noche.

Deseaba culminar su primer trabajo. No sentía ningún tipo de miedo o de duda. Solo quería tenerle cara a cara y finiquitar lo que empezó horas atrás.

Las luces de los frenos se encendieron durante unos instantes. La distancia entre el coche de Jaime y el suyo se fue acortando hasta que imitó su gesto y volvió a distanciarse. «¿Me habrá reconocido?». Sin señalizar, Jaime giró a la derecha. Claudio frenó más aún. «Por suerte, no nos sigue nadie». Dejó la carretera principal para meterse por un camino estrecho, una vía secundaria de arena que se adentraba hacia un bosque. Cuando llegó al cruce apagó las luces. Giró a la derecha, igual que instantes antes lo había hecho Jaime. Les separaba una dilatada distancia, pero a diferencia de antes, ahora no le vería seguirle el rastro. Condujo con sumo cuidado; su velocidad no superaba los cuarenta kilómetros por hora. A pesar de la falta de luz, no tuvo duda de que era la primera vez que estaba en ese lugar. No obstante, se sentía a gusto, confiado. Las luces rojas del vehículo de Jaime le marcaban el camino como si fueran unas exóticas luciérnagas. Algo le decía que la única forma de entrar allí era por esa vía de tierra que estaban transitando, con lo cual, era casi imposible ser sorprendido por nadie. Menos aún, ser visto por alguien: los altos arbustos y la gran cantidad de árboles que dejaban a un costado y a otro, les servirían para ocultarse. Serían dos individuos ajenos al resto del mundo, a merced únicamente de la voluntad de Claudio y sus deseos de hacer su propia justicia.

Se adentró en el bosque al menos un kilómetro y medio. Realmente Jaime se estaba esmerando en esconder su crimen.

A las luces de frenado le siguió la ausencia de las mismas: se había detenido y apagado el motor.

Claudio no quiso arriesgarse a que le escuchase aproximándose. Se detuvo. Mientras Jaime se apeaba, Claudio manipuló la luz interior de su coche para que no se encendiese cuando abriera la puerta. Vio que Jaime se bajaba y luego se dirigía hacia el maletero a paso ligero. Aun estando escondido parecía tener prisa. Claudio hizo lo propio: abrió su puerta y bajó, dejándola entreabierta para evitar hacer ruido.

Mientras su vecino seguía trajinando en el maletero, Claudio corrió hacia él lo más silenciosamente que pudo. No le escuchó, pero a esas alturas, que le oyese o no empezaba a traerle sin cuidado. Tan solo los distanciaban unos cuantos metros que, en caso de ser descubierto y Jaime pretendiese huir, acortaría sin dificultad antes de que le diese tiempo a escapar a ninguna parte.

Diez metros.

Cuatro.

La puerta del maletero se cerró.

Tres.

Jaime le vio.

Dio un respingo y retrocedió un paso. En los brazos llevaba una sábana cubriendo un bulto; aunque bien sabía Claudio lo que ocultaba aquella tela.

—¡Eres un hijo de puta! —espetó Claudio encolerizado. Sintió regocijo al ver el rostro de su vecino desencajado por el pánico. Aunque la opacidad del ocaso le impedía apreciar su tez con claridad, Claudio intuyó que había empalidecido como un acusado escuchando su sentencia a morir en la silla eléctrica. Tan solo imaginarlo le permitió deleitarse con ello.

Llegó de un sprint hasta Jaime y le propinó el mejor puñetazo de su vida. La cabeza de su

vecino hizo un movimiento brusco hacia atrás y se desplomó de espaldas. El «saco» se le cayó encima, ayudándole a inmovilizarlo.

—Eres basura —le increpó mientras le daba una patada en la cabeza. Le quitó el bulto de encima para disponer de más partes de su cuerpo en las que «trabajar»—. Tendría que haber hecho esto hace mucho tiempo —sentenció dándole otra patada en las costillas.

Perdió la cuenta del número de patadas que le propinó, pero fueron las suficientes como para dejarlo inconsciente.

Aquella escena se grabó en su mente para siempre. A sus pies tenía a un despojo humano pagando por sus atrocidades; se sentía bien. Cogió el «saco» y lo abrió. Ayudándose de la luz del móvil pudo ver con detalle lo que escondía dentro: a su perro muerto, con la lengua fuera y los ojos abiertos. Tenía sangre aún húmeda en el pelo. Se le hizo un nudo en el estómago. Sintió repulsión. Rabia. Estaba haciendo lo correcto, no tenía duda. Examinó el cuerpo del can en busca de alguna herida abierta, algún corte. Llegó a la conclusión de que lo había asfixiado.

Con toda la tranquilidad del mundo caminó hasta su coche. Agarró la mochila y regresó. «Ya no eres capaz de moverte del sitio, ¿eh?, puto asqueroso», pensó al ver que seguía grogui. Abrió su «set de justicia» y extrajo una bolsa de basura.

—Morirás igual que ellos, maldito asqueroso. —Colocó la bolsa en su cabeza, extrajo el aire y la sujetó en su cuello. Esperó. Apenas unos segundos después de privarle del oxígeno, el cuerpo de Jaime empezó a agitarse: puro instinto de supervivencia. No obstante, no le sirvió de mucho. Sin hacer acopio de demasiada fuerza, Claudio consiguió asfixiarle.

Al cerciorarse de que estaba muerto se le escapó un suspiro de alivio y satisfacción. Esa misma sensación que revivió en distintos momentos después, incluso de ser apresado.

Tras aquello solo le quedaba deshacerse del cuerpo. Aún no había meditado cómo concienciaría al mundo de que «quien la hace la paga». Quería dejar una nota, una carta, algo donde explicar por qué Jaime Ruiz Gaos había perdido la vida. Pero no se le ocurrió nada.

«Por esta vez, lo dejaré estar. Necesito más tiempo para meditar ese punto del plan; no estoy dispuesto a meter la pata por precipitarme».

En su lugar, decidió tomarle unas cuantas fotografías con el móvil, tanto a él como al perro. Y mientras las tomaba no dejaba de pensar. «En las pelis parece todo tan fácil...». Barajó la posibilidad de rociarle de gasolina y prenderle fuego. Pensó en dejarle sin más en medio del camino de arena. En cogerle, meterle en el maletero, conducir hasta un barranco y precipitar el coche al vacío. Estudió la posibilidad de tirarle al río Júcar, que le arrastrase la corriente hasta el mar, y rezar por que los peces le hicieran desaparecer. Otra alternativa era trocearle, hacer embutido con él y luego regalárselo al que fue amigo de su padre, al que según Claudio, tanto le gustaba sacrificar cerdos. Se planteó tantas cosas... La única conclusión a la que llegó aquella noche fue que debía deshacerse de él. A fin de cuentas, si su muerte no servía para hacer llegar su mensaje, tampoco tenía ninguna necesidad de que encontrasen su cuerpo. Se tomó aquella primera venganza como una clase práctica con la que mejorar las siguientes.

Miró la hora en el móvil: las 3:48.

—Es muy tarde.

Caminó hasta el coche y lo acercó hasta los dos cadáveres.

Agarró la sábana con el perro y lo metió en su maletero. Estiró la tela para cubrir el habitáculo y luego echó a Jaime encima.

—Está bien, saco de mierda, te llevaré a la granja, te cortaré en pedazos y te quemaré en el

bidón donde quemo los rastros. El olor de los pollos camuflará la peste que puedas llegar a echar.

Lo colocó tratando de no aplastar al perro.

—No, no puedo quemarle; no es época de quema de rastros. Cualquiera que vea humo sería capaz de llamar a la policía. Tengo que ser más fino, más discreto.

»¡Joder!

»Está bien. Piensa, piensa...

»Vale. El ácido disuelve los cuerpos. Eso es lo que hacen los mafiosos.

»Sí, claro, pero ¿y dónde encuentro ácido? Ni que lo vendieran en el centro comercial».

Mientras le daba vueltas a la cabeza observaba la cara ensangrentada de Jaime; se había quedado con la boca y los ojos abiertos, igual que su perro Rocky. «Es como un fiambre envasado al vacío», pensó al ver que el plástico de la bolsa de basura se le había quedado pegado a la piel.

—La sosa caustica —se dijo en un susurro—. Eso sirve para disolver un cuerpo, ¿no? Así se cargaron el año pasado a esa chica de Sevilla; Sandra, creo.

Desbloqueó el móvil y buscó «sosa caustica». La información que ofrecía Wikipedia no hacía referencia a nada sobre que sirviese para deshacerse del cuerpo de un cadáver; cosa que encontró lógica, por otra parte.

Volvió a teclear: «Sosa cáustica muertos». Con solo ver los titulares de las noticias tuvo suficiente para convencerse de que le serviría. Leyó con detenimiento uno que rezaba: «Así se usa la sosa cáustica para disolver cuerpos como...».

«Bingo, lo que yo decía».

Convencido, ahora sí, de la forma en la que se desharía del cadáver de Jaime Ruiz Gaos, cerró el maletero. En ese momento vio el coche de su vecino.

—¡Joder, todo son trabas! No puedo dejarlo ahí. —Se quedó con las manos apoyadas sobre el maletero—. No puedo pedirle ayuda a nadie. Ni coger un taxi; ya estaría dejando pistas, involucrando a terceras personas. No, debo hacerlo de otra forma, yo solo.

Y de pronto lo vio claro: una vez en casa, regresaría en bici hasta el bosque, luego la metería en el coche de su vecino y regresaría a Alcira conduciéndolo.

—Vale. Es lo mejor, pero no puedo dejar que me vea nadie dentro del coche de Jaime. Si lo hago de madrugada... Me tendría que vestir lo más camuflado posible, con ropa oscura, algo que no le recuerde a nadie que soy yo. Si padre no hubiera sido como una ballena... En fin, tendré que comprar ropas anchas. Bueno, puedo ir a *El Saler*. No, no es tan fácil. Si alguien ve el coche por aquí son capaces de llamar a la Guardia Civil. Aunque... ¿No es época de caza? Joder, si lo deo aparcado a un lado no tiene porqué venir nadie a tocar las narices. Igual que está él por el bosque también puede estarlo otro. Sí, vale.

Sacó los guantes de la mochila y se los puso. Luego, se dirigió al coche de su vecino. El interior desprendía el mismo olor desagradable que su dueño. Aguantando la respiración y maldiciéndole mentalmente, arrancó y movió el vehículo hasta dejarlo a un lado del camino. Apagó el motor, salió del coche, cerró la puerta con asco y tomó una gran bocanada de aire.

—Sabandija asquerosa... En fin. Ya está. Ahora toca ocuparme del cuerpo. Lo trocearé en la granja, lo echaré al bidón e iré a comprar la sosa. Tengo que comprar bastante.

»Luego, por la noche, vendré en bici y volveré al barrio con su coche. Sí. Mejor. Así podrá dejar que se ventile un par de horas. Tendré que comprar también un par de ambientadores para eliminar el tufo de dentro. Aunque me temo que no va a ser fácil.

»Aparcaré a un par de calles. Por suerte no tenemos muchos vecinos cerca. Aun así, confío en

que nadie me vea.

»En fin. Ya está. Demasiado tiempo he tardado en hacer algo. No voy a permitir que sigan sucediendo cosas así, toda esta gentuza tiene que desaparecer.

»¿Ve? No soy un inútil, padre.

---

[\[1\]](#) En argot policial: pequeño dispositivo electrónico de seguimiento por sistema GPS que se coloca en los vehículos. Normalmente empleado para localizar y controlar a los narcotraficantes.